

CLASICOS SAMMARQUINOS

Augusto Salazar Bondy

*Aproximación a Unanue
y la Ilustración peruana*

Semblanza: Víctor Li Carrillo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

SERIE CLÁSICOS SANMARQUINOS

APROXIMACIÓN A UNANUE Y LA ILUSTRACIÓN PERUANA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

— Fundada en 1551 —

Dr. Luis Izquierdo Vásquez
Rector

Dr. Victor Peña Rodríguez
Vicerrector Académico

Dra. Luz Oyola de Bardales
Vicerrectora de Investigación

Esta publicación ha sido posible gracias a la colaboración de



CORPORACIÓN FINANCIERA
DE DESARROLLO
—COFIDE—

Daniel Schydlofsky Rosenberg
Presidente

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Ciudad del Perú. Decana de América



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Augusto Salazar Bondy

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL

Aproximación a Unanue y la Ilustración peruana

Semblanza
Víctor Li Carrillo

Estudio introductorio
José Carlos Ballón y Lucas Lavado

NO DONACION



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS



COFIDE
CORPORACIÓN
FINANCIERA DE
DESARROLLO

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

27/06/06

Done

ISBN: 9972-46-321-4
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú n.º: 2006-4485

De esta edición:

- © Facultad de Educación UNMSM
- © Fondo Editorial Universidad Inca Garcilaso de la Vega
- © Corporación Financiera de Desarrollo
- © Del estudio introductorio: José Carlos Ballón y Lucas Lavado
- © Fondo Editorial UNMSM

Primera edición: Lima, junio de 2006

Tiraje: 700 ejemplares

Fotografías: Archivo de la Biblioteca Central de la UNMSM

CENTRO DE PRODUCCIÓN FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
Calle Germán Amézaga s/n Pabellón de la Biblioteca Central -
4.º piso - Ciudad Universitaria, Lima-Perú
Correo electrónico: fondoedit@unmsm.edu.pe
Página web: <http://www.unmsm.edu.pe/fondoeditorial/>

La universidad es lo que publica

Director / José Carlos Ballón Vargas

—PRODUCCIÓN—

Editor / Odín R. Del Pozo O.

Diagramador / Gino Becerra Flores

—VENTAS Y DISTRIBUCIÓN—

Edwin Matos Arujo
619-7000 (anexo 7530)

—ADMINISTRACIÓN—

Erminia Pérez Vásquez
Telefax: 619-7000 (anexo 7529)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Contenido

Semblanza de Augusto Salazar Bondy; <i>por Víctor Li Carrillo</i>	11
Hipólito Unanue visto por Augusto Salazar Bondy:	
La tradición organicista de la ciencia en el Perú; <i>por José Carlos Ballón y Lucas Lavado</i>	17
La imagen de Unanue como ilustrado	18
Su noción de experiencia científica	19
Su noción de racionalidad	20
El otro paradigma moderno de ciencia	23
La naturaleza como organismo vivo	25
Una 'medicina topográfica'	26
El neoplatonismo científico renacentista	28
La 'segunda escolástica' jesuita	29
La tercera ola organicista	31
La historia natural universal de Buffon	32
Otra vez, la refutación está en América	33
La (historia) «fisiognomía regional» de Humboldt	34
Acosta, Kircher, Buffon	36

APROXIMACIÓN A UNANUE Y LA ILUSTRACIÓN PERUANA

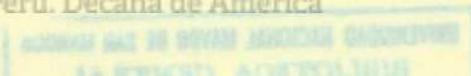
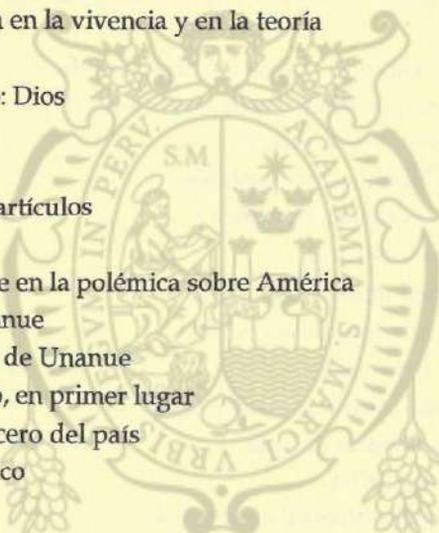
Introducción	45
Capítulo primero: Las formas del saber	47
I. Análisis de la ciencia	50
1. La experiencia	56
2. La razón	67
3. El método	83

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL

Decana de América

II. La ciencia como saber natural y aplicado	93
III. Clasificación de las ciencias	98
IV. La filosofía	105
Capítulo segundo: La naturaleza	111
I. Los conceptos de naturaleza	113
1. La naturaleza como esencia	115
2. Naturaleza como distinta del arte	116
3. La naturaleza como lo opuesto al producto de la especulación	116
4. La naturaleza como el todo de la realidad	116
5. La naturaleza como fuerza o impulso creador	117
6. La naturaleza como orden fenoménico	121
7. La naturaleza como obra divina	127
II. La naturaleza en la vivencia y en la teoría	133
Capítulo tercero: Dios	141
Conclusiones	154
ANEXO: Otros artículos	157
Hipólito Unanue en la polémica sobre América	159
Un tema de Unanue	177
La significación de Unanue	181
El tema peruano, en primer lugar	181
Diagnóstico sincero del país	183
El hombre público	184



Semblanza de Augusto Salazar Bondy*

Por Víctor Li CARRILLO

Me he resistido hasta hoy a hablar de Augusto Salazar Bondy, pues no podía resignarme —y sin duda no me resignaré nunca— a aceptar su desaparición. Mi resistencia ha sido como una protesta, como una rebelión íntima ante la inconcebible injusticia de la muerte. Hablar de Augusto en pasado, cuando todavía lo sentimos presente; considerar definitivos, rasgos que aún tienen la imprecisión de la vida; admitir que se ha apagado una gran voz, cuyos ecos no dejan de interpelarnos; juzgar como acabada una obra en plena evolución, portadora de sueños y esperanzas, es una imposible absurdidad. Una de las tantas que nos impone la condición humana y que preferimos negar en una vana e irrisoria tentativa de triunfar sobre lo ineluctable.

Pero si he solicitado participar en este homenaje, venciendo mis resistencias y silenciando mis sentimientos, es porque creo que no debía faltar en esta casa sanmarquina —donde cumplió una de sus más trascendentes tareas— el testimonio de uno de sus primeros y más antiguos alumnos; un testimonio que quisiera que sea objetivo, pero que está ahí y será inevitablemente personal, pues entraña mi admiración, gratitud y respeto por un hombre que fue mi maestro y amigo, de quien recibí innumerables lecciones de sabiduría y de sagacidad, pero al mismo tiempo ejemplo de austeridad y nobleza, de esa austera nobleza que caracterizó todos los instantes de su vida.

Mi amistad con Augusto coincidió con la iniciación de mi profesión intelectual y con la aceptación de sus azares, riesgos y posibilidades. No es acaso impertinente declarar que para mí fue decisiva, no sólo porque me evitó errores y me ahorró esfuerzos, sino porque en circunstancias cruciales no me faltó nunca su aliento generoso y su ayuda plena, cabal

* Conferencia dictada al año de la muerte de Augusto Salazar Bondy (1975) en el Salón de Grados de la Casona de San Marcos. La grabación fue hecha por el Dr. Carlos Matta, quien la cedió gentilmente para esta edición.

e inapreciable. Ha sido una de las mejores cosas que me ha dado la vida, en la sazón justa, cuando un gesto de confianza, un consejo acertado o un estímulo eficaz, decide una carrera o un destino.

Es esta gratitud la que yo quisiera expresar, pero como dicen las palabras bíblicas: «de la abundancia del corazón no habla la boca». No quiero por eso traducir sentimientos en palabras. Sólo quisiera formular juicios, porque el juicio exige distancia, serenidad y lucidez, que son imposibles cuando nos turba el dolor, cuando no nos abandona la tristeza, cuando no podemos ni queremos resignarnos.

Hoy no me siento capaz de hablar sino del magisterio de Augusto Salazar Bondy, de su magisterio en nuestra universidad. Pienso que no me equivoco al decir que fui uno de sus primeros alumnos. Si mis recuerdos son exactos, Augusto se inició en la docencia universitaria con mi promoción, en 1950. Su primer curso fue un seminario, fuera de programa, sobre la filosofía de Husserl. Participamos en él los escasos estudiantes de filosofía de entonces: Guillermo Lobatón, Óscar Franco, Alfredo Ponce Chirinos, Esperanza Ruiz, Manuel Velásquez Rojas. A ellos se agregaron algunos compañeros de estudio del propio Augusto, como Justo Avellaneda, A. Villa, Manuel Mejía Valera y Tomás Acosta.

De común acuerdo, se resolvió leer en ese seminario el libro *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, en la recién publicada traducción de don José Gaos.

Augusto acababa de regresar de México, tras haber realizado sobresalientes estudios, justamente con José Gaos, el sabio profesor español a quien creo que siempre reconoció como su maestro y de quien admiraba el saber, el rigor y la generosidad de su magisterio.

De México trajo su tesis de bachiller sobre el pensamiento de Unanue y un contagioso entusiasmo por la filosofía de Husserl, así como la convicción profunda —entendida como un imperioso deber— de dedicar toda su energía a la enseñanza. Bajo estos auspicios, el seminario fue para nosotros una extraordinaria experiencia, al mismo tiempo que la revelación de un profesor excepcional, riguroso y severo, que ponía a nuestro alcance uno de los libros más difíciles del pensamiento filosófico, que sólo conocíamos por citas y que considerábamos como un inaccesible tesoro.

Se trataba de un profesor que no admitía la ambigüedad, la oscuridad, ni la facilidad. No perdía jamás la altura en que estaba situada la discusión de los problemas. Era además un profesor que explicaba frase por frase, no para exhibir sus conocimientos sino para comprender al autor y ayudarnos a comprenderlo.

De Julio Chiriboga habíamos aprendido a no fiarnos sino de los textos y sólo de los textos; de Francisco Miró Quesada aprendimos a elegir como nuestro ideal el rigor de pensamiento en su forma más estricta e implacable. Todos aprendimos en Augusto Salazar Bondy el ejemplo vivo de la reflexión paciente, del trabajo ordenado, del análisis objetivo y sin concesiones. De inmediato adoptamos a este profesor, apenas mayor que nosotros, como nuestro maestro, que se impuso de manera natural, por la superioridad de su inteligencia, por la profundidad de su saber, así como también por la ejemplaridad de su conducta, signo de su entereza de carácter y de libertad interior.

La lectura de Husserl fue una lectura honrada, minuciosa y paciente. Constituyó un elemento básico en nuestra formación y fue una de las raras ocasiones — tal vez la única — en las que se leyó íntegramente un libro, página tras página. El propio Augusto recordó siempre con cariño aquellas horas de trabajo intenso, en la que nosotros a falta de otras virtudes aportamos nuestro entusiasmo y devoción.

Al año siguiente Augusto viajó a Europa; poco tiempo después lo hice yo mismo. Desde entonces iniciamos un intercambio puntual de cartas que se prolongó durante años, hasta mi regreso al Perú. Era otra forma de su docencia, en la que aun a la distancia nos dispensaba generosamente su ayuda y consejo. Me preció de haber seguido todas sus indicaciones. Gracias a ellas, cuando en mi prolongada estancia en el extranjero resolví estudiar la filosofía griega como una especialidad — con la calurosa aprobación de Francisco Miró Quesada — nunca llegué a sentirme solo. Mis compañeros de promoción y otros numerosos alumnos de Augusto podrían dar testimonio de esta facultad de acogida como uno de sus mayores atributos, y que David Sobrevilla ha señalado con mucha pertinencia. No era sólo un maestro en las aulas, era un maestro en la vida, con esa rara facilidad para inspirar confianza y para ayudar a resolver problemas.

Más tarde, como colegas, alguna vez hemos compartido responsabilidades e incluso proyectado escribir juntos un libro, iniciando la preparación de una antología. Debo declarar que nunca olvidé que junto al amigo dilecto sobrevivió siempre el maestro cabal de mis años de estudiante. Los azares de la vida nos distanciaron, y aunque el distanciamiento fue sobre todo físico, sentí como una desgracia que su presencia no acompañara nuestro diálogo con su orientación y consejo.

Es notable que nuestra amistad — no comportando una concordancia absoluta en las ideas — pareciera más bien consolidarse y profundizarse con el desacuerdo, manteniéndolo dentro del respeto recíproco y la confianza en la lealtad ajena.

Las enseñanzas de Salazar Bondy recibidas por numerosas promociones no fueron tanto en función de un método, cuanto en su talento personal en dicha enseñanza. Augusto contribuía con su inmensa cultura, con su espíritu de sistema, con su profunda devoción por las cosas que amaba, a la par que con la seriedad, la dedicación y el rigor con el que impregnaba todos sus actos. Sus clases eran un modelo de orden y coherencia. Parecía poseer una especie de don innato para la exposición de las ideas, para encontrar enlaces lógicos y construir una sucesión ordenada, aun en la materia más compleja. Este don expositivo asociado a una dialéctica vigorosa despertaba inmediatamente el interés, pero la elevación de sus ideas, su sentido de lo problemático, su juicio alerta y seguro, convertían cada clase en una experiencia luminosa y fecunda.

En el ámbito del aula, Salazar Bondy se transfiguraba lentamente. La fría y concisa serenidad inicial se iba transformando mediante una concertada gradación hasta alcanzar una especie de demencia que ensordecía un poco su voz y acrecentaba el ritmo de sus movimientos y gestos. El auditorio podía percibir de manera casi física la pura pasión por las ideas, el transporte espontáneo, como el raptó súbito al que era dirigido. Esta era una experiencia tanto más sorprendente cuanto que Salazar Bondy jamás se entregó a los artificios de la retórica, pues su palabra era la más desnuda, sobria y directa de las que podemos conocer en nuestra lengua. Con Salazar, la cátedra alcanzó en nuestra universidad su más alto nivel, y en ese sentido pasó también a ser nuestro ejemplo e inspiración.

Pero no sólo fue ejemplar su elevado nivel intelectual. Su dedicación apasionada lo llevó a sacrificar legítimos intereses y expectativas personales. No puedo dejar de recordar — encontrándome yo en Alemania — la premura con la que alguna vez me escribió que necesitaba con urgencia que le enviase dos libros, que tras minuciosa búsqueda pude al fin encontrar en una destartalada librería de Estrasburgo. Se trataba de dos libros que necesitaba para su cátedra de Ética. Pero más allá de la seriedad y rigurosidad con la que trabajaba su cátedra, cito estos libros porque creo que fueron entonces algo así como el punto de partida de sus ulteriores preocupaciones filosóficas. Se trataba de la *Filosofía del dinero* de Simmel, que creo que todavía hoy es difícil de encontrar, y la conferencia de Husserl sobre la Filosofía como ciencia rigurosa.

Estimo que la enseñanza de Salazar Bondy estaba inscrita dentro del horizonte de lo que Francisco Romero llamaba la «normalización filosófica», esto es, la implantación de la filosofía — saber adventicio, disciplina supernumeraria — en actividad normal de la cultura. Muy pocos han hecho lo que él ha logrado para nuestra especialidad. Junto

con Francisco Miró Quesada, ha sido posiblemente el gestor entusiasta de la incorporación de tal materia en la enseñanza secundaria. Se trataba de acreditar una disciplina y convertirla en necesaria. A ello dedicó buena parte de sus esfuerzos, sacrificando incluso sus propias y valiosas investigaciones, para extender y consolidar las conquistas logradas.

Para Salazar Bondy, enseñar filosofía era una forma activa, positiva y transitiva del filosofar mismo. Su vocación de servicio, su sentido del compromiso y su profunda generosidad lo llevaron a multiplicar y desplegar de manera ejemplar, intensa, infatigable e interminable su noble actividad docente. Alguna vez me dijo que incluso la política era para él una forma de docencia superior. Por esa misma orientación, Salazar Bondy entregó en cierto modo su vida a la tarea de dar al trabajo intelectual una dimensión nacional y no resignarse a la audiencia calificada pero restringida e inoperante de los especialistas. Ampliar, extender y poner en práctica el fruto de sus esfuerzos y reflexiones. Con ello, además de los inmensos servicios prestados al país, «ha inscrito» —según la bella frase de Sartre— «su ser en la historia». Con respecto a nuestra profesión, Salazar Bondy ha hecho en el Perú lo que Nietzsche decía de los griegos: «Ha justificado la Filosofía».

Pienso que se puede aplicar a Salazar Bondy las mismas palabras que Mariátegui invocara para saludar a González Prada en el umbral de la historia. Son las palabras que González Prada escribió en homenaje a Francisco de Paula Vigil: «En fin, por la fortaleza de su carácter, por la sinceridad de sus convicciones, por lo immaculado de su vida, Vigil redime las culpas de toda una generación. No tuvo rivales ni dejó sucesores y descuellas en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso». No se tome esta cita al pie de la letra, sino en su sentido profundo. Cuando cito los nombres de Vigil, González Prada y Mariátegui, asociándolos al de Augusto Salazar Bondy, es porque creo que en el singular escenario de nuestra historia, en la galería de sus próceres de la inteligencia, en la continuidad de nuestras virtudes nacionales, Salazar Bondy pertenece por derecho propio a dicha tradición.

He hablado antes que nada del hombre porque pienso que jamás hay que olvidar la figura del hombre que produjo la obra que ahora convoca nuestro interés y nuestra inteligencia. He hablado de Salazar Bondy, del maestro, de su gran magisterio ejercido en esta casa, con resonancia en todo nuestro país. De ese magisterio irradia una extraña luz, la luz eterna de la inteligencia, sin la cual nuestros pobres afanes mortales no son sino juegos en la complicada trama del destino. He evocado algunos recuerdos personales, no por indiscreción, sino porque siento que ya no me pertenecen y que pueden contribuir al conocimiento de un

hombre superior. Me he desprendido de ellos con cierta tristeza, como cuando nos desprendemos de bienes inapreciables.

Hay un verso de Hölderlin citado con alguna frecuencia por Heidegger, que dice: «quien pensó lo más profundo, ama lo más viviente». Augusto Salazar Bondy pensó lo más profundo y por eso en nuestro corazón, en la memoria de la patria, es el más viviente de todos los hombres.

Muchas gracias.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Hipólito Unanue visto por Augusto Salazar Bondy: La tradición organicista de la ciencia en el Perú*

José Carlos BALLÓN

LUCAS LAVADO

La hasta hoy inédita tesis sobre los supuestos filosóficos del pensamiento científico de Hipólito Unanue — con la que el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy (1926-74) se graduó como Bachiller en la Universidad de San Marcos en 1950¹ — constituye una de las aproximaciones más interesantes al pensamiento filosófico del médico y prócer de la independencia. Dicha investigación es, en general, una de las más sugerentes para comprender los paradigmas que han gobernado la evolución del pensamiento moderno en el Perú.

Existe casi un consenso entre los historiadores de las ideas en el Perú, en caracterizar a Unanue junto con los jóvenes ideólogos y científicos que con él se agruparon en la «Sociedad Amantes del País» y en la revista *Mercurio Peruano* (1790-1795) como fundadores del pensamiento ilustrado en el Perú. Se estima, igualmente, que a partir de dicho pensamiento se diseñó el proyecto de constituir el Perú como una república independiente y moderna.

Los temas más importantes del *Mercurio* fueron la geografía, la historia social, la medicina, la historia natural y la economía política (comercio y minería). Para dicha élite intelectual, «ilustrar a los peruanos» significó ganarlos a la mirada de la ciencia y el razonamiento modernos en su lectura del país.

Salazar trató de examinar — mediante un análisis textual e histórico de la obra de Hipólito Unanue — «el cuadro mental que refleja la obra del médico peruano, tomando como materia de examen no sólo [...] la doctri-

* Una primera versión de este trabajo fue publicada en la revista *Anales de la Facultad de Medicina*, UNMSM, 2006. La presente versión contiene los comentarios del Dr. Lucas Lavado. Agradezco, asimismo, las valiosas observaciones del Dr. Juan Pablo Murillo.

¹ Salazar Bondy, Augusto. *El saber, la naturaleza y Dios en el pensamiento de Hipólito Unanue*. Tesis para optar el grado de Bachiller en Filosofía, Mimeo., 243 pp. Lima: UNMSM, 1950.

na científica que hace suya [sino la] atmósfera intelectual en la que se formó y de la que recibió sus estímulos teóricos decisivos».²

La imagen de Unanue como ilustrado

El estudio de Salazar sobre Unanue, lo llevó a concluir la presencia del siguiente horizonte paradigmático: 1) Ideas y sistemas racionalistas afines al cartesianismo. 2) Una filosofía natural afín al copernicanismo y al mecanicismo de Galileo y Newton. 3) Adhesión a las ideas y doctrinas de orientación empirista y sensualista de Locke y Condillac. 4) Afinidad con la filosofía política y jurídica de Montesquieu y Rousseau, con las doctrinas económicas modernas de tipo fisiocrático y mercantilista, así como con las ideas utilitaristas y liberales de Bentham y Smith. 5) Finalmente, un tipo de asimilación de las ideas ilustradas, caracterizado por José Gaos como de un 'eclecticismo de tipo especial'.

Para llegar a esta caracterización, Salazar exploró en la obra de Hipólito Unanue un conjunto de 'ideas metadiscursivas fundamentales' relativas al sistema de conocimientos, como las de 'razón', 'experiencia', 'método científico', 'filosofía moderna', 'ciencia', 'naturaleza', la propia idea de la 'ilustración', 'religión' y 'Dios', entre otras.

Según Salazar, un rasgo que identificaría el discurso de Unanue con el pensamiento moderno ilustrado se evidencia en la manera como «Unanue habla una y otra vez [...] de la ciencia natural, como saber estricto y opuesto al saber metafísico, que había constituido el meollo de la tradición filosófica escolástica».³

Un segundo rasgo se mostraría cuando «toma el hecho del conocimiento como una realidad natural»,⁴ al sugerir que «las ciencias nacen a partir del trabajo cognoscitivo determinado por la exigencia de conservar la vida [...] para satisfacer las más elementales necesidades orgánicas [las cuales] libran al hombre de hallarse a merced de las fuerzas que en su contorno vital le son contrarias y nocivas». Para Unanue,⁵ «esta vinculación primaria con las urgencias prácticas, determina el orden de aparición de los conocimientos y su valoración por el hombre en el nivel natural».

De estos dos rasgos fundamentales del conocimiento científico, se siguen dos constituyentes metodológicos esenciales: 'la experiencia y la razón', cuya «conjunción [...] determina el paso del plano de la simple

² Salazar, *op. cit.*, «Introducción», p. 1.

³ *Ibid.*, capítulo primero: «Las formas del saber».

⁴ *Ibid.*, capítulo primero: «Análisis de la ciencia».

⁵ Unanue, «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú». *Mercurio Peruano (MP)*, n.º 43, p. 69.

empirie, de la especulación falaz o del acopio disperso de verdades a aquel en que se mueve un saber concebido y formulado como sistema», esto es, «como cuerpo coherente de conocimientos fundados». ⁶ No obstante su contundencia, estas afirmaciones originan por lo menos tres interrogantes:

1. ¿Cómo entiende Unanue esta 'experiencia' que pone como 'base natural' del conocimiento científico?
2. Igualmente hay que preguntar con Salazar ¿cómo entiende Unanue la 'idea de razón' que, al parecer, articula de manera continua con dicha 'experiencia'?
3. Finalmente ¿en qué medida existe una conjunción entre ellas?, y si ambas expresiones tienen una clara filiación ideológica ilustrada.

Su noción de experiencia científica

No obstante la contundente caracterización inicial de Salazar Bondy, el desarrollo minucioso de su investigación reveló la presencia de un conjunto de características ideológicas que desbordaban los horizontes señalados. El pensamiento de Unanue mostraba la presencia de un paradigma de científicidad natural que operaba con categorías y perspectivas notoriamente divergentes de la tradición mecanicista ilustrada.

Lo primero que llamó la atención de Salazar fue la noción 'cualitativa' y 'compleja' que Unanue tenía de la idea de 'experiencia' o 'intuición' como base del conocimiento científico. En efecto, Unanue no compartía la noción puramente extensiva o cuantitativa de 'simplicidad' que Locke daba a las ideas iniciales de origen sensible, ni Descartes a las ideas 'claras y distintas' que se encuentran en la intuición inicial de todo conocimiento científico. Unanue no parece asumir el postulado lógico de simplicidad expuesto por Leibniz en su *Monadología*, postulado central de la ciencia mecanicista moderna que coloca a la filosofía natural (física) como ciencia primera, el análisis matemático como su método fundamental (Descartes y Newton) y la concepción atomista de la naturaleza como su ontología básica.

Si bien Unanue no adhirió a la idea de una fundamentación metafísica de carácter supraempírico del conocimiento y más bien exigió partir de 'un conocimiento intuitivo de las cosas', ⁷ donde «la experiencia debe

⁶ Unanue, *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*. 2.ª ed. Madrid, 1815, p. 246 (si no hay indicación expresa, las referencias posteriores a esta obra remiten a esta edición).

⁷ «El intuitivo conocimiento de las cosas es el que debe preceder como indispensable para que se rectifiquen con acierto, ampliando o restringiendo sus partes integrantes» (Unanue, «Relación del Gobierno del Virrey don Gil de Taboada», *Obras*, t. III; p. 267).

ser el fundamento de todos los raciocinios»; su naturalismo no compararía la cinemática de la mecánica teórica moderna, sino un cierto tipo de visión organicista de la naturaleza y el conocimiento científico. Conviene al respecto recordar el título que Unanue puso a su obra principal: *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en particular el hombre* [1806].⁸

La complejidad inicial de la experiencia científica tiene para Unanue un fundamento natural; su «trabajo cognoscitivo está determinado por la exigencia de conservar la vida [...] para satisfacer las más elementales necesidades orgánicas». No es una sensibilidad simple sino «orgánica», distinta a la 'receptividad sensorial simple o refleja' de la visión empirista y mecanicista del conocimiento. Por ejemplo, cuando caracteriza la actividad clasificadora de los seres vivos en zoología, la define como una «actitud que puede llamarse [...] inducción tipificadora propia de las ciencias histórico-naturales». Lo característico de ellas sería ese *novum* que agrega al dato sensible, ese 'crear seres generales' — del cual hablaba D'Alembert —, que, «separados abstractamente de su sujeto, no pertenecen ya al resorte inmediato de nuestros sentidos». ⁹ Lo mismo ocurre con la botánica, donde la ordenación sistemática en 'géneros y especies' capaces de albergar un individuo vegetal y unificar la 'observación botánica', bajo la cual encuentra explicación el hecho aislado obtenido de la experiencia sensorial simple, constituye una reconstrucción de su *historia natural*.

Por esta razón, toma «la botánica como el más primitivo cuerpo de conocimientos de que dispone el hombre». Las plantas — dice Unanue — fueron estudiadas «antes de arreglar los movimientos del planeta rector del universo y observar la marcha majestuosa del resto de los astros o escudriñar la generación de los fósiles en los senos ocultos de la tierra». ¹⁰ En la «Disertación sobre la coca» — en clara diferencia con Locke — Unanue le da a la botánica el título de 'primer ensayo filosófico del entendimiento humano'. ¹¹

Su noción de racionalidad

Estas consideraciones conducen a Salazar a la siguiente pregunta: ¿Qué es para Unanue la razón y cuáles sus modos de articularse con la expe-

⁸ Unanue, *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*. 5.ª edición. Lima: Comisión Nacional Peruana de Cooperación Intelectual, 1940.

⁹ Unanue, «Geografía física», *MP*, n.º 106, p. 26.

¹⁰ Unanue, «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú», *MP*, n.º 43, p. 69.

¹¹ Unanue, «Primer ensayo filosófico del entendimiento humano», *MP*, n.º 372, p. 205.

riencia? Recordemos que para la gnoseología moderna la relación entre la experiencia y la razón se plantea problemática, pues no hay una solución de continuidad entre ambas.¹² La naturaleza cartesiana o newtoniana era una sustancia invariante, inerte y simple, cuya única propiedad intrínseca era la extensión, a partir de la cual sus cambios se gobiernan por una causalidad local directa (choque, rozamiento u oscilación de un medio) desapareciendo de la naturaleza toda suerte de potencias, intencionalidades o entelequias. La razón es, por el contrario, una sustancia pensante inmaterial y activa, cuya propiedad fundamental es la libertad. El postulado de simplicidad y el procedimiento analítico consisten precisamente en procedimientos artificiales para reducir nuestras representaciones del mundo a 'ideas claras y distintas' (Descartes) o 'simples' o 'primarias' (Locke). Se trata de dos sustancias paralelas cuya concordancia o armonía resulta problemática de fundamentar por sus propiedades divergentes. Ello dio lugar al debate entre empiristas y racionalistas, así como a la distinción dualista entre verdades de hecho y verdades de razón. Este problema, no parece plantearse en los mismos términos para Unanue.

Su caracterización de la racionalidad como 'discurso exacto' —de aparente factura cartesiana para Salazar— alude, sin embargo, a la 'capacidad de elaborar la experiencia y de complementarla trascendiéndola'. Con ello sugiere la idea de un escalonamiento gradual y continuo de la sensibilidad a la racionalidad, basada en una visión genética de la naturaleza como un inmenso organismo vivo, 'fundamento de todos los raciocinios y resultado fisiológico'.¹³

Su noción de racionalidad como capacidad de rebasar la experiencia en tanto mera sensibilidad descriptiva (*simple empirie*) apunta a una diferenciación de tipo orgánico que incluye una explicación por causas y a la vez opera con la clasificación por géneros y especies de origen clásico (platónico-aristotélico). Esto ha hecho que muchos de nuestros estudiosos de Unanue y del pensamiento filosófico peruano hablen de una suerte de 'eclecticismo especial' para señalar esta curiosa mezcla categorial de elementos tan divergentes.

Pero bien visto, el aparente carácter inconsistente ('ecléctico') del discurso de Unanue no es entonces un resultado interno de su propio

¹² El alcance moderno de la dualidad se hace patente recordando que fue precisamente esta oposición el problema central de Kant, quien trabajó afanosamente por la conciliación de una explicación mecánica de la naturaleza con la exigencia de nuevos conceptos para incorporar en el cuadro racional el orden de los géneros, especies e individuos que constituyen la multiplicidad fáctica de la naturaleza (cf. *Crítica del juicio*).

¹³ «El entendimiento humano hace uso del don precioso de la reflexión y esta luz primera es la aurora de una sabiduría benéfica, que, mejorando la parte más noble del hombre, lo coloca en el alto destino que lo separa de la naturaleza irracional» (Unanue, «Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao», *Obras*, t. II, p. 180).

discurso, sino, más bien, de la inadecuada caracterización de mecanicista ilustrado que se le atribuyó. Lo que sucede es que Unanue opera con nociones y categorías conceptuales de tipo organicista; éstas interpretan los fenómenos naturales desde el punto de vista de nexos funcionales que se dan entre los componentes de un organismo vivo, un paradigma que — en este aspecto — tenía la ventaja de no presentar las aporías filosóficas de la lectura mecanicista de Galileo, Descartes y Newton. Unanue nos ofrece múltiples ejemplos de esta formulación.¹⁴

De igual manera, la concepción organicista de la racionalidad no ve a ésta como una sustancia independiente de las *res extensa* natural, sino como una propiedad emergente de la naturaleza, resultado de un proceso 'histórico-natural' de diferenciación de su evolución orgánica. Así, para Unanue, lo que separa la racionalidad del hombre de la del orangután — creado para errar en los bosques — era la marcha de su vida social que lo situaba en un plano orgánico jerárquicamente superior, génesis que había originado una especie distinta de racionalidad.

Esta visión de la racionalidad es asimismo análoga con su mirada de la naturaleza; no como una sustancia extensa e inerte de carácter corpuscular simple, cuyas relaciones son contingentes, sino como una estructura orgánica compleja, entrelazada por relaciones funcionales que generan propiedades emergentes como en un ser vivo y que, por lo tanto, poseen una historia evolutiva y en algún sentido teleológica.

En efecto, en la medicina, la botánica o la zoología modernas, gravitaban los conceptos de 'tipo', 'género', 'especie' y otros semejantes de clara raigambre platónica. Ellos tenían en las ciencias biológicas el lugar que en el edificio de la física mecanicista (cinemática geométrica) ocupaban la relación causal local, la hipótesis y la deducción.¹⁵

¹⁴ El contraste puede ejemplificarse con un texto de «Decadencia y restauración del Perú»: «En él (el cadáver) se conoce cuál es el enlace, y los oficios de los distintos órganos que componen esa máquina singular, la primera entre las obras de la Divinidad: en qué consiste la mutua dependencia con que se auxilian, o dañan unas a otras; cuáles son las verdaderas causas que fomentan o destruyen su armonía, y cuál es el modo de restaurarla» (MP, n.º 221, p. 110); y la cita de Linneo, hecha también por Unanue en su «Disertación sobre la coca» (MP, n.º 375, p. 233), para referirse a la 'regla sólida' que conducirá sus inquisiciones: *Systemate, qualitate, et experientia eruatur omnis usus plantarum* (Mat. Med., Canon 14).

¹⁵ Unanue, muy significativamente, empareja a Newton y Linneo, calificando a ambos como 'muy superiores al resto de los filósofos' («Introducción a la descripción científica de las plantas», *op. cit.*). En el mismo sentido puede tomarse las líneas finales de la «Advertencia a la segunda edición» de sus *Observaciones sobre el clima de Lima...*, en las que dice que «la narración filosófica, las imágenes y descripciones poéticas» de su texto, las hizo «teniendo por maestro a Platón» (*op. cit.*, p. 5).

El otro paradigma moderno de ciencia

El objetar la caracterización de Unanue como un 'ilustrado mecanicista' o como un 'eclectico' no implica inscribir su pensamiento en un contexto tradicional premoderno. El gran científico sueco Carl von Linné (1707-1778)¹⁶ — fuente fundamental de Unanue — ilustra con claridad la oposición paradigmática existente en dicha época entre la mentalidad mecanicista y la histórico-natural, como parte del debate científico moderno.

Linné recuperó para la ciencia moderna los conceptos clásicos de género y especie, rechazados por los mecanicistas. Al naturalizarlos — por así decirlo —, imprimió un nuevo sentido no metafísico a su uso, para oponerlos al acentuado sentido instrumental o matemático-formal que tenía el método mecanicista de Galileo, Descartes y Newton. Unanue refleja en una misma época y en un mismo espíritu científico el entrecruzamiento de dos paradigmas en disputa desde el siglo XVII. Dualidad en el uso del concepto de razón: el de la 'razón físico-matemática' que se opone al de la 'razón histórico-natural'.

La opción epistemológica de Unanue en este debate moderno no constituyó un asunto personal. Si uno revisa la producción científica en el Perú entre los siglos XVII y XVIII en las áreas de física, matemática, astronomía y medicina (desde *El conocimiento de los tiempos* hasta el *Mercurio Peruano*), puede constatar que la concepción mecanicista de la naturaleza no fue hegemónica en nuestra nascente comunidad científica.¹⁷ En la bibliografía científica peruana registrada se nota, más bien, una hegemonía del paradigma organicista de la naturaleza y una metodología ligada a las ciencias biológicas. Reveladora del paradigma que orienta la literatura médica de Unanue es la metáfora del organismo como 'máquina viviente'.¹⁸ Por otro lado, si bien la concepción mecanicista alcanzó a hegemonizar el mundo científico europeo hasta la esfera de la química inorgánica, tuvo una presencia secundaria en el desenvolvimiento de la medicina moderna, apenas visible durante el breve auge de la 'iatromecánica'.

¹⁶ Padre de la taxonomía científica moderna para nombrar, ordenar y clasificar los organismos vivos (cuyo sistema todavía se usa, aunque con muchos cambios), influyó a generaciones de biólogos mucho después de su muerte, incluyendo a aquellos que se oponían a las pretensiones filosóficas y teológicas de su trabajo, de una manera análoga a como posteriormente sucederá con Mendel en la genética.

¹⁷ De hecho, desde la primera sección de sus *Observaciones*, titulada «Historia del clima», se observa una minuciosa recopilación de la información científica acumulada sobre el Perú por la comunidad científica colonial y diversos viajeros científicos europeos desde inicios del siglo XVII, entre ellos: Juan Rer, Pedro Peralta, Cosme Bueno, Ulloa, Godin, Matías Porras, Humboldt, Gabriel Moreno, Bravo de Laguna, Vargas Machuca y otros.

¹⁸ Unanue, «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas de Medicina», *MP*, n.º 371, pp. 200-202.

En su «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas de Medicina»,¹⁹ Unanue anotaba que la exposición de la enfermedad debe dividirse en: (i) la historia de la enfermedad, (ii) la curación y (iii) las observaciones. La historia natural parece la forma fundamental de explicación en el conocimiento médico. Aunque acepta que en el campo de la anatomía la descripción y la determinación de las conexiones mecánicas son fundamentales, ellas finalmente dependen de la función que realizan los entes orgánicos que nacen, crecen, se desarrollan y mueren.

Si bien el paradigma organicista fue progresivamente derrotado a lo largo de los siglos XVII y XVIII por la concepción mecanicista al interior de las comunidades científicas de físicos y químicos, éste no fue desalojado de la totalidad de las disciplinas de la ciencia moderna. Por el contrario, dicho enfoque fue fundamental para los nuevos desarrollos que adquirirán las ciencias biológicas y las nuevas ciencias sociales de la segunda mitad del siglo XIX con Claude Bernard (1813-1893) y Johann Gregor Mendel (1822-1884), así como con Auguste Comte (1798-1857) y Émile Durkheim (1858-1917), en el proceso de su independización del paradigma mecanicista newtoniano como modelo absoluto de cientificidad moderna, considerado inválido para lo que hoy denominamos ciencias biológicas.

A diferencia del cosmos mecanicista, en el que sus átomos se encuentran separados por el vacío así como la subjetividad humana está separada del entorno natural (como condición de objetividad de sus observaciones), en el organicismo 'todo' se encuentra vinculado por relaciones funcionales de tipo orgánico, incluyendo al propio observador, como veremos en Humboldt, otra de las grandes influencias en el pensamiento de Unanue y en nuestra tradición científica nacional.

El conocimiento médico se fundaba, para Unanue, en la vinculación del organismo a su medio, dando lugar a lo que caracteriza —en términos disciplinarios— como 'nuestra Medicina topográfica'.²⁰ El medio otorgaba su carácter peculiar al ser vivo y condicionaba su manera de relacionarse ante las excitaciones sensibles. Esta concepción del conocimiento, según patrones naturales sensibles, no vincula necesariamente a Unanue con el empirismo. Lo que pasa es que, en América, los científicos redoblaron el énfasis de la experiencia sensible a causa de la doble barrera que representaba la tradición católica y española y la cultura ágrafa imperante en la gran masa de la población. De ahí la apariencia de adhesión al 'empirismo' por parte de nuestras élites científicas iniciales, que ha originado numerosos equívocos.

¹⁹ Citado por Salazar, *op. cit.*, p. 44.

²⁰ Unanue, *Observaciones, op., cit.*, p. 151.

La naturaleza como organismo vivo

Salazar ha mostrado con agudeza que, para Unanue, la naturaleza en su conjunto se presenta como un todo articulado y autogenerado: «lo que la Naturaleza nos negó de tierras cultivables, nos lo reemplazó con inmensas cordilleras atravesadas por todas partes de vetas minerales».²¹ La naturaleza es aquí descrita como una macroentidad que autorregula la distribución de los objetos naturales en un orden y equilibrio peculiar, análogo a un inmenso organismo vivo y no de manera aleatoria, como supone el atomismo mecanicista.

Las imágenes metafóricas que utiliza con frecuencia para caracterizar la naturaleza son de orden biológico. Pero a dicha mirada tampoco se le puede atribuir el ser resultado de una simple transferencia del entorno cultural europeo a nuestro entorno cultural local. Ella daba una suerte de fundamento ideológico 'natural' a los afanes independentistas de 'los hijos de esta tierra', como se solía denominar en la época colonial al conglomerado de castas que reunía desde los indígenas hasta los criollos.

En nuestros ideólogos separatistas, la naturaleza adquiere un aura 'maternal', una figura estéticamente aceptable al entorno cultural andino de una sociedad agraria dominada por relaciones de parentesco, en la que la expresión simbólica está atravesada por una sensibilidad desarrollada a partir de una dependencia afectiva de la tierra, completamente divergente con la mirada ajena del sujeto cosmopolita moderno que la observa como un mero objeto externo de manipulación. La naturaleza es recurrentemente representada como una 'benéfica madre' que 'engendra, y diversifica sus producciones', 'sustentadora de los mortales', en quien se admira el despliegue de 'toda la fuerza de su inagotable fecundidad'.²³

La naturaleza no es vista como un frío e incoloro espacio lógico-matemático de conexiones causales atómicas, sino como una realidad en algún sentido más próxima a la spinoziana *natura naturans*, vinculada al hecho de la fuerza creadora que halla su más cálida y cruda expresión en la vida animal: «Los animales sienten (en la primavera) un estímulo más activo que los induce a la conservación de su especie, para que sobre los cadáveres de la naturaleza arruinada, que se hallan esparcidos por

²¹ Unanue, «Memoria del Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores», *Obras*, t. II, p. 384.

²² Unanue, «Copia de una carta», *MP*, n.º 24, p. 226.

²³ Salazar acompaña estas citas con las siguientes certeras referencias: «Introducción a la descripción de las plantas del Perú» (Unanue, *op. cit.*, p. 74). En la «Disertación sobre el tabaco», alude a la opinión de que éste es «la yerba más privilegiada de cuantas abriga la naturaleza en su fecundo seno» (*MP*, n.º 108, p. 36). En el fragmento «Fiestas linneanas», la imagen maternal se aplica a la tierra con idéntico sentido (*Obras*, t. II, p. 397).

la tierra y las aguas, triunfe el amor, reproduciéndonos nuevos seres, que perpetúan los siglos de vida en la carrera del tiempo destructor».²⁴

La naturaleza es pensada como una fuerza benéfica que se ejerce en provecho de los seres creados por ella, pero sobre todo del hombre: «no insultemos a la naturaleza: ella es grande, sabia y hermosa en medio de sus ruinas; sin éstas, quedarían imperfectas sus obras y serían estériles nuestras especulaciones».²⁵

Una 'medicina topográfica'

El poder de autocreación y autodesenvolvimiento de la naturaleza refleja una atmósfera ideológica heredada en parte de la filosofía renacentista, que la representa como un macroorganismo universal regido por un principio inmanente y divino. En sus *Observaciones*, refiriéndose a las edades en que la Tierra no estaba aún habitada, Unanue dice: «Solo aparece la Naturaleza rodeada de un silencio misterioso. Su mano poderosa va a dar la última perfección al Globo y sostener su equilibrio fabricando dos mundos distintos en un solo continente».²⁶

En los debates naturalistas que desembocan finalmente en el siglo XVIII, esta mirada encontró un símbolo científico en Linneo, el más inspirado intérprete de esa animación cósmica. Esta inmersión del cuerpo en la vida universal se puede ver en buena parte de sus *Observaciones...* Lo que decide la marcha de las funciones corporales engarza con su medio topográfico, sometándolo a un complejo de mutaciones que es imposible prever y controlar si no se atiende a la marcha del organismo universal: «En continuo choque, las partes que componen el edificio de nuestra mortalidad, sometidas a la acción de los elementos que las vivifican, es imposible precaver las consecuencias del movimiento y evitar los debates y alteraciones de los cuerpos que nos rodean. Estas, están íntimamente conexas con el sistema del Universo».

²⁴ Unanue, *Observaciones*, *op. cit.*, pp. 16-17.

²⁵ Unanue, «Geografía física», *op. cit.*, pp. 19-20. Una idea que, por lo demás, ha sido muy empleada, según Salazar, en las explicaciones de la Teodicea. Dice Unanue que existe en las montañas de los Andes del Perú, «aquel rico tesoro de las preciosidades de la Naturaleza, donde esta madre benigna y sustentadora de los mortales ha desplegado toda la fuerza de su inagotable fecundidad» («Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *op. cit.*, p. 74). En su «Disertación sobre el tabaco» anota: «Nada puede instruir al hombre de la índole de las plantas como sus propios sentidos. Para esto los ha colocado en él la benéfica naturaleza» (*op. cit.*, p. 38). En «Geografía física del Perú», habla de la naturaleza como de «nuestra madre y liberal benefactora» (*op. cit.*, p. 11). Cf., asimismo, *Observaciones...*, *op. cit.*, p. 180.

²⁶ El capítulo I de la sección IV de las *Observaciones...*, tiene por título: «De la autocracia o poder que la naturaleza sostenida por la dieta tiene en la curación de las enfermedades» (*op. cit.*, p. 180).

Si bien dicha mirada no resulta necesariamente antagónica con la explicación causal de la física mecanicista, la desborda hacia una comprensión de tipo providencialista de la historia natural completamente ajena al relativismo mecanicista galileano. Un finalismo que desborda el 'sistema del mundo' cartesiano o los 'principios matemáticos de la filosofía natural' newtoniana, donde no existen finalidades, números, ni lugares privilegiados en el espacio infinito.

Un ejemplo de ello se muestra en la explicación que hace Unanue de los movimientos sísmicos: «No están [...] 'destinados' únicamente a la desolación del globo; prescindiendo de los bienes que suelen procurar en todas partes, ordenan en Lima la constitución del tiempo»,²⁷ o el de la humedad de la tierra que «es evaporada para que no se pudran los pastos». ²⁸ «La divina providencia, que ha proporcionado a sus criaturas racionales en todas las partes del globo los medios para subsistir y cumplir los trabajos a que los destinaba, dio al indio habitante de los Andes un don precioso en los pastos».²⁹

El hombre es presentado como el punto culminante de la historia natural, hacia cuya conservación y prosperidad convergen todos los demás objetos de su entorno natural: «Todos los vegetales, desde el humilde musgo hasta el coposo y soberbio cedro, están destinados al servicio del hombre, monarca de la naturaleza. Los unos lo sustentan, los otros lo visten; otros reparan su salud y todos juntos elevan su espíritu a rendir el homenaje de gratitud y sumisión debido al Autor Supremo que viste de pompa y fragancia las campiñas».³⁰

A la Providencia, hemos de referir también la interna constitución armoniosa de cada ente orgánico y en especial del cuerpo humano, así como su ajuste con el ambiente que lo rodea que ayudan a la humanidad a sobrevivir y a prosperar: «Ni podemos menos de agradecer a la mano liberal y cuidadosa de la Providencia — dice Unanue a propósito de las fiebres palúdicas— que, para impedir la despoblación de estos países colocase el remedio al frente del mal, con tal exactitud, que a la misma línea que siguen las tercianas invadiendo las provincias del bajo Perú, camina otra paralela por los Andes productiva de las cascarillas».³¹

²⁷ Unanue, *Observaciones...*, *op. cit.*, p. 43.

²⁸ *Ibíd.*, p. 21. En la «Noticia de los trajes» (*MP*, n.º 79, p. 87, nota 31), dice que en los usos militares se fuerza al hierro y al fuego a que «sirvan contra sus destinos».

²⁹ Unanue, *Observaciones...*, *op. cit.*, p. 62.

³⁰ Unanue, «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 77. La expresión «Rey de la Naturaleza» está presente también en «Decadencia y restauración...» (*op. cit.*, p. 92). Y la orientación final, referida expresa o tácitamente al hombre, se transparenta asimismo en aquellos textos que hemos usado al hablar de la concepción de la naturaleza como madre benéfica, etcétera.

³¹ Unanue, *Observaciones...*, *op. cit.*, pp. 254-255.

Una consecuencia importante del paradigma organicista reside en el modo como integra el mundo natural y social frente a la rígida separación simbólica impuesta por la cultura científica mecanicista moderna entre dos reinos: la naturaleza cosificada y regida por la causalidad, completamente separada de la sociedad humana regida por la libertad moral de sus individuos. Este dualismo filosófico moderno fue consagrado por Descartes en su doctrina de las dos sustancias (*res extensa* y *res pensante*) y por Galileo en su doctrina de las 'dos verdades' (verdades *de fide* y verdades demostrativas), ejemplificada en su famosa sentencia: «la Religión, nos enseña "cómo se va al cielo", la Física, solamente "cómo va el cielo"».

El neoplatonismo científico renacentista

La interpretación organicista era de raíz neoplatónica y sólo en algunos aspectos aristotélica. La clásica cosmología platónica ya resaltaba el papel central del sol y del fuego junto con los pitagóricos y estoicos, así como la tradición médica que también los consideraba principio de vida y fuerza natural originaria. Esta tradición tiene su origen en los supuestos escritos herméticos atribuidos a Hermes Trismegisto (siglo II a. C.) y al movimiento místico-filosófico conocido como 'neoplatonismo', fundado por Plotino (205-270) y continuado por Porfirio (232-303) y por Proclo (412-485).

Las ideas neoplatónicas estuvieron presentes durante la Edad Media a través de Boecio (480-524) y sobre todo de San Agustín (354-430). De este último se derivaron dos líneas; una de ellas lleva a la contemplación de mundos inteligibles fuera de la realidad física. La segunda línea, ligada a la interpretación cristiana del *Timeo*, es la que condujo a la contemplación del mundo físico producido por el plan creador de Dios.

El descubrimiento del Nuevo Mundo originó una reconsideración de los viejos sistemas de comprensión heredados de la tradición aristotélico-tomista, pues sus descripciones de los elementos naturales simples y mixtos no correspondían con sus recientes observaciones del mundo americano. Los grandes relatos elaborados por los jesuitas José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*, 1590), Bernabé Cobo (*Historia del Nuevo Mundo*, 1653), J. E. Nieremberg (*Historia naturae maxime peregrinae*, 1635), Antonio Vieira (*História do Futuro*, 1650) y S. De Vasconcellos (*Notícias curiosas e necessarias das cousas do Brasil*, 1668) son ejemplos paradigmáticos de dicha lectura. Este sistema fue dominante en las universidades europeas durante el período 1500-1650. Entre sus precursores hay filósofos y místicos como Agripa, Wiegel y Jacob Böhme; científicos como Paracelso (1493-1541), Kepler (1571-1630) y Johann Baptista van Helmont (1578-1644).

Para el neoplatonismo, la materia era el vínculo unitivo con el mundo del espíritu. Ello lo llevó a jugar un papel decisivo en el surgimiento de la modernidad, causando gran impacto en el mundo intelectual renacentista del siglo XVI, como puede observarse en la *Utopía* de Tomás Moro, en la obra de Pico de la Mirándola y de Giordano Bruno. En el siglo XVII su influjo alcanzó hasta los platónicos de Cambridge.

La 'segunda escolástica' jesuita

Los orígenes propiamente modernos de la lectura organicista provienen de la producción científica de la llamada 'segunda escolástica', la misma que tomó distancia de la tradición aristotélica. Ella fue promovida por los jesuitas, a partir de la contrarreforma católica iniciada en el Concilio de Trento (1542-1562). Desde el Colegio Romano, los jesuitas intervinieron con una versión propia en el debate renacentista y barroco de la revolución científica de los siglos XVI y XVII, como los grandes adversarios del mecanicismo de Galileo y Newton.

El Colegio Romano organizó las llamadas 'redes jesuíticas' de información que trataba de empatar la filosofía y teología cristiana tradicionales con las nuevas propuestas científicas modernas. Mucha de la información empírica de la ciencia organicista de la naturaleza provenía de los testimonios que los misioneros científicos jesuitas enviaban regularmente a Roma desde todo el mundo. Son particularmente famosos los de los jesuitas Martín Martini, *Atlante Chino*; de Baltasar d'Anglada, misionero en el Tíbet y del padre José de Acosta desde el Perú.³² El propio cronista indígena Guaman Poma registra numerosas evidencias de esta influencia jesuita.³³

Un impulso decisivo a la cosmovisión organicista vino posiblemente con el descubrimiento de la circulación de la sangre por William Harvey (*De motu cordis*, 1629). Aunque era susceptible de una interpretación mecanicista, como la sugerida por Descartes en la parte V de su *Discurso*

³² Cf. Sequeiros, L., «El padre José de Acosta (1540-1600): misionero, naturalista y antropólogo en América hispana». *Proyección*, Granada, 2000, XLVII, pp. 63-74. Ver también: «El Geocosmos teológico de Athanasius Kircher (1601-1680)». *Proyección*, Granada, 2000, XLVII, 199, pp. 281-300. Igualmente: «Athanasius Kircher (1601-1680), el geólogo que creía que la Tierra estaba viva», *ACMIPA*, Córdoba, 2001, 43, pp. 22-23.

³³ Basta ver los términos elogiosos con que se refiere a los jesuitas en su crónica (Guaman Poma de Ayala, Felipe, *Nueva Corónica y buen gobierno*. Ed. Franklin Pease G. Y. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1993, vol. 2): «Después que ha entrado esta orden en este reino, ha entrado el Dios del cielo en el mundo de este reino» [fol. 636] y en particular al padre Acosta, de quien afirma haber leído su *De Procuranda Indorum salute* [fols. 1078-1080]. Abunda a favor de nuestra opinión, entre otras cosas, la observación hecha por Franklin Pease, según la cual en la mirada que Guaman Poma realiza de la naturaleza «la imagen del mundo consistía en una geografía sagrada» (Prólogo, en Guaman Poma de Ayala, *op. cit.*, vol. 1, p. xxv).

del método, ejerció una gran influencia en las ideas de los primeros geólogos, quienes concebían la Tierra como un cuerpo vivo. Precisamente Hutton, considerado el 'padre' de la geología moderna, había estudiado medicina e hizo su tesis sobre la circulación de la sangre.

La idea central de esta concepción, sustentada por la monumental obra del padre Athanasius Kircher (1601-1680) líder de los científicos jesuitas, era que la Tierra constituía un vasto organismo vivo (el macrocosmos) con una osamenta pétreo formada por las cordilleras montañosas, un núcleo central de fuego y grandes cavidades subterráneas por las que circula el fuego (los 'pirofilacios'), otras por las que fluye el agua (los 'hidrofilacios'), y otras por las que el viento sopla (los 'aerofilacios'). En estos textos es muy difícil separar los elementos teológicos de los experimentales modernos, pues hay una gran concordancia entre ambos.³⁴

A inicios del siglo XVII, la ciencia jesuita logró un considerable prestigio en los medios modernos por introducir constantes correcciones a diversas opiniones de las grandes autoridades de la antigüedad aristotélica y escolástica, lo que contribuyó a su impopularidad entre el clero tradicional. En el contexto del nacimiento de la ciencia moderna, el organicismo ocupó una suerte de posición intermedia entre el mecanicismo y el vitalismo mágico renacentista, sirviéndose de analogías tomadas del mundo que hoy llamamos biológico.

La filosofía neoplatónica tuvo una gran influencia en el mundo hispánico. Autores como León Hebreo³⁵ o Juan de Valdés (1500-1541) se insertan en esta tradición. El primero marcó una decisiva influencia en la construcción narrativa del mundo andino por Garcilaso de la Vega, ampliamente mostrada por los ya clásicos trabajos de José Durand³⁶ y Mariano Iberico.³⁷ Por otro lado, la idea de la circulación de la sangre —de gran fuerza simbólica en esta tradición— ya estaba en el español Miguel Servet (1511-1553) mucho antes que en William Harvey.³⁸ Son

³⁴ Cf. Capel, H., «Organicismo, fuego interior y terremotos en la ciencia española del siglo XVIII». *Cuadernos GeoCrítica*, Barcelona, 1980, n.º 27/28, pp. 1-94; y del mismo autor *La Física Sagrada. Creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española*. Barcelona: Ed. del Serbal, 1985.

³⁵ León Hebreo (Yehuda Abrabanel) nació en Lisboa en una fecha desconocida. Fue un extraordinario intérprete del neoplatonismo renacentista. Renovó la erótica de Platón, buscando armonizarla con otras tradiciones: el realismo peripatético, la teología y la mística judaicas. En 1535, cuando seguramente ya había muerto, se publicó en Roma su obra maestra en italiano florentino: *Diálogos de Amor*.

³⁶ Durand, José, *El Inca Garcilaso de América*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1988; ver: cap. II, «Garcilaso, el Inca platónico», pp. 22-30.

³⁷ Iberico, Mariano; «Discurso sobre el Inca Garcilaso de la Vega», *Revista Histórica*, Cuzco, 1939, n.º 73.

³⁸ Su obra *Exercitatio Anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* (Ensayo anatómico sobre el movimiento del corazón y la sangre en los animales) fue publicada en 1628.

igualmente documentadas las influencias del líder de los científicos jesuitas Atanasio Kircher sobre los filósofos, teólogos y naturalistas hispanos.³⁹ Durante el siglo XVII, la línea platonizante y hermético-alquímica estuvo presente hasta en un texto de naturaleza técnica como *El arte de los metales* (1640) de Alonso Barba, escrito en Potosí. Esta línea neoplatónica fue predominante en casi todas las grandes obras de los naturalistas jesuitas y cosmógrafos coloniales que antecedieron a Unanue y son profusamente citados en sus *Observaciones*.

La tercera ola organicista

Los finales del siglo XVII coinciden con el inicio del declive del organicismo jesuita en favor del mecanicismo ilustrado. Sin embargo, volverá a aparecer como movimiento antiilustrado en la '*Naturphilosophische*' de los médicos naturalistas y filósofos románticos alemanes de inicios del siglo XIX y a fines del mismo siglo en los médicos y filósofos vitalistas franceses, como Claude Bernard (1813-1893) y H. Bergson (1859-1941).

El contexto de las décadas finales del siglo XVIII y las iniciales del siglo XIX marca el fin de los grandes viajes descubridores que se desarrollaron a lo largo de los siglos XVI y XVII. Los viajes de aventura comienzan a ser sustituidos por los viajes de recapitulación científica de lo conocido; se inicia la fiebre del inventario, la recapitulación y clasificación del saber adquirido de forma salvaje. El aventurero, el conquistador y el político ambicioso pasan a ser sustituidos por el viajero científico romántico que se replantea la mirada en conjunto de lo ya descubierto.

Nacen las ciencias de la Tierra. El laboratorio y el museo aparecen como las instituciones centrales para la clasificación y el inventario completo. Se desarrolla la estratigrafía para medir las edades de la Tierra y la arqueología para medir las edades del hombre. Aparece el '*jardín botánico*' como modelo de laboratorio viviente para medir las épocas de la naturaleza. La historia desacralizada se vuelve natural y la naturaleza desmecanizada se vuelve histórica en esta tradición científica.

Estos naturalistas románticos fueron críticos furibundos de la concepción mecanicista de la naturaleza y del entendimiento conceptualista del saber en que se funda la ciencia de Descartes y Newton. A ella van a oponer el entendimiento de la naturaleza como un sistema orgánico de fuerzas o energías activas análogos a la voluntad humana, capaces de generar propiedades emergentes, variaciones y evoluciones internamente

³⁹ Particularmente de su obra más importante: *Athanasii Kircheri e Soc. Iesu. Mundus Subterraneus, in XII Libros digestus; quo Divinum Subterrestris Mundi Opificium, mira Ergasteriorum Naturae in eo distributio, verbo pantamorfon Protei Regnum, Universae denique Naturae Majestas et divitiae summa rerum varietate exponuntur*. Amsterdam: Apud Joannem Janssonium et Elizeum Weyestraten, 1665. Vol. 1: 346 pp. Vol 2: 487 pp.

funcionales al sistema autónomo al que pertenecen, resultando una naturaleza completamente diferente a la naturaleza invariante del mecanicismo. Su entorno intelectual es una filosofía poskantiana crítica del intelectualismo ilustrado.

El afán común de los naturalistas románticos por privilegiar la sensibilidad sobre la teoría se basó en una comprensión del conocimiento como una función biológica y no ideológica, como concibió la Ilustración. Su rechazo al dualismo moderno se expresó en el proyecto central de construir una 'filosofía natural' que emergiera no de principios matemáticos sino de una 'historia natural universal'.

La historia natural universal de Buffon

A fines del siglo XVIII (1788) muere Gorges Louis Leclerc Comte de Buffon, exponente supremo de las ciencias biológicas europeas hasta la revolución francesa. Él había sido desde 1739, director del 'jardín del Rey', el más célebre laboratorio botánico experimental de Europa. Su obra magna: *Historia natural, general y particular* fue publicada en 44 volúmenes entre 1761 y 1809 y pretendió dar el panorama más completo de la historia natural del mundo, convirtiendo a Buffon en el nuevo Newton de las ciencias biológicas y en el científico más influyente y leído del siglo XVIII.

Buffon basó su explicación del proceso de diferenciación de las especies botánicas y animales en un mecanismo básico y universal: el enfriamiento gradual de la Tierra desde los polos. Todas las diferenciaciones existentes en la naturaleza fueron presentadas en un *continuum* de graduaciones, rechazando la teoría de la existencia de diferencias cualitativas de tipos o especies fijas. En segundo lugar, explicó la distribución diversa y grupal de los diferenciados como resultado de las migraciones de los animales de mayor tamaño a las zonas tropicales boscosas por requerimientos alimenticios. En tercer lugar, correlacionó las variaciones en el tono de la pigmentación de la piel con las variaciones climáticas, de manera que las pieles más blancas se acercaban a los polos y las más oscuras al trópico.

La teoría de Buffon se fundamentaba en un inmenso arsenal de información empírica y en toda una orientación epistemológica divergente con el mecanicismo acerca de los métodos adecuados de observación, descripción y clasificación científica de los fenómenos biológicos. El primer paso en la descripción (de un individuo o especie) biológica consiste en capturar el conjunto (*ensamble*). En segundo lugar, distinguir analíticamente sus partes, estableciendo las diferenciaciones (individuales o específicas) del organismo en cuestión, en comparación con sus análogos, de manera que nos debe quedar un remanente que constituye su 'esencia', 'centro' o estructura invariante.

No obstante, Buffon encontró en América por lo menos cuatro contraejemplos devastadores de su teoría. En primer lugar, no logró hallar evidencias de la existencia originaria de hombres negros en las zonas tropicales americanas. Por el contrario, estableció la presencia autóctona de pueblos de piel oscura en las regiones polares de América como Alaska. En segundo lugar, en el trópico americano no se encontró especie alguna similar o análoga al elefante o la jirafa, tal como suponía su teoría. Por el contrario, se presentó numerosa evidencia de la existencia de grandes mamíferos en América del Norte. El propio Thomas Jefferson envió burlonamente a Buffon una cabeza de alce que refutaba sus teorías.

Buffon, apelando a un procedimiento frecuente en la historia de la ciencia, elaboró dos hipótesis ad hoc o explicaciones excepcionales para salvar los contraejemplos. Una primera, que denominó 'excepcionalismo americano', según la cual, el proceso migratorio norte-sur se interrumpió en el istmo de Panamá, por la imposibilidad física de atravesarlo por parte de las especies emigrantes. De ahí que América del Sur sólo produjese animales pequeños y débiles. No muy distinta fue la situación de los hombres (incluidos los inmigrantes europeos luego de la conquista), que progresivamente se fueron debilitando y empequeñecieron.

Sin embargo, como toda hipótesis ad hoc, la de Buffon resultaba inconsistente con el resto de su teoría. Si la población de América del Sur no era de origen norteamericano y si el tamaño y la fuerza en las variaciones de las especies eran explicados por el determinismo climático ¿cómo explicar su debilidad y pequeñez siendo de origen tropical? Había que desarrollar entonces alguna otra explicación igualmente ad hoc sobre el 'empequeñecimiento' de dichas poblaciones originarias.⁴⁰ Ello lo condujo a una nueva hipótesis, que se suele hoy designar con el nombre de 'hipótesis arriesgada' o 'negativa'; ésta consiste en postular la existencia de alguna entidad inobservable, que funciona como una 'causa oculta' o 'ausente' que no se infiere de la teoría ni se induce de la observación.

Así, Buffon elaboró una suerte de teoría excepcional de la 'generación'. En efecto, según ella, en estas zonas tropicales americanas, por la

⁴⁰ En realidad, la tesis del 'empequeñecimiento' no era original de Buffon. A finales del siglo XVI (1572), el cosmógrafo oficial del Consejo de Indias, Juan López de Velasco, describía este mismo medio natural como causa de la degeneración de los propios españoles que se afincaban en América: «Los que allá nacen de ellos que llaman criollos [...] conocidamente salen ya diferenciados en la color y tamaño porque son grandes y la color algo baja, declinando a la disposición de la tierra», más aún, «no solamente en las calidades corporales se mudan, las del ánimo suelen seguir las del cuerpo y mudando él, se alteran también» (López de Velasco, Juan; *Geografía y descripción universal de las indias*. Madrid: BAE, 1971, t. CCXLVIII, pp. 27 y 37-38).

combinación especial de la temperatura y la humedad del clima, se presentó una peculiar escasez de ciertas 'moléculas orgánicas' decisivas para la alimentación. Y como la forma de vida está, según su teoría, determinada por la interacción causal entre el embrión del organismo y las partículas orgánicas que requiere asimilar por alimentación para su desarrollo, con su ausencia se produjo una involución. Por supuesto, en la explicación de esta 'excepción' tales 'partículas orgánicas' nunca fueron identificadas sino sólo supuestas.

No obstante, nuevamente emergió otra dificultad; pues, si se trató de una situación contingente ('escasez'), las dificultades resultaban mayores para la teoría de Buffon. ¿Cómo daba cuenta de la invariancia total en la involución sólo por la ausencia de un factor causal de la evolución? ¿Habría que suponer entonces la existencia de algún patrón o fuerza causal interna (como la herencia)? Pero su teoría evolutiva sólo admitía causalidades externas del entorno climático o alimentario. En otras palabras, las variaciones específicas resultaban mayores a las explicables por los cambios climáticos o alimentarios externos. Tal es el contexto científico en el que se desarrolló la obra magna de Hipólito Unanue *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*.

La (historia) «fisiognomía regional» de Humboldt

Aunque Humboldt compartió todavía con Buffon la relevancia del componente territorial (*climat*) como causa de las diferenciaciones biológicas, no compartirá una comprensión 'externalista' del entorno territorial. Por el contrario, sus estudios empíricos enfatizaron las características irreductibles de cada 'región territorial', comprendiendo cada una de ellas como un 'todo orgánico observable' al que denominó 'fisiognomía de la región'. Con Humboldt desaparece la noción buffoniana de 'centro' o 'esencia' invariante de naturaleza inobservable. Es decir, cada región fue considerada como un ser orgánico distinto, en donde los seres orgánicos menores que contiene, son componentes funcionales de lo que hoy llamaríamos un ecosistema.

Para Humboldt, no se trataba de buscar una ley universal de invariancia de la naturaleza, sino precisamente una ley regional interna de la variación, o mejor dicho, de los componentes funcionales de los organismos, desde los individuos hasta lo que hoy llamaríamos ecosistemas o macroorganismos regionales. Esta internalidad regional de la variación podría caracterizarse como una suerte de estadio intermedio entre las teorías de Buffon y las que luego elaborarán Darwin y Mendel en la segunda mitad del siglo XIX para interpretar la evolución o invariancias de los seres biológicos.

La visión organicista de la naturaleza constituyó en algún sentido la tradición epistemológica moderna que marcó el inicio de la autonomía científica de la biología contemporánea. De hecho, para Humboldt, la descripción fisiognómica de una región — a diferencia de Buffon — no debía partir de la descripción primaria de los factores geológicos sino de la composición de su vida orgánica (plantas, animales, hombres): «De la misma manera como reconocemos una determinada fisiognomía en seres orgánicos distintos, así también podemos reconocer en cada región de la tierra una fisiognomía natural que le es peculiar». Ellos constituían — en ese orden — el ‘dato fundamental’ de la fisiognomía regional: «la capa vegetal que adorna a todo el planeta es el principal elemento de la observación».⁴¹

Las plantas — que son para Humboldt el indicador observable más significativo de un todo orgánico — se encuentran funcionalmente ligadas al contexto climático y su clasificación resulta imposible fuera de su contexto — en un jardín botánico — como hasta entonces se venía haciendo, ya que no existía en la tierra un contexto climático homogéneo. Para Humboldt, las clasificaciones botánicas sólo eran posibles al interior de lo que llamaba un ‘tipo integral de paisaje’, que era la verdadera ‘unidad de observación’, y ello sólo era posible in situ.

Las sesenta y nueve láminas que incluyen sus informes de viaje por América meridional están diseñadas siempre de manera que hacen evidente la importancia de la comprensión unitaria del paisaje. Dichas láminas — en vísperas de la invención y uso científico de la fotografía — muestran con toda claridad la mirada romántica de la naturaleza de los científicos de comienzos del siglo XIX. En estas imágenes se combinan la visión idílica de los nativos americanos con el registro objetivo que realiza el científico observador europeo. En todas ellas, los nativos aparecen desnudos y plenamente integrados al paisaje, como parte de la naturaleza. Los europeos, en cambio, siempre se presentan al margen del paisaje como observadores y anotadores testimoniales objetivos. Están in situ, pero no son parte del paisaje.

La ‘mirada romántica’ no significó, sin embargo, el abandono de los métodos cuantitativos por parte de los científicos. Lo que sucede es simplemente que el ‘todo orgánico observable’ no se reduce al registro analítico de sus partes, sino que está establecido por el conjunto de correlaciones que constituye la ‘unidad de observación’. Como reza el célebre apotegma biológico: «dado un órgano, identificar sus funciones correspondientes».

No obstante, los componentes genético y cultural parecían resistirse casi por completo a integrarse funcionalmente a la mirada naturalista

⁴¹ Humboldt; *Aspects of nature, in different lands and different climates with scientific elucidations* [1826]. Filadelfia: Lea & Blanchard, 1850, pp. 234 y 236.

orgánica fisiognómica de Humboldt. La genética y las ciencias sociales tendrán que disputar su propia carta de ciudadanía científica en el período siguiente de la historia de la ciencia contemporánea. Ellas requerirán un nuevo cambio en la mirada científica que se operará a lo largo del siglo xx, de la misma o quizá de mayor magnitud que la que enfrentaron los científicos decimonónicos.

El propio Humboldt no dejó de sorprenderse una y otra vez por la inmensa dificultad que tenía para encajar en sus esquemas fisiognómicos regionales la escasa diferenciación racial y social que encontraba en los nativos americanos, pese a las grandes variaciones 'altitudinales' (diversidad de pisos ecológicos) que existían entre sus diferentes poblaciones. Los componentes genéticos y/o culturales parecían desbordar toda simetría con su ecología regional. Pero este debate y sus desenlaces fueron procesos muy posteriores al contexto del debate científico que rodeó a Unanue.

La aparición de las *Observaciones* de Unanue originó una gran sorpresa al barón de Humboldt, llevándolo a afirmar que era «un excelente tratado de fisiología». ⁴² Sorpresa claramente expresada por uno de los comentaristas de la edición española de dicha obra, al señalar que era «en verdad muy extraño que llevando nosotros a los peruanos muchos siglos adelantados en la ilustración y bastantes años en la erección de cátedras de todas clases, se haya publicado el primer libro de esta clase en Lima, y no en Madrid». ⁴³

Acosta, Kircher, Buffon

¿Cuál era la fuente principal de la coincidencia entre Humboldt y Unanue? Es posible que dicha coincidencia sea algo más que un asunto ocasional y se remonte a la genealogía organicista de la tradición científica moderna en el Perú desde el siglo xvii. Una evidencia textual de ello se encuentra en la profusa citación y en la común admiración de Unanue y Humboldt por la obra del padre jesuita José de Acosta (1539-1600), a quien Humboldt llamó 'el Plinio del Nuevo Mundo'.

En sus estudios sobre el Perú, Humboldt se encontró con la obra de Acosta y las de otros dos grandes naturalistas del siglo xvii: el jesuita Bernabé Cobo (*Historia del Nuevo Mundo*, 1653) ⁴⁴ y el cura de Potosí Álvaro

⁴² Humboldt, Alejandro de; *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. México: Porrúa, 1991.

⁴³ Cit. por Unanue en «Advertencia a la segunda edición», *Observaciones... op. cit.*

⁴⁴ Suele atribuirse a Alexander von Humboldt la primera descripción de los pisos de vegetación en los Andes, a principios del siglo xix, pero en realidad el jesuita Bernabé Cobo se ocupó de ellos casi dos siglos antes. Éste sostuvo que la mejor manera de entender los «temples», «grados» o «andenes» de los Andes es mediante la descripción del ambiente en el que se

Alonso Barba (*El arte de los metales*, 1640). A la vista están las numerosas referencias que hace Humboldt a los escritos de estos cronistas, sobre todo, en tres de sus obras: *Vues del Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (París, 1810-13); *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América* y, finalmente, *Kosmos* (Stuttgart/Tubinga, 1845-62, 5 vols.).⁴⁵

En *Vues de Cordillères*, Humboldt utiliza a Acosta⁴⁶ como referencia bibliográfica y como autoridad científica: «Ya Valdés y Acosta, primeros religiosos que visitaron América, dijeron que las pinturas aztecas 'eran escrituras semejante á la de los Egipcios' [...]». Para referirse al contenido de la obra de Acosta, Humboldt emplea el mismo término —'geografía física'— que usa para su propia labor: «[...] el P. Acosta, más instruido que Garcilaso [...] compuso los primeros libros de su Geografía Física del nuevo continente en el Perú mismo, a fines del siglo xvi [...]».

Unos años más tarde, en su *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent, 1836-1839*, Humboldt⁴⁷ escribe sobre los antecedentes de sus ideas: «Cuando se estudia a los primeros historiadores de la conquista y se compara sus obras, sobre todo las de Acosta, de Oviedo y de Barba, con las investigaciones de los viajeros modernos, sorprende encontrar el germen de las más importantes verdades físicas en los escritores españoles del decimosexto siglo». En *Cosmos*, vuelve a hacer referencia al mérito de Acosta por ser el primero no sólo en observar y describir los hechos, sino en llegar a deducir generalizaciones: «Desde la descripción del Nuevo Continente, discretamente bosquejada por el jesuita José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*, 1590), no habían sido

desarrolla su vegetación y especies animales. Su relato es, por ello, una descripción fitogeográfica y zoogeográfica de las especies de cada piso ecológico, explicando así la presencia de diferentes plantas, animales y hasta asentamientos humanos en relación con la altitud y el clima.

⁴⁵ Cf. Humboldt, *Sitios de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Madrid: Imprenta y librería de Gaspar, 1878 [otras ediciones: Buenos Aires, 1968; México: Siglo XXI Ed., 1995 (2 vols.)]; *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992; *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, trad. de Bernardo Giner y José de Fuentes. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig (4 tomos), 1874-75.

⁴⁶ Valdés, *Retórica cristiana*. Roma, 1579, lib. II, p. 93; y Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Atlas BAE 73,1954 [1590], lib. VI, c. VII.

⁴⁷ En parte I de *Voyage aux régions équinoxiales...* París, 1807-1839 (6 partes, 30 vols.) [versión en español: *Viaje a las regiones equinoxiales del Nuevo Continente*. Caracas: Monte Ávila, 1991 (5 vols.)].

⁴⁸ *Ibid.*, cit. por Sandra Rebok, «Alexander von Humboldt y el modelo de la 'Historia Natural y Moral'». La versión preliminar de este trabajo se presentó en el simposio «El género americano de las 'historias naturales y morales: un modelo cognoscitivo de la diversidad cultural desde el mundo latino». Organizado por Fermín del Pino, Leoncio López-Ocón y Rafael Chabrán en el marco del XXI International Congress of History of Science, del 8-14 de julio de 2001 en Ciudad de México.

consideradas de una manera tan general las cuestiones que se relacionan con la física del globo».⁴⁹

Numerosas referencias a Acosta se encuentran en el capítulo dedicado al 'Desarrollo de la idea del cosmos en los siglos xv y xvi' (segundo tomo), donde destaca los vínculos entre su modelo de geografía física y de historia natural: «El fundamento de lo que hoy se llama Física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla contenido en la obra del jesuita José Acosta, titulada *Historia natural y moral de las Indias* [...]».⁵⁰

Pero Humboldt no se limita a citar a Acosta; sigue una misma manera de concebir la ciencia, tanto en el manejo taxonómico como en la interpretación holística de su 'geografía física'. Es común a ellos una concepción filosófica orgánica y funcionalista de la naturaleza y culturas humanas para comprender sus variaciones a lo largo del tiempo. La naturaleza se muestra como un todo integrado por seres de distintos reinos, pero conectado en una cadena vital. Su concepción de la naturaleza incluye minerales, plantas, animales y seres humanos como miembros de una misma y continua 'escala natural'. La historia natural y moral son integradas y ordenadas funcionalmente con respecto al todo.

El espíritu holista – adverso al procedimiento analítico de la ciencia mecánica – permite convertir el método comparativo en un procedimiento de síntesis. Siempre se busca establecer la unidad y armonía de la naturaleza en sus diferentes partes, la jerarquía de las inferiores a las superiores, desde los minerales hasta el hombre, y su integración en el cosmos como un todo. El cosmos se presenta así ante nuestros ojos como un inmenso organismo vivo.

Al igual que en la *Historia natural y moral* de Acosta,

Los metales son como plantas encubiertas en las entrañas de la tierra, y tienen alguna semejanza en el modo de producirse, pues se ven también en sus ramos y como tronco de donde salen [...] y en alguna manera parece que crecen los minerales al modo de plantas [...] porque de tal modo se producen en las entrañas de la tierra por virtud y eficacia del sol y de los otros planetas, que por discurso de tiempo largo se van acreditando y quasi propagando. Y así como los metales son como plantas ocultas de la tierra, así también podemos decir que las plantas son como animales fijos en un lugar, cuya vida se gobierna del alimento que la naturaleza les provee en su propio nacimiento. Mas, los animales exceden a las plantas, que como tienen que ser más perfectos tienen la necesidad de alimento también más perfecto, y para buscarle les dio

⁴⁹ Ibid., Humboldt, *Cosmos, op. cit.*, t. I, p. 356 (nota de pie 25 de la p. 51).

⁵⁰ Ibid., Humboldt, *Cosmos, op. cit.*, t. II, p. 255 y ss.

la naturaleza movimiento, y para conocerle y descubrirle, sentido. De suerte que la tierra estéril y ruda es como materia y alimento de los metales; la tierra fértil y de más sazón es materia y alimento de plantas; las mismas plantas son alimento de animales, y las plantas y animales alimento de los hombres: sirviendo siempre la naturaleza inferior para sustento de la superior, y la menos perfecta subordinándose a la más perfecta.⁵¹

De manera análoga, para Humboldt, su concepto de 'física de globo' incluye el estudio del hombre en su función dentro de la naturaleza. La idea de una fuerte interconexión entre hombre y medio ambiente como un sistema armónico —mientras que hombre y naturaleza son vistos como opuestos en la tradición mecanicista moderna— es contraria al carácter problemático que esta relación tiene para los filósofos ilustrados.

Athanasius Kircher, líder científico de los jesuitas a lo largo del siglo xviii (nació un año después del fallecimiento de Acosta), citó a Acosta en diversos pasajes de su obra magna *Mundus Subterraneus* y también en *El Arca de Noé*,⁵² como parte de la continuidad y expansión de esta tradición organicista jesuita. En sus obras, el mundo aparece como:

Un órgano verdaderamente armónico en número, peso y medida, por plan de Dios trino y providentísimo así dispuesto y adaptado, que aunque en los más íntimos escondrijos y lugares ocultos tenga instrumentos recónditos para su operación, sin embargo, por conductos subterráneos y por una inmensa multitud de tubos y fistulas hace oír la modulación de sus sonidos y tanta variedad de las más diversas voces, que es evidente que no hay nada en todo el mundo sub lunar que no esté imbuido por su armonía simpática y por su número, peso y medida.⁵³

Al igual que en la *Historia Natural* de Acosta, uno de los problemas que Kircher se plantea en *El Arca de Noé*, surge de la crisis del universalismo cristiano frente a la excepcionalidad americana: ¿cómo explicar el modo de dispersión de los animales y humanos desde un solo punto (el Arca) hasta todos los lugares más alejados del mundo conocido? ¿Cómo pudieron atravesar cordilleras y mares? Y, más aún, ¿cómo explicar que en los continentes lejanos tanto de Europa, como América, Asia y África, haya animales y plantas diferentes de los de Europa? ¿Es que todos no estaban en el Arca?

⁵¹ Acosta, *op. cit.*, lib. iv, cap. 1, pp. 88-89.

⁵² *Athanasii Kircheri e Sos. Jesu Arca Noë in tres libros digesta...* Ámsterdam, 1675, 240 pp. [Edición española: *El Arca de Noé. El mito, la naturaleza y el siglo xviii*, edición de A. Martínez Tomé. Madrid: Ed. Octo., 1989, 319 pp.]

⁵³ Kircher, «Prefacio» a *Mundus Subterraneus...* (1665), *op. cit.*, cap. 1, «Sobre la ocasión de esta obra y sobre los viajes del autor», p. 21.

Apelando al mito platónico de la Atlántida, Kircher sugirió la hipótesis ad hoc de que con posterioridad al diluvio, al formarse los mares, subsistió a lo largo de todo un período un medio de comunicación intercontinental: «Desde Europa y África pudieron llegar sin dificultad a ambas Américas, ya que en el Océano Atlántico hubo una gran isla o continente, como hemos indicado anteriormente siguiendo a Platón, quien afirma que fue muy frecuentado por los expedicionarios griegos y egipcios, lo que ampliamente describimos en *Mundus Subterraneus*».⁵⁴

La otra pregunta sobre ¿cómo es posible explicar la diversidad de animales en otras áreas geográficas?, es largamente debatida por Kircher. Así, este jesuita llega a conclusiones cercanas a las hipótesis de Buffon: «En lo referente a los animales muy distintos a los nuestros, que muchos se sorprenden de encontrar en las regiones de las Indias, éstos dejarán de sorprenderse si entendieran correctamente lo que dijimos sobre la transformación de los animales de las especies primeras en el segundo libro de esta obra, ya que su constitución ha variado en función del cielo y de los climas».⁵⁵

Para Kircher, la primera conjetura es que estos animales se ‘transformaron’ por influencia del clima o de la zona geográfica: «[...] todas las especies naturales, tanto vegetales como sensitivas, al ser trasladadas de un clima o zona a otro, cambian de comportamiento e incluso de constitución, de forma que una misma e idéntica especie en los primeros siglos ha sido hallada con una sorprendente constitución en el Nuevo Mundo o en las Indias».⁵⁶ La segunda conjetura — de la ‘degeneración postdiluviana’ — es una hipótesis que un siglo después retomó Buffon (1779) en *Las épocas de la naturaleza*.⁵⁷ La tercera conjetura para explicar la mayor diversidad de seres vivos con posterioridad al diluvio es: «al multiplicarse los animales sobre la Tierra en el transcurso del tiempo y ocupar las selvas, los montes y los campos, surgieron nuevos animales procedentes de la mezcla de varias especies».⁵⁸

Lo que se ha tratado de sugerir a lo largo del presente estudio es que la tradición organicista en la que se encuentra envuelta la obra de Hipólito Unanue es una pista importantísima para entender nuestra tradición científica nacional. En ésta convergieron diversas vertientes doctrinarias y sociales del mundo antiguo y moderno fusionadas en la tradición organicista — poco estudiada hasta el presente — sobre la que se ha cons-

⁵⁴ Kircher, *Arca de Noé*, op. cit., lib. 3, part. III, cap. III.

⁵⁵ *Ibid.*

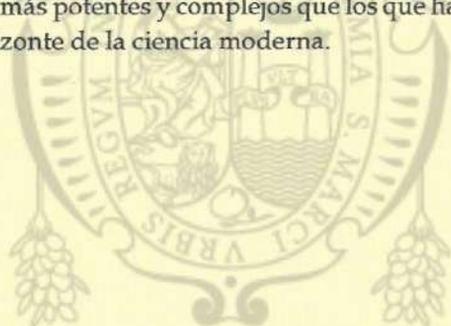
⁵⁶ *Ibid.*, part. I, sec. III, cap. III.

⁵⁷ Buffon, *Las épocas de la naturaleza* [1779]. Madrid: Alianza Universidad, 1997, 429 pp.

⁵⁸ Kircher, *Arca de Noé*, op. cit., part. I, sec. III, cap. III.

truido la tradición científica moderna en el Perú. Ello puede, quizá, evitar en el futuro que sigamos reproduciendo la 'sorpresa' que tuvo Humboldt hace dos siglos al leer el texto de Unanue y encontrar en él una sólida tradición teórica y práctica acumulada desde fines del siglo XVI, que refutaba de manera patente el supuesto 'atraso de los peruanos', debido a la ausencia de una tradición y una comunidad científicas.

Por el contrario, dicho examen nos puede ayudar a evaluar hoy tanto nuestras debilidades como nuestras ventajas comparativas en la tarea de desarrollar una cultura científica moderna en el Perú. Es posible que el predominio de la tradición organicista en nuestra comunidad científica nacional haya sido un gran obstáculo para el desarrollo de ciertas disciplinas científicas modernas en las que fructificó el paradigma mecanicista (particularmente en las ciencias físicas); sin embargo, es también cierto que el paradigma organicista constituyó un fuerte estímulo para el desarrollo de las llamadas ciencias biológicas, las cuales han alcanzado considerables desarrollos en el Perú. Éste es un asunto particularmente importante después de que la paradigmática tradición mecanicista — hegemónica entre los siglos XVII y XIX — ha sido objeto de demoleedores asedios críticos a lo largo de siglo XX en la comunidad científica internacional, dando lugar a la búsqueda de paradigmas de científicidad más potentes y complejos que los que hasta entonces dominaron el horizonte de la ciencia moderna.





Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Augusto Salazar Bondy

**APROXIMACIÓN A
UNANUE Y LA ILUSTRACIÓN PERUANA**



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Introducción

La presente tesis es parte de un estudio más amplio relativo al pensamiento de Hipólito Unanue y la Ilustración peruana. Está él concebido como un ensayo de penetración en el cuadro mental que refleja la obra del médico peruano, tomando como materia de examen no sólo aquellos contenidos que son objeto de su especial reflexión (como ocurre, v. g., con el tema de la influencia del clima), ni tampoco sólo la doctrina científica que hace suya, particularmente la médica, sino todos aquellos conceptos o temas que abierta o tácitamente hayan sido motivo de su interés y hayan dejado una huella en su producción escrita y en su actividad académica. A través de este estudio, centrado en la así ampliada temática de Unanue, intentamos hacer explícita la conciencia del hombre culto de su época, es decir, del ilustrado peruano de fines del período borbónico y comienzos de la República; conciencia que constituye la atmósfera intelectual en la que se formó y de la que recibió sus estímulos teóricos decisivos el autor de las *Observaciones sobre el clima de Lima*.

Este propósito nos ha obligado a realizar una particular disección de la bibliografía de Unanue, de la que ha resultado un núcleo de ideas fundamentales, como las de razón, filosofía, naturaleza e ilustración. Ellas han sido estudiadas en sus múltiples facetas y vinculaciones, siguiendo una triple vía de enjuiciamiento que se despliega a lo largo del trabajo: (a) la que pregunta por el sentido y las relaciones lógicas de los conceptos; (b) la que atiende a los vínculos históricos de éstos, mediante la cual quedan situados en el pensamiento de su época, a la vez que son proyectados en la dirección de la historia de las ideas pasada y futura; y (c) el examen psicológico del funcionamiento de las ideas en Unanue y del fondo vivencial que a menudo confiere sentido propio y justificación a su empleo. En todos los casos, el objetivo de la investigación no ha sido la crítica de los enunciados de Unanue, sino su comprensión.

Según lo expuesto, el lector encontrará en lo que sigue un análisis dirigido concretamente a los conceptos gnoseológicos (razón, experiencia, método, ciencia, etc.) y a los de naturaleza y Dios, que los encara en sus varias significaciones, extrayéndolos de los múltiples contextos en que son usados, ora temática, ora episódicamente, dentro del todo de la obra (una obra que es la del investigador científico, pero también la del periodista y la del político). Examen lógico éste que es complementado por consideraciones históricas y psicológicas, tendientes a la iluminación de la peculiar conciencia que encarna en nuestro pensador.

Aparte de las muchas limitaciones de que adolece el trabajo que ofrecemos, queremos indicar aquí que su lectura revelará lagunas en el tratamiento de ciertos temas, así como problemas relativos a otros apenas insinuados o soslayados, los cuales se originan, en gran parte, en la dependencia que guarda esta tesis con respecto a las demás partes del estudio total al que pertenece.



CAPÍTULO PRIMERO

Las formas del saber



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

LA BIBLIOTECA ACADÉMICA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú, Decana de América

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL

El tema de las formas del saber, como otros muchos filosóficos en sentido estricto, ha sido objeto de la meditación de Unanue sólo de manera lateral y episódica. Pero si no un enfoque directo y sostenido de él, encontramos sí en sus obras una abundante copia de puntos de vista parciales, de juicios y valoraciones epistemológicas y de tópicos sobre el conocimiento, reveladores de un interés principal por ese tipo de problemática y de la función que en su pensar científico y en su actividad profesional ella desempeñaba. No es esto una excepción en el siglo XVIII. A la vera de las corrientes filosóficas que, continuando la tradición moderna, alcanzan en él decisivos resultados en la crítica del conocimiento, los círculos ilustrados más amplios tienen siempre a la vista la temática gnoseológica; pero ella es, en la mayoría de los casos, tan reiteradamente aludida como poco clarificada en sus supuestos y consecuencias, siendo perceptible, así, una general atmósfera de renovación del conocimiento y su metodología y, al mismo tiempo, la ausencia de una crítica rigurosa y honda de la estructura del saber humano.

Unanue habla una y otra vez de la ciencia, de las condiciones del trabajo cognoscitivo humano, de la experiencia, la razón y el método, insistiendo en puntos de vista favorables al desenvolvimiento de la ciencia natural, como saber estricto, y opuesto al saber metafísico que había constituido el meollo de la tradición filosófica escolástica. Una viva y segura intuición de las exigencias de la investigación natural, de la necesidad de renovar la práctica de la ciencia en la sociedad peruana colonial y la conciencia de las vías que quedaban francas para la especulación — después del trabajo de criba realizado por la filosofía en la Edad Moderna —, lo llevaron por los senderos de la problemática gnoseológica. Pero apenas rozó sus motivos principales.

Surgen así las referencias y los exámenes parciales de la ciencia, el método o la filosofía, que vamos a estudiar en lo que sigue. No necesitamos advertir que están lejos de constituir una muestra eminente de lo que el pensamiento filosófico, y aún el de ciertos sectores de la ciencia, hizo en la época. Su sentido es, más bien, el de síntomas del nivel en que se encontraba el pensar científico general y el nuestro nacional, en lo relativo a los problemas del conocimiento y el de revelador de la estructura de ese pensar. Pero también, y de modo principal (cosa que ocurrirá no menos con los temas que estudiaremos en los capítulos siguientes), de ese particular convergir en la misma conciencia múltiples motivos de la tradición filosófica occidental, que determina la aparición de una unidad histórico-espiritual con valores peculiares.

I. ANÁLISIS DE LA CIENCIA

Puede decirse que el examen del saber científico es emprendido en los escritos de Unanue desde dos ángulos principales. El primero es el de las condiciones de nacimiento y desarrollo de la ciencia. Éste es un punto de vista genético. Toma el hecho del conocimiento como una realidad natural, cuyo desenvolvimiento conduce a la generación y desarrollo de una forma sui generis de relación con el mundo. El segundo es el del examen de la ciencia como un hecho. Es un punto de vista analítico. Opera él sobre la estructura de la ciencia tal como ha sido decantada por la historia y pone de manifiesto sus momentos esenciales. Una actitud mental que, sin la proyección y el alcance teórico de la estricta crítica del conocimiento, se sitúa un poco en la línea de ésta, manejando conceptos que pueden entenderse, *mutatis mutandis*, en el sentido de las condiciones de posibilidad del saber científico, condiciones por las que explícita o tácitamente preguntaban las fuentes filosóficas contemporáneas.

Las ciencias nacen a partir del trabajo cognoscitivo determinado por la exigencia de conservar la vida. Un rudimentario mecanismo animal, apto para satisfacer las más elementales necesidades orgánicas, condiciona el repertorio de conocimientos que libran al hombre de hallarse a merced de las fuerzas que en su contorno vital le son contrarias y nocivas. Los objetos de este contorno, ceñido al marco de sus actividades, son los de *sus necesidades*; y el saber a que da lugar la posesión de ellos, un saber, en principio, práctico y aplicado. Esta vinculación primaria con las urgencias prácticas determina el orden de aparición de los conocimientos y su valoración por el hombre en el ámbito natural. Porque en el dominio de la flora se encuentran aquellos cuya distinción precisa como «remedios» proporciona al salvaje el repertorio más eficaz de armas contra los peligros que le asedian en el mundo entorno. Ligada

a una suerte de elemental inducción, se destaca, entonces, la botánica como el más primitivo cuerpo de conocimientos de que dispone el hombre.¹ Las plantas — dice Unanue — fueron estudiadas

[...] antes de arreglar los movimientos del planeta rector del universo, y observar la marcha majestuosa del resto de los astros, o escudriñar la generación de los fósiles en los senos ocultos de la tierra. Continuando las mismas necesidades y experimentando los propios socorros al poblar la superficie de ésta, se perpetuaron en él las primeras aplicaciones; encontrándose, por consiguiente, el estudio de los vegetales hasta en aquellos sombríos rincones del globo, en que el linaje humano parece distinguirse del irracional sólo por su figura exterior.²

Si las circunstancias de su origen daban a estos ensayos cognoscitivos tanto una primacía temporal (que para Unanue, acercándose a asertos de Vico, parece hallarse conectada con el simple despliegue de las potencias animales)³ como práctica y le aseguraban, además, una validez empírica superior a la de las especulaciones metafísicas de posteriores etapas cultas,⁴ ellos no se podían considerar dentro del nivel genuino del saber teorético: eran, a lo más, meras «preparaciones, o unos leves esfuerzos que no merecen el sublime título de ciencia».⁵ En la «Disertación sobre la coca», Unanue les da el título de «primer ensayo filosófico del entendimiento humano».⁶

Desde estos humildes orígenes, el saber científico se ha desarrollado hasta alcanzar el grado de perfección que ostenta en el siglo XVIII. Los factores por cuya acción han sido posibles esos progresos son múltiples. Por lo pronto, cabe mencionar la mera condición formal, lla-

¹ «La Botánica, como todo el resto de los conocimientos humanos, debe su origen a la necesidad. Era preciso que el hombre alimentase su vida, y se opusiese a la multitud de dolencias que intentan aniquilarla casi desde el momento que le dio principio». «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú». *Mercurio Peruano*, n.º 43, p. 69. (En adelante citamos al *Mercurio* con la sigla MP.)

² «Disertación sobre el aspecto, cultivo, comercio y virtudes de la famosa planta del Perú nombrada coca». MP, n.º 372, pp. 203-206.

³ «Y aunque la Medicina en sus puros comienzos debió de nacer Botánica, pues los hombres primeros de Hobbes, de Gracio, de Pufendorf, todo sentidos y sin casi reflexión alguna, tendrían sutilísimo sentido, poco menos que de bestia, para distinguir las plantas útiles a sus dolencias.» Giambattista Vico, *Ciencia nueva*, traducción española por José Carner. México: El Colegio de México, 1941, t. I, p. 127.

⁴ «Principiaremos por la experiencia, que debe ser el fundamento de todos los raciocinios y resultados fisiológicos —dice Unanue citando a Linneo—. Y faltando ella son vanas en la física las conjeturas del entendimiento humano. Por eso los bárbaros que consultaron a la primera, mientras que los más célebres doctores perdieron el tiempo en la segunda, han hecho más progresos, adelantado y enriquecido la materia médica que las escuelas de todas las edades». «Disertación sobre la coca». MP, n.º 375, p. 233.

⁵ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú». MP, n.º 43, p. 70.

⁶ MP, n.º 372, p. 205.

mémosla así, de la sucesión de los tiempos, que en el contexto de las referencias de Unanue parece implicar un paralelo proceso de maduramiento cognoscitivo. El tiempo, sea contribuyendo a la fijación de la observación, sea destruyendo los asertos erróneos, conspira, por su nudo transcurrir, al adelanto del saber.⁷ Vinculado a él se encuentra un segundo factor, el de la formación de las sociedades y el ejercicio del poder político, a cuya gestión se debe el allanamiento de las dificultades que se oponen a la plena dedicación del sujeto a las tareas del conocer. Unanue hace hincapié en esta circunstancia y en la participación, tan ligada a su propia actividad, del mecenazgo protector de las ciencias.⁸ Pero ambos factores son condiciones externas que vienen a conspirar al despliegue de una última y más decisiva, de índole subjetiva: el ocio creador. El correr de los tiempos, las condiciones de seguridad y orden que prosperan en la vida social de los gobernantes y los poderosos tienden a constituir la atmósfera adecuada para que un hombre privilegiado piense; en las sociedades adelantadas todo conspira a crear aquel ambiente de comodidad y reposo que permite «pasar de los trabajos de las manos a las reflexiones del espíritu»,⁹ y que es terreno propicio para que las ciencias se afirmen y crezcan.

Observemos que en este primer abordaje del tema de la ciencia se emplean conceptos que, como los de barbarie, sucesión de los tiempos y

⁷ «[L]as ciencias han andado a paso lento aun en los países más felices —leemos en la «Introducción al tomo VI» (MP, n.º 174, p. 1)— y es consiguiente sigan en Lima igual carrera. La protección, el tiempo y la constancia nos irán insensiblemente conduciendo al brillante estado que deseamos.» Y en el «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas de Medicina», habla de «la observación consumada no solo por la serie de los años, sino por la fuerza y constancia de la atención». MP, n.º 371, p. 195. Finalmente, en la «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada» leemos: «El tiempo y la experiencia, que descubren los errores y las quimeras...». *Obras*, t. III, p. 114.

⁸ «Las ciencias comenzaron a nacer después que la sucesión de los siglos, la formación de las sociedades, y en especial la beneficencia de los principios proporcionaron al hombre la comodidad y el reposo para pasar de los trabajos de las manos a las reflexiones del espíritu». «Introducción a la descripción de las plantas». MP, n.º 40, p. 70.

«Las ciencias sólo han progresado en las (manos) de aquellos que no han tenido otras necesidades que el cultivarlas o porque la suerte los favoreció con una hacienda suficiente para subsistir, o porque los proveyó de ella la magnificencia de los Augustos, y los Mecenas. De estos dichosos recursos carecen cuantos componen nuestra sociedad. Absorbidos por los empleos y destinos que los alimentan, le falta aquel dulce sosiego indispensable a las meditaciones filosóficas». «Introducción al tomo X». MP, n.º 313, p. 2. Esta vinculación del desarrollo de la ciencia con el desenvolvimiento de la vida social es común entre los pensadores del siglo. En Voltaire, por ejemplo, encontramos junto al momento de la descalificación de la intolerancia absolutista con su secuela de guerra y destrucción, el de la afirmación de la función civilizadora del poder central. Cf. W. Dilthey: «El mundo histórico y el siglo XVIII». En *El mundo histórico*. Trad. española de Eugenio Imaz. México: Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 363.

⁹ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú». MP, n.º 40, p. 70.

formación de las sociedades, son productos característicos de la mentalidad del siglo y recursos una y otra vez usados en el cuadro de las argumentaciones filosóficas de la época. Para Unanue, así como para los más destacados filósofos de la Ilustración, la referencia a los orígenes de la ciencia es paralela a la referencia al estadio más simple del espíritu humano, a esa singular *tábula rasa* (la estatua de Condillac) desde la que habría de ser comprendida la compleja urdimbre de la cultura humana.¹⁰ Su transcripción histórica, en sentido lato, es el hombre primitivo, el bárbaro; y las edades bárbaras de la humanidad, el fondo explicativo sobre el cual ha de desplegarse la argumentación. El tratamiento de esta temática es, sin embargo, más bien metódico que histórico. Aludiendo ora a un estadio inicial de la historia humana, que nunca se determina cronológicamente, ora a pobladores coetáneos de algún lugar de la tierra,¹¹ la explicación apunta a un modelo antropológico que se opone dialécticamente al hombre histórico, forjador de ciencia, como la potencia de la verdad se opone a las fuerzas ciegas de la sinrazón y la barbarie. A semejanza de lo que ocurre con los esfuerzos que se mueven dentro del círculo de la *Enciclopedia*, o en Rousseau o Kant, la idea del hombre natural, si prescindimos de la perspectiva desde la que debía juzgar Unanue estos motivos y las conclusiones más extremas de las doctrinas de aquéllos, funciona como postulado ideal cuya misión es la de iluminar la comprensión del hombre radical y de sus objetivaciones culturales. Aquí también el saber científico se siente penetrado en su sentido cuando se lo proyecta sobre la perspectiva de un concepto psicoetnológico, como el de los tiempos primitivos, y cuando se reconstruye su historia a partir de él. Otro tanto cabe decir respecto de las vías de acceso a la consideración propiamente histórica, las nociones de comienzo de la existencia social y del justo ejercicio del poder. No obstante lo cual, aunque sujetas a una función fundamentalmente normativa, en principio, ofrecen los primeros ejemplos de una referencia concreta a la evolución de la ciencia en la historia. La ciencia aparece en ellas como producto de la vida civilizada del complejo de relaciones que, en el curso de la existencia social, ha desempeñado en el pasado y está cada vez más llamada a cumplirlo en el futuro: el papel de edificadora de la morada deseada por la humanidad en la tierra. [Ello] como un factor concreto, pues, de sociabilidad, de civilización, entendido en un sentido que precisa la dialéctica de lo na-

¹⁰ En este plano se sitúa el diseño de hacer la genealogía de los conocimientos humanos, tal como aparece v. g. en el *Discurso preliminar de la Enciclopedia* de D'Alembert (Madrid, 1920, p. 25).

¹¹ A fines del siglo xviii, Turgot hizo por primera vez un uso cabal de esta doble suerte de consideración, comparando la evolución de la humanidad en el tiempo con los diversos estadios de adelanto cultural que ofrecían los pueblos de la tierra en un momento determinado. Cf. Dilthey, *op. cit.*, pp. 373-374.

tural y lo social que la Ilustración maneja como uno de sus preferidos instrumentos conceptuales.

El saber científico establecido en el suelo firme de la cultura moderna y en constante progreso, muestra su consistencia interna gracias a otra clase de análisis que se proyecta, como hemos dicho, hacia las manifestaciones acabadas del saber sistemáticamente fundado. En él se contrae a descubrir sus constituyentes esenciales. Para Unanue son éstos la *experiencia* y la *razón*. La conjunción de ambos factores hace de un conocer misceláneo e infundado una ciencia rigurosa; determina el paso del plano de la simple *empírie*, de la especulación falaz o del acopio disperso de verdades a aquél en que se mueve un saber concebido y formulado con sistema:

Ambas cosas (la oportunidad y el método) piden unir a una práctica consumada un juicio severo, porque la medicina está fundada en la observación puntual de los hechos, que enseñan mutuamente su conocimiento, y en los justos raciocinios con que se deducen las consecuencias, y se ordenan en cuerpo de doctrina. Por manera que de ella se verifica aquella sentencia de Nacianceno, que tan imperfecta es la experiencia sin razón, como la razón sin la experiencia: *ατελες αλογος ωραξις και λογος απρακτος* (sic).¹²

El texto anterior, que ciertamente rebasa los límites de su restringida aplicación médica, es singularmente explícito sobre la conexión de las instancias consideradas como momentos fundamentales del saber científico. Se señalan claramente en él las funciones que están reservadas dentro del cuerpo de la ciencia a la observación y a la extensión conceptual de la experiencia, y se subraya decididamente su importancia. Pero aparte de ello, la distinción de las ideas de razón y experiencia y la afirmación de su primado en el conocimiento ocupa un lugar principal en las reflexiones de Unanue sobre el saber científico, lo confirma la reiterada alusión que hace de tales conceptos en diversas etapas de su obra.¹³

¹² *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*, segunda edición. Madrid, 1815, p. 246. La cita corresponde a Heurb, t. II, p. 366.

¹³ En la «Disertación sobre la coca» leemos la siguiente cita de Linneo: «*Duo in Medicina fulcra, tatio et experientis; experientia praecedat, ratio sequitur: hinc rationes in robis medicis experientia non conditee nihil valent*» (*Materia Médica*, Canon 2). *MP*, n.º 375, p. 233, nota 57. Desde ángulos diversos aunque coincidentes, los siguientes textos tocan el mismo tema: «(La coca) cuyas virtudes prodigiosas apoyan acordes la razón y la experiencia». *Ibid.*, *MP*, n.º 377, p. 245. «De lo contrario (si se atiende a los entes de razón y no a los naturales) los síntomas y demás aspectos que en las enfermedades arreglan el plan curativo, tendrán relación con las causas ideales e imaginarias, no con las físicas y existentes en el cuerpo». «Decadencia y restauración del Perú. Oración inaugural,

A la razón y la experiencia se agrega, para Unanue, el método, una tercera condición formal que determina la aparición de la ciencia como cuerpo coherente de conocimientos fundados. Experiencia y razón, en algún sentido, le están subordinadas, pues el recurso constante a la experiencia y la elaboración discursiva, sólidamente desenvuelta, es exigido por la condición del método.¹⁴ Pero, por su parte, experiencia y razón son los caminos concretos por los que adelanta el saber, son las puertas de acceso, digámoslo así, a la verdad científica. El aporte de la experiencia y la razón y su canalización por los procedimientos metódicos son por eso los motores de la fecundidad teórica de la ciencia, la cual muestra en esta misma condicionalidad su primordial aptitud para la aplicación.

El sentido del párrafo transcrito arriba y la cita de Nacianceno — que recuerda vivamente expresiones análogas, más cercanas a la época en que actúa Unanue¹⁵ — revelan, además, dicho sea de paso, el íntimo contacto que los enfoques de nuestro autor mantienen con la problemática gnoseológica moderna, planteada precisamente en los términos de la relación entre la experiencia y la razón. La Edad Moderna inicia su aventura filosófica, que señala en buena parte los comienzos de esta edad misma, concebida como un nuevo complejo de condiciones de existencia histórica, con una actitud cuyos rasgos esenciales son la crítica frente al saber tradicional y la busca de una fundamentación radical del conocimiento. La orientación común en el continente y en los científicos ingleses es, en principio, la de la afirmación de las fuentes intuitivas del conocimiento y su complementación por las estructuras conceptuales matemáticas. En uno y otro caso juega como resorte decisivo un modo peculiar de concebir la relación de la base empírica y la espontaneidad del entendimiento humano, de la observación y del poder de prolongar el contenido mental más allá del dato, en la generalización y en la deducción, relación que se veía sostenida cada vez con mayor fuerza a medida que la ciencia cobraba cuerpo y se hacía más amplia la aceptación de su validez y de su eficacia práctica.

Vengamos, ahora, a considerar pausadamente el enfoque particular (muchas veces tácito) que presenta Unanue respecto de estos factores

que para el estreno y apertura del Anfiteatro Anatómico, dijo en la Real Universidad de San Marcos el día 21 de noviembre de 1792...» *MP*, n.º 220, p. 100. Como veremos en su oportunidad, la referencia a la razón que trae el último párrafo apunta a un derivado de ese concepto que Unanue encara en actitud crítica; se trata de su desvinculación de la observación que es precisamente, como lo indica el texto, la que pone al investigador en contacto con los entes naturales.

¹⁴ Cf., el texto de las *Observaciones* citado en la nota 12.

¹⁵ V. g., la conocida sentencia kantiana de que los pensamientos sin contenidos son vacíos y las intuiciones sin conceptos son ciegas. *Crítica de la razón pura*, «Lógica trascendental», «Introducción», I.

centrales dentro de su idea del saber científico: la experiencia, la razón y el método.

1. La experiencia

Queremos llamar la atención sobre el título que Unanue ha puesto a su obra principal: *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados*. El uso del concepto de 'observación' no obedece aquí simplemente a una motivación personal, como sería, v. g., la del recato. Quiere subrayar, más bien, una actitud gnoseológica que pone a la experiencia como base del saber científico. Que ello es así y que el título transparenta una toma de posición espiritual, nos lo prueba la reiteración del mismo concepto y otros análogos que se ofrece en las demás obras de Unanue: descripciones, noticias, indagaciones, historias, disertaciones y observaciones del más variado jaez, que van desde la investigación madura hasta el simple apunte informativo, proporcionan un testimonio más que suficiente de la orientación empírica que guía los afanes teóricos del médico, del naturalista y del escritor, y de que el uso de un repertorio de términos ligados a la idea de la experiencia no es ocasional en la obra, sino que se origina en una efectiva, bien que limitada, percepción de las exigencias del conocimiento científico que constituye en su ambiente intelectual todo un programa de reforma de la ciencia.¹⁶

Unanue persigue afirmar por todos los medios la necesidad de partir de la observación. Ciertamente no desconoce él la intervención de otros factores cognoscitivos y su importante misión, pero la experiencia ha de recabar, en su concepto, el derecho a la fundación de los conocimientos, el derecho a ser considerada como principio, en un sentido temporal y lógico. Fiel al precepto linneano, a su entender la experiencia precede y la razón sigue en el orden del conocimiento científico. La doble

¹⁶ He aquí los títulos de algunas de estas obras: «Descripción de unas termas descubiertas y fabricadas en la Villa de Huancavelica por D. Juan Antonio Díaz, y de sus efectos saludables»; «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú»; «Historia de las misiones de Caxamarquilla, origen y pérdida de las de Manoa»; «Metamorfosis humanas», «Noticia de la extraña desfiguración de una niña»; «Noticia de los trajes, supersticiones, y ejercicios de los indios de la Pampa del Sacramento y Montaña de los Andes del Perú»; «Geografía física del Perú. Para continuar la historia de sus monumentos, principiada en el MP, n.º 22»; «Disertación sobre la naturaleza y efectos del tabaco, adornada con una breve idea del origen y progresos del Real Estanco de Lima»; «Anatomía, historia de un cólico extraordinario»; «Observación médica, descripción de un ternero bicipite seguida de algunas reflexiones sobre los monstruos»; «Descripción del gigante que acaba de ser conducido a esta ciudad de la de Ica»; «Meteorología, observación de un globo de fuego»; «Indagaciones sobre la disenteria y el vicho (sic), observaciones primera y segunda hechas en el Real Anfiteatro Anatómico»; «Noticia de una inscripción encontrada en las inmediaciones de Cuenca»; «Compendio estadístico del Virreinato del Perú, a fines del siglo XVIII»; «Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao».

precedencia implica una peculiar gravitación del cuerpo entero de la ciencia hacia los datos de la observación, esto es, hacia los datos intuitivos. En la acepción cronológica, que toca a la necesidad de operar siempre con materia proporcionada por los sentidos, y en la lógica, porque la certeza que ha de coronar los esfuerzos del que investiga es en última instancia una certeza descriptiva o histórica, pese a todas las elaboraciones discursivas. Es cierto que los dos momentos, el temporal y el lógico, no llegan a distinguirse con precisión en relación con el problema del origen del conocimiento. Sin embargo, la idea de una fundamentación supraempírica de la ciencia no parece convenir a la posición de Unanue. En su enfoque, es la estructura de las cosas reales la que ha de ofrecerse como base del conocimiento cierto y, por ello, la vía que nos abre el acceso a la verdad científica no puede ser otra que la de la experiencia. A mayor abundamiento Unanue ha afirmado enfáticamente que hay que comenzar por «la experiencia, que debe ser el fundamento de todos los raciocinios y resultados fisiológicos» y que «faltando ella son vanas en la física las conjeturas del entendimiento humano».¹⁷

Estas expresiones tienen una clara filiación ilustrada. Los grandes filósofos ingleses y franceses del siglo XVIII, así como los investigadores más modestos de los varios campos científicos, han prestado una atención decidida a la experiencia. Ésta ganó, además, a los públicos más vastos convirtiéndose en algo así como una pasión por el dato. Para Montesquieu, D'Alembert, Voltaire, Buffon y Bayle, la experiencia es considerada siempre el fundamento del saber científico o, para decirlo con una frase de Diderot, «como la fuente fecunda de todas las verdades».¹⁸ Y el impresionante trabajo empírico del siglo, de esa legión de obreros de la experiencia, que supo reclutar la ciencia de la Ilustración, no hace otra cosa que ratificar el principio del triunfo de la observación.

Pero ¿cómo entiende Unanue esta experiencia que se pone a la base del trabajo científico? Él exige que se parta de «un intuitivo conocimiento de las cosas»¹⁹ que no tiene ningún parentesco con una intuición intelec-

¹⁷ «Disertación sobre la coca». *MP*, n.º 375, p. 233. Cf. asimismo: «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, pp. 92-93, y las *Observaciones*. Dice en este último lugar, refiriéndose a las causas de la escasez de lluvia que hay en Lima y la costa del Perú: «Excelentes filósofos han ejercitado su ingenio en inventar sistemas que la expliquen. Reunamos los hechos que nos ofrece la observación, que ellos mismos aclararán el misterio» (p. 29).

¹⁸ Cf. el interesante estudio preliminar de los *Extraits des philosophes du XVIII siècle* publicados por Lanson y Naves (París: Hachette), especialmente p. 7 y ss., y «El pensamiento europeo en el siglo XVIII» por Paul Hazard, *Revista de Occidente*, Madrid, 1946, p. 129 y ss.

¹⁹ La cita completa es la siguiente: «El intuitivo conocimiento de las cosas es el que debe preceder como indispensable para que se rectifiquen con acierto, ampliando o restringiendo sus partes integrantes»; «Relación del gobierno del virrey don Gil de Taboada», *Obras* t. III, p. 267.

tual. El comienzo del saber es escuetamente el del acarreo de los datos ofrecidos por los sentidos. Aunque en condicional, Unanue ha expresado claramente en las *Observaciones* la tesis de todo el empirismo: «Si, como opinan doctos filósofos, el hombre adquiere todos sus conocimientos por medio de las imágenes exteriores que transmiten los sentidos, el traje de que se visten ellas irá dejando sus huellas o sellos, a los cuales se amolda el templo de las almas».²⁰ La vista, el tacto, el oído y el olfato son las fuentes que surten de materia a la vida anímica y con la cual se elabora el saber científico.²¹ Estos varios conductos se complementan entre sí en el conocimiento. Sin embargo, entre ellos, es al tacto al que le corresponde algo así como la función aseguradora de la certeza del saber empírico. La presencia de datos de la vista o el oído no lleva garantizada por sí sola su valor de verdad, la realidad de su objeto; y es la inclusión de los datos táctiles la que confiere al cuerpo de la observación su certidumbre.²² Con ello toca Unanue, sin detenerse en él, un tema que interesó vivamente al pensamiento moderno, siendo vía de los primeros logros de la crítica del conocimiento, que tan centralmente se vincularon al problema de la realidad del mundo exterior.²³

La recepción de los datos sensibles y su control conducen a la presencia de las cosas mismas; permiten distinguir los entes imaginarios de

²⁰ *Observaciones*, p. 134.

²¹ «Es de la última importancia conocer en la planta entera cuál es el (elemento) que excede para arreglar su uso. Esto se averigua por las dos últimas reglas que son el criterio de las tres cualidades olor, sabor y contacto; las que, siguiendo en todos los mixtos la naturaleza de sus principios, declaran el predominante»; «Disertación sobre la naturaleza y efectos del tabaco adornada con una breve idea del origen y progreso del Real Estanco de Lima», *MP*, n.º 108, p. 40. Antes ha señalado los cuatro principios que han de emplearse al determinar la naturaleza y propiedades de un vegetal: «1º examen botánico; 2º análisis químico; 3º sensaciones de gusto y olfato; 4º efectos producidos por su uso en el sensorio común, y superficie interna de las visceras.» *Ibid.*, p. 38.

²² En el artículo «Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayali», publicado en el mismo periódico, dice al hablar de los habitantes de la región del Marañón, que tocaban admirados al P. Girbal: «Semejante acción, parece ser un movimiento mecánico que inspiran la admiración y el gozo. Tocada nuestra alma de estas dos pasiones a la presencia de un objeto raro, o querido, duda de su posesión juzgando la ilusión de los ojos, y apela al informe del tacto que reunido al primer sentido forma el criterio seguro que distingue los cuerpos reales de los fantasmas»; *MP*, n.º 75, p. 56. En otra parte del mismo artículo y a propósito de la limitación de la capacidad humana del conocimiento, alude también al auxilio del tacto. *Ibid.*, n.º 76, p. 59.

²³ Es sabida la resonancia que en el pensamiento del siglo XVIII tuvo el tratamiento experimental del problema de la relación de los datos de los sentidos que hicieron posible los casos de curaciones de cegueras de nacimiento que ocurrieron en la época. Ello derivó a una acentuación de la heterogeneidad de los datos proporcionados por los diversos sentidos y a la afirmación de la primacía del tacto en la captación de muchas propiedades de los objetos y en la aprehensión del espacio. Dos interesantes documentos a este respecto son el *Ensayo de una nueva teoría de la visión* de Berkeley (1709) y la *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven* de Diderot (1749).

los naturales e introducen al sujeto en la trama de las causas físicas, con cuya familiaridad se ha de obtener la posesión teórica de la naturaleza y su dominio práctico. Es ésta una aserción de cuya necesidad se ha tenido siempre la más plena conciencia. Si Unanue no es un teórico del conocimiento y reflexiona más bien a trasmano de la práctica científica, la entrega a las cosas y sólo a ellas es en su obra algo más que una declaración formal o una vaga tesis afirmada sin tener conciencia de su significado gnoseológico. Es, por el contrario, un postulado que se acepta y se aplica con plena visión de razones y consecuencias: «[...] mi primer cuidado —ha dicho él en las páginas iniciales de las *Observaciones*— ha sido estudiar en la naturaleza las cosas de que trato. Las he considerado en sí solas y, después de conocidas, han venido a exornarlas la memoria y la imaginación».²⁴

Sin atentar contra las exigencias de esta cardinal premisa crítica, otras potencias pueden prestar su auxilio en la tarea de aprehender el mundo de las cosas naturales. Y hasta es necesaria esta colaboración, en muchos casos porque la complejidad del objeto natural obliga a poner en juego todos los medios de penetración de que dispone el sujeto; y en la medida más amplia que cabe imaginar, porque «apenas se fija la vista sobre algún punto del planeta que habitamos, cuando es necesario poner en ejercicio las fuerzas enteras del entendimiento y todas las emociones del corazón».²⁵ Semejante extensión de la emotividad humana a potencia de conocimiento, que anuncia motivos característicamente románticos, no debe entenderse, sin embargo, como una liberación del fondo vivencial afectivo que entorpecería el trabajo de la observación, sino más bien como un afinamiento del instrumento de la intuición, el cual debe quedar, por el contrario, robustecido y afirmado gracias al uso de este expediente. Ello es así con tanta mayor necesidad cuanto que la acentuación del recurso empírico opera, dentro de la dirección general que señalan las preocupaciones científicas de Unanue, sobre el fondo histórico de una posición de crítica y superación de los puntos de vista que habían nutrido el saber tradicional. Recoge esta actitud su inspiración más decisiva y directa de la filosofía experimentalista que en Europa había presidido la reforma de los estudios en las universidades (aunque hasta fines del siglo XVIII no llegara a dominar en ellos) y cambiado, en un mismo proceso revolucionario, la concepción filosófica del mundo y la cosmovisión general. Se reaccionaba contra la problemática científico-filosófica de la escolástica, en donde «hay muchas voces y pocas cosas» como suele decirse frecuentemente en textos de la época, contra la amplitud del ámbito objetivo que se ofrecía a la especulación, sin traba crítica

²⁴ *Observaciones*, p. 7.

²⁵ «Prelusión a un examen de geografía», *Obras*, t. II, p. 177.

alguna; en fin, contra la metodología con que el conocer encaraba los objetos y los expresaba conceptualmente, metodología en la que se encontraba sólo un instrumento formal incapaz de aumentar la materia del conocimiento y que transformaba, por esta incapacidad, el trabajo científico en mero juego verbal. La pugna se concentra así en el ataque a los entes de razón, a la ausencia de un control crítico de que padecía la aprehensión conceptual de los objetos de la realidad en función de especies y géneros; y a su inoperancia práctica derivada de un primario desentendimiento de los nexos causales y de la escueta formulación matemática. Esta pugna se manifiesta, correlativamente, en un enfrentamiento de las «causas ideales e imaginarias» (cuya acentuación era extraña, si no contraria, a la nueva sensibilidad de la órbita de la explicación por subsunción en instancias generales) y las relaciones causales físicas, nexos naturales de concreta significación fáctica, que se quería determinar rigurosamente por la experimentación y por la formulación matemática.²⁶

El ambiente académico peruano vivió tardíamente esta lucha, pero la reprodujo en análogos términos, y quizá con mayor energía por las particulares circunstancias que la tradición hispánica y colonial hizo prevalecer en América. Unanue, desde su ubicación personal, comprendió la oposición de los instrumentos escolásticos con la exigencia de saber positivo y aplicable que provenía de la práctica médica y de la radical asunción del saber empírico que pedía enérgicamente el estado cultural, social y económico del Perú, pues la reforma atendía no sólo a la ciencia, sino también a sus consecuencias en la vida nacional.²⁷ Ella se planeó con la mayor amplitud posible, y se la quiso ver iniciada desde las bases. Por ello, la universidad se convirtió en el objeto de los desvelos de Unanue y los que colaboraron con él siguiendo el precedente a figuras como Baquijano y Carrillo, en esta campaña que tenía como norma, un poco simple e insistente pero tan llena de sentido en su momento, la fundación experimental de los

²⁶ Cf. «Decadencia y restauración del Perú». *MP*, n.º 220, p. 100. Una enérgica invitación a la formación científica y técnica, que se sitúa dentro del horizonte de esta oposición, puede encontrarse en el artículo «Establecimiento de una academia de pilotaje», *MP*, n.º 291, especialmente p. 104.

²⁷ Esta mirada atenta a las consecuencias prácticas del saber científico es expresada cabalmente por el siguiente párrafo del fragmento «Las fiestas linneanas» (*Obras*, t. II, p. 397): «Esta primera ocupación del hombre, la agricultura, ha dejado de ser un mero empirismo. Se eleva a la clase de ciencia que, dirigiendo sus trabajos por las luces de la botánica, la química y la física, repara las fuerzas consumidas de la tierra fertilizada y las estériles y mantiene en perpetua juventud esta madre que nos alimenta, mejorando sus productos». Cf., asimismo el «Elogio del excelentísimo señor don José Urrutia y Las Casas», *ibíd.*, p. 309. Resultados de la misma preocupación son además los diligentes informes sobre menudos descubrimientos y aplicaciones de orden técnico en el campo de la industria, de que está sembrada la obra periodística de Unanue y el *Mercurio Peruano* entero.

estudios y el regreso a los datos de la observación. Con sus propias palabras nos revela Unanue esta conexión histórica:

No podía la Academia de San Marcos, la primera y más ilustre del Nuevo Mundo, negarse al ejemplo que le daba el antiguo, cuando, apoderándose Descartes y Newton del hilo de Ariadna sacaban al entendimiento del obscuro laberinto en que lo tenían aprisionado y casi muerto los extraños fantasmas de los tiempos anteriores, y cuando la aurora de las ciencias instauradas le alumbraba los extravíos de las sendas por donde se había querido conducirlo al templo de la sabiduría.²⁸

Los extraños fantasmas de los tiempos antiguos; la instauración de las ciencias: he aquí, en expresiones tan llenas de reminiscencias, los dos momentos cardinales de una argumentación que define la nueva conciencia filosófica. De una parte, la actitud negativa contra un modo de situarse ante la realidad, que, a fuerza de improcedente, la desvirtúa y convierte al objeto en simple representación vacía, en puro ente de imaginación. De otra, el seguro apoyo de un saber que se siente en tiempos modernos y que se afirma y prolifera por obra de su recurso constante a la experiencia. Este saber es fruto de esa certeza en los conocimientos que da la aplicación del «método del razonamiento experimental» en filosofía, perseguida y realizada empeñosamente desde Bacon, el restaurador, hasta Condillac, pasando por Newton, en quien, antes que en Descartes, la nueva mentalidad científica reconoce su más alto valor.²⁹

²⁸ «Introducción a los elogios académicos». *Obras*, t. II, p. 304. En 1791, al comentar en el *Mercurio Peruano* el proyecto de reforma del procedimiento seguido en los exámenes de filosofía que los alumnos del Convictorio de San Carlos daban en la Universidad de San Marcos, proyecto debido a Toribio Rodríguez de Mendoza, decía Unanue: «Los newtonianos se multiplican con rapidez, destiérrese el idioma de las cualidades, y se constituye el de las atracciones. Los lugares que poseían los comentarios sobre el ente de razón, los apetitos de la materia, etc., son ocupados por los Musschenbroek, Jacquier, y Paras...»; «Proyectos literarios». *MP*, n.º 196, p. 197.

²⁹ La exigencia de una filosofía empírica, fundada en la aplicación del método experimental, ha sido reiterada a lo largo de toda la Edad Moderna. Desde Bacon, que en su *Novum Organon* pretendía suplir la lógica escolástica por otra experimental, y Hobbes, que clasifica los tipos de saber en conocimientos de hecho y de la consecuencia (*Leviathan*, IX), hasta Hume, quien pone como subtítulo de su obra filosófica fundamental: *Ensayo para introducir el método del razonamiento experimental en los asuntos morales*. Newton vino a dar a estos empeños su más sólido apoyo y estímulo. En él, el saber abstracto de la matemática toma pie en la tierra firme de la experiencia natural, y se supedita a ella. Él «había puesto las matemáticas al servicio de la física, reduciéndolas así a su papel justo. Porque no había partido de abstracciones ni de axiomas, sino de hechos, para llegar a otros hechos debidamente comprobados; porque había sacado de la naturaleza las leyes de la naturaleza, la generación ascendente lo había adoptado entre sus semidioses» (Paul Hazard, *op. cit.*, pp. 127-128). Múltiples textos de Unanue nos confirman, en el ambiente americano, la vigencia de la ciencia newtoniana y de su significación filosófica general. Ver, sobre todo, la «Introducción a los discursos académicos», *Obras*, t. II y «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91.

Curándose sólo de la experiencia, pretendía la misma dirección del filosofar librarse de una temática que se ofrecía como motivo de elucubraciones interminables y de espinosas controversias y que, por lo demás, de aceptarse su contenido como verdadera extensión del conocimiento, caso que no era ciertamente el más común, nada decía a los afanes prácticos que guiaban al nuevo espíritu. Por otra parte, la prescindencia del saber teológico, v. g., como efectiva potencia dentro del cuerpo científico, es correlativa de una autolimitación de la capacidad de conocer humana, en función de conocer sistemático y fundado, que lleva no sólo a la negación de la posibilidad de un conocimiento racional de lo suprasensible y del desarrollo futuro de la experiencia,³⁰ sino aun al reconocimiento de la torpeza de los instrumentos humanos para captar la varia y compleja realidad que se ofrece a la observación, origen del uso de los procedimientos metódicos.³¹

Todo lo anterior se da la mano con una actitud recelosa frente a la autoridad, no digamos frente a la autoridad filosófica representada por la tradición aristotélico-escolástica, cuyo rechazo se ha hecho patente en el texto citado antes y que muchos otros confirman,³² sino frente a la científica misma, representada tanto por aquellos clásicos que se mantienen en una situación expectable, tal es el caso, v. g., de

³⁰ «A la verdad, ésta es una prerrogativa (la de conocer el pasado, el presente y vaticinar el futuro) propia solo del Ser Supremo, que ve las cosas en su inmensidad»; «Resultado del pronóstico y precauciones para el otoño publicados en el *Mercurio Peruano*», t. I, p. 275. *MP*, n.º 81, p. 121. La posición ante las verdades, en que aparece como elemento esencial el concepto de misterio, queda de manifiesto en el enjuiciamiento que hace Unanue de los tratados escolásticos y de su destino futuro, comparado al de los libros de inspiración divina, pues están condenados aquellos libros (los escolásticos) a los humildes destinos que siguen a cuantos no indemniza la religión y sus elevados misterios, después que se les acaba el séquito y fugaz aplauso de los mortales»; «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 107. En otro de sus trabajos leemos: «Pareceme que ha llegado la época feliz en que la luz benéfica del Evangelio va a amanecer sobre los panos moradores del Ucayali. La religión que peregrina todos los países del globo, abandona aquellos en que ultraja la funesta ceguera de los soberbios mortales, en que juzgándose esclarecida la miserable descendencia de Adán quiere disponer hasta del mismo trono de la Deidad»; «Segunda peregrinación del padre predicador apostólico fray Narciso Girbal y Barceló a los pueblos de Mano», *MP*, n.º 150, p. 89.

³¹ «Como el talento humano es limitado y no puede siempre sorprender todas las circunstancias que hagan determinar por constante cualquier parte de tiempo, cubierto de variaciones y metamorfosis», dice a propósito de las *Observaciones* (p. 20). «El arte ha entrado a suplir la debilidad de la penetración humana. Se han inventado sistemas que imitando en cuanto es posible aquella sagaz economía, sean el hilo de Ariadna que nos conduzca por el giro de nuestras oscuras investigaciones a la mansión de la luz.» «Introducción a la descripción de las plantas», *MP*, n.º 44, p. 78. «La multitud de aquellas (criaturas vegetales), y lo frágil de nuestra memoria exigen se ejecute (el estudio) con método, y por partes». *Ibid.*, p. 78.

³² Véanse los trabajos citados: «Introducción a los discursos académicos» y «Proyectos literarios», así como las *Observaciones*.

Hipócrates,³³ como por los autores de la más cercana y aceptada corriente médica y científica, cuyos textos que se suponen fundados en la experimentación y valen para el menester científico como experiencia mediata, son llevados ante el tribunal de la observación y no sirven en última instancia sino como complemento del testimonio directo de los sentidos, porque el «primer y principal fundamento» debe ser la observación.³⁴ El cumplimiento de este principio y la alerta voluntad de siempre imponerlo dan su significación precisa a la ya citada declaración de Unanue en las *Observaciones* (que hace eco al puntual enjuiciamiento de René Moreno acerca de esta obra, «uno de los libros menos imitadores, más originariamente concebidos entre los muchos que se deben a la patria de Olavide»,³⁵ *menos imitadores, es decir, más empíricos*): «Mi primer cuidado [...] ha sido estudiar en la naturaleza las cosas de que trato. Las he considerado en sí solas, y después de conocidas, han venido a exornarlas la memoria y la imaginación, a la manera que el calor de primavera viste de hojas y flores los árboles desnudos en invierno. Entonces me recordó la primera, la conformidad de muchas de mis investigaciones con las de los ilustres escritores que cito en su apoyo».³⁶ La autoridad, que jugó por

³³ Por otra parte, múltiples testimonios de la época nos revelan la ausencia de un paralelismo estricto entre la quiebra de los valores tradicionales en la filosofía y en la ciencia, que evidenciaría una diferencia más en sus peculiares relaciones con la propia historia. El caso de Hipócrates es ilustrativo a este respecto. A más de Unanue y otros científicos peruanos, a propósito de los cuales quizá podría hablarse de defectos en la información, es posible citar casos como el de D'Alembert, representante tan señalado del nuevo espíritu científico-filosófico, que valora positivamente y considera como autoridad la obra de Hipócrates, comparando su significación en medicina con la de Bacon en filosofía. Cf. *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, p. 111. La coexistencia de un movimiento modernizante en la práctica médica y esta valoración de los clásicos de la ciencia se explicita ejemplarmente en el siguiente texto tomado del *Elogio de Cosme Bueno*, por el célebre médico limeño, maestro de Unanue, Gabriel Moreno: «Primer prosélito de Newton en el Perú, adquirió (Bueno) la regla y exactitud de su espíritu a fuerza de estudiarlo y no pudo después acomodarse con aquellos autores de la Medicina, que disputan y sutilizan tanto las verdades que casi les hacen perder su existencia. Mal avenido con las sombras, buscó la realidad en Hipócrates, Areteo y Celso, sus antiguas y puras fuentes...», *Almanaque peruano y guía de forasteros para el año de 1799*. Lima: Imprenta Real, 1799, p. 70.

³⁴ *Observaciones*, p. 20.

³⁵ *Biblioteca peruana. Apuntes para un catálogo de impresos*, t. II. Santiago de Chile, 1986, p. 503.

³⁶ *Observaciones*, p. 7. Nótese la ordenación de las instancias de experiencia y autoridad en el siguiente pasaje: «Entre tanto —dice Unanue en la 'Disertación sobre la coca', refiriéndose a los ataques dirigidos contra los efectos del uso de dicha planta— reclamaba la experiencia, la imparcialidad de los más célebres historiadores, y la autoridad de muchos hombres doctos»; *MP*, n.º 375, p. 232. La lucha contra el primado de la autoridad en el conocimiento es uno de los momentos característicos de la conciencia moderna. Ciencia y filosofía desde el Renacimiento reiteran la necesidad de apoyar en la experiencia (o en la evidencia intelectual) los enunciados que pretenden validez. Desde 1664, la Royal Society de Londres proclamaba esta exigencia en su lema: *Nullius in verba* (sobre

tanto tiempo el papel de principal fuente de conocimiento, quedó así mediatizada, y la eficacia de la cita textual vino a reducirse a la función de vía de acceso a comprobaciones temporalmente diferidas o a la reafirmación de un testimonio ya proporcionado directamente por la experiencia. La observación —no clarificada, es cierto, por una crítica radical de las condiciones de su aptitud para fundar ciencia— es la instancia que da cuenta del saber metafísico y de los apoyos documentales sobre los que se pretendía fundar un impreciso conocimiento de la trascendencia y la descaminada interpretación de la realidad natural, que de él se seguía.

Pero la afirmación del momento empírico apunta a otra dirección también polémica, en tanto no se trata aquí enteramente de la experiencia concebida en un sentido primario y elemental, es decir, en tanto —al lado de la requisitoria a tomar contacto con las cosas mismas— consideramos lo que ella representa como real y efectivo instrumento científico. Lo que se manifiesta entonces como decisivo del llamado a la fuente empírica no es tan sólo el carácter sensible de los datos que constituyen la materia del conocimiento, sino su autenticidad, que les viene de la reiteración de las observaciones en una serie siempre abierta, y de la multiplicidad de los casos puestos a disposición del investigador y obtenidos en las más complejas y varias situaciones. La experiencia y el tiempo descubren los errores y las quimeras,³⁷ es decir, la experiencia desenvuelta en el tiempo y que se proyecta a más amplios horizontes de verificación de los asertos. «El catálogo» de los hechos —cuanto más numeroso mejor—, la acumulación de los ejemplos y la vigilancia de la recepción del dato determinan objetivamente el tránsito del enunciado dudoso o falaz al válido,³⁸ el cual, de esta suerte, se muestra apto para

la palabra de nadie). La crítica del criterio de autoridad es un rasgo modernizante que aparece incluso dentro de la escolástica, v. g., en Melchor Cano. Un contemporáneo de Unanue, interesado como él en la investigación científica y particularmente en el tema de la influencia del clima, el colombiano Francisco José de Caldas, ha expresado esta actitud renovadora de modo ejemplar, precisando su extensión y sus límites. «La autoridad, la simple autoridad, desnuda de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia —dice en su ensayo sobre la influencia del clima—. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Que hable Newton o el Caribe; que Saint Pierre halle armonías en todas las producciones de la naturaleza; que Buffon saque a la tierra de la masa del sol; que Montesquieu no vea sino el clima en las virtudes, en las leyes, en la religión y en el gobierno; poco importan si la *razón* y la *experiencia* no lo confirman. Éstas son mi luz, éstas mi apoyo en materias naturales como el código sagrado lo es de mi fe y de mis esperanzas». *Del influjo del clima en los seres organizados*, t. V. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, p. 137.

³⁷ «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, p. 114.

³⁸ «La experiencia viene al apoyo de esta conclusión (dice Unanue en otro lugar a propósito de los efectos benéficos de las aguas termales de Huancavelica). Un catálogo numeroso de observaciones acredita haber causado su uso aquellos efectos benéficos que hemos computado, combinando las virtudes de las porciones marciales con las leyes a que

constituirse en ley natural.³⁹ Lo que se busca en la observación no es, pues, según esto, sólo el simple contacto con las cosas —que por otra parte se exige y se encomia frente a la libre especulación—, sino el fundamento inductivo de los enunciados que toman pie en esa observación, una suerte de experiencia segunda proclive a la experimentación en sentido estricto que constituye el armazón conceptual del saber científico entendido como sistema de *juicios de experiencia*, para hablar en lenguaje de Kant. Esta reelaboración intelectual de la simple *empirie* es afirmada continuamente por Unanue, quien, teniendo a la vista el alcance cognoscitivo de la inducción, parece considerar insuficiente la mera exposición de las excepciones para destruir la validez de la ley general.⁴⁰

Se define en este contexto un doble uso del concepto de *empirismo*, que juega dialécticamente en el doble enfrentamiento del espíritu científico al saber teológico-metafísico y al saber vulgar. La exigencia de *empirie* nuda y simple como punto de partida de todo conocimiento es el arma con que el espíritu científico se enfrenta a las especulaciones vacías de la escolástica, tal como se las concibe y valora en esa coyuntura histórica; la exigencia de una depuración y formulación sistemática de la experiencia es, por su parte, la voz de combate contra otra suerte de actitud empírica, la del saber vulgar, que permanece en el estadio de la observación no fundada, de la ingenua recepción e interpretación de los datos. En Unanue se acuerdan por esto, sin contradecirse, un llamado constante a la práctica del «empirismo» y el encomio de sus productos,⁴¹ que aparecen como fruto de

está sujeto el cuerpo humano«. «Descripción de unas termas descubiertas y fabricadas en la villa de Huancavelica por D. Juan Antonio Díaz y de sus efectos saludables», *MP*, n.º 34, p. 311. «Para completar y perfeccionar la descripción que vamos haciendo, era indispensable añadirle una serie de historias particulares, en que exponiendo por menor el curso y síntomas de la epidemia, notásemos igualmente el método de su curación, las horas oportunas, y hasta sus mínimos efectos. Menudencias utilísimas en la práctica médica...»; «Resultado del pronóstico...», *MP*, n.º 83, p. 130. «Pero como esto, el control de los diagnósticos, opiniones, etc., de los médicos (y, por extensión, del vulgo) no puede ejecutarse sin tener por fundamento una serie de observaciones anatómicas y clínicas que sirvan de puntos de comparación, hemos meditado ir publicando los hechos que ocurren de uno y otro género. Al pie se colocarán los colorarios (sic), o inferencias que naciesen naturalmente de ellos, reservando el proponer por extenso nuestras reflexiones y mirar para cuando haya un número de historias capaces de formar regla general»; «Indagaciones sobre la disenteria y el vicho (sic). Observación primera hecha en el Real Anfiteatro Anatómico», *MP*, n.º 258, p. 128.

³⁹ Para aclarar el sentido y el uso del concepto de ley natural y su relación con una experimentación vasta y rigurosa, cf. «Precauciones para conservar la salud en el otoño», *MP*, n.º 30, pp. 277-278.

⁴⁰ «Pero la idiosincrasia de cada individuo (dice hablando de las enfermedades) no destruye las reglas generales, será sí una excepción de ellas; excepción fácil de percibirse por el efecto que produzcan las frutas en el enfermo». *Observaciones*, p. 210. Cf. «Precauciones para conservar la salud», *MP*, n.º 30, pp. 277-278.

⁴¹ «La Sociedad, pues... conociendo, que del empirismo se han sacado los mejores remedios que posee la medicina, encargó a su profesor experimentar los efectos de la penca de la

un efectivo trabajo sobre los objetos, y una actitud recelosa frente al empirismo acientífico, a la entrega desprevenida y superficial y al dato sensible. «Empirismo», pues, frente a empirismo, quiere decir aquí experiencia científica frente a experiencia vulgar; método, cautela crítica y sistema frente a dispersión, improvisación e ingenuidad.

Recordemos que la mano fuerte contra el empirismo acrítico era un imperativo derivado del ambiente social en que se movía Unanue. La difusión y arraigo del curanderismo y la charlatanería obligaban a plantear una reforma científica con caracteres doblemente enérgicos que los que exigía la coetánea situación social europea, en donde semejante movimiento también hubo de cumplirse. En el Perú, la circunstancia de ser un territorio sometido al tutelaje colonial — un tutelaje que era además español, es decir, proveniente de un país que había quedado rezagado en la revolución científica y filosófica de los tiempos modernos — y la existencia de una considerable masa de población indígena, sujeta al imperio de hábitos extraños, a las nuevas direcciones teóricas y remisa a su asimilación, daba una importancia singular a la denuncia del saber vulgar, y la constituían en motor de toda empresa de reforma social. Los ilustrados peruanos veían así en la lucha contra la ignorancia y la improvisación en medicina y en política, en las artes útiles y en la enseñanza, una *conditio sine qua non* de la introducción en el Perú del nuevo espíritu que presidía la cultura occidental, introducción que significaba no otra cosa que el ingreso definitivo de la comunidad nacional al ámbito de esa cultura y, definitivamente también, su entrada en la vía del progreso. Pero en Unanue esta exigencia combativa adquiere un matiz principalísimo de defensa del propio rango personal dentro de la sociedad colonial, porque el imperio del charlatanismo en medicina, que había prevalecido desde los años iniciales de la conquista, tuvo por efecto singular la decadencia social de la profesión médica y su apropiación por parte de los esclavos libertos y otras gentes de condición inferior.⁴²

Este hecho vinculado íntimamente, además, con la actitud de la mentalidad aristocrática frente a las profesiones liberales y útiles, que se

«tuna»; «Resultado del pronóstico», *MP*, n.º 83, p. 130. «Juzgándose distinto el accidente que nos describen los médicos de las otras partes del mundo, del que padecen los peruanos, que abandonan sus remedios para adoptar los que el antiguo empirismo consagró a la curación del vicho (sic)»; «Indagaciones sobre la disenteria y el vicho (sic), Observación primera», *MP*, n.º 258, p. 128. La actitud valorativa, en sentido positivo, hacia la *empirie* precientífica, a que aluden los textos anteriores, se expresa más claramente en el que sigue: «Por eso los bárbaros se consultaron a la primera (la experiencia), mientras que los más célebres doctores perdieron el tiempo en la segunda (la simple consideración intelectual), han hecho más progresos, adelantado y enriquecido la materia médica que las escuelas de todas las edades»; «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 375, p. 233.

⁴² Cf., las referencias históricas a este problema dadas por el propio Unanue en «Decadencia y restauración» (*MP*, n.º 219, pp. 96-97, y N.º 218 al 222, *pássim*).

mantenía como una supervivencia medieval en la sociedad española y peruana del siglo XVIII, precisa el marco en el que hay que situar la gestión de Unanue en pro de una cientificación (sic) de la medicina y de las artes en general. El empirismo, que era en su acepción combatida curanderismo, charlatanería, saber de ocasión,⁴³ debía ser suplantado gracias a esta gestión por una práctica fundada en principios,⁴⁴ es decir, por el tipo de conocer que se mantiene en un nivel espiritual superior, el nivel de la observación puntual de los hechos y de su verificación inductiva, la cual debe realizar el investigador siguiendo las condiciones más deseables de exactitud y seguridad, para luego transitar a la formulación de leyes de validez universal y a la deducción de las consecuencias que puedan fundarse en ellas. Pero es aquí donde entra en juego la función de la segunda instancia principal: la razón.

La experiencia es para Unanue, en suma, primero, recepción de datos de la sensibilidad, calificados como la materia de todo saber, y, segundo, observación puntual de la conducta de los objetos en la percepción y verificación de los asertos.

2. La razón

Si la experiencia precede y funda en la ciencia los conocimientos válidos, no todo puede hacerlo ella en cuanto pura fuente sensible, porque el

⁴³ Cf., «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 97. La crítica del empirismo reinante en la práctica médica peruana ha sido hecha desde muchos puntos de vista por Unanue. He aquí algunos textos que tocan a ella: «Consisten aquellos (óbitos del buen efecto del empleo de los medicamentos) por la mayor parte en la poca limpieza, y en ciertas preocupaciones del pueblo y el inmenso número de agirtas (curanderos) que lo infestan», en contraste con el uso del método científico. «Resultado del pronóstico», *MP*, n.º 82, p. 127. «A proporción pues de la (ignorancia) que ocupó al Perú en la ciencia anatómica, las enfermedades internas dirigidas por las manos del empírico y del charlatán, menoscabaron una parte de sus moradores. Entre tanto las externas consumían la otra». «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 220, p. 203. Al referirse a los efectos nocivos del dar alimentos animales a los enfermos, dice en las *Observaciones*: «lo que hace con tanta más confianza el vulgo indocto de mujeres y empíricos, cuanto más postrados los ven». *Obras*, t. I, p. 142. «En otros pueblos hay pequeños hospitales asistidos por personas religiosas en quienes abunda la caridad pero carecen totalmente de doctrinas.» «Informe a la hermandad del hospital de Santa Ana», H. Valdizán, *La Facultad de Medicina de Lima, 1929*, t. III, p. 71. La unidad del movimiento de cientificación de la práctica médica con el más amplio de introducción de la conciencia científica, en toda la extensión en que venía decantándose en la vida europea desde el Renacimiento, se hace patente en la argumentación del «Remitido» anónimo, sobre las reformas del Colegio de Medicina, publicado en el segundo *Mercurio Peruano*, n.º 377, del viernes 14 de noviembre de 1828, que se atribuye a Unanue.

⁴⁴ En el «Informe a la Hermandad del hospital de Santa Ana», leemos: «[...] concluidas las visitas de médicos y cirujanos (en los hospitales de Lima en 1808) y el despacho de la dieta para el enfermo, quedan en las demás horas los enfermos a merced de los hermanos que llaman de cuarto, que carecen enteramente de principios»; Valdizán, *op. cit.*, t. III, p. 69.

saber riguroso implica, además de la recepción del dato, su elaboración intelectual. Esta elaboración exige la presencia de una potencia distinta de la simple receptividad sensorial, por cuyo funcionamiento la experiencia se asegura y perfecciona; un instrumento que, como quería Diderot, siga el dictamen de la observación, pero que también la guíe a posteriori y supla sus insuficiencias. Unanue ve claramente la necesidad de esta tarea y lo exige la razón. Embebida en el material empírico, constantemente vertida en la experiencia, regresando a cada paso a sus fuentes, la actividad racional opera con la conjetura, la reflexión, los ratiocinios inductivos y deductivos, la previsión o la ordenación sistemática,⁴⁵ funciones todas que dependen de una actitud mental que implica la «transformación filosófica» — para usar una expresión suya⁴⁶ — de la nuda materia sensible, transformación encaminada a superar, empíricamente en principio, la limitación del dato, a anticipar en cuanto lo permite el acervo de conocimientos fundados de que se dispone por observaciones anteriores, una futura experiencia.⁴⁷

Transformación filosófica, actitud filosófica, quieren decir aquí enfoque no-histórico (frente o más allá de la historia en el sentido de la

⁴⁵ Dispersas en sus diversas obras encontramos las referencias, algunas veces sólo implícitas a estas funciones. V. g., en la «Disertación sobre la coca», Unanue habla de «los ratiocinios y resultados fisiológicos» y de las «conjeturas del entendimiento humano», como parte de la física (MP, n.º 375, p. 233). En la nota titulada «Metamorfosis. Noticia de la extraña desfiguración de una niña» (MP, n.º 55, p. 197), se refiere a las reflexiones del filósofo y al método que éste acostumbra a usar. En el artículo «Peregrinación por el río Huallaga hasta la laguna de la Gran Cocamo hecha por el padre predicador apostólico fray Manuel Sobrevilla en el año pasado de 1790» (MP, n.º 60, p. 241), hace la siguiente observación, referente al material etnográfico de que dispone para desarrollar el relato de los viajes del P. Girbal: «Por este motivo y para no cargar con repeticiones y reflexiones estos diarios, las reservamos (las noticias sobre las costumbres de los moradores de Maynas) para considerarlas reunidas, y examinarlas filosóficamente en otro *Mercurio*, en que igualmente desenvolveremos sus alcances y ocupaciones originales. Estas consecuencias (las referentes a la función de la geografía peruana en la economía de globo terrestre), fundadas no en las quimeras de la imaginación, sí en los hechos y conjeturas que es capaz de concebir el espíritu de un filósofo peruano»; «Geografía física del Perú...», MP, n.º 106, p. 26. «Ambas cosas (la oportunidad y el método en medicina) piden unir a una práctica consumada un juicio severo porque la medicina está fundada en la observación puntual de los hechos, que enseñan mutuamente su conocimiento; y en los justos ratiocinios con que se deducen las consecuencias y se ordenan en cuerpo de doctrina»; *Observaciones*, p. 246.

⁴⁶ «Metamorfosis humanas. Noticia de la extraña desfiguración de una niña». MP, n.º 55, p. 198.

⁴⁷ «Nosotros por esa luz emanada del mismo (el Creador), que esclarece nuestras aplicaciones y manifiesta las sabias leyes que ha establecido en la naturaleza, prevenimos las consecuencias de aquellas que se dirigen o al orden de la vida civil, o a la cultura y fertilidad de los campos, o a la conservación de la salud humana»; «Resultado del pronóstico», MP, n.º 82, pp. 121-122. Cf. el texto del artículo «Geografía física», citado en la nota 45.

historia natural); quieren decir, momento del conocer que trabaja con el material descriptivo, con el acarreo y recapitulación de impresiones que son aptos para introducir al objeto en el seno del conocimiento, para revelar su identidad, pero no para llevar adelante el saber en el sentido de la explicación causal, de la previsión o de la ordenación sistemática tal como los realiza, como por ejemplo, un físico que explica un fenómeno mediante hipótesis o un zoólogo que clasifica ejemplares vivos. Actitud que puede llamarse generalizadora en la amplia acepción que la hace capaz de albergar a un mismo tiempo el esquema mecánico o la deducción apodíctica de la física y la inducción tipificadora propia de las ciencias histórico-naturales. Lo característico de ella es, de una parte, su sello positivo, su arraigo en la sensación y, de otra, ese *novum* que agrega al dato sensible, ese «crear seres generales — del cual hablaba D'Alembert —, que separados abstractamente de su sujeto no pertenecen ya al resorte inmediato de nuestros sentidos». ⁴⁸ Por este carácter generalizador, se exige de la razón, en una concepción unitaria, encontrar la conexión causal que hace inteligible un fenómeno físico; la ley general bajo la cual encuentra explicación el hecho aislado y fugaz obtenido de la experiencia natural; la ordenación sistemática de los géneros y especies capaz de albergar un individuo vegetal y de unificar la observación botánica; e igualmente el desentrañamiento de los motivos y antecedentes pragmáticos que han determinado la aparición de un tipo de orden político o una especie cualquiera de producto cultural, así como la reconstrucción de su historia; en fin, la explicación, sobre la base de instancias y nexos de origen positivo, de fenómenos psíquicos individuales y de tipos genéricos de conducta normal o patológica. ⁴⁹

Estas consideraciones nos conducen a la siguiente pregunta: ¿qué será para Unanue la razón y sus modos? Su contestación ha de revelar el modo como refleja y asimila el pensador las respuestas a las interrogaciones gnoseológicas que su uso suscitó a lo largo de los tiempos modernos. La cuestión no es nada fácil de resolver, porque la noción de racionalidad es empleada una y otra vez por Unanue, fiel expresión en esto de la conciencia ilustrada, sin proponerse previa o subsecuentemente al uso mismo un esclarecimiento del sentido de dicho concepto. De allí que puede aplicarse en este caso lo que O. Lovejoy, coincidiendo con un aserto que ya expresó Pierre Bayle, dice respecto del empleo del concepto de naturaleza en la Edad Moderna: «Nada ha perturbado más la con-

⁴⁸ D'Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, Madrid, 1920, pp. 80-81.

⁴⁹ Cf. «Geografía física», *MP*, n.º 106, p. 26; «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 377, p. 243; «Resultado del pronóstico...», *MP*, n.º 82, pp. 121-122. Cf. asimismo las *Observaciones*, v. g., pp. 16-17 y p. 87 en que se ofrecen de hecho algunas de las explicaciones aludidas, aunque no se miente a la razón.

ciencia occidental que ese recurso habitual a un vocablo único, que traducía, según los tiempos, según los individuos, antinomias. Los filósofos de las luces, lejos de disipar la confusión, la acrecentaron». ⁵⁰ La situación se ofrece análoga en el caso de la razón, y de la multivocidad y la discordancia que a ella se refieren, según veremos, da buena muestra la obra de Unanue.

Hemos notado antes que la actividad racional se ejerce en una serie de operaciones psíquicas de la especie de la reflexión, la deducción y la conjetura. Estas operaciones consideradas como efecto del funcionamiento de una capacidad específica revelan, en primer término, la concepción muy vaga y general del entendimiento como libre y sana aptitud de discernir, como despierta conciencia de los objetos. Potencia que opera con eficacia en el hombre sano y que preside su comportamiento en la vigilia. Actuar según la razón es actuar con la seguridad del claro juicio, con la evidencia de los fines perseguidos y de los medios que han de ponerlos al alcance del sujeto; iluminar a la voluntad según los dictados de la inteligencia.

Esta capacidad parece acrecentarse con el ejercicio de las operaciones. El discurso, el juicio, el dictamen y la reflexión son momentos anímicos que sirven para definir la potencia racional; pero si ellos son: juicio *maduro*, discurso exacto, dictamen recto ⁵¹ o reflexión expedita, ⁵² dan indicio también del grado en que se hace presente en el individuo esa potencia y, por ende, de que la racionalidad a esta altura admite un incremento o merma de individuo a individuo ⁵³ y también en el curso de la historia humana personal o colectiva.

La idea del escalonamiento gradual de las manifestaciones racionales de este tipo sirve, por otra parte y debido a tal carácter, para iluminar el enfoque genético de la vida social; pues, opuesto el concepto de razón al de barbarie, se explica por el aumento de la racionalidad el paso del

⁵⁰ «Prolegomena to the History of Primitivism». En *Contributions to the History of Primitivism. Primitivism and related ideas in Antiquity*, por A. O. Lovejoy y G. Boas (Baltimore, 1935). Citado según Hazard, *op. cit.*, p. 277. Sobre la posición de Pierre Bayle, *ibid.*, p. 301.

⁵¹ Cf. «Discurso para el establecimiento», *MP*, n.º 371, p. 196; y «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 114.

⁵² En el «Discurso histórico» se lee: «El entendimiento hace uso del don precioso de la reflexión y esta ley primera es la aurora de una sabiduría, que mejorando la parte más noble del hombre, lo coloca en el alto destino que lo espera de la naturaleza irracional», *Obras*, t. II, p. 180.

⁵³ Al referirse Unanue en la «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada» a los vigías o atalayas en el sistema de defensa virreinal, anota que debe haber dos en cada puesto: «uno de ellos por lo menos de bastante racionalidad» (*Obras*, t. III, p. 283); tocando a la misión del *Mercurio* y su difusión, expresa en la «Introducción al tomo X», que aquél «drá quizá a dar las primeras lecciones de racionalidad al adusto habitado del *Niger*, como las ha ministrado al bárbaro del Ucayali» (*MP*, n.º 313, p. 5).

espíritu primitivo al ilustrado, así como la posibilidad de incorporación de cualquier grupo humano al seno de la existencia civilizada.⁵⁴ La capacidad racional reconoce como su signo más característico en el sujeto individual y colectivo, el uso del lenguaje:

El habla — dice Unanue — es el don precioso del hombre: clara señal de que tiene un espíritu dotado de razón que le distingue esencialmente del bruto. Sin el idioma, el género humano se confundiría con las bestias; pues en las facciones externas se aproximan sus individuos, al juntarse en la cadena que los une. La palabra es la que hace conocer que el hombre es capaz de religión y sociedad, y lo que lo separa del orangután, creado para errar en los bosques; y con cuanta mayor perfección habla, tanta mayor excelencia manifiesta en el ánimo. Así, el progreso del idioma ha sido siempre el indicio del de las luces en las diferentes tribus y pueblos que habitan la tierra.⁵⁵

Signo de racionalidad, para Unanue, el habla revela la evolución de la contextura espiritual del sujeto y su marcha en la vida social; pero da a conocer también un rasgo esencial del ser humano, que lo sitúa en un plano distinto y jerárquicamente superior al de cualquier otro ente orgánico.

Así, la primera noción de razón que encontramos en nuestro autor se sitúa en el estadio de la distinción tradicional del hombre respecto del animal, fundada en su concepción como ser provisto de razón. La racionalidad es en buena cuenta la simple actividad consciente, la facultad de discernir, ligada al uso autónomo de la propia voluntad,⁵⁶ que se opone al mundo de los impulsos orgánicos, y precisamente opera con plenitud cuando se ve libre de la acción entorpecedora del cuerpo, de la *región*

⁵⁴ «Continuando las mismas necesidades y experimentando los propios socorros al poblar la superficie de ésta (la tierra), se perpetuaron en él las primeras aplicaciones; encontrándose por consiguiente el estudio de los vegetales hasta en aquellos sombríos rincones del globo, en que el linaje humano parece distinguirse del irracional sólo por su figura exterior»; «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 372, pp. 205-206. «Después que la razón humana alumbró al hombre la idea del Imperio, y la industria verificó su establecimiento, aumentándose la necesidad de esta ciencia (la anatomía), fueron más claros y rápidos sus progresos»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, pp. 114-115. Cf., asimismo los textos citados en la nota anterior.

⁵⁵ «Introducción a los discursos académicos», *Obras*, t. II, p. 303. Que la racionalidad (en este sentido) pertenece, aunque sea en potencia, a todos los hombres es motivo del pensamiento católico y moderno a un tiempo, que Unanue reafirma en las *Observaciones*: «...el espíritu racional está igualmente distribuido en todas las partes de la tierra. En todas ellas es el hombre capaz de todo, si es ayudado por la educación y el ejemplo», pp. 96-92.

⁵⁶ «Falta con el sol (en la noche) uno de los más fuertes estímulos que nos conserva vivos y se abate por consiguiente la parte del sistema nervioso que obedece a la razón y a la voluntad. Queda sola la que forma la facultad natural para sostener la vida...»; *Observaciones*, p. 167.

*inferior*⁵⁷ — como dice él — de la naturaleza humana que impone su señorío en la enfermedad, en el peculiar apagamiento de las funciones psíquicas que produce el sueño o en cualquier otra suerte de perturbaciones extrañas a la experiencia orgánica o al franco ejercicio de la energía anímica. Razón, pues — fijemos el concepto —, tiene el primer sentido de *entendimiento no trabado, de conciencia despierta y vigilante*; y actividad racional, el de *libre juego de las facultades superiores, que hace posible un eficaz y coherente encaminamiento de la conducta*: el de *logos aplicado*.

Pero conjetura, reflexión e inferencia significan cosa distinta cuando se les considera dentro del cuadro del contraste entre la experiencia y la razón. Estas operaciones acusan entonces, como rasgo esencial de la racionalidad, esa aptitud de trabajo sobre un material cognoscitivo dado a que nos referíamos globalmente y sin precisar matices líneas arriba; trabajo que rebaja los límites de la dación escueta, en algún sentido. La experiencia se ofrece entonces como soporte de algo que va más allá de ella en el conocer, se ofrece como «el fundamento de todos los racionios y resultados fisiológicos».⁵⁸ Esta tarea concierne al entendimiento y no a la sensibilidad. El entendimiento es el que juzga, reflexiona y concibe; munido del instrumento metódico, aborda el material empírico y lo clasifica mediante la inferencia, el sistema o la construcción deductiva.⁵⁹

Sujetándose aquí también a los patrones de la concepción tradicional del entendimiento, Unanue ve en él una facultad esencialmente teórica, que ha de luchar a cada paso para no hacerle el juego a la interferencia de la fantasía y la afectividad, aunque puede servirse de ayudas no intelectuales con vistas a una más acabada aprehensión de su objeto.⁶⁰

⁵⁷ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 110.

⁵⁸ «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 375, p. 233.

⁵⁹ «El entendimiento humano hace uso del don precioso de la reflexión y esta luz primera es la aurora de una sabiduría benéfica, que mejorando la parte más noble del hombre, lo coloca en el alto destino que lo separa de la naturaleza irracional»; «Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao», *Obras*, t. II, p. 180. En otro lugar del mismo discurso habla de «la luz del entendimiento»; *ibid.*, p. 181. Cf., asimismo «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 375, pp. 233; y «Prelusión a un examen de Geografía», *Obras*, t. II, p. 177, en que se hace alusiones conexas al entendimiento, la experiencia, la conjetura y el sistema.

⁶⁰ Leemos en las *Observaciones*: «Mi primer cuidado ha sido estudiar en la naturaleza las cosas de que trato. Las he considerado en sí solas y después de conocidas, han venido a exornar la memoria y la imaginación». Este conocimiento, que es el racional experimental, obra, sin embargo, también con ayuda de esa imaginación frente a la cual se guarda reserva crítica, pues Unanue declara más adelante que dejó que ella, «excitada por la singularidad o por la belleza de los objetos, úsase a veces de sus fueros, interponiendo en la narración *filosófica* las imágenes y descripciones poéticas. Teniendo por maestro a Platón, quien, como observa Longino, lo ejecuta con frecuencia en sus tratados filosóficos» (*Ibid.*, p. 7, la cursiva es nuestra). En otro trabajo suyo: «Apenas se fija la vista sobre algún punto del planeta que habitamos, cuando es necesario poner en ejercicio las fuerzas enteras del entendimiento y todas las emociones del corazón»; «Prelusión a un examen de Geografía»,

La nota central de la razón concebida de esta manera, de la razón como espontaneidad intelectual, es la de la trascendencia. Ella se ejerce en una doble vertiente: trascendencia subjetiva de la capacidad racional respecto a la sensibilidad; trascendencia objetiva de los productos del trabajo intelectual respecto a los datos de la observación. Semejante trascender doble de la razón a la experiencia se halla presente ora en la inducción de leyes generales y en la deducción de consecuencias previsibles sobre la base de la observación anterior; ora en la ordenación sistemática de los ejemplares concretos de un género o especie; en la determinación de las causas de un desarreglo orgánico o en el manejo del instrumental técnico en la ciencia y en el arte. Razón, pues, en el amplio sentido de capacidad de *rebasar la experiencia*, apunta a una diferenciación de otro tipo frente a la vida orgánica y, además, frente a la sensibilidad —pese a las reales dependencias que mantiene con ambas; con la primera, para el sostén vital del ejercicio del intelecto, espejo fiel del más nimio contraste corporal;⁶¹ con la segunda, para la obtención del material cognoscitivo— significa la aptitud humana para la *transformación* de la realidad, para abordarla con un «ojo especulativo y exacto», como dice tan expresivamente Unanue;⁶² y llega a su *iluminación* intelectual,⁶³ bien sujeta siempre a los lineamientos de la *empirie*. Un segundo concepto de razón es, pues, el de *capacidad de elaborar la experiencia, de complementarla trascendiéndola*.

Obras, t. II, p. 177. La más estricta declaración de los vínculos que unen a la emotividad y el entendimiento es la siguiente: «El corazón es el principio activo del entendimiento humano, y éste no hace sino juzgar según la situación y pasiones de aquél, cuando le parece está despreocupado, y animado de solo el amor a la verdad»; «Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 82, nota 20.

⁶¹ Cf., el desarrollo del tema del condicionamiento orgánico de las funciones del atender, el representar, etc. *Observaciones*, p.99; y «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 110.

⁶² «Introducción a la descripción científica», *MP*, n.º 43, p. 74.

⁶³ V. g., el texto ya citado: «Desde que la razón alumbró al hombre la idea del imperio, y la industria verificó su establecimiento, aumentándose la necesidad de esta ciencia (la anatomía), fueron más claros y rápidos sus progresos»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, pp. 114-115 y ss. «En este momento —dice a propósito de Linneo haciendo la historia de la botánica— figuran los progresos del entendimiento humano en la clasificación de las plantas, los crepúsculos del alba que empiezan a sacar al orbe del seno de las tinieblas»; «Introducción a la descripción científica», *MP*, n.º 44, p. 81. «El primer objeto que se presenta a la contemplación de un filósofo en la historia de los monumentos del antiguo Perú, es el retrato de la organización y diversas disposiciones de su vasto territorio. Destinada su pluma a rastrear en los despojos del tiempo y los humanos el grado de cultura a que ascendió aquella nación famosa»; «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 105, p. 9. Muchos otros textos, como los ya citados del «Discurso histórico» (*Obras*, t. II), se pueden agregar a los transcritos para documentar esta función científica histórica de la razón («Introducción a los discursos académicos», *Obras*, t. II, p. 303).

Pero dentro de este segundo concepto, como puede verse en la enumeración anterior, se encuentran confundidos dos tipos diversos de procesos lógicos, que no siempre obedecen a una misma inspiración teórica ni son resultado de análogos corrientes de pensamiento. Se aceptan en ella dentro de un mismo orden gnoseológico, la actitud de explicación por causas y la descriptiva, que opera con la clasificación por géneros y especies. Las semejanzas entre una y otra no son, ciertamente, despreciables. Si atendemos a que lo que prima en la actividad racional, tal como ha quedado definida en el último concepto, es la elaboración de la multiplicidad fáctica, puede atribuirse carácter racional tanto a una elaboración que se ejerce en el paso del individuo observado al tipo genérico que lo define, y que hace posible su incorporación en la más vasta unidad del sistema, como a la que opera con la determinación de los nexos causales y la inducción de leyes que regulen la sucesión de los hechos. La partida de la estricta observación y el arribo a formulaciones generales, de cualquier tipo, permiten extender y unificar ambos sentidos parciales de racionalidad. Pero las diferencias entre un empleo y otro del intelecto y entre las nociones que les son correlativas, no pueden quedar tampoco olvidadas, tanto más cuanto que ellas se conectan íntimamente con el alcance de una noción tan importante y significativa dentro del nuevo espíritu científico como la de matematización.

La idea moderna de la naturaleza que comparte Unanue tiene como momentos esenciales las nociones de experiencia y razón. Si el sentido de la experiencia y de su prolongación metódica, la experimentación, en última instancia es el del apoyo en la fuente de la sensibilidad, pues se excusa toda otra vía de acceso al material cognoscitivo, el de la razón que sobre la experiencia trabaja ha sido principalmente en el desarrollo de la nueva ciencia natural desde el siglo xvi el de la formulación en lenguaje matemático-causal de la diversidad de la experiencia. El concepto de substancia y los universales que juegan en la mente helénico-medieval como resortes fundamentales de una explicación de la naturaleza capaz de hacerla inteligible, ceden su lugar, en la nueva etapa del saber que abre la obra de Galileo, a una paralela afirmación de la noción de causa, que no permanece, además, en el estadio de la simple recolección y enumeración, o en el manejo experimental escueto de los hechos observados, como ocurría en muchos aspectos todavía con Bacon, sino que persigue una elaboración de la multiplicidad sensible que permite aprovechar en ella sólo lo que se presta a la aplicación de nexos funcionales y que por este conducto hace posible arribar a la determinación de una estricta regularidad en el seno de la naturaleza. La razón es aquí capacidad abstractiva, sólo en un sentido primario, el que se refiere a las operaciones de desnudar al objeto de los ingredientes cualitativos, concretos que no coadyuvan al fin con-

ceptual que se persigue y, también, el de la interferencia de las relaciones constantes de los objetos. Pero es fundamentalmente capacidad de deducir conclusiones válidas universalmente y susceptibles de formularse en lenguaje matemático; esto es, capacidad de trascender con un sentido muy definido la experiencia sensible determinando el armazón conceptual que sostiene el orden de esa misma experiencia. Esta trascendencia es cosa distinta del simple tránsito del individuo al género: implica una anticipación lógica que supone la verdad de las consecuencias contenidas en una hipótesis nacida de la observación, cuyo sello apriorístico subraya la expresión cuantitativa. Hay pues en ella los momentos de la formulación causal y cuantitativa de lo observado; de la proyección hipotética concebida a partir de la experiencia y de la deducción de los asertos implicados en dicha construcción, que, conformando el círculo de la investigación científico-natural, han de remitirse otra vez al control de la *empirie*. Entre otros documentos modernos, un texto de Laplace nos revela esta conexión metódica y el espíritu que anima a la ciencia de la época. Dice en su *Mecánica celeste* que intenta «resolver los grandes problemas mecánicos del sistema solar y hacer que la teoría coincida tan exactamente con la observación que en adelante no hagan falta las ecuaciones empíricas».⁶⁴ Se hace presente una suerte de validez apriorística que no mantiene más que correspondencias externas con la validez del aparato silogístico aristotélico, y que gravita no sobre lo que se conoce, sino sobre lo que se anticipa, sobre lo que ha de agregarse como fruto nuevo al acervo del conocimiento. Una compenetración del mecanismo experimental y del órgano lógico de la matemática conduce a un nuevo concepto de la validez objetiva, que se sitúa en la línea del apriorismo racionalista filosófico y presta su sello a las grandes empresas científicas del barroco, y aun de la Ilustración, encaminadas a lograr un cuadro comprensivo del desarrollo pasado y futuro de la naturaleza.⁶⁵

Unanue ofrece múltiples ejemplos del uso de esta formulación.⁶⁶ Puede decirse que, en general, su obra se sitúa, en porción considerable,

⁶⁴ Cf. Charler Singer, *Historia de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 290.

⁶⁵ Es interesante transcribir aquí la cita que hace Unanue del *Dictionnaire de Physique*, «*Par une Société*», que concierne a la aludida proyección moderna hacia la conformación de un cuadro mecánico de la naturaleza. «*Geographie physique, est la description raisonnée des grandes phénomènes de la terre, et la considération des résultats généraux déduits des observations locales & particulières, combinées & réunies méthodiquement sous différentes classes, & dans un plan capable de faire voir l'économie naturelle du globe, en tant qu'on l'envisage seulement comme une masse qui n'est habitée, ni féconde*»; «*Geografía física*», *MP*, n.º 105, p. 10, nota 2.

⁶⁶ Cf., el «*Apéndice de la sociedad a las conjeturas de P. N. Crespo*» (*MP*, n.º 47, p. 109) y el «*Remitido*» sobre la reforma del Colegio de Medicina (Valdizán, *La Facultad de Medicina de Lima*, t. II, pp. 38-39), como especialmente significativos respecto de la

dentro de la corriente del racionalismo histórico y científico, pues la aceptación y el uso de los conceptos de la ciencia natural moderna presiden su actividad de investigador, y su labor universitaria está señalada, en las etapas cardinales, de una parte, por un trato cercano con la filosofía de Descartes, quien, aparte de la significación de su sistema dentro del cuadro general del racionalismo, contribuyó, como es sabido, con el aporte de la geometría analítica a impulsar decisivamente el movimiento científico de la Edad Moderna; y de otra, por el aprendizaje y enseñanza, en plan de largo alcance renovador dentro de la vida intelectual peruana, de la física de Newton, en la que la unidad del interés causal y el instrumento matemático logró su más perfecta realización. Dato ilustrativo al respecto es el de que siendo Unanue preceptor de Agustín Landaburu, le hizo sostener, el año de 1786, por primera vez en la Universidad de San Marcos y en un acto público, ciento setenta y seis proposiciones del sistema de Newton.⁶⁷

Pero junto a la físico-matemática, la actitud naturalista en un sentido más escueto, que Unanue también adopta, apunta a una clase distinta de trabajo de la razón, que se circunscribe en porción importante a los modos de la metodología tradicional. El comportamiento cognoscitivo del botánico, o del zoólogo, gravita en lo fundamental hacia la descripción, con designio generalizador, de la multiplicidad de ejemplares vivos. Los conceptos de tipo, género, especie y sus semejantes, pasan en él a ocupar el lugar que en el edificio físico-matemático ocupan la relación causal y la hipótesis y la deducción; y la idea del sistema desplaza a la del cuerpo conceptual formado por el acopio inductivo y la expansión deductiva de las observaciones.

asimilación del saber físico-matemático por Unanue y su valoración del puesto de este tipo de ciencias en el cuadro del conocimiento natural. El interés por la experimentación y la inferencia inductiva de leyes generales, y por el control empírico de las conclusiones de la observación, en cada vez más amplias y detalladas experiencias, se patentiza en el siguiente texto: «Las experiencias con que Antonio de Haen y Alberto Haller quieren persuadirnos, que el hombre puede respirar sin la menor lesión en un calor superior al suyo, serán tal vez verificables bajo de un aire que cargado de algunas partículas frigoríficas, no cese de soplar, y extinguir por instantes acción tan violenta. Si acaso no es cierto que algunos rayos de luz repelidos por los objetos vecinos sobre los termómetros en cuya observación las fundan, la diversa construcción y recipientes de éstos, el querer comparar el calor de un clima, con el que tiene un hombre que habita otro diferente, y otras circunstancias iguales, han producido estos fenómenos incapaces todavía de establecer ley en la Naturaleza»; «Precauciones para conservar la salud», *MP*, n.º 30, pp. 277-278.

⁶⁷ «[F]ue el primero que introdujo en ella (en la Universidad de San Marcos) el gusto de la buena física, imprimiendo y haciendo sostener el célebre sistema de Newton en ciento setenta y seis proposiciones, a su discípulo el doctor don Agustín Landaburu...»; «Memorial dirigido al Rey, solicitando la cátedra de Prima de Medicina», en Medina, *La imprenta en Lima*, t. III, p. 250. Cf., asimismo, «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, pp. 196-197. Los exámenes que presentó Agustín Landaburu bajo la dirección de Unanue, versaron sobre las materias que indican los siguientes títulos: *Tabulae Grammaticae Latinae, Mythologiae,*

En Cesalpino como en Linneo, fuentes de Unanue, esta situación se muestra con toda la claridad que es necesaria para oponer la mentalidad mecanicista a la histórico-natural. Linneo debe a su formación aristotélica la insistencia en la problemática de los géneros y las especies, que había constituido tema muy frecuentado por el pensamiento medieval. Si bien es él quien imprime un nuevo sentido al uso del concepto de especie, naturalizándolo, por así decirlo, el trabajo con las instancias generales que se resume en el devolver a la observación, abstraídos, los contenidos que ella había ofrecido en la concreción de los objetos singulares, y el empleo del método de la sistematización,⁶⁸ distingue la metodología de disciplinas como la botánica del acentuado sentido instrumental que tenía el método de Galileo y Descartes en la física. No olvidemos el arraigo empírico que tiene efectivamente la ciencia natural aristotélica; tampoco está él en cuestión, pues, las ciencias histórico-descriptivas como las físicas reconocen un primario soporte a la percepción. No se trata tampoco de ponderar la eficacia del enfoque clasificatorio en biología o la posible ineffectividad de la concepción mecánica ni la presencia de nociones tan decididamente modernas como las de continuidad, que actúa como nervio de la obra linneana, sino de señalar que en la misma época y en Unanue, en un mismo espíritu científico, se entrecruzan dos tipos de actitud teórica, una de las cuales arrastra todavía la carga de la tradición en los métodos y permanece en buena medida dentro de su temática, y la otra señala la nueva senda por la que marcha el conoci-

*Poesis, Logicae, Aritmeticae, & Algebrae Elementorum Quas (a) Extemporali, Ac Publico exhiuit Certamini anno Dei. 1785. D.D. Augustinus de Landaburu, & Belfunze, Turmae in suburbans legione de Caravayllo Dux, Anno etatis suae undecimo. (a) Grammaticam, Mythologiam, ac Poesis die 16 mensis martii; Logicam, Arithmetice, & Algebrae die 13 Decembris; H. Valdizán, Apuntes para la bibliografía médica peruana, Lima, 1929, p. 209; Medina, op. cit., t. III, p. 156. Geometriae, tum Metaphysiceae. Aethisesque propositiones, quas publico offert examini D. Augustinus de Landaburu, et Belsunze, Turmae in legione suburbans de Carabayllo Dux. Patrono Institute Suo. D. Los Hippolyto Unanue. Die 20 Novembris An. CICICCLXXXVI. Hora 4, Limae in typographie vise Marchionis a Concha (Medina, op. cit., t. III, p. 196; H. Valdizán, op. cit., p. 210). Theses pro actu publico et Magisteril laurea in Philosophia: quas, Deo Pavente, tueri conabitur, D. Augustinus de Landaburu, et Belsunze, legionis suburbans de Caravayllo, dux, Casconicae Societatis Socius, paeside institutore suo D. Los Hippolyto Unanue. Doctore Medico, Limae, In. Reg. Divi Marci Academia, IV Idus Aprilis Ann. CICCLXXXVII. Mane et Vespere»; Medina, op. cit., p. 185; H. Valdizán, op. cit., p. 222. El tema de esta tesis, que Unanue cita en el artículo del *Mercurio Peruano* publicado como «Apéndice de la Sociedad a las conjeturas del doctor don Pedro Nolasco Crespo» (n.º 47, p. 109, nota 2), fue el siguiente: *Leges Newtoni, quibus Planetas se attrahi Physica vincit caelestis, pari certitudine demonstrant Telluris montium attractiones, Chimborazo nempe ex observations Bougeri in Quito, Schehalaien ex observatione Maskelini in Scotiz, attrahunt in rations directa massae, et quadrati distantiarum reciproca.**

⁶⁸ Cf., Em. Radl, *Historia de las teorías biológicas*, t. I. Madrid: Revista de Occidente, 1931, pp. 252 y 254.

miento moderno y que ofrece al hombre los más eficaces medios de dominio sobre el contorno natural. «A primera vista parece asombroso — dice a este propósito Em. Radl, hablando de Linneo — el hecho de que entre los investigadores del siglo XVIII, que acentúan constantemente la ciencia experimental, y se burlan de la escolástica como un punto de vista ya superado, se eleve un sabio que se proponga renovar la ciencia de Alberto Magno; y más asombroso aún que recoja aplausos generales». ⁶⁹ Este aserto es exacto; no parece totalmente aceptable, sin embargo, la explicación que da Radl del éxito que alcanzó la obra de Linneo: la del espíritu escolástico que, a fuer de devotos de la lógica, muestran los pensadores posteriores al viejo Renacimiento. Aparte de que el éxito puede mirarse como una consecuencia de la actitud empírica que en el fondo guía la labor de Linneo y los naturalistas que se encuentran en su línea, el logicismo de la ciencia moderna es de un tipo bien distinto al de la escolástica. Y lo es tanto como es de un sentido no totalmente afín con el espíritu del concepto leibniziano de continuidad, el uso que de él hace Linneo, en su método clasificatorio. Lo que se muestra como posición realmente novedosa en la continuidad leibniziana es la idea de una generación posible de cualquier ente a partir de la ley que regula sus cambios, no la estática ordenación de géneros y especies con que llena la secuencia exigida de los entes orgánicos. Sucede que nos encontramos con una radical dualidad dentro del moderno espíritu científico, dualidad que patentiza singularmente el uso ilustrado del concepto de razón. La deducción y la hipótesis, de un lado, repetimos, y de otro, las condiciones linneanas de sistema, cualidad y experiencia que subraya expresamente Unanue, ⁷⁰ valen como instrumento del conocimiento de la naturaleza, pero en Unanue y en el espíritu ilustrado significa, una, el conocimiento anclado en la experiencia pero que cabalga sobre ella y la rebasa por obra de una razón que es capacidad de extender la observación,

⁶⁹ Radl, *op.cit.*, p. 254.

⁷⁰ El contraste puede ejemplificarse con un texto de «Decadencia y restauración»: «En él (cadáver) se conoce cuál es el enlace, y los oficios de los distintos órganos que componen esa máquina singular, la primera entre las obras de la Divinidad: en qué consiste la mutua dependencia con que se auxilian, o dañan unas a otras; cuáles son las verdaderas causas que fomentan o destruyen su armonía, y cuál es el modo de restaurarla» (*MP*, n.º 221, p. 110); y la cita de Linneo hecha por Unanue en la «Disertación sobre la coca» para referirse a la «regla sólida» que conducirá sus inquisiciones: «Systemate, qualitate, et experientia eruitur omnis usus plantarum» (*Mat. Med.*, Canon 14), *MP*, n.º 375, p. 233. Obsérvese además que Unanue, muy significativamente, empareja a Newton y Linneo, calificando a ambos como «muy superiores al resto de los filósofos» («Introducción a la descripción», *MP*). El alcance moderno de la dualidad se hace patente recordando que fue precisamente esta oposición el problema central de Kant, quien trabajó afanosamente por la conciliación de una explicación mecánica de la naturaleza con la exigencia de nuevos conceptos para incorporar en el cuadro racional el orden de los géneros, especies e individuos, que constituyen la multiplicidad fáctica de la naturaleza. Cf., *Crítica del juicio*.

de prolongar el dato en un sentido prospectivo; otra, el conocimiento anclado en la experiencia y que permanece dentro de sus límites, aunque sean los de una amplia refracción conceptual de sus datos. Por lo demás, esta dualidad ha preocupado, no sin efectos, al pensamiento europeo. En Kant se hace presente por un problema que en la evolución de su sistema vino a convertirse en el central: el problema de los fines. Él lo llevó a trabajar afanosamente por la conciliación de la explicación mecánica de la naturaleza con la necesidad de nuevos conceptos aptos para incorporar en el cuadro racional el orden de los géneros, especies e individuos que constituyen el *factum* del mundo.

Un nuevo concepto de razón es, pues, el de la *razón físico-matemática*, que se opone al de la *razón histórico-natural*. Uno y otro pueden considerarse especies de la razón en el segundo sentido estudiado.

En América — permítasenos la digresión — este contraste entre el momento hipotético-deductivo y el descriptivo-clasificador de la función racional adquiere un sentido histórico particular. Porque se vincula con el hecho de que no sólo Unanue, sino que tampoco los pensadores que lo preceden y siguen en el Perú, y los de dirección análoga en Hispanoamérica, fueron capaces de superarlo o modificarlo en un sentido acorde con los intereses teóricos y prácticos de la realidad cercana y que permitiera aproximarse a un tipo de labor intelectual como el que, pese a la escisión, se estaba realizando en Europa. Porque si en la evolución científica europea podemos señalar la coexistencia de las referidas formas de conocer, no asimilables estrictamente en un concepto único, la balanza histórica pesó más en el platillo del racionalismo matemático e imprimió su sello a los esfuerzos científicos conduciéndolos en la dirección del aprovechamiento práctico de la realidad, por vía de su interpretación mecánica. El acervo del conocimiento histórico-natural, por el contrario, se mostró subordinado a aquél y, a tenor de los intentos más extendidos, en la fase de otro campo de experiencia rigurosamente acopiada y abierta a una traducción posible en función de mecanismo, aunque no privase siempre la interpretación apriorística.⁷¹ Entre nosotros, empero, lo realmente original de la ciencia físico-matemática no llegó a echar raíz

⁷¹ En este sentido es preciso señalar que dentro del tipo unitario de trabajo cognoscitivo que representa la ciencia físico-matemática y que nosotros hemos destacado con el concepto de razón respectivo, cabe distinguir una dirección proyectada hacia la deducción, hacia el momento apriorístico y otro hacia la experimentación, hacia el momento de fundación a posteriori del contenido de la física, direcciones que representan Descartes y Newton, respectivamente. Es sabido, además, que este último quería prescindir en lo posible del uso de instancias explicativas, bien que en la práctica no ocurriera ello, ni podía ocurrir si nos atenemos al papel principal que toca a la explicación, en su sentido estricto, dentro del organismo de la ciencia. Newton pensaba más bien en la extensión metafísica injustificada de la teoría física (cf., Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 62-63; y Singer, *op. cit.*, p. 277). En esta

honda ni pudo propiciar, por ende, un consecuente aprovechamiento de la naturaleza. En contraste, la ciencia histórico-natural mostraba en su haber un impresionante caudal de observación y significaba con más esplendidez que ella los resultados de la mente empírica y su eficacia en contraste con la vacía especulación metafísica.

Volvamos ahora a nuestros conceptos de razón. Junto al vinculado a la ciencia física y a las disciplinas exactas, y al histórico-natural, un quinto y último sentido encierra el uso del término en la obra de Unanue. Un sentido que se vincula estrechamente con la razón como capacidad de trascendencia, y que se asienta en la afirmada espontaneidad del intelecto. Él incide, sin embargo, en esa espontaneidad tomada en su absoluto desprendimiento de la experiencia; es decir, cuando juega como *libre* razón, como razón *especulativa*. Entonces la capacidad racional avanza más allá de la experiencia, pero en un sentido dialéctico, lo cual quiere decir que no prolonga la observación, que no la organiza, primariamente, sino que prescinde de ella y convierte a la tarea del conocimiento en vacía elaboración de entes, que precisamente se nombran en este vínculo, entes de *razón*.⁷² Ocurre un distanciamiento de la conexión «física y existente» de las causas y la entrada en esa suerte de actividad fanática a que viene a reducirse la especulación metafísica en el enjuiciamiento ilustrado. La imagen del filósofo aparece entonces ya no como la del investigador positivo que quiere adecuar su conocimiento al orden natural, sino como la de una especie de hombre que, para decirlo con pintoresca frase de Unanue: «dispone despóticamente de la Naturaleza, y sus magníficas obras, y arrastran tras sí la República de los Sabios».⁷³ La construcción mental, fruto de estos afanes, tiene amplio radio y puede ser referida ya a lo fáctico natural, de donde nace un falseamiento del objeto empírico, ya a lo trascendente, que en la opinión más entendida dentro de la Ilustración se cierra a las empresas científicas y se quiere estratégicamente ver preservado por el manto protector de la revelación.⁷⁴

conexión es revelador el siguiente texto de D'Alembert: «[...] la sola manera de filosofar en física consiste, o en la aplicación del análisis matemático a las experiencias, o en la nueva observación esclarecida por el espíritu de método, ayudada alguna vez por conjeturas, cuando puedan proporcionar puntos de vista, pero severamente desprendidas de toda hipótesis arbitraria.» *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, p. 47. Y Unanue precisamente parece estar más cerca de Newton que de Descartes. Vid. «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 196. Por lo demás, la segunda mitad del siglo XVIII presencia una quiebra de la dirección mecanicista (es decir, de la acentuación de la explicación apriorística de lo real, more cartesiano) y una cada vez más sensible vuelta a la experimentación. Cf. Cassirer, *op. cit.*, pp. 62-66.

⁷² «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 196.

⁷³ «Noticia de los trajes, supersticiones y ejercicios de los indios de la pampa del Sacramento, y montañas de los Andes del Perú», *MP*, n.º 78, p. 73.

⁷⁴ «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, pp. 196-197. Que esta limitación no puede entenderse como negación de las instancias trascendentales y que incluso puede conciliarse con

Razón tiene, pues, por último, el sentido de vacía *especulación*, de *sutileza metafísica*, de *extensión dialéctica* (en sentido kantiano) de la *capacidad de conocer*.⁷⁵

A la luz del examen anterior, vemos claramente por qué no es posible contestar sin más a la pregunta de qué sea la razón en Unanue, así como también en los filósofos representativos de la Ilustración.

Confundidos en la mención de un sólo término, identificados en un uso unitario, y distinguidos (aún vagamente) en muy raras ocasiones, encontramos los cinco conceptos de razón que hemos tratado de sacar a la luz en lo anterior (es decir, razón como entendimiento en general, como capacidad de elaborar la experiencia, como función del conocimiento físico-matemático, como función descriptiva y clasificadora en la historia natural y como órgano de la especulación metafísica). En lugar del análisis crítico nos sale al paso la apelación constante a la razón y lo racional en globo; la mayor parte de las veces sin parar mientes en los varios modos de entender la capacidad que se invoca a los diversos grados de su eficacia cognoscitiva. Un hecho que es ciertamente bien característico del espíritu enciclopedista y que puede explicarse por el empleo instrumental y combativo del concepto que se realiza en el siglo XVIII. Porque la razón (lo lógico en general) es fundamentalmente un medio de alcanzar ciertos resultados prácticos, en el orden teórico y en el social. Arma, de una parte, contra la tradición científica y eclesiástica, ya desde Pierre Bayle y Saint-Everemond;⁷⁶ de otra, instrumento utilizado para elaborar una ingente masa de experiencia que el nuevo e incesante interés por la observación acarrea a cada hora y para satisfacer las exigencias de aplicación y dominio a que habían dado nacimiento las nuevas condiciones espirituales del siglo. El recurso unitario a la *razón* y lo *racional* toma así origen en la significación positiva del concepto como instrumento, como vía segura para alcanzar efectos coherentes (en un doble sentido de consecuencia lógica y de eficaz manejo en el conocimiento). Como esta coherencia se exigía con los hechos y en la materia de los hechos, razón y experiencia se coordinaban íntimamente en el órgano de la nueva filosofía, y los momentos, inductivos, deductivos, clasifi-

motivos de la creencia tradicional que inciden sobre el nuevo concepto del saber científico, lo manifiesta cabalmente el siguiente texto: «Nosotros desde luego no podemos tener el perfectísimo y universal conocimiento del Creador, pero *por una luz emanada de él mismo*, que esclarece nuestras aplicaciones, y *manifiesta las sabias leyes que ha establecido en la naturaleza*, prevenimos las consecuencias de aquéllas que se dirigen o al orden de la vida civil, o a la cultura y fertilidad de los campos, o a la conservación de la salud humana»; «Resultado del pronóstico», *MP*, n.º 82, pp. 121-122 (los subrayados son nuestros).

⁷⁵ Cf., «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 220, p. 100; e «Introducción a los discursos académicos», *Obras*, t. II, p. 305.

⁷⁶ Cf., Lanson-Naves, *op. cit.*, pp. 4-7

catorios e hipotéticos por su proclividad hacia la experiencia, pese a las diferencias, podían promover un mismo rechazo de la construcción metafísica, ajena al fundamento empírico. De allí que la unidad del concepto que hace de esta función, pueda recoger las varias direcciones del pensar occidental, amparadas en uno u otro sentido por la idea de la racionalidad humana. Si hiciéramos una genealogía de esta razón ilustrada, veríamos que ella aprovecha del pensamiento aristotélico y cristiano medieval el central motivo de la potencia intelectual que enfrenta y distingue al hombre y al bruto y, asimismo, la distinción entre sensibilidad y entendimiento. De la ciencia escolástica y de su sistema lógico, el momento deductivo y clasificador por conceptos generales. De la crítica empirista, efectuada en lo fundamental por los pensadores ingleses, la supeditación del trabajo intelectual a las fuentes perceptivas y la concepción, no suficientemente crítica, de la razón en función de experiencia mediata.⁷⁷ La ciencia físico-matemática y el racionalismo cartesiano, que le es afín, proporcionan la idea de una ampliación creadora de los conocimientos; el apriorismo de la hipótesis y el razonamiento matemático. Y la propia tradición metafísica que sirve de arsenal de casos de uso extraviado del entendimiento, deja su sello en la vaga idea de un vínculo gnoseológico con lo trascendente, perceptible en muchas partes, pero que basta para probar la aceptación de una posible fundamentación del saber en un orden supranatural (al que se llega, es cierto, desde la experiencia) o la ausencia de un rechazo radical del concepto de divinidad creadora.⁷⁸ Y en esta asunción varia y en la finalidad pragmática que la condiciona — y la justifica también en parte — es preciso buscar el origen de las antinomias que han acosado, como quizá jamás en la historia del pensamiento de Occidente, a la filosofía de la Ilustración y precisamente a ella, que pretendía desplegar siempre una reflexión justa e imponer un obrar clarificado por las luces del entendimiento.

Lo que no tuvieron los más representativos filósofos de esta época, la conciencia de los contrastes lógicos de su razón y el impulso de someterla a una crítica radical, el vislumbre de que allí, en ese núcleo de cuestiones, se encontraba el «tema» de la filosofía moderna, no lo tuvo tampoco Unanue, ni es posición teórica que alcanzaran los ilustrados americanos en su totalidad, más urgidos quizá que los europeos por la lucha contra la agobiante circunstancia nacional y por la entronización

⁷⁷ La razón en este sentido es concebida por Locke como reflexión que sigue en el orden lógico y temporal a la sensación. Hume representa un paso más allá en la dirección de sujetar a los modos empíricos el trabajo del entendimiento, aunque su posición respecto de la matemática no parece adecuarse totalmente a este modo de proceder. En Kant, la conciencia crítica del contraste entre las dos ideas de razón ha de conducir por fin a una resolución del problema en los sabidos términos del idealismo trascendental.

⁷⁸ Vid. supra nota 74.

del nuevo espíritu. Pero además sería injusto reprocharle este proceder, porque Unanue, médico, político, naturalista, divulgador desde la cátedra y el periódico del repertorio ideológico de la ciencia y la filosofía modernas, está bien lejos de tomar a su cargo como tarea reflexiva la idea de razón y de preocuparse por la clarificación de los conceptos centrales con que en general articula su pensamiento; incluso no parece que pueda afirmarse que ellos sean objetos directos de su atención cuando son usados, sino más bien productos decantados por el acopio de las lecturas, las influencias del trato literario y la experiencia profesional. Unanue no es un teórico del conocimiento; las antinomias que revela su concepto de razón son antinomias que así aparecen a un análisis hecho desde fuera y a posteriori del uso mismo; y si cabe hablar de una conciliación de ellas, la que existe en su obra y en su práctica científica es más bien de orden biográfico, es la conciliación del repertorio de tópicos y nociones antiguos y nuevos en la unidad de la vivencia y del curso unitario de la conciencia.

3. El método

El examen de la concepción de la experiencia y la razón prepara el de aquel tercer concepto que se hace presente con frecuencia en las referencias de Unanue al saber científico: el método. Unanue no da de él ninguna definición, pero sus expresiones, aunque no son temáticas, ocultan una idea de método y dan pie a la adscripción de un papel fundamental a este concepto. Es que las dos primeras instancias sólo alcanzan su plenitud en la ciencia gracias a la intervención del factor formal representado por el encadenamiento metódico de la actividad cognoscitiva. El acopio sensible de datos, la observación, no constituye ciencia hasta que no viene en su auxilio una ordenación inteligente de la materia empírica. Tal es la exigencia del método. Y el método también pide, para Unanue, la constante referencia y adecuación de la capacidad racional a la observación. Una ciencia no puede funcionar, como tal, sin el recurso a la observación y a la razón. El método, entendido como el vehículo de la sistematización de su saber, así lo requiere: «el método (en medicina)... pide unir a una práctica consumada un juicio severo», pues la medicina (pero no sólo ella) «está fundada en la observación puntual de los hechos que enseñan mutuamente su conocimiento, y en los justos raciocinios con que se deducen las consecuencias, y se ordenan en un cuerpo de doctrina».⁷⁹ La idea de método, contemplada en la unidad de su mención universal, apunta,

⁷⁹ «Observaciones...» *Obras*, p. 246. «Después que Stenon, Vieussens, Willis, Ridley, Leweohok anatomizaron el cerebro y los nervios, y distinguió Haller la sensibilidad de la irritabilidad, la medicina ha podido presentar la idea exacta, y método científico del

entonces, hacia la afirmación de la fuente empírica como necesaria en el conocimiento y su seguimiento por la actividad intelectual que ha de añadir un nuevo ingrediente al resultado de la experiencia para conformar la unidad del saber científico. Este cuadro unitario se diversifica, sin embargo, cuando es referido a los diferentes tipos de trabajo mental por los que la ciencia se constituye. Consideramos de cerca algunas de estas vías especializadas, ateniéndonos a las noticias aportadas por Unanue en varios lugares de su obra y tratando de desarrollar los leves apuntes metodológicos que en ella se encuentran.

Las ciencias descriptivas del tipo de la botánica y la zoología operan con el instrumento de la clasificación, de modo fundamental. La observación es utilizada en ellas como soporte del momento central de la ordenación sistemática, siguiendo dos direcciones: en la primera, como acarreo de datos referentes a los individuos orgánicos, partiendo de cuyo examen han de elaborarse los patrones genéricos que integran el sistema; en la segunda, como recurso complementario del análisis del ejemplar y de su ubicación justa en el cuadro de sistema. Sobre el cimiento de la observación y a base del trabajo racional se establece el edificio de la clasificación, que ha de ostentar las virtudes de la generalidad y la sencillez, frente a un primer ordenamiento natural: «El sistema debe ser la reunión de divisiones y subdivisiones, apoyadas en principios estables y determinados; en señales que aunque menos sensibles y multiplicadas, que las que constituyen las *Familias Naturales*, sean más sencillas, más generales y tan seguras como ellas; pues su objeto es fijar nuestros conocimientos y aliviar la memoria».⁸⁰ En la naturaleza se ofrecen ya revelados por la experiencia los puntos de apoyo adecuados para la conformación de la estructura conceptual del sistema; ella «nos amonesta semejante conducta, presentándonos la sabia distribución que hace del reino vegetal. Caracteres tan permanentes, sensibles y multiplicados como los que diferencian al perro entre los cuadrúpedos, al escarabajo entre los insectos, y como la variedad de picos que distingue a las aves, forman y separan en él una familia de otras. Este descubrimiento debería ser el fundamento único de la *botánica* y la guía de nuestras ideas...».⁸¹ A base de «aplicación y estudio» contraídos sobre la multiplicidad empírica, piensa Unanue, se alcanza la ordenación inteligente de ella, que sirve como vehículo capaz de conducir a la limitada mente humana por la compleja realidad de la vida orgánica. En este sentido declara Unanue

conocimiento y curación de la intrincada familia de las enfermedades nerviosas y sus síntomas irregulares»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 222, p. 121 (las cursiva son nuestras).

⁸⁰ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 78.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 77-78.

que en botánica el «método que ha parecido más oportuno, es el de dividir el reino de los vegetales, 1° en clases o familias; 2° en órdenes o secciones; 3° en géneros; 4° en especies; 5° en variedades; 6° en individuos»,⁸² clasificación que corresponde a la comúnmente aceptada en la época y cuyo autor es Linneo. Por otra parte, la naturaleza de la planta y sus propiedades se determinan mediante un tratamiento particular sujeto a los siguientes principios: «1° *examen botánico*; 2° *análisis químico*; 3° *sensaciones de gusto y olfato*; 4° *efectos producidos por su uso en el sensorio común, y superficie interna de las vísceras*». ⁸³ Fácíl es probar que el uso de este procedimiento analítico se funda en una suerte de observación científicamente encaminada, que es, en buena cuenta, la muestra viva de la saturación de la experiencia por la razón, en el sentido estudiado, sin amenguar, no obstante, al imperio cognoscitivo de la sensibilidad: «Es de la última importancia, dice Unanue en la «Disertación sobre el tabaco», conocer en la planta entera cuál es el (elemento) que excede para arreglar su uso. Esto se averigua por las dos últimas reglas que con el criterio de las tres cualidades: olor, sabor y contacto; las que siguiendo en todos los mixtos la naturaleza de sus principios, declaran el predominante». ⁸⁴ A la clasificación sugerida por el orden natural y fruto de una cierta prolongación inductiva de la experiencia, se agrega de este modo las operaciones de análisis destinadas a ubicar al ejemplar aislado en el cuadro de sistema, que trasciende, unificándola, a la concreación múltiple del mundo orgánico. Lo que media entre esta concreación y el orden racional del sistema no es ciertamente un avatar incolmable, que suponga la radical transcendencia de una instancia respecto de la otra; es bastante, sin embargo, para que la diversidad sensible se niegue en muchos casos a someterse a los cartabones inteligentes, porque «la Naturaleza

⁸² *Ibíd.*, p. 78.

⁸³ «Disertación sobre el tabaco», *MP*, n.º 108, p. 38.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 40. A continuación y en la misma página se lee: «Siempre que se fuma el cigarro, sufre el tabaco dos análisis: una parte del fuego, que a impulso del aire eleva sus partes vaporosas y tenues, las aplica sobre los nervios de la nariz y pequeños vasos inhalantes, por donde se introducen hasta el cerebro, otra de parte de la saliva, que siendo un menestruo poderoso, separa los corpúsculos fijos y pesados, y los distribuye por todo el órgano del gusto, y más allá. Esta dupla descombinación hace resaltar con eficacia los elementos, y brillar sus calidades. Si estas son un sabor suave, un olor blandamente aromático; si el sensorio con sus impresiones no se perturba, antes manifiesta que se vigoriza; ¿no anunciarán un buen tabaco, en que el exceso del mucílago embota y endulza las partes corrosivas de la resina, y atempera la fuerza del principio fugaz? Si por el contrario un aire austero, picante y nauseoso devora la boca, el fetor incomoda el olfato, se atormenta y atolondra el sensorio: ¿no indican un mal tabaco en que el principio filogístico, y el resinoso superiores al gomoso triunfan y hacen ineficaz su virtud correctiva?» (sic) Una especie de imperio de la sensibilidad es ésta, por cierto muy alejado de la burda asunción de impresiones, y plenamente consciente del ingrediente intelectual que ha de tramarse con el material sensible del acto.

contenta con haber revelado su uniformidad en la división de todos los seres, no ha querido ejecutarlo en cuanto al conocimiento peculiar de cada uno de ellos. Presentando a nuestros ojos una multiplicidad de plantas desnudas al parecer de relaciones uniformes entre sí, nos ha sumergido en la incertidumbre de no saber a qué familia de las naturales pertenecen».⁸⁵

Al lado de las ciencias descriptivas se hallan las naturales exactas, del género de la astronomía y de la física. Su tipo de conocimiento que, como hemos visto, en ellas difiere en cuanto a la función racional, parece llevar al uso de otros conductos metódicos, pues en su caso lo buscado es una regularidad de orden distinto a la constancia de los géneros y las especies; la investigación de una regularidad causal, sujeta a la determinación cuantitativa del hecho y a la aplicación por hipótesis. Se pretende aprehender los nexos de validez universal que conforman la estructura de la naturaleza y, a base de este conocimiento, prolongar deductivamente el alcance de la experiencia por la determinación de las consecuencias de los principios inducidos y la construcción de hipótesis, que también se manipularán con el instrumento de la deducción, según lo pide el espíritu de la física newtoniana. En la obra de Unanue está muy presente esta conexión, aunque no se la haya encerrado nunca en un examen o exposición sistemáticos. Aquí y allá, en textos ocasionales, mezclados con referencias históricas o como ilustración de aplicaciones prácticas, aparecen la idea de la observación y la de la intervención experimental que apuntan a la influencia inductiva de la ley natural;⁸⁶ el interés por los nexos causales positivos, opuesto a las razones de orden metafísico o a la supersticiosa explicación trascendente;⁸⁷ la participación de la hipótesis explicativa⁸⁸ y los desarrollos matemáticos que operan con el instrumento de la deducción.⁸⁹ Pero además nuestro autor,

⁸⁵ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 78. Más adelante, al explayar los términos de la clasificación de Linneo, anota: «El individuo es el último término de la división; es la planta o ser que buscamos, y que detiene las inquisiciones del botanista, para que la contemple sola e independiente de su especie, de su género, de su orden y de su clase» (*Ibid.*, p. 79). En uno y otro testimonio no es quizá aventurado percibir el eco de una idea de la irreductibilidad, y hasta irracionalidad del hecho, así como de la idea aristotélica de la substancia individual.

⁸⁶ Cf., «Precauciones para conservar la salud...», *MP*, n.º 30, pp. 277-278.

⁸⁷ Cf., «Copia de una carta escrita de la villa de Cañete a la Sociedad», *MP*, n.º 24, p. 227.

⁸⁸ Cf., «Apéndice de la Sociedad a las conjeturas de P. N. Crespo», *MP*, n.º 47, pp. 110-111.

⁸⁹ *Ibid.*, especialmente pp. 109-111. Unanue se pregunta en la p. 110: «¿podemos esperar que sin necesidad del movimiento de la tierra, el cálculo, y la geometría, se explique el flujo y reflujo de las aguas?». En otro lugar del mismo artículo, alude a la pareja de *observación* y *cálculo*, dentro de una exposición del estado del problema del flujo y reflujo en la física moderna, muy ilustrativa por varios aspectos: «Estos dos filósofos (Descartes y Newton) son los que con más acierto han explicado el obscuro fenómeno del flujo y reflujo del mar. Decía Daniel Bernoulli (es decir, Daniel Bernovilli) en una

como sabemos, ha dedicado a la física newtoniana una exposición muy extensa, presentada en el examen de su discípulo Agustín de Landaburu, para optar el grado de doctor en la Universidad de San Marcos el año de 1788,⁹⁰ lo que es indicio de mucho peso, en relación con el conocimiento y también la aceptación en el propio trabajo de los métodos de la moderna ciencia físico-matemática.

Otro género de metodología está ligado al tipo de ciencia representado por la medicina, en que los ingredientes de arte y saber teórico se muestran íntimamente compenetrados. En ella participan también el momento descriptivo y el explicativo causal, aunque el peso parece estar puesto del lado del segundo, tanto más cuanto que una idea que juega con insistencia reveladora en la bibliografía médica de Unanue es la del organismo como máquina viviente,⁹¹ reflejo de la concepción mecanicista que impera en buena parte de su idea de la naturaleza, como hemos de comprobar más adelante, y que tan sensible influjo tuvo, por lo demás, en el desenvolvimiento de la medicina moderna.

La ciencia médica (y su prolongación práctica) presenta varios aspectos importantes en lo que toca a su metodología. En el «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas de Medicina», Unanue anota que la exposición de la enfermedad en ellas debe dividirse en: (1) la historia de la enfermedad; (2) curación y (3) observaciones.⁹² El primer momento señala la parte histórico-descriptiva del mal, que ha de incluir la presentación de sus caracteres y su evolución, como sigue:

1° el nombre de la enfermedad de que se va a tratar, apuntando las diversas apelaciones con que haya sido descrita por los autores, al me-

excelente disertación acerca de este asunto, que pues los sabios y las naciones enteras convenían en que estas mutaciones del océano eran producidas o por la opresión que ejercitaba la luna sobre el turbillón terrestre, y consiguientemente sobre las aguas, según el pensamiento de Descartes, o por la atracción de esta misma, según Newton; no quedaba otro mérito a los físicos, sino el de manifestar cuál de los dos sistemas era *el de la Naturaleza*. Las finas y bellas conjeturas que propone el doctor Crespo favorecen el de la impulsión, pero adoptando un rumbo distinto al que siguió el filósofo francés. Éste y el inmortal inglés giran sus ideas apoyados en el movimiento de la Tierra. Galileo, padre del buen gusto en la física, fundó en él únicamente la exposición del flujo, y reflujo; y si son ciertas *las observaciones y cálculos* de más de dos siglos, amenaza ruina el sistema planetario, si no se admite el de Copérnico. El doctor Crespo se muestra enteramente opuesto a este modo de pensar, y confiesa creer firmemente en la inmovilidad de nuestro globo; confesión que le hubiera sido necesaria ahora cincuenta años» (la cursiva es nuestra), p. 109. Es interesante anotar, además, que en la p. 111 (nota 3) cita a propósito de Newton, los *Principios Methématiques de la Philosophie Natural* (sic), por Madame du Chistellet (sic), es decir, la traducción que de la *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* hizo, por sugestión de Voltaire, la marquesa de Le Tonnelier.

⁹⁰ Ver supra nota 67.

⁹¹ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 220, p. 100.

⁹² *MP*, n.º 371, p. 200.

nos los más recomendables; 2° la especie, género, clase y orden a que perteneciese; 3° la definición de la enfermedad por sus signos característicos; 4° el diagnóstico, esto es, la enumeración de los demás síntomas que suelen acompañarla, y que no entran en su definición; 5° descripción de la enfermedad según sus diferentes tiempos, debiéndose seguir paso a paso desde su principio hasta su mayor aumento, y desde aquí hasta su terminación...⁹³

El mismo discurso, sin embargo, pone dentro de la historia de la enfermedad aquellos momentos que pertenecen a un plano distinto. Esto, seguramente, a causa de la distribución de los temas en las conferencias, que exigía señalar en el momento descriptivo todo aquello que tocaba a la exposición de la enfermedad. Mas debemos también tomar este equívoco terminológico como indicio de una vaga diferenciación de los casos extremos de los modos del saber histórico y el explicativo, sin olvidar la necesaria impresión que lleva consigo un tratamiento que no pretende encarar teóricamente el punto. El segundo plano aludido toca al aspecto del saber médico constituido por el proceder explicativo causal. Así, dentro de la enumeración anterior, Unanue señala que en sexto lugar la exposición debe ocuparse de «las causas de la enfermedad», según los tres tipos siguientes: «remotas, catárticas y próximas» a las cuales se agregan los «descubrimientos anatómicos». En séptimo lugar ha de ofrecerse una «teoría de las causas, demostrando por un raciocinio sólido el modo como han influido ellas para engendrar la enfermedad y de qué manera producen todas las variedades y síntomas que la acompañan». Por último (8°), el pronóstico de la enfermedad que da paso a la exposición de la curación que se sustenta en la acción causal de los medicamentos vigilada en todas sus particulares conexiones.⁹⁴

La historia parece ofrecerse de este modo como un paso inicial en el conocimiento médico (bien que dé fundamental importancia), en el cual la investigación gravita hacia la pesquisa de lo causal y a la anticipación de las consecuencias, porque el profesor debe hacer «venir a su presencia lo pasado para declarar las causas» y adelantar «la existencia de los futuros (síntomas) para formar el presagio».⁹⁵

Por otra parte, en el campo de la anatomía, ciencia íntimamente vinculada al saber médico, se ofrecen de un modo análogo la descripción y la determinación de las conexiones mecánicas más generales, de las que depende la marcha acordada de los aparatos orgánicos. Así, «(en el cadáver disecado) se descubre el origen y la distribución de aquellos pequeños e infinitos tubos; instrumentos de la sensación y movimiento,

⁹³ *Ibid.*, pp. 201-202.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 201.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 198.

ministros del imperio del alma; y de las fuerzas del cuerpo»;⁹⁶ se descubren los resortes interiores de la máquina viviente que resisten a su juego funcional y se hace posible el adecuado uso de los medicamentos y la anticipación de los resultados. A lo que se tiende, en buena cuenta, en esta múltiple colaboración es a la fijación conceptual de la unidad mecánica del organismo, inmersa en la de la naturaleza, mediante la determinación de las leyes generales que fijen su comportamiento particular, leyes generales que son fruto de una vasta inducción y que no se ven melladas por la presencia de casos contrarios, singulares y aislados.⁹⁷ Y en esta colaboración concreta, no otra cosa se logra que la unidad de la razón y la experiencia, de la observación y la conjetura, exigida expresamente por Unanue para la medicina,⁹⁸ colaboración que por lo demás hace juego con lo más amplio de la medicina misma y las demás ciencias que conforman el cuerpo del saber natural:

Es inconcluso que la fisiología es el fundamento de la patología y, por consiguiente, de toda la medicina; ahora, es imposible emprender la fisiología, especialmente la importantísima parte que trata de las funciones relativas, sin saber la física, ni ésta sin estar iniciado en las matemáticas. Las íntimas relaciones que la botánica, la química y la farmacia tienen entre sí y con la medicina, son tales, tantas y tan claras, y su estudio tan inherente al de la medicina, que se escandalizarían los médicos europeos al saber que en Lima en la Universidad de San Marcos se les haya llamado inútiles y de puro lujo.⁹⁹

Por último, un género especial de metodología parece valer para los trabajos históricos a los que Unanue ha dedicado atención preferente.

⁹⁶ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 110.

⁹⁷ Cf. *Observaciones*, p. 210.

⁹⁸ Ver el texto varias veces citado de las *Observaciones* (p. 246) en que a propósito de la experiencia y la razón, se transcribe un párrafo de San Gregorio Nacianceno.

⁹⁹ Anónimo (Colegio de Medicina) remitido al segundo *Mercurio Peruano*, n.º 377, que Valdizán atribuye a Unanue citado por éstos. Apuntes bibliográficos de Unanue. *La Facultad de Medicina de Lima*, t. II, p. 38. En la p. 39 se reitera el punto de vista de la cita anterior, en los siguientes términos: «Los antiguos han dicho, y con más razón los modernos, *ubi desinit physicus ibi incipit Medicus*; no podían haber expresado de un modo más claro su convencimiento de que la Física es la base de la Medicina, porque ¿cómo apreciar el influjo de la atmósfera sobre la economía animal, sin averiguar sus grados de pesantez y de calor?, y ¿cómo hacer esta exploración sin tener conocimiento del barómetro y del termómetro? La electricidad y el galvanismo, cuyos fenómenos hacen tan gran papel en el estudio de la física, son ya remedios de que se vale la medicina. Sería largo y fastidioso enumerar los puntos de contacto y aún de identidad que hay entre la física y la medicina...». En la prelación al examen de Anatomía, que presentaron en 1796 los alumnos de Unanue, hace hincapié Gabriel Moreno en la versión de esta ciencia con las actas: «Este ensayo demuestra el estado floreciente de la anatomía, hace ver su unión con las matemáticas...»; Valdizán, *Apuntes para la bibliografía médica peruana*, p. 331.

En ella, sin embargo, otra vez se conjugan las instancias de la observación y de la interpretación: la primera, dirigida a enumerar y reconocer los testimonios documentales; la segunda, a elaborar el material empírico que la *historia* de aquellos testimonios proporciona, elaboración que puede equipararse a la trascendencia conceptual del dato, propia de las demás ciencias, en el aspecto de prolongación intelectual pero que se diferencia de ella en cuanto al resultado del trabajo mental; no es un cuadro genérico, sino la revelación de un ente colectivo concreto. La observación actúa sobre el remanente de la vida histórica, en la amplia extensión de la tradición, el documento y el monumento. A falta de ella, de la toma de contacto con la experiencia, de la historia — en la particular acepción de narración¹⁰⁰ — de los restos de la cultura humana, el saber histórico no puede articularse. En este sentido la valoración de Unanue es clara: «Estos preciosos trofeos de la vanidad y grandeza de los hombres y de las naciones, destinados a inmortalizar los triunfos del valor, de la virtud o a veces del fanatismo, forman sin duda un objeto dignísimo de la consideración y estudio de un literato. Sin ellos ¿cuál será la luz que nos esclarezca aquellos siglos de tinieblas, en que nacieron las monarquías, las artes, las ciencias, y se arreglaron las costumbres?». ¹⁰¹ Pero sobre este momento de recapitulación de datos parece insinuarse el interpretativo, el *filósofo*, es decir, la función propiamente reflexiva de tamización del material documental: «El primer objeto que se presenta a la contemplación de un filósofo en la historia de los monumentos del antiguo Perú, es el retrato de la organización y diversas disposiciones de su vasto territorio. Destinada su pluma a rastrear en los despojos del tiempo y los humanos el grado de cultura a que ascendió aquella nación famosa...». ¹⁰² El desentrañamiento del verdadero sentido de las conexiones históricas, del orden social que rige en una época determinada, del grado de cultura (esto es racionalidad en la concepción intelectualista de la existencia humana que priva en el siglo XVIII) a que se

¹⁰⁰ Cf., supra para el sentido de *historia*.

¹⁰¹ «Idea general de los monumentos del Antiguo Perú», *MP*, n.º 22, p. 202. «Cuánto no ha servido a rectificar la cronología y la historia el examen de los geroglíficos (sic) y enigmas del Egipto supersticioso, las ruinas de Palmiris, las odas y retratos de los griegos, los bustos y pirámides de Roma, etc.» *Ibíd.*, p. 202. En el artículo sobre las ruinas de Santa, anónimo publicado en el semanario *Nuevo día del Perú*, n.º 1, 2 y 5, leemos: «A falta de la historia que es la lámpara con que se camina en los oscuros senderos de los tiempos que fueron, acaso sería oportuno abrir estas huacas e invocar la sombra de los que en ellos reposan», en que se alude a la complementación de la historia, documental, ya elaborada por el trabajo arqueológico. Y más adelante, a propósito de la tradición: «En los pueblos de data reciente puede la tradición oral llenar los huecos de la historia. De la conquista del Perú al tiempo presente bastan pocas generaciones para formarlas»; Valdizán, «Apuntes bibliográficos de Unanue»; *La Facultad de Medicina*, t. II, pp. 114 y 115, respectivamente.

¹⁰² «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 105, p. 9.

elevó un pueblo; un trabajo, pues, constructivo que no es posible sin ese elemento creador de la razón, a que aludía D'Alembert, es lo que viene a agregarse al acopio del material empírico y a eslabonarse con él para constituir los enunciados genuinos de esta nueva disciplina. Sobre la base de una y otra tarea, en instancias que pueden traducirse a un lenguaje que nos es ya muy conocido diciendo: basándose en razón y experiencia, comprendidas en la acepción particular exigida por el nuevo objeto a que son aplicadas, opera pues la historia, disciplina en la que el espíritu lógico y experimental de Unanue y de la época quiere ver también un producto científico, con tanta mayor vehemencia cuanto mayores son los caracteres de novedad con que se presenta a su interés el objeto cultural y más originalmente creadora reconoce su actividad en los primeros logros de su saber.

El concepto general del método, diversificado según las varias especies de ciencias, presenta, sin embargo, un fundamento unitario que hemos visto surgir a cada paso: es la coordinación del dato y la reflexión, de la base empírica y el trabajo racional. Esta convergencia se concreta en una idea que se repite singularmente en el tratamiento de las ciencias histórico-naturales, pero que no deja de hallarse presente y de valer para las otras disciplinas. La idea del sistema. Mas este sistema no es la libre construcción racional, que con tanta energía combatió el filósofo dieciochesco;¹⁰³ por el contrario, se opone al cartabón mental impuesto a la realidad desde fuera a costa de la evidencia perspectiva, cartabón que se ofrece incluso con caracteres de validez universal. Hay, pues, sistema y sistema. El sistema metafísico es simple ardid mental y debe situarse en el plano de las «intrigas del político» o de los «divinos recitados del poeta». Antes que ciencia, es un caso psicológico por explicar, y hasta por justificar moralmente si ha de dejarse a salvo la honestidad del especulador. Tratándose de un motivo espinoso, que tocaba directamente al ambiente académico peruano, Unanue sabe sutilmente justificar y descalificar al mismo tiempo al teorizador metafísico: «A la verdad, para no calumniar las operaciones del hombre, que no tiene designio de engañar al género humano, sino exponerle lo mismo que siente, que concibe con claridad, y de que esté íntimamente persuadido, es menester cubrirlos (al sistema, a las intrigas políticas y a los recitados poéticos) con el honesto título de *transformaciones humanas*».¹⁰⁴ El sistema del filósofo, entendido en su sentido científico, es la organización racional y eficaz del saber fundado en la experiencia; la organización de un material que tiene su origen en la impresión sensible y que debe pasar por el tamiz de la veri-

¹⁰³ Cf., Cassirer, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰⁴ «Metamorfosis humanas. Noticia de la extraña desfiguración de una niña», *MP*, n.º 55, p. 190.

ficación antes de servir de ingrediente para la estructura conceptual; es saber metódico. Representa la encarnación del *esprit systématique* frente al *esprit de système*, del trabajo sobre la experiencia racionalmente dirigido, frente a la irrupción en la experiencia con un cuerpo conceptual extraño a ella; porque el uso adecuado del sistema supone una disposición abierta hacia la revelación natural, un preguntarse ante todo y sobre todo cuál es el enunciado que ella garantiza o, para decirlo con las palabras del propio Unanue, *cuál de los sistemas es el de la naturaleza*.¹⁰⁵ Porque el científico se propone ayudar racionalmente a la naturaleza, y esta ayuda debe cumplirse recabando el consentimiento de ella, obedeciendo a los dictados de su lenguaje empírico.

La idea de la ayuda a la naturaleza remite nuestra atención a otra faceta del método subrayada frecuentemente por Unanue, la de su valor económico. Dentro de la concepción pragmática más amplia de la ciencia, que hemos de estudiar en las páginas siguientes, la idea de la eficacia del método (y del sistema) encuentra su lugar natural y aparece como motivo central. «El Arte ha entrado a suplir la debilidad de la penetración humana. Se han inventado *sistemas* que, imitando en cuanto es posible aquella sagaz economía, sean el hilo de Ariadna que nos conduzca por el giro de nuestras oscuras investigaciones a la mansión de la luz».¹⁰⁶ El sistema natural permite descargar la memoria y orientar el trabajo cognoscitivo y el aprovechamiento práctico de la realidad, como la organización política —el símil es de Unanue— hace posible el justo desenvolvimiento de la vida ciudadana.¹⁰⁷ El empleo económico del método tiene, empero, como condición de posibilidad la suposición de la complejidad real, e incluso de su limitada racionalización, y la conciencia de las fronteras con las que choca la capacidad humana de conocimiento. El hombre no sólo no puede tener el universal saber del entendimiento divino, sino que en su propio ámbito de acción se ven trabadas sus facultades y ha de recurrir al expediente metódico para aliviar sus tareas y fijar el resultado de ellas.¹⁰⁸ La idea de los límites de la capacidad huma-

¹⁰⁵ «Apéndice de la sociedad a la conjeturas», *MP*, n.º 47, p. 109.

¹⁰⁶ «Introducción a la descripción...», *MP*, n.º 44, p. 78. Cita a continuación a Linneo: *Filum ariadneum Botanices est sistema, sine quo chaos est res barbarie*. «El carácter general de la clase, procediendo sistemáticamente, le ahorra (al investigador) al primer golpe de vista el inmenso trabajo de más de nueve mil y quinientas plantas y le anuncia debe sólo registrarla entre quinientas. Sucede el carácter del orden y le rebaja las cuatrocientas. El género se los reduce al número de 20, entre los cuales el específico le hará conocer el Narciso por todos sus aspectos y variedades. Con tal rapidez y facilidad nos conduce un sistema bien ordenado al descubrimiento y contemplación de cualquier planta.» *Ibid.*, pp. 79-80.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 79.

¹⁰⁸ «Su objeto (el del sistema) es fijar nuestros conocimientos y aliviar la memoria.» *Ibid.*, p. 78. Cf., asimismo, «Nota satisfactoria», *MP*, n.º 142, p. 311.

na de conocer no se ofrece, sin embargo, con caracteres de aserto definitivo; pero tampoco, en doble juego no resuelto, se afirma sin restricción la conexa aptitud del método para suplir las deficiencias mentales. Es la vacilación característica del pensar ilustrado, que marcha a horcajadas entre la trascendencia y la inmanencia. En Unanue, esta dualidad de proyecciones se muestra en la paralela afirmación de una ciencia autónoma y del apogeo sobrenatural, pero también en la idea del progreso de la razón humana y de sus realizaciones individuales y colectivas en la historia (dentro de una concepción de ésta como tránsito de la barbarie a la civilización, de las tinieblas a la luz de la razón triunfante en las ciencias) que se transforma una y otra vez en duda sobre el camino ascendente de la raza humana. Pero ello ha de ser estudiado con más detenimiento en lo que sigue.

II. LA CIENCIA COMO SABER NATURAL Y APLICADO

Por la conjunción de la experiencia, la razón y el método se articula el saber científico. Vertida hacia la realidad natural, vigilante de la veracidad del dato, la ciencia, tal como la concibe Unanue, revela una dominante actitud espiritual de cautela gnoseológica, de sentido crítico para con los contenidos del conocimiento, aunque todavía no para el conocimiento mismo, que es resultado de la marcha del pensamiento occidental hasta los tiempos en que él vive y actúa; consecuencia de ello es el gesto de rechazo frente a la vana ciencia escolástica y la adopción decidida de las nuevas vías metódicas.

Esta conciencia crítica, que constituye el cimiento del nuevo saber, se manifiesta en el frecuente tratamiento de los problemas que tocan a los criterios de realidad y el mecanismo del conocimiento empírico. Hemos ya aludido a la posición que toma Unanue en la debatida cuestión del papel desempeñado por los sentidos en la formación de la idea de la cosa real. Unanue se inclina por una colaboración de los diversos datos sensibles, en la que el tacto da la señal reafirmadora de verdad, porque él en este nexo «forma el criterio seguro que distingue los cuerpos reales de los fantasmas».¹⁰⁹ Por lo que toca a la concepción del mecanismo cognoscitivo, Unanue adopta en líneas generales la posición empirista, con rezagos de la tradición aristotélica, pero matizada en un sentido que la acerca al materialismo y atomismo modernos bien que no en sus supuestos y conexiones metafísicos. «Si, como opinan doctos filósofos — dice en las *Observaciones*¹¹⁰ —, el hombre adquiere todos sus conoci-

¹⁰⁹ «Peregrinaciones por los ríos Marañón...», *MP*, n.º 75, p. 56. Cf., asimismo, *ibíd.*, p. 59, y «Disertación sobre la naturaleza...», *MP*, n.º 108, pp. 38 y 40.

¹¹⁰ *Op. cit.*, p. 134.

mientos por medio de las imágenes exteriores que transmiten los sentidos, el traje de que se visten ellas irá dejando sus huellas o sellos, a las cuales se amolde el temple de las almas, luego que pasados los días de la impetuosa juventud, amanezca en el varón formado la reflexión y el juicio». En virtud de la afección de los sentidos se transmiten las imágenes que han de poner en marcha el conocimiento. La operación interna de estas imágenes es tratada en un principio mediante el uso del concepto de espíritu animal. Los espíritus animales fijan en el organismo la impresión correspondiente, obedeciendo a una fuerza impulsiva central.¹¹¹ Unanue ha usado más tarde, sin embargo, una explicación, que difiere en algo de la anterior, pues se funda, antes que en la acción de los espíritus animales, en contracciones de las fibras nerviosas que determinan nociones sensibles:

La percepción que tenemos de los objetos proviene de la exactitud con que los órganos externos transmiten a nuestra alma sus imágenes. Estas imágenes no son, como vulgarmente opinan los lógicos, pinturas hechas en los órganos exteriores, son modificaciones de los extremos de los nervios, que exprimen al alma los objetos que los afectan: son unas contracciones activas, que variando la figura y posición respectiva de las fibras nerviosas, sirven de lenguaje entre los entes materiales, y el ser inmaterial del hombre.¹¹²

Puesta en marcha la función de los nervios, de la unión de sus modificaciones y de su variedad, han de surgir las diversas representaciones y los tipos de actividad psíquica, como la memoria y la imaginación y, de igual modo, del entrenamiento del aparato nervioso, la capacidad de aprehender y reproducir el objeto con mayor y menor perfección y minucia.¹¹³ El conocimiento se ofrece, de esta suerte, fundando en la complejión física

¹¹¹ Hablando de los efectos de la imaginación de la madre en el niño, dice: «Las imágenes grabadas en el cerebro de aquélla se imprimen igualmente en el de éste, conducidas por los espíritus animales. En nuestro sensorio existen ciertos resortes, o fuerzas impulsivas que dirigiendo los espíritus, hacen que sintamos en nuestros miembros aquello que nos horroriza en los análogos de otros. Por ejemplo, si vemos algún hombre que tenga la nariz monstruosa, nos horrorizamos, y en el mismo instante sentimos en la nuestra un movimiento desagradable, como si se formara en ella la deformidad mencionada. El horror grabó con fuerza en nuestro cerebro la representación de la nariz monstruosa, y los resortes y fuerzas activas de aquél, la dirigieron mediante los espíritus a la nuestra»; «Descripción de un ternero bicípite. Segunda de algunas reflexiones sobre los monstruos», *MP*, n.º 126, p. 186. Esta concepción se sitúa en parte, dentro del ámbito de la explicación nerviosa. Cf., también, «Disertación sobre el tabaco», *MP*, n.º 108, pp. 40-41; y «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 376, p. 241.

¹¹² *Observaciones*, pp. 99-100.

¹¹³ «Pudiendo estas vibraciones suceder y combinarse de mil maneras, como las letras del alfabeto, pueden hacer también otras tantas representaciones y que se repiten de continuo para formar la memoria, por la asociación y encadenamiento de unas con otras. Siempre

del individuo. Por esta vía, si de una parte arraiga él en la afección sensible, con oportunidad del cual se pone en juego el mecanismo receptor de impresiones, por otra se enlaza con el ambiente. El gran tema de Unanue, el de la vinculación del organismo a su medio, tiene aquí recuperaciones gnoseológicas. El medio da su peculiar carácter al ser vivo y condiciona su manera de relacionar ante las excitaciones sensibles.

Si tratáramos de fijar los parentescos de este tratamiento fisiológico del conocimiento perceptivo, diríamos que se sitúa en la línea de asociaciones modernas de Hartley y Priestley, pero se acerca sobre todo a la tesis de Charles Bonnet, quien encaró la percepción precisamente en función de vibraciones nerviosas de su complementación mutua.¹¹⁴ En epistemología, la concepción de Unanue si a alguna posición se acerca es al empirismo, bien que no pueden considerarse sus asertos como dirigidos a esclarecer el mismo conocimiento. Se aproxima al empirismo porque, como hemos señalado, su explicación fisiológica remite a la excitación de las extremidades de los nervios y quiere principiada la vida interior por la sensación, aunque dejando a salvo la separación alma y cuerpo o más agudamente el enfrentamiento de la naturaleza como mundo material, al inmaterial.¹¹⁵

Pero como los motivos del pensar mecanicista y los de la tradición cristiana obran aquí a un tiempo, ocurre que se dan juntamente rasgos de apriorismo y la declarada fundación de los conocimientos en la sensación. El problema de esta coexistencia no parece ser difícil de solucionar, sin embargo, toda vez que el examen que puede atribuirse a Unanue — que no es epistemológico, sino fisiológico o en todo caso psicológico — apunta a otra conciliación, o, más bien, es resultado de ella: la conciliación en una unidad vivencial, histórico-individual de motivos de los más varios orígenes, que sólo podrían entrar en pugna en una puntual meditación crítica sobre el conocimiento. Veamos, todavía, otros momentos de este cuerpo conceptual: así como es perceptible en las obras de

que todas las impresiones dimanadas de un objeto caigan sobre un nervio que se afecte con facilidad por ellos, resultará tanta diversidad de modificaciones en sus fibras, cuantas fuesen las emociones excitadas por aquellas impresiones: de consiguiente el objeto será exprimido por todas sus partes, y con todas sus variedades. Percibirá con claridad el alma, y se penetrará tanto más de él, cuanto más tiempo le tuviese presente, o se le repetirá con mayor frecuencia. Por el contrario, los extremos nerviosos, cuya firme constitución no es fácilmente afectada por pequeñas emociones, no exprimirán sino a medias los objetos, esto es, sólo en sus más fuertes rasgos o coloridos. Así no podrán ser ni bien representados ni mejor percibidos. Desvaneceranse presto, y para concebirlos serán necesarios repetidos actos y contemplaciones.» *Observaciones*, pp. 100-101.

¹¹⁴ Cf. Otto Klem, *Historia de la psicología*. Madrid, 1919, pp. 92-93.

¹¹⁵ «(Las imágenes) son unas contracciones activas, que variando la figura y posición respectivas de las fibras nerviosas, sirven de lenguaje entre *los entes materiales*, y *el ser inmaterial del hombre*». *Observaciones*, p. 100 (las cursivas son nuestras).

Unanue, esta pugna aparente entre empirismo y racionalismo, también se insinúa en ellas otra: la de inmanencia y trascendencia. Era, sin embargo, el precio que debía pagar un intento de naturalizar el saber y la vida, que no llegó a asumir plenamente sus supuestos ni a sacar todas las consecuencias que en ellos se hallaban implícitas. Semejante situación es típica del siglo XVIII y lo define como etapa de transición hacia estadios históricos más conscientes de los alcances de la actitud inmanentista, aunque puedan hallarse en él figuras como la de Hume, que lleva a sus consecuencias extremas la crítica de la ciencia.

En Unanue encarnan expresivamente las antinomias de este espíritu que marcha a horcajadas entre el ligamen (*religatio*) trascendente y la naturaleza autónoma, que reconoce una legalidad propia o, en último término, pone en cuestión toda legalidad genuina. Lo vemos, de esta suerte, concebir el conocimiento según patrones naturales, sumergirlo en la trama de la explicación fisiológica, apelar a la impresión sensible como fuente de todo conocimiento y abocar el uso de la capacidad intelectual a la elaboración del material empírico; mas, al mismo tiempo, sorprendemos a la razón rebasando en la ciencia exacta los límites de la certidumbre experimental y restringiéndose a lo inmanente, pero en la coyuntura peculiar de una afirmación de los límites de la capacidad humana que se conectan con la aceptación de una supuesta iluminación divina de esa misma capacidad, con un manejo que es francamente explicativo del concepto de la divinidad y una intervención sobrenatural en el curso de la trama causal del mundo. La tónica espiritual dominante en esta concepción del conocimiento es así la reducción acrítica del saber a los límites de la experiencia, con vistas a un concepto genuinamente fáctico de la naturaleza, reducción en la que surgen aquí y allá afirmaciones no probadas y lagunas en la fundamentación de ciertos principios (la más notoria, la del valor científico de la extensión inductiva de la experiencia) que merman la solidez de la doctrina. Pero este tan notorio defecto sistemático nos revela otro aspecto decisivo del espíritu que aquí se hace presente, porque la notoriedad de la falla no puede menos que explicarse por un desentendimiento radical de todo lo que sea unidad sistemática de la doctrina. La afirmación de un grupo de principios, que no se precisa clarificar en sus implicaciones últimas, y su reiterado empleo en la obra y en la práctica, revelan, en hombres de aptitud científica como Unanue, no una ceguera radical para la coherencia, sino una desaprensión por lo que en la búsqueda de esa coherencia signifique simple menester especulativo o elucubración abstracta. Frente a ella está el uso inmediato de los conceptos, para el cual éstos, en su desnudez lógica, ofrecen a todas luces virtualidades aprovechables. No es cues-

tión de ponerse a clarificar conceptos, parece decirnos Unanue, cuando la circunstancia presiona, cuando es menester combatir en toda la línea para imponer una nueva visión de las cosas. En esta conexión, experiencia, razón, naturaleza o ciencia valen perfectamente como armas de ataque y como abanderados representativos del espíritu que se afirma, aunque, en un plano filosófico más profundo, ellos entren en conflicto y se anulen o rebajen recíprocamente.

En Europa, éste fue el sentido de la lucha de la *Enciclopedia*, de la Ilustración, inglesa o alemana, y la clave de esa inmadurez de conciencia epistemológica que nos muestra la obra de los «filósofos». En América, los ilustrados redoblaron el papel de mensajeros de un nuevo espíritu a causa de la doble barrera que representaba la tradición católica y española y la ignorancia imperante en la gran masa de la población. Por eso, el sentido de «empirismo» y de su «racionalismo» es el de una primera aproximación al orden científico-cultural deseado y el de la pugna por imponerlo en sus trazos fundamentales. Este sentido pragmático tiene como reverso, pues, la falta de clarificación crítica de los supuestos y principios, y no sólo ello, sino un desatender muy general los temas de la reflexión filosófica que habrían de ser objeto de un análisis no urgido por los afanes de la reforma. De allí que la inclusión de buen número de conceptos y problemas de índole filosófica se realice en Unanue como una especie de acarreo impensado en las lecturas, en el trato intelectual y en la práctica científica, los cuales van a convergir y a adecuarse mutuamente en la unidad vivencial del sujeto que los tiene y los usa. Un utilitarismo de principio, la valoración del conocimiento en el sentido de su *servicialidad* y el acriticismo conexo se imponen, pues, como uno de los rasgos esenciales de lo que con las debidas reservas podemos llamar la epistemología de Unanue y su grupo.

El carácter pragmático encarna, de modo relevante, en el saber médico, que por su relación con el cuerpo de las ciencias naturales y exactas es índice, como hemos apuntado, de la unidad que se descubre y propicie entre las distintas disciplinas científicas y de la proyección primaria de todas hacia el aprovechamiento de la naturaleza para los fines de la existencia humana. A esta aplicación, cuyo designio es el bienestar del hombre, concebido como ser natural y social, como ser que ha de vérselas con el habitáculo terrestre y con un contorno social dado de antemano que determinan su existencia, se opone el cuidado de las «ciencias abstractas que formaron por tantos siglos el gusto dominante de las naciones».¹¹⁶ Frente a la elucubración metafísica surge la ciencia positiva; frente a la especulación, el sentido práctico, vigilante de las exigencias

¹¹⁶ «Disertación sobre la coca», *MP*, n.º 372, p. 212.

de la vida humana. Y ello en todo orden del saber. Porque no sólo en la medicina lo que ha de guiar el examen es este afán de auxilio y salvación — una salvación intramundana natural —, sino en cualquier conocimiento por más humilde o particular que sea. Él se hace presente en la astronomía, en la náutica, en la agricultura, en la industria como en la botánica, respecto de la cual ejemplarmente ha dicho Unanue, al tratar de la descripción de las plantas del Perú, que «la relación más o menos estrecha que tuvieren con las necesidades del hombre, será la que señale la preferencia en la elección. Ocuparán el último lugar las de puro recreo...».¹¹⁷ Es una actitud primordial, que impera a lo largo de toda la vida y cuyo más devoto cuidado, tan afín con aquel lema de «saber para prever, prever para proveer», que ha guiado desde hace quinientos años al hombre de Occidente, y con esa radical disposición pragmática que descubría Menéndez y Pelayo en el pensamiento español,¹¹⁸ ha sido la prevención de «las consecuencias de aquellas (leyes) que se dirigen o al orden de la vida civil, o a la cultura y fertilidad de los campos, o a la conservación de la salud humana».¹¹⁹

III. CLASIFICACIÓN DE LAS CIENCIAS

Todo este afán por asentar el trabajo contraído a la naturaleza sobre el firme soporte de la ciencia experimental ha llevado al pensamiento europeo a la exigencia de ordenar la variada suerte de recursos teóricos de que dispone el hombre y a constituir con ellos un cuerpo sistemático que

¹¹⁷ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 83. Cf., además, «Nota de la sociedad» (sobre el ganado vacuno), *MP*, n.º 177, p. 33, nota 1; «Noticia de una máquina para moler caña», *MP*, n.º 254, p. 98.

¹¹⁸ *Esplendor y decadencia de la cultura científica en España. Recogido en La Ciencia Española*. Los textos pertinentes han sido transcritos por José Caos en su *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*. México, 1945, pp. 867-876.

¹¹⁹ «Resultado del pronóstico», *MP*, n.º 82, pp. 121-122. En otro lugar del mismo artículo leemos: «La (utilidad) de nuestros conciudadanos es para nosotros un objeto tan amado, que deseando perpetuarla les anunciamos en el *Mercurio*, n.º 30, fundados en el referido conocimiento y las máximas incontables de la Medicina, las calamidades que amenazaban invadirle en el otoño, proponiéndoles igualmente las precauciones más oportunas, para hacerlas menos funestas». *Ibid.*, p. 122. «Tal es el diseño de las utilidades que ofrece el estudio de la Botánica a la comodidad, ilustración y honesto placer del hombre»; «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 87. Un escrito posterior a los citados, que pertenecen al período de fines del XVIII, manifiesta la misma orientación del pensamiento: «Tiempo es ya —dice en 1822— de introducir en este suelo las artes y ciencias prácticas, que no se han creado ni adelantan con tanto empeño por el sólo recreo y lujo de los hombres, sino por su verdadera utilidad; y por la inteligencia y economía que deben distinguir a las sociedades que trabajan por perfeccionarse de las que reposan atrasadas»; «Exposición sobre la Hacienda pública del Perú, por el ministro de ella», *Obras*, t. II, p. 367. Cf., también el «Plan de Molina», *MP*.

revele su origen y filiación; origen y filiación que se ven como causa de que por su uso llegue a realidad el buscado fin de la racionalización de la experiencia. Surge de tal modo el problema de la clasificación de la ciencia. Desde Bacon y Hobbes hasta los naturalistas de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, como Cuvier, pasando por Wolff y los enciclopedistas,¹²⁰ se emprende con renovado celo la tarea (que en otra dirección había acogido también el pensamiento clásico) de estructurar sistemática y jerárquicamente el acervo del saber humano. Sistemáticamente porque lo que se buscaba era adecuar la obra maestra del entendimiento humano a sus modos propios; jerárquicamente porque dentro de la masa ingente de ese saber se señalaban grados de certidumbre y validez objetiva, en virtud de los cuales era posible no sólo establecer un fundamento recíproco de aquellos conocimientos que se mantenían dentro del círculo de la verificación experimental, sino descalificar o relegar, de rechazo, aquellos otros que se incluían en el cuadro sea por respeto a la tradición y al criterio más extendido, sea porque frente a sus objetos se guardaba todavía una actitud indecisa o tolerante. Este movimiento alcanza a Unanue, y se refleja también en varias facetas de su obra. Si no ha emprendido formalmente la tarea de la clasificación, en repetidas circunstancias se ha visto conducido a presentar ordenaciones del saber científico que pueden calificarse de conatos de clasificación.

Nosotros nos limitaremos a recogerlas en las páginas siguientes, buscando ordenarlas y aclararlas en lo posible, con el designio de no dejar una laguna dentro de la concepción de la ciencia propia en Unanue, toda vez que los textos de que dispone no dan lugar a mayores desarrollos.

¹²⁰ En resumen, el resultado de los más importantes esfuerzos modernos en este tema es el siguiente: Bacon (*Novum Organum*) y más tarde, siguiéndolo en lo fundamental, D'Alembert (*Discurso preliminar de la Enciclopedia*), así como Diderot, que colabora con él, distinguen el saber histórico (fundado en la memoria), del racional o filosófico (fundado en la razón) y de la poesía (fundada en la imaginación). En la misma época de Bacon, Hobbes (*Leviathan*, IX) clasifica el saber humano en conocimientos de hecho y conocimientos de la consecuencia. El primero no es otra cosa sino sensación y memoria, y tiene carácter absoluto. Comprende la historia natural y civil. El segundo posee carácter condicional y se denomina ciencia, la que se divide en filosofía natural y política. Wolff divide la filosofía en teórica y práctica. La primera comprende la lógica, la metafísica (que incluye la ontología, la cosmología general y la psicología en sus partes empírica y racional) y la física (que puede ser experimental y dogmática). La segunda: la filosofía práctica universal; la ética o moral; la economía y la política. Buffon distingue los conocimientos de las ciencias matemáticas, que tratan con ideas y son evidentes, de los conocimientos de las ciencias físicas y morales, fundados en la experiencia (*Historia natural*, t. III). Cuvier (*Discourse sur les revolutions de la surface du globe*) distribuye el saber científico en las disciplinas matemáticas, las naturales y las morales. Entre las primeras coloca las ciencias capaces de medición exacta (matemáticas y física teórica); todas las demás se incluyen en el dominio de las segundas y las terceras, tocando a las últimas los conocimientos referentes a la sociedad.

Los casos aludidos se ofrecen (v. g.) en el «Plan de materias» que presentó Unanue en calidad de secretario de la Sociedad Amantes del País, para ser tratados por los académicos de ella;¹²¹ en el «Cuadro sinóptico de las ciencias, que se enseñan en el Colegio de Medicina de San Fernando de Lima»,¹²² así como en el remitido anónimo de 1828, tocante a las reformas planeadas en la enseñanza del mismo colegio.¹²³ En estos textos, como en otros menos explícitos, semejante designio se revela ya como una posición tomada originalmente y a raíz de exigencias teóricas y pedagógicas que piden la conformación de un cuadro clasificatorio, ya como trasunto del interés de la época por este tema y por las clasificaciones más divulgadas en la filosofía europea.

El campo de la *literatura* se divide, según el «Plan de materias», en tres grandes parcelas: la de las ciencias naturales, la de las ciencias morales, o la moral pública, y la de las bellas letras. Dentro de la primera quedan incluidas tanto disciplinas teóricas, por ejemplo, la física, y prácticas del tipo de la medicina, así como las aplicadas, v. g., la agricultura. La segunda acoge formas de saber del género de la política, la educación moral y la economía. La tercera, a aquellas producciones espirituales que hoy se designan con el nombre propio de *literatura*, por oposición al más amplio uso ilustrado, que connota toda objetividad cultural.¹²⁴ Esta distribución del saber humano recuerda, en algún modo, la baconiana, revivida en la *Enciclopedia*, que se vale de la distinción de tres clases de actividades psíquicas: la memoria, la razón y la imaginación, para clasificar las ciencias en tres grupos: ciencias históricas, ciencias filosóficas —o filosofía, simplemente— y bellas letras. La distinción entre historia y razón se halla entrelazada con la de las materias de la primera y segunda sección del cuadro de Unanue, como hemos de notar a continuación. El segundo grupo, como un género aparte, no se encuentra ciertamente en la clasificación de Bacon, pero obedece a una dirección muy generalizada en el siglo XVIII, tal como, por ejemplo, la representan los sistemas de Buffon y Cuvier.¹²⁵ En todo caso, pueden precisarse en la ordenación ofrecida por Unanue elementos del sistema baconiano, tramados con otros provenientes de clasificaciones también extendidas en el ambiente intelectual del que se nutre el pensamiento peruano de esta etapa.

¹²¹ En «Progreso y estado actual de la Sociedad Amantes del País», por el oidor Ambrosio Cerdan y Pontero, *MP*, n.º 331-332.

¹²² Hoja impresa en Lima, en 1908, se publicó también en *Minerva Peruana* del mismo año; citaremos según Valdizán, *La Facultad de Medicina de Lima*, t. III, pp. 105-106.

¹²³ Segundo *Mercurio Peruano*, n.º 377, de viernes 14 de noviembre de 1828. Ver Valdizán, *op. cit.*, t. II, pp. 38-39.

¹²⁴ *MP*, n.º 331, p. 155.

¹²⁵ Cf., «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas», *MP*, n.º 371, p. 197, en donde se alude «a las ciencias de la razón y de la moral». Ver supra, nota 120.

Las ciencias naturales ofrecen un caudal de conocimientos que referidos a una misma fuente objetiva presentan, sin embargo, diferencias en lo que toca a su origen subjetivo. De aquí la distinción entre *historia* natural y ciencia o filosofía natural. La historia natural, cual historia, atiende fundamentalmente a la fuente empírica del saber; es, por decirlo así, la puerta de entrada de la materia del conocimiento gracias a la cual ha de desarrollar el saber filosófico, interpretativo de la naturaleza. Es pues, en primer término, conocimiento que permanece en el estadio de la recepción pasiva, del acopio de datos, de la nuda descripción de los objetos. Su tarea comprende ora «la enumeración de los productos del reino mineral», ora «la disección y descripción» de ejemplares vivos, ora el estudio de las «propiedades y usos» de sustancias tales como, v. g., las aguas termales.¹²⁶ Pero también es saber referido al ámbito de los tres reinos naturales, con exclusión de aquellos desarrollos referentes a objetos que rebasan los límites de sus instrumentos descriptivos, como la astronomía.¹²⁷ En uno y otro caso, sea que el acento se ponga sobre el modo de operar de la historia natural, sea que el examen se dirija más bien a excluir del radio de acción de la historia natural cierta clase de objetos, ésta se concibe como un tipo de conocimiento fundado antes en la receptividad sensible que en la espontaneidad intelectual, como ocurre en Bacon y D'Alembert. No importa que en repetidas ocasiones un empleo equívoco de los términos parezca confundir en un mismo concepto el saber histórico y el científico,¹²⁸ porque fuera de que estas ocasiones puedan interpretarse como condescendencias con el uso común del vocablo, que se puedan anular por otras manifestaciones más explícitas¹²⁹ en que se distinguen las dos especies de saber, es preciso recordar

¹²⁶ «Plan de materias», *MP*, n.º 332, pp. 159-160.

¹²⁷ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 43, pp. 68-69. Leemos: «Todos los objetos celestes se han separado del catálogo de la historia natural y formado la astronomía. La primera se ha contraído únicamente a la investigación de los tres reinos, que componen y hermocean el globo que habitamos».

¹²⁸ En el «Plan de materias», se comprende dentro de las ciencias naturales a la agricultura, el comercio, la física, la química, la mineralogía, la botánica, la anatomía, la medicina práctica y la *historia natural*; *MP*, n.º 331, pp. 155-156. En un trabajo posterior, el «Informe sobre los establecimientos literarios», escribe Unanue lo siguiente: «A la verdad no sólo se cultiva en el anfiteatro la anatomía teórico-práctica, conforme a su instituto, sino que habiéndose establecido en él unas conferencias clínicas... se ejecuta lo propio con la medicina, la cirugía, la botánica y demás ramos de la historia natural que abraza la materia médica, siendo, por consiguiente, aquel teatro un plantel fecundo, así de la anatomía como también de las ciencias naturales...»; *Obras*, t. II, pp. 340-341. En el «Cuadro sinóptico» se incluye la historia natural dentro de las ciencias físicas (Valdizán, *op. cit.*, t. III, p. 105).

¹²⁹ «La historia natural, la física y la medicina dilatarán sus términos (por el estudio de la botánica)»; «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 84. En el «Remitido», anónimo de 1828 a referirse a la planeada supresión de las ciencias auxiliares en la Escuela de Medicina, enumera Unanue. «Las matemáticas, la historia natural, la

que en ellas lo que se impone al uso del lenguaje y se revela en él es más el nexo íntimo que vincula la experiencia histórico-natural con el conocimiento racional fundado en la observación. Aquí ciencia natural es un vocablo que designa la vasta unidad del saber empírico-filosófico vertido sobre la naturaleza; y en la connotación que subraya el momento natural sobre el científico, valen tanto como «ciencia natural» la ciencia natural en sentido estricto y la historia natural. Por otra parte, las referencias particulares a determinadas ciencias naturales, las del tipo descriptivo, cuando se hacen en función de historia natural, aluden no sólo a los lazos que unen el saber histórico con el filosófico, sino a la doble faz, histórica y racional, que presentan dichas disciplinas. En todo caso, puede sospecharse que el saber físico-matemático (y con él la química, que acababa de constituirse en ciencia independiente) queda distinguido del histórico que en una designación unitaria abarcaría los momentos históricos propiamente dichos y los sistemáticos de la botánica, la zoología y demás ciencias descriptivas.¹³⁰ Hay excepciones, sin embargo, aunque poco reiteradas, como la que representa el «Plan de materias», al enumerar junto a la historia natural (cuyo cometido ya ha sido especificado), la botánica y la mineralogía, disciplinas éstas que se ofrecen incluidas dentro de su dominio en otras obras,¹³¹ lo que nos remitiría otra vez a la escueta distinción de historia y ciencia. En resumen, puede decirse que Unanue diferencia con bastante claridad el saber histórico del científico-natural. Dentro del saber científico natural mismo, hay un tipo de disciplinas que se distinguen por su carga histórica (ya que en toda ciencia la hay). Ellas son las descriptivas, como la botánica, la zoología, la mineralogía, etc., lo que lleva a denominarlas *historia natural* en sentido lato y oponerlas a las explicativas del tipo de la física o la quími-

farmacia, la química y la física» (Valdizán, *op. cit.*, t. II, p. 38). Cf., además, las citas hechas en las notas 127 y la primera y tercera de la 128, que revelan también la distinción que apuntamos. En el «Cuadro sinóptico», por ejemplo, aunque se incluye a la historia natural dentro de las ciencias físicas, se la distingue de la física experimental y de la química.

¹³⁰ «Los minerales, los vegetales y los animales piden ser examinados con separación. De aquí nacieron la *Ithologia* que trata de los primeros, la *Phitologia* de los segundos, y la zoología de los terceros. Ciencia cada una de muchas partes, y capaz de ocupar por sí sola la vida entera de los hombres más aplicados y penetrativos; pero que no forman sino tres pingües ramos que se reúnen en feraz tronco de la historia natural»; en «Introducción a la descripción». Allí también se define la Botánica como parte de la Historia Natural (*MP*, n.º 43, p. 69; ver asimismo el texto de las pp. 78-79, ya citado en la nota 127). En la «Descripción de un ternero bicípite» (*MP*, n.º 126, p. 184), se alude a la ornitología, la zoología, la metalurgia, a propósito de la formación de un gabinete de historia natural. El «Cuadro sinóptico» incluye en la sección de historia natural a la mineralogía, la botánica y la anatomía (Valdizán, *op. cit.*, t. III, p. 105). Y el «Remitido» anónimo parece incluir la Botánica y las ciencias afines dentro de la Historia natural, al no enumerarlas junto a ella (Valdizán, *op. cit.*, t. II, p. 38).

¹³¹ «Plan de materias», *MP*, n.º 331, pp. 157-158.

ca. Lo cual no nos debe hacer olvidar que una no detenida vigilancia del uso de los vocablos, que evidencia también el empeño divulgador que predomina en la mayor parte de los trabajos que tocan el tema, la concesión a los modos del lenguaje vulgar y hasta una falta de conciencia justa del problema implicado en ello, determinan cruzamientos del empleo de los términos de ciencia natural, saber filosófico, historia natural, física, botánica, etc.

En el campo de las ciencias naturales pueden distinguirse varias parcelas, a su vez. Por lo pronto, la de las ciencias matemáticas y las de las físicas. Unanue, de acuerdo con la opinión más difundida, sitúa en el ámbito de las ciencias naturales a la matemática¹³² y la divide en pura y mixta, como sucede en Bacon, D'Alembert y Diderot, incluyendo dentro de esta última a la astronomía, la mecánica y la óptica.¹³³ Frente a este primero, un segundo grupo de disciplinas naturales está constituido por las ciencias físicas, en el amplio sentido que incluye a la física experimental, a la química y a la historia natural, en cuanto comprensiva de la mineralogía, de la botánica y de la zoología.¹³⁴ En una acepción más restringida, sin embargo, la física abarca la física teórica y la experimental, dejando fuera a las disciplinas descriptivas y a la química; y aun, en sentido menos lato, sólo la segunda de ellas.¹³⁵

Al lado de estas ciencias matemáticas y físicas, la medicina se ofrece como una ciencia mixta, en su contenido y en su metodología. De allí una ubicación vacilante que comparte con otras disciplinas afines como

¹³² «Las ciencias naturales son de primera necesidad en el Perú [...] La física, la geometría, la arquitectura subterránea, la química y la docimástica, forman hoy las delicias de muchos, que al abrigo de la protección no pueden menos que hacer rápido progreso...»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 218, p. 85, nota 2.

¹³³ En el «Cuadro sinóptico», las matemáticas son divididas como queda dicho. Las puras comprenden la aritmética (numérica lineal) y la geometría (teórica, práctica). Las mixtas: la mecánica (estática, dinámica, hidrostática, hidrodinámica), la óptica (óptica, cateóptica, diótrica) y la astronomía (teórica y práctica); Valdizán, *op. cit.*, t. III, p. 105. La inclusión de la física teórica y de la astronomía, dentro de las matemáticas es proceder que encontramos también los autores modernos, v. g., en Hobbes y en Cuvier.

¹³⁴ La física experimental comprende la física elemental, la meteorología, la electricidad, la magnética y la galvánica. La química es analítica, sintética, aplicada a la medicina y a las artes. La mineralogía comprende la geología, la orictología y la docimástica. La botánica es filosófica, sistemática y agricultora. La anatomía: histórica, descriptiva y comparada; Valdizán, *op. cit.*, t. III, p. 105.

¹³⁵ Una acepción muy amplia, cercana al del término *física* en el contexto de ciencias físicas, tal como se usa en el «Cuadro sinóptico», es la empleada en la «Descripción de un ternero bicípite», a propósito del estudio de este monstruo (*MP*, n.º 126, pp. 183-184). Recuerda ella la denominación de física aplicada a los médicos y cirujanos, concepto este más lato aún que los presentados, puesto que incluye la nota de intervención práctica en la naturaleza. Cf. para el sentido de física, inclusivo del de física teórica y práctica, frente a las ciencias naturales, «Introducción a la descripción de las plantas del Perú» (*MP*, n.º 44, p. 84), en donde se expresa que por el estudio de la botánica: «La historia natural, la

la filología, la biología (llamada zoonomía en el «Cuadro sinóptico»), la psicología y la cirugía. Las oposiciones que se nos ofrecen aquí pueden resumirse del modo siguiente: (1) contraste entre la ciencia natural médica concebida como historia natural y la ciencia natural médica en sentido estricto.¹³⁶ (2) Contraste entre la medicina como ciencia y la medicina y cirugía como arte, como saber aplicado.¹³⁷ Estas oposiciones se aclaran cuando percibimos que Unanue parece mirar a la medicina en cuanto a sus fundamentos teóricos como ciencia (como saber que lucha cada vez más por cientificarse y por científicar su práctica) y en cuanto conjunto de normas destinadas a obtener efectos, a transformar la realidad, como poseedora de la estructura lógica de arte. A tiempo que, en cuanto saber fundado en disciplinas descriptivas (como la anatomía), se halla dentro del grupo de las ciencias históricas, se distingue también de ellas en su importante ingrediente físico-matemático, así como en su aspecto deductivo y, por ello, práctico. En este concepto unificador, que es el de la medicina contemporánea, pueden conciliarse los varios usos de la idea del saber médico, determinados a todas luces por la multiplicidad de los entronques que ofrece el cuerpo de la disciplina misma,¹³⁸ multiplicidad que explica así la de sus sentidos del concepto de medicina, una ciencia cuyo rango gnoseológico, por lo demás, no había alcanzado precisión en el siglo XVIII.

física, y la medicina dilatarán sus términos»; y el «Remitido» anónimo (Valdizán, *op. cit.*, t. II, p. 38) en donde se pone de un lado la física y las matemáticas, aunque se las considera muy ligadas entre sí, y de otro, la química, la botánica, la anatomía, así como la historia natural, etc. La física en el sentido escueto de física experimental, distinta de la teórica, es mentada en «Decadencia y restauración» al enumerar, dentro de las ciencias naturales, junto a la química, la geometría y la mecánica (*MP*, n.º 218, p. 85, nota 2).

¹³⁶ La medicina como historia natural: «A la verdad no sólo se cultiva en el anfiteatro la anatomía teórico-práctica conforme a su instituto, sino que habiéndose establecido en él unas conferencias clínicas... se ejecuta lo propio con la medicina, la cirugía, la botánica y demás ramos de la historia natural que abraza la materia médica»; «Informe sobre los establecimientos literarios», *Obras*, t. II, pp. 340-341. La medicina distinta de la historia natural: «La historia natural, la física y la medicina delatarán sus términos (por el estudio de la botánica)»; «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 84.

¹³⁷ La medicina y la cirugía ciencias: «Tan arduo y tan difícil es el poseer la ciencia clínica, con la dignidad que corresponde a la más excelente de las ciencias naturales»; «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas...», *MP*, n.º 371, p. 47. Refiriéndose a la teología dice que su ejercicio pide «virtud, calidad y ciencia»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 220, p. 107. La medicina como arte: «[L]os países se asolan en manos de aquella (de la naturaleza) si la desampara el arte (se refiere a la medicina)»; «Decadencia y restauración», *Ibid.*, p. 102. «El arte y la naturaleza deben concurrir a la curación de las enfermedades», *Observaciones*, p. 260. Cf. *Ibid.*, p. 187.

¹³⁸ Por lo demás, la medicina se divide así en el «Cuadro sinóptico»: (a) teórica, (b) práctica y (c) topográfica. La teórica comprende: la zoonomía, la patología y la psicología; la práctica: clínica, operatoria, obstetricia y farmacéutica. La topografía contempla el estudio de los lugares, temperamentos, meteoros, vivientes, costumbres y epidemias (Valdizán, *op. cit.*, t. III, pp. 105-106).

La relación del saber científico con el arte o los problemas a que da lugar, surgido en la medicina, se reiteran, aunque con caracteres no del todo semejantes, en otras formas de aplicación científica como las que representan la agricultura, la minería o el comercio. Así, ellos admiten una doble caracterización teórica y técnica, derivada de las vinculaciones que sus contenidos mantienen con la ciencia.¹³⁹ Ciencias naturales, porque se quiere ver clarificado su designio práctico por la teoría, no parece que Unanue deje, sin embargo, de reconocerlos en su auténtica consistencia de saber técnico, y por ende, secundario y fundado en un previo conocimiento científico.

La exposición anterior, que atiende sobre todo a los textos en que los grupos de ciencias, o su sistematización, se contemplan más o menos directamente, olvida la presencia de otras formas de saber que, como la historia, han sido consideradas también por Unanue en algunos de ellos (como es el caso del «Plan de materias»), o en otros más explícitamente referidos a las respectivas disciplinas. Este hecho nos debe advertir que los testimonios documentales que han servido de fundamento a nuestro análisis no tienen la pretensión, en Unanue, de ofrecer un cuadro exhaustivo del saber humano, respecto del cual, de ser así, podrían objetarse muchas imprecisiones o lagunas, sino más bien la de tratar ocasionalmente temas conexos en el de la clasificación de las ciencias y capaces de proporcionar un indicio sobre las líneas generales de su concepción de las formas del saber. Tanto más cuanto que en los textos aludidos el conocimiento filosófico no ha sido tratado, ni siquiera lateralmente, y hay otros lugares de la obra de Unanue en que él es objeto de consideración directa y valorado como genuino saber, lo cual nos remite a la cuestión de qué es la filosofía para nuestro autor, y cuál su papel en el cuadro de los conocimientos humanos.

IV. LA FILOSOFÍA

Un sentido de filosofía nos sale al paso con singular insistencia a lo largo de la obra de Unanue. Amplía él, por una parte, el alcance del saber filosófico, puesto que lo hace coincidir en el ámbito entero del científico; lo limita, por otra, toda vez que pone en su campo de acción los objetos y problemas particulares, propios de las ciencias naturales y humanas. Filosofía es, según esta acepción, todo saber experimental y racional: experimental en cuanto cumple las condiciones de la partida del origen

¹³⁹ Cf., el «Plan de materias», en que se enumera a la agricultura y el comercio dentro de la sección dedicada a las ciencias naturales (*MP*, n.º 331, p. 156) y «Decadencia y restauración» (*MP*, n.º 218, p. 85, nota 2) en que las ciencias naturales se ofrecen en una relación fundamentadora del saber técnico de la minería y la agricultura.

sensible y del control empírico, racional en cuanto no sólo comprende la *historia* del objeto observado, sino que también lo tamiza conceptualmente, sistematizándolo y explicándolo. No siendo la idea que la caracteriza otra que la del conocimiento científico mismo, la filosofía se confunde en sus métodos y en sus objetos con la ciencia. Y esto en dos direcciones a su vez: con toda disciplina que, por ser fundada en la experiencia y por prolongarla mediante el trabajo de la reflexión, pueda recibir el nombre de ciencia y pueda reconocerse sostenida por la actividad racional (en la segunda de las acepciones estudiadas por nosotros (cf., supra: «La experiencia»). Esto es, con el saber de tipo histórico-natural, que opera en lo esencial basándose en la descripción, la clasificación y el sistema. En segundo término, con el conocer que se proyecta más allá de la experiencia, de la cual ha partido no por acaso, sino necesariamente, y anticipa en cierto sentido a priori el curso de las observaciones posteriores; esto es, con el saber explicativo físico-matemático en que la capacidad cognoscitiva actualiza su potencia más valiosa. Filosofía es así obra de la razón concebida en función de razón científica. Obra de la actividad mental de un objeto racionante vertido sobre el amplio teatro de la naturaleza, que la aprehende sobre la base de la observación sensible y se expone a sus rectificaciones y ampliaciones. Obra que halla su concreción en el trabajo paciente de la observación botánica, de la experimentación física, del discurso matemático o del pronóstico médico; que sucumbe a cada uno de los incentivos ofrecidos por la realidad natural o histórica; que se interna, dispersándose, en cada uno de los ramales de la experiencia sensible, pero que en esta misma dispersión descubre la trama del orden natural que unifica su objeto y permite construir, libre de la divagación especulativa y de sus imprevistas emboscadas lógicas, el edificio de un saber firme y coherente.

Es esta concepción dominante en la obra de Unanue,¹⁴⁰ característica también del pensamiento ilustrado; la hallamos presente en el lenguaje científico, en el literario, el político o el periodístico de la época,

¹⁴⁰ Al terminar las explicaciones científicas del arco iris visto en Cañete, dice Unanue: «[L]os gritos del mayoral me obligan a que apague el candil, interrumpa mis meditaciones filosóficas, y ocurra a la labranza...»; «Copia de una carta escrita de la villa de Cañete a la sociedad», *MP*, n.º 24, p. 228. «Sin este método (el de la división en clases, órdenes, géneros, etc.) si el filósofo teniendo presente al Narciso, v. g., quisiera buscar entre las descripciones de diez mil plantas la que le corresponde...»; «Introducción a la descripción de las plantas del Perú...», *MP*, n.º 44, p. 79. En la p. 78 ha hablado de «otro siglo más filosófico» a quien estará destinado la complementación del método botánico. «Oprimidos los filósofos del peso de esta dificultad (la de que el equilibrio de la Tierra no se mantendría si no hubiera un adecuado contrabalance del hemisferio boreal por el austral) han ocurrido a soñar nuevas tierras bajo del círculo polar antártico...»; «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 106, p. 24. «Del mortal abismo de la inacción se levanta el historiador; repasa en su memoria las obscuras edades, corridas desde la conquista del más rico de los imperios, da nueva vida, y fija la suerte de las erradas sombras de sus ilustres antepasados, ultrajados

manifestando una vez más ese sentido combativo que define el filosofar del siglo XVIII, en el cual lo buscado es la imposición de un nuevo orden teórico y práctico. Porque, estando en trance de suplantarlo un sistema de creencias caduco pero previamente arraigado en las conveniencias, se echa mano en la controversia con la filosofía tradicional, como arma escogida del cuerpo teórico de la más firme obra moderna, la ciencia natural, a la que con este fin se le impone una investidura y se le conceden atribuciones filosóficas que, en verdad, le son extrañas. Se llama entonces a torneo al pensar tradicional, que se mueve en otro plano objetivo, enfrentándole un enemigo que es producto del simple trabajo experimental, incapaz por ello de responder a las preguntas filosóficas fundamentales, pero que podía obtener un triunfo seguro si se le concedía pelear en su propio terreno. La filosofía escolástica estaba perdida al aventurarse a combatir en el terreno de la experiencia natural. Si así lo hacía, llevada por su vehemente afán de imperio sobre todos los sectores del saber, ello significaba, como ocurrió, la pronta definición del entredicho a favor del espíritu modernizante.

Pero es éste un concepto de filosofía que traduce, además, el sentido de la particular vocación immanente del filosofar ilustrado. Porque si se entiende la filosofía en función de ciencia natural, no es esto tanto indicio de que los campos del conocimiento filosófico en sentido estricto (tal como hoy, por ejemplo, lo concebimos y como se lo concibió en la Antigüedad) y los de la investigación científica se confunden en una idea unitaria proclive al modo de esta investigación, sino más bien de que se quiere reducir la actividad cognoscitiva válida, o los esfuerzos aprovechables en la reflexión, al estudio de la realidad mundana, a lo inmediatamente asequible por la experiencia y la razón, dejando fuera todo aquello que sea especulación incierta, libre ampliación de la experiencia o conjetura acerca de los problemas limítrofes de la temática natural.

Unanue, sin embargo, no ha dejado totalmente de lado la idea de una ciencia primera, de un conocimiento cuyo significado teórico sea el del fundamentador universal y la de una ordenación del saber humano que se aproxime en ascensión jerárquica «al grado más sublime de las

por el olvido. El filósofo contempla todos los puntos de este fecundo país; y el magnífico espectáculo que le ofrece la naturaleza, electriza su alma, pone en movimiento sus potencias; vigoriza su mano, gime la prensa, y se propaga la ilustración y buen gusto»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 218, p. 85. «(La coca) merece sin duda ser objeto de nuestras investigaciones filosóficas»; «Disertación sobre la coca...», *MP*, n.º 372, p. 211. Refiriéndose en las *Observaciones* (p. 14) a los estudios sobre la atmósfera de Humboldt, lo llama «excelente Filósofo». Otros muchos textos podrían citarse, v. g.: «Apéndice de la Sociedad a las conjeturas de P. N. Crespo», *MP*, n.º 47, p. 108; «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 105, p. 13; «Nota (sobre equivocaciones en los *Mercurios* del mes de junio)», *MP*, n.º 81, p. 120; «Elogio histórico de Pinedo», *MP*, n.º 281, pp. 24-26; «Discurso Histórico sobre el nuevo camino del Callao», *Obras*, t. II, p. 193 y *Observaciones*, p. 29.

ciencias». ¹⁴¹ Aunque el tratamiento de la filosofía como tal ha quedado en simple referencia episódica, a juzgar por la bibliografía que de Unanue conservamos. Aparte de ello, su labor docente como preceptor de Agustín Landaburu, que cristalizó en las tablas de examen y tesis de éste, ¹⁴² sirve de indicio seguro para revelar que el dominio del pensar filosófico, que tanto ascendiente había tenido en la vida intelectual de la colonia, no fue desechado sin más en el trance de naturalizar el conocimiento, como no lo había sido en las paralelas gestiones de la filosofía americana y europea. La exigüidad de la atención concedida al saber filosófico, no obstante los antecedentes personales y colectivos que marcan la carrera universitaria de nuestro autor, unida a las manifestaciones ocasionales presentes en varios de sus escritos, revelan, empero, que la idea del filósofo como pensador abocado a un campo de objetos sui generis, el más preclaro, si se acepta como válida (Unanue así parece comportarse, en cuanto enseña metafísica y lógica, en las referencias múltiples a la historia de la filosofía, a las disciplinas académicas y a la formación clásica, y hasta en el contexto de la mención de un vago concepto de sabiduría), ¹⁴³ ello ocurre en un plano bien distinto de aquel en que se mueve la idea de la filosofía como ciencia, de la filosofía científica moderna. Porque, por un lado, las tareas del filósofo especulativo no parecen estar garantizadas por el fundamento de verdad que tiene a su disposición el científico en los suyos, lo que les resta prestancia teórica y hace que la actividad filosófica se encuentre siempre al borde de la construcción falaz, e incluso hasta del simple fantaseo reflexivo emprendido con conciencia de su vacuidad y con franco ánimo de engañar. ¹⁴⁴ Por otro, la temática del filosofar colinda con la de las ciencias sagradas, y toca a un

¹⁴¹ «Crítica de la oración, que para abrir los estudios de la Real Universidad de San Marcos dijo, según costumbre, el día 2 del presente, mes de mayo de 1791, don Dionisio Cerdan, y Encalada. Alumno del Real convictorio Carolino», *MP*, n.º 36, p. 11. En la p. 9 ha dicho que Cicerón sabía que el estudio de la lengua griega, junto al de la latina, abría el comienzo a la «elocuencia y la filosofía: ciencias victoriosas que en aquellos tiempos comenzaban a ordenar los pueblos».

¹⁴² Ver supra, nota 67.

¹⁴³ Cf. «Crítica de la oración», *MP*, n.º 36, pp. 9-10, 12-13 y 14.

¹⁴⁴ «De tres clases de hombres que hay en el universo destinados a inventar fábulas, y hacérselas creer a sus semejantes, no sabemos cuál haya sido la más atrevida, y fecunda en imaginarlas, o más feliz en persuadirlas. Las tres han inundado la tierra de visiones, y han tenido igualmente prosélitos de que no carecen en el día. Son estos los poetas, los filósofos, y los aventureros. Los primeros introdujeron la mentira hasta en el cielo, y la hicieron adorar a los mortales estúpidos, los segundos disponen despóticamente de la naturaleza, y sus magníficas obras, y arrastran tras sí la República de los Sabios, los terceros fingen maravillas a su arbitrio, y persuaden a los ministros y monarcas más respetables»; «Noticia de los trajes», *MP*, n.º 48, p. 73. Referida aun a la naturaleza, la actitud filosófica es la de la libre conjetura, ayuna de fundamento empírico. Es ilustrativo transcribir en esta conexión un pasaje de las *Cartas persas* de Montesquieu, en el que se hace presente el mismo espíritu crítico: refiere Rica, uno de los viajeros persas (en la

objeto respecto del cual se reconocen las limitaciones del entendimiento humano librado a sus propias fuerzas. Siempre que el propio pensador no limite sus atribuciones y siga los lineamientos de un orden gnoseológico que no es de la reflexión autónoma, sino el de la participación sobrenatural, lo que significa en buena cuenta la negación del saber filosófico genuino, el trabajo de la filosofía se desenvuelve en los linderos de una sima peligrosa, que se quiere evitar no sólo por una miedosa cautela frente a las consecuencias exteriores del filosofar libre, sino por un radical desentendimiento de ciertos problemas que sobrepasan la capacidad humana, la sima de la intromisión profana en el recinto reservado a la revelación y a aquellos desenvolvimientos que hallan acogida en el cuerpo de la doctrina católica.¹⁴⁵ Expresando la pugna del saber empírico y el metafísico, y la suplantación del segundo por el primero en la enseñanza universitaria peruana, ha escrito Unanue: «Los lugares que poseían los comentarios sobre el ente de razón, apetitos de la materia, etc., son ocupados por los Musschenbroek, Jacquier y Paras y condenados aquellos libros a los humildes destinos que siguen a cuantos no indemniza la religión y sus elevados misterios, después que se les acaba el séquito y fugaz aplauso de los mortales».¹⁴⁶

Así, el filósofo — cuando su objeto se evade del ámbito de lo natural y sus tareas no se reducen a la reflexión tocante a lo real en el mundo y el hombre— propende a incurrir o en el defecto del aserto infundado o en el de la subversión de un orden divino; y Unanue parece recomendar a quien se hallare en semejante coyuntura el expediente de seguir los dictados de la revelación. Con ello no hace sino prolongar y dar remate en una de las direcciones posibles a la actitud del filósofo constreñido a lo inmanente, del investigador natural, cuyo reverso, el que se refiere a los problemas últimos del ser, se piensa en los términos de la clasificación que él da a su maestro, el médico Gabriel Moreno, cuando lo llama «filósofo según las máximas divinas del Evangelio».¹⁴⁷

carta cxxxiii), que estando en un café de París se le acercó un filósofo y le dijo: «¿Qué le parece a Ud. este majadero (un *novelista*) que nos está hablando hace una hora de sus temores por los sucesos de languadoc, y yo que descubrí ayer tarde una mancha en el sol, que con poco que crezca podrá estorbarle que vivifique toda la naturaleza, no he dicho ni una palabra a nadie?»

¹⁴⁵ «La religión que peregrina todos los países del globo, abandona a aquellos en que ultraje la funesta ceguera de los soberbios mortales, en que juzgándose esclarecida la miserable descendencia de Adán quiere disponer hasta del mismo trono de la Decidad»; «Segunda peregrinación del padre predicador apostólico Narciso Girbal y Barceló, a los pueblos de Mano», *MP*, n.º 150, p. 89. El rechazo de la subversión de un orden divino se lleva hasta el plano político en la sota sobre «Beneficencia pública», *MP*, n.º 92, pp. 214-215. Es necesario observar, sin embargo, que incluso el dominio del saber revelado puede ser aprovechado mejor — parece pensar Unanue — por una mentalidad ilustrada que por aquella que está cegada por la superstición o el fanatismo. Cf. *Observaciones*, p. 244.

¹⁴⁶ «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 197.

¹⁴⁷ *Observaciones*, p. 10.

La filosofía, pues, ateniéndonos a los datos allegados aquí, es concebida por Unanue como una forma de saber que, o se identifica con el cuerpo del conocimiento científico, o se distingue de él, en el sentido de la especulación tradicional, en tanto saber constreñido a ciertos objetos, los más universales y eminentes. En el primer caso, la filosofía no puede exigir un lugar propio dentro del sistema de los conocimientos humanos, pues en cada una de las instancias científicas encuentra realización plena. Ella es, de un modo unitario, el todo de los conocimientos que se articulan en historia y ciencia. Como saber sui géneris, por el contrario, sí lo puede recabar y, a tenor de sus pretensiones, su lugar ha de ser el del coronamiento del sistema de las ciencias, al que prestaría sus supuestos últimos. Ambas posiciones a primera vista parecen oponerse, porque implican la aceptación y el rechazo simultáneos de los límites del conocer humano, pero en verdad pueden conciliarse dentro del cuadro conformado por una suspensión de juicio a lo trascendente, que no decide respecto de las vías posibles de penetrar en él y, por ello, mal puede negarlo, que se articula con un penetrar decidido y confiado en el campo de la experiencia, de la naturaleza inmediatamente asequible a la contemplación y a la obra del hombre. Sin embargo, es cierto también que al lado de la primera actitud, presente por doquier firmemente asentada en la obra de Unanue, la segunda debe mirarse con las reservas que impone al juicio la señalada postura crítica respecto de sus modos y alcances; y porque una y otra no pueden presentarse como momentos equivalentes cuando lo íntimamente decisivo es la fecundidad teórica y práctica del conocimiento, que posee sólo con excelencia el filosofar natural y cuando se exalta la función ilustradora del saber que no puede cumplirla sino un filósofo que asuma el sentido de los nuevos problemas y métodos. Nuevos tiempos, nuevos gustos. A la tradición embebida en los entes de razón, en la sutileza metafísica, se substituye un sentido de respeto por lo dado, por la experiencia, cuya repercusión ética innegable acoge, precisamente, el concepto de *ilustración*. Ante estas dos posiciones, pese a las atenuantes, no es problema la preferencia, porque el filósofo en su significación de investigador empírico, es decir, natural, encarna sobre el metafísico el tipo humano del espíritu libre de prejuicios, del que tolera, porque quiere siempre ser guiado por la evidencia y a ella se sujeta; del espíritu encargado de propagar las luces de la razón y el buen gusto.¹⁴⁸

¹⁴⁸ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 218, p. 85. La amplitud de este concepto y su función, que abarca el *espíritu científico*, el *espíritu crítico* (referido al mundo social y político) y el *espíritu esclarecido*, es inherente a la conciencia que los propios filósofos del siglo XVIII tienen de su misión y de los instrumentos con que cuentan para cumplirla, como lo revela un examen detenido de sus obras. Cf. Lanson-Naves, *Extraits des Philosophes du XVIII siècle*, en cuyo estudio preliminar se realiza de manera muy precisa e iluminadora el análisis del concepto de filósofo.

CAPÍTULO SEGUNDO

La naturaleza





Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

I. LOS CONCEPTOS DE NATURALEZA

La experiencia y la razón en la ciencia y en el conocimiento vulgar, en la teoría y en el arte, gravitan hacia una instancia más decisiva que aparece como el soporte último de toda reflexión justa: la naturaleza. Porque sobre la correlación de experiencia y razón o, mejor por ella, se piensa que si la primera ha de ser punto de partida del conocimiento, ello se debe a que se la reconoce como la puerta de acceso al orbe natural, que de esta manera viene a constituirse en fundamento del saber; y si la razón apoya y perfecciona a la experiencia, este apoyo y perfeccionamiento se conciben sobre el fondo del supuesto de una naturalización creciente del conocer, de un revelar cada vez más justo cual es la genuina conducta de la naturaleza real. Es que para el siglo XVIII, como ha dicho uno de sus más notables estudiosos: «Las nociones psicológicas que no tenían fundamento en la naturaleza se parecían a esas selvas del Norte que no tienen raíces y que barre un vendaval; inquebrantables, por el contrario, las que eran proyección de la naturaleza en el alma humana y la traducción de sus leyes».¹ Según esto, cada una de las ciencias y de los procedimientos técnicos se vinculan, en juego de doble implicación, con la instancia natural. Pues son naturales en cuanto se proyectan hacia la naturaleza como objeto buscado, como contenido del conocer o vehículo de un obrar que se encamina a asentar la existencia firmemente en el mundo. Y lo son también en cuanto que en el conocer y actuar opera un ente que se desenvuelve dentro del seno del ámbito natural como en su hogar propio y cuya conducta, en todas sus manifestaciones, está sometida al dictado de la legalidad de la naturaleza; en cuanto es, pues, un ente natural él mismo.

¹ Paul Hazard, «El pensamiento europeo en el siglo XVIII», *Revista de Occidente*, Madrid, 1946, p. 276.

El tema de la naturaleza es fundamental en el pensamiento de Unanue. De ello es prueba no sólo el hecho de las múltiples aplicaciones y referencias al concepto de naturaleza que salen al paso a lo largo de la obra de Unanue — buenos indicios del importante papel que juega él en el cuadro de su pensamiento —, sino también el de que esta situación venga a ocurrir precisamente a propósito de la naturaleza, es decir, de un concepto que concreta la idea del mundo como orden inmanente, afirmándolo directa o veladamente frente a las instancias trascendentes de todo tipo. Afirmándolo, por lo menos, en el sentido de una valoración positiva y hasta una exaltación que se percibe lejos del rechazo cristiano del mundo, donde no resuenan con su vigor anterior los llamados a la negación de los valores terrenos, cuyo reverso es la negación de *este* mundo natural como autónomo. No significa tal hecho que en Unanue se dé la negación tajante de la trascendencia, ni mucho menos. Él es, por el contrario, un espíritu imbuido de la fe tradicional y que acepta todas sus consecuencias doctrinarias. Pero participa también de ese nuevo *elan* que quiere, antes que nada, adecuarse a la naturaleza, conocerla y seguirla y que, si su designio es también el servirse de ella, esto aparece como faceta de un comportamiento tributario de los más estrechos y apremiantes intereses vitales al lado de un sentimiento de radical entrega a la naturaleza, de radical propósito de servirla. «Nada a la verdad puede haber en este magnífico teatro (del mundo) — dice Unanue — que no entre en el plan del objeto destinado a las especulaciones de Naturalista; pues nada ofrece a sus ojos que no sea obra de la naturaleza, de quien es el sacerdote y el Filósofo».²

Ahora bien, este concepto de naturaleza, como el de razón y como otros tantos, está lejos de ofrecerse con una significación unívoca en el pensamiento del médico peruano, como también en el ilustrado general. Las varias condiciones de su empleo generan en Unanue, al igual que en los principales «filósofos» del XVIII — y quizá más aún en él por las peculiares circunstancias de su reflexión — un haz de sentidos que es preciso distinguir y aclarar sacándolos de la bruma en que los sumerge su uso circunstancial, atendido más a los contenidos concretos que al alcance de los supuestos de la conceptualización a que éstos se ven sometidos. Así, la respuesta a la pregunta de *qué es la naturaleza en la obra de Unanue* puede darse según los siguientes modos: (1) la naturaleza es la esencia de las cosas; (2) la instancia previa al arte; (3) la instancia contraria a la obra de la especulación; (4) el conjunto de todas las cosas; (5) la fuerza o impulso que todo lo penetra; (6) la estructura legal de los entes reales; y, (7) la obra divina. Consideramos estos varios conceptos con algún detenimiento, y según el orden de la enumeración, tratando de encontrar sus posibles

² «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 43, p. 68.

puntos de contacto y su función en la unidad del pensamiento que los condiciona.

1. La naturaleza como esencia

La multitud de seres que pueblan la realidad, se distinguen en la experiencia por un complejo de características y un comportamiento peculiar. Cada objeto se haya determinado de un modo estricto, y es así circunscrito dentro del ámbito del mundo en que actúa. Esta circunscripción de su ser respecto del de otro ente cualquiera, no se sigue de la acción de agentes externos, o de modo alguno que no sea inherente a su propia constitución; es un deslinde esencial. El objeto se singulariza en la realidad y se define como tal por *su naturaleza*. La naturaleza es, pues, lo que lo determina y define. Pero ciertamente no la naturaleza en cuanto realidad frente al artificio ni como la unidad de esa realidad fundada en un orden superior, sino como el ser prístino que es propio de cada objeto, aquello que hace que una cosa sea precisamente como ella es. En este sentido la *naturaleza* es una expresión de uso genérico, con matices de significación ocasional, pues alude a una estructura entitativa que se determina por su relación a cada cosa. Cabe así hablar, como lo hace Unanue, de la naturaleza de los principios de un compuesto natural³ y la naturaleza del compuesto mismo,⁴ aludiendo, en un caso, a la constitución peculiar de un elemento y, en otro, a la del ente generado por la convergencia de varios de tales elementos; de la naturaleza del hombre como ser animal racional⁵ y de la naturaleza del cuerpo orgánico como la *vida subsistente*, y «el movimiento vital que intenta desempeñar activamente las funciones que son de su efecto».⁶ Pero en todos estos contextos, «naturaleza» alude a una instancia fundante más profunda y decisiva que las manifestaciones externas por las que se da a conocer o actúa el ente. Ella es, en el sentido de la substancia antigua, lo primordial y permanente, frente a las propiedades, modos y efectos,⁷ en los que, sin embargo, se transparenta un principio.

³ En la «Disertación sobre el tabaco» se habla de seguir «en todos los mixtos la naturaleza de sus principios» (MP, n.º 102, p. 40).

⁴ «(Los vegetales) degeneran en el estómago en una crimonia o corrupción ácida, a que están expuestos por su misma naturaleza...»; «Disertación sobre la coca...», MP, n.º 377, p. 246. Cf., asimismo, «Disertación sobre el tabaco», MP, n.º 108, p. 38.

⁵ *Observaciones*, pp. 96-97.

⁶ *Observaciones*, pp. 182-183.

⁷ En la «Disertación sobre el tabaco» se alude ya en el título a *su naturaleza y efectos*. En el texto mismo encontramos señalados como fines del trabajo metódico la *naturaleza y propiedades* de la planta (MP, n.º 108, p. 38). En acepción coincidente definía Aristóteles la φύσις como la esencia de los seres que tienen en sí y por sí mismos el principio de su movimiento y la Πυρία como aquello que los define en particular, su carácter propio (Metafísica).

2. Naturaleza como distinta del arte

Con el anterior sentido se halla estrechamente ligado uno segundo en que la noción de lo natural se define por contraposición a lo artificial, a la obra humana, en el modo en que aquello que se halla asentado en la *justi* aristotélica se opone al resultado de la *techné*. Naturaleza es aquella consistencia de los entes previa a la interferencia transformadora del hombre, previa a las estructuras artificiales que, si bien operan con fundamento en la constitución natural de los objetos, les añaden algo. Y ello es así, tanto en el trabajo sobre la realidad inanimada como en la propia existencia humana en la que cabe oponer un conjunto de exigencias de «pura naturaleza» a las de la cultura, a las conexiones que determinan el gusto y la comodidad en la vida social.⁸

3. La naturaleza como lo opuesto al producto de la especulación

Así como lo natural es enfrentado como instancia original a todo resultado de la acción humana, así también se le enfrenta a los productos de la especulación metafísica. Pero en un sentido más radical, pues la elucubración metafísica (es decir, el libre trabajo constructivo de la razón, pues de este momento del pensar racional se trata) pretende ofrecer un cuadro de la realidad que se superpone, como la «verdad», al ser auténtico del mundo revelado en la experiencia. Es, pues, un enfrentamiento de la naturaleza como lo real a la pseudorrealidad de los productos racionales. Aludiendo a él ha escrito Unanue: «Entre los entes de la razón y los de la naturaleza (en este sentido) media una inmensa distancia».⁹

4. La naturaleza como el todo de la realidad

Pero junto a la naturaleza que se recorta en cada cosa al constituir su principio entitativo y a los dos conceptos negativos (2 y 3), Unanue significa en el mismo vocablo la unidad real comprensiva de todas esas cosas que tienen cada una *su* peculiar naturaleza: la unidad del mundo. Colec-

⁸ «Sagaz observador (el médico) considerará, que aunque en la curación de las enfermedades concurren la Naturaleza, el Arte y el Médico, como notó Galeno, la Naturaleza obtiene el primer lugar en el orden de la curación», *Observaciones*, pp. 186-187; «...aun aquellas (cosas) que saliendo de la esfera de la comodidad y gusto, se comprenden en las necesidades de pura naturaleza, se miran con indiferencia por lo común entre los que llamamos propiamente bárbaros», «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, pp.65-66. Es el sentido que tiene en mente Peralta cuando al referirse al virrey Castell dos-Rius dice en *Lima fundada* (canto sexto, cxvii; Lima, 1732, t. II, p. 361): «Aquel excelso, que adornado viene de cuanto dan Naturaleza y Arte».

⁹ «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, pp. 65-66.

ción de los objetos cuya consistencia no ha sido elaborada por el arte y, también, de los productos del operar humano que no puede menos de llevarse a efecto con materia *natural*, la naturaleza es además el ámbito en que se encuentran, se desarrollan, se relacionan y se transforman los entes inanimados y orgánicos. Es el teatro del mundo sujeto a la inquisición del sabio y a la intervención del técnico. Dentro de él, en su ámbito, se distribuyen las potencias naturales, según un sentido doble que se encierra en su alusión: porque se distribuyen *dentro* de él como en el espacio dispuesto a ser ocupado por los objetos y a soportar sus varias ordenaciones; y se distribuyen *por* la naturaleza, que es esa unidad total. Así, puede decir Unanue que su «principal cuidado [...] ha sido estudiar *en* la naturaleza las cosas» de que trata¹⁰ y que «lo que la naturaleza nos negó (a los peruanos) de tierras cultivables, nos reemplazó con inmensas cordilleras atravesadas por todas partes de vetas minerales»,¹¹ conciliando la significación del recinto en que hallan lugar los objetos naturales con la autodistribución implicada en el hecho de que la naturaleza reparta sus diversas manifestaciones en un orden peculiar. Este sentido de la naturaleza como unidad del mundo, abraza también un rasgo colectivo, el de la totalidad de los objetos que están *en* ese ámbito y *por* los que la realidad actúa; a través de los que ella se ofrece como poder. Con ello, sin embargo, ponemos pie ya en otro concepto de Naturaleza, cuyo importante papel en el pensamiento de Unanue lo hace acreedor a un tratamiento más detenido.

5. La naturaleza como fuerza o impulso creador

De la vivencia inmediata de la naturaleza, del contacto amoroso con ella, queda una huella en la descripción y en el análisis científico de Unanue: la idea de la prístina animación del contorno natural, de una vida elemental que se ofrece como fuente y sustento siempre renovado de la multiplicidad real, de cada una de esas historias animadas que componen el vario espectáculo del mundo. De acuerdo con el ingrediente de creación mentado en el nuevo sentido, las imágenes de que se echa mano para caracterizar este ser de la naturaleza son de orden biológico, genésico y maternal. Ella es ora «benéfica madre» que «engendra, y diversifica sus producciones»,¹² ora la «sustentadora de los mortales», en quien se admira el despliegue de «toda la fuerza de su inagotable fecundidad».¹³ Correlativamente, el orden natural en que se piensa, es ahora el de la *vida*

¹⁰ *Observaciones*, p. 7.

¹¹ «Memoria del Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores», *Obras*, t. II, p. 384.

¹² «Copia de una carta», *MP*, n.º 24, p. 226.

¹³ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 43, p. 74. En la «Disertación sobre el tabaco» alude a la opinión de que éste es «la yerba más privilegiada de cuantas abraza

natural, no el frío y yerto armazón de conexiones necesarias: es aquel torrente de generaciones, cambios, desarrollo y muertes, en que halla expresión, realizándose, el ente omnicomprendido de una realidad próxima a la *natura naturans*. Vinculada al hecho de la fuerza creadora, de la animación del mundo orgánico, antes que a la idea de un mundo físico regulado, naturaleza está aquí en la vecindad de *nasci*, una vinculación que, como es bien sabido, aparece en Aristóteles y se renueva modernamente en Spinoza y Leibniz.¹⁴ Remite a la vida continuamente renaciente, al curso siempre abierto del renacer y el morir, presente por doquiera, pero que halla su más cálida y cruda expresión en la vida animal: «Los animales sienten (en la primavera) un estímulo más activo que los induce a la conservación de su especie, para que sobre los cadáveres de la naturaleza arruinada, que se hallan esparcidos por la tierra y las aguas, triunfe el amor, reproduciendo nuevos seres, que perpetúan los siglos de vida en la carrera del tiempo destructor».¹⁵

Semejante concepción, nacida de la intimidad del trato con la naturaleza circundante, a la que Unanue ha dedicado páginas entusiastas, se articula, como no podía menos de ser, con enunciados valorativos que perfilan la actitud del contemplador frente a la realidad natural. Ellos son en lo fundamental calificaciones positivas. La naturaleza es pensada como una potencia que trabaja a favor de sus propios productos, que los genera de sí y conforma el orden de su manifestación con vistas a su prosperidad e incremento. Es, en este sentido, una fuerza benéfica, que se ejerce en provecho de todos los seres creados de sí, pero sobre todo del hombre.¹⁶ Junto a este momento de estimación positiva, condicionado en gran medida la vivencia del paisaje americano,¹⁷ juega otro momento de estimación en que lo notorio es la afirmación del poder destructor y ciego

la naturaleza en su fecundo seno» (MP, n.º 108, p. 36). En el fragmento «Fiestas linneanas», la imagen maternal se aplica a la tierra con idéntico sentido (Obras, t. II, p. 397).

¹⁴ Cf. «Epílogo» a la edición española de los *Prolegómenos* de Kant, traducción de Julián Besteiro (1912), Madrid, p. 267.

¹⁵ *Observaciones*, pp. 16-17.

¹⁶ Dice en la «Introducción a la descripción de las plantas del Perú» que existe en las montañas de los Andes del Perú «aquel rico tesoro de las preciosidades de la Naturaleza, donde esta madre benigna y sustentadora de los mortales ha desplegado toda la fuerza de su inagotable fecundidad» (MP, n.º 43, p. 74). En la «Disertación sobre el tabaco» leemos: «Nada puede instruir al hombre de la índole de las plantas como sus propios sentidos. Para esto los ha colocado en él la benéfica naturaleza» (MP, n.º 108, p. 38). En «Geografía física del Perú» habla de la naturaleza como de «nuestra madre y liberal benefactora» (MP, n.º 105, p. 11. Cf., asimismo, *Observaciones*, p. 180).

¹⁷ Esta vinculación con la circunstancia natural y americana permite leer en la interlínea una réplica a aquella posición doctrinaria, muy extendida en el siglo XVIII, que concebía a la naturaleza del Nuevo Continente como débil, inmadura o degenerada. Buffon, uno de los principales detractores de esta naturaleza, decía que en América ella se había portado como madrastra del hombre, y el abate Raynal se admiraba del descuido que ella mostraba

de la misma realidad, un poder que se ejerce no en perjuicio de un ser o una especie determinada, sino que parece ser indiferente a todos.¹⁸

Ambos momentos parecen conciliarse, sin embargo, cuando Unanue adscribe a lo obscuro y negativo de la naturaleza una función de contraparte del factor ascendente; y considera que el momento negativo es tan necesario como éste para la unidad y perfección del cuadro de la realidad:

Al ver sus estragos (los de las mineras de fuego eléctrico) diríamos que la Naturaleza, aborreciendo el templo que ella misma se había fabricado con tanto esmero, lo fundó sobre inmensos hogares que lo devorasen: diríamos, que del Perú hablaba el Plinio de la Francia (Buffon), cuando afirmaba que el *Globo terráqueo era un caos de confusiones, que no ofrecía otra imagen que la de un cúmulo de destrozos, y de un mundo arruinado*. Pero no insultemos a la naturaleza: ella es grande, sabia y hermosa en medio de sus ruinas; sin éstas quedarían imperfectas sus obras, y serían estériles nuestras especulaciones.¹⁹

En todo caso, la presencia de semejantes discordancias en el seno de la naturaleza no sería sino un ejemplo más de la existencia, no siempre conciliable con las explicaciones teóricas, de ese ingrediente de misterio que se insinúa aquí y allá en su vasto ámbito y que revelan las más particulares de sus creaciones.²⁰

Como realidad animada frente al ordenamiento inerte de los objetos físicos, como fuerza o potencia creadora frente a la nuda secuencia legal de los hechos y los cambios, la naturaleza entraña, pues, para Unanue, un poder de autocreación, de autodesenvolvimiento, del cual hace participar a sus manifestaciones fenoménicas. La atmósfera ideológica que rodea a esta caracterización de la naturaleza, surgida de muchos pasajes de la obra del médico peruano, tiene innegables resonancias modernas y no es aventurado interpretarlo en un sentido afín con temas prin-

por América. Esta polémica, que halla un eco muy enérgico en Unanue, será tratada por nosotros en ocasión posterior.

¹⁸ Cf. «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 220, p. 102.

¹⁹ «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 106, pp. 19-20. Una idea que, por lo demás, ha sido muy empleada en las explicaciones de la Teodicea.

²⁰ «La economía animal —leemos en «Decadencia y restauración» (*MP*, n.º 221, p. 112)— es tan admirable, que el hombre no presenta a los ojos del hombre sino un compuesto de misterios.» Antes ha dicho: «Allí (en el cadáver) finalmente se espía a la Naturaleza, que al abrigo de mil honestos velos, reproduce la especie humana». «Los filósofos han intentado descubrir las causas de estas admirables metamorfosis (las de los monstruos) de la Naturaleza; pero como ella oculta sus obras cubriéndolas con un velo impenetrable y majestuoso...»; «Descripción de un ternero bicípite», *MP*, n.º 126, p. 189. En «Decadencia y restauración» apareció también el tema de la Naturaleza velada: «el velo sagrado que oculta a sus ojos (los del profesor) las leyes de la economía animal» (*MP*, n.º 219, p. 92). Un tema que, por lo demás, es muy común en los escritos de los filósofos del xviii, v. g., en Voltaire y Montesquieu.

cipales de la filosofía renacentista de la naturaleza, con la posición de un macroorganismo universal y de un principio inmanente y divino. No se trata aquí necesariamente de la coincidencia en puntos de vista teóricos ni la transmisión formal de ellos, sino quizá de un simple arribo a reacciones semejantes, que son más bien emotivas, de vivencia. Es que, olvidando el pensador las posibles implicaciones confesionales de los conceptos, da expresión en dichos pasajes al sentimiento de la realidad natural vivida en primera persona, un sentimiento que anticipa el irracionalismo romántico y que se eslabona entre la tradición caudal de la cultura clásica reactualizada por el humanismo del Renacimiento y el curso posterior del pensamiento europeo. Es en este contexto que cobra su sentido pleno la noción de autocracia de la naturaleza que, en una dirección práctica, es francamente acentuada en las *Observaciones*,²¹ autocracia que está en íntima relación con el más decisivo significado de autocreación de la naturaleza cuyo uso ejemplifica el texto siguiente, en el cual —refiriéndose Unanue a las edades en que la Tierra no estaba aún habitada— dice:

Solo aparece la Naturaleza rodeada de un silencio misterioso. Su mano poderosa va a dar la última perfección al Globo, y sostener su equilibrio fabricando dos mundos distintos en un solo continente. Parece que después de haberse ejercitado en los abrasados arenales del África, en los frondosos y fragantes bosques del Asia, en los climas templados y fríos de la Europa, se esfuerza a reunir en el Perú cuantas producciones había esparcido en aquellas tres partes... ¡Oh!, y quién tuviera el pincel *divino* y enérgico de la Naturaleza para dar a sus retratos los coloridos y golpes inimitables con que ella ha hermoñado el original.²²

Se insinúa aquí, como otro paso más en el desarrollo de los motivos de la conciencia moderna que sorprendemos en Unanue, el impulso hacia la entronización de una manera de culto a la naturaleza como realidad fundamental que si no aspira expresamente a substituir la religión tradicional, sí reafirma la contracción fervorosa y esperanzada del espíritu nuevo a los límites mundanos, límites de una realidad que no se ve ya como lo negativo y defectuoso, sino que entraña valores de la más alta jerarquía. En la ciencia del siglo XVIII esta actitud, que contribuye a afirmar tanto el saber exacto como el acucioso y paciente trabajo del naturalista, encontró un símbolo en el nombre de Linneo, a quien se reconoce como el más inspirado intérprete de la naturaleza, de esa vida universal que se renueva en periódicos ciclos de recreación y muerte, siguiendo

²¹ El capítulo I de la sección IV del libro tiene por título «De la autoeracia o poder que la naturaleza sostenida por la dieta tiene en la curación de las enfermedades», p. 180.

²² «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 105, p. 11 (las cursivas son nuestras).

paralelo proceso al de la vida orgánica, sometida al influjo de las estaciones. Unanue, contagiado del entusiasmo hacia esta animación cósmica, ha relatado en un fragmento lleno de resonancias religiosas, cómo «A ejemplo de los pueblos antiguos, cuando vuelve la estación florida, los linneanos van anualmente, el 24 de mayo, al seno de la naturaleza, regenerada bajo la bóveda sagrada de las florestas, a celebrar el aniversario al gran Linneo».²³

Pero esta actitud, además de denotar una suerte de acercamiento místico con la naturaleza, aparece como la condición que hace posible el sostenido y diversificado interés por la experiencia sensible, que ha dado nacimiento a la ciencia natural, llevando adelante su pasmoso desarrollo moderno. Porque, según ha mostrado certeramente Collingwood, la concepción de la naturaleza como autocreadora y divina indujo

[...] a mirar a los fenómenos naturales con ojos respetuosos, atentos y observadores; es decir, que condujo a un hábito de observación detallada y exacta, basado en el postulado de que todo en la naturaleza, no importa cuán pequeño o accidental en apariencia se halla imbuido de racionalidad y es, por consiguiente, significativo y valioso. La tradición aristotélica, que consideraba la naturaleza como la imitación material de un modelo inmaterial trascendente, implicaba que algunas cosas de la naturaleza eran accidentales [...] y hasta que no fue barrida la cosmología aristotélica, los científicos no pudieron empezar a tomar en serio a la naturaleza, y a tratar, como si dijéramos, la más insignificante palabra suya como digna de atención y respeto.²⁴

La actitud plena de unción hacia la naturaleza podía retraer así a Unanue, como a los modernos, a la observación puntual de los hechos. Su punto de llegada era, pues, la ciencia, aunque ésta también abría el acceso a la contemplación de la realidad natural. La ciencia, sin embargo, estaba más ligada con otra suerte de concepción de la naturaleza, al que el momento del aprovechamiento práctico de las relaciones reales no era extraño: la idea de la naturaleza como orden legal.

6. La naturaleza como orden fenoménico

Junto a la idea de la naturaleza como potencia creadora, encuentra lugar también en las menciones de Unanue la de la naturaleza como un conjunto de relaciones sometidas a una legalidad estricta. Este orden, que es por lo pronto mecánico, se ejerce en los objetos y en los cambios; los

²³ «Las fiestas linneanas», *Obras*, t. II, p. 397.

²⁴ *Idea de la naturaleza*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 117-118. Sin embargo, Aristóteles mismo no ha dejado de llamar la atención sobre la importancia de la menuda observación natural.

primeros ofrecen una constitución sometida a reglas que se aplican no sólo al mundo inorgánico, sino al orgánico animal y humano y al de la vida social. Los segundos son concebidos en todos los sectores de la naturaleza como una secuencia de hechos sujetos a leyes determinadas, cuando no a formulación cuantitativa.²⁵ La existencia de este orden legal hace posible la manipulación inteligente del mundo físico y la dirección del desarrollo de las comunidades, el dominio de los instrumentos y la conservación de la vida humana, y sitúa hasta cierto punto en un mismo plano las varias ciencias y técnicas naturales y sociales. «¿Quién será, pues — se pregunta Unanue —, el que cure al cuerpo humano sin el conocimiento de la Anatomía, si ella es la aurora que guía al entendimiento en este animado caos...? ¿Si es la luz brillante que le indica la situación, naturaleza, afecciones, leyes y comercio de sus partes en el estado de salud, las causas que las alteran, los movimientos extraordinarios que las perturban en las enfermedades...?»²⁶

Dentro del campo de los conocimientos, la atención a este orden permite por lo pronto poner en parejo nivel la práctica médica con otras manifestaciones del saber humano: «Si el navegante que se arroja a surcar el Océano, sin conocimiento de la brújula, los vientos ni las costas, es el autor del naufragio que no se evitó por su incapacidad; si el general que expuso por su impericia las fuerzas del Estado es la causa de sus derrotas y pérdidas, ¿con cuánta mayor razón lo será de las que sufren los pueblos invadidos de las enfermedades, la mano temeraria, por cuya ignorancia, o cedió la Naturaleza al accidente, o éste se agravó e hizo mortal, o resultó otro nuevo y más violento?»²⁷ Si esto es así para este grupo de conocimientos científicos, la conceptualización se extiende, con más justeza aún, al de las ciencias físico-matemáticas, en las que la legalidad natural se expresa en términos cuantitativos y la realidad estudiada se reduce a un conglomerado de partículas sujetas a movimientos relativos. En la física, pues, como en la anatomía, en la política o en la medicina, lo determinante es la concepción de un mundo mecánico, caso particular, aunque muy

²⁵ La idea de una organización legal mecánica del mundo físico, se hace patente aquí y allá; así v. g. en el siguiente pasaje de «Geografía física del Perú» (MP, n.º 106, pp. 23-24): «(El globo terráqueo) según las observaciones de la Astronomía, y demostraciones de la Física no reposa en el centro del universo; él gira sobre su eje de Occidente a Oriente, y con una segunda revolución recorre sucesivamente todos los signos del Zodíaco. Mediante el primer movimiento nos coloca en los crepúsculos de la mañana, bajo la luz del mediodía, en los confines de la noche, y nos sepulta en sus sombras... Semejantes mutaciones que asombran verdaderamente al contemplarlas como dependientes del movimiento de la Tierra no podrían ejecutarse sin un exacto equilibrio, sin que el hemisferio austral contrabalancease al boreal. Debiendo el todo estar sujeto a las leyes que rigen a sus partes...».

²⁶ «Decadencia y restauración del Perú...», MP, n.º 221, pp. 212-213.

²⁷ *Op. cit.*, MP, n.º 219, p. 93.

significativo por las condiciones de su anterior tratamiento en la tradición helénico-medieval, el cuerpo humano, concebido como máquina viviente.²⁸ Esto significa que hay un fuerte impulso en la obra de Unanue a explicar la economía del organismo animal mediante relaciones mecánicas, relaciones de orden causal que se establecen entre elementos simples o aquellas estructuras más diversificadas que constituyen los órganos, en una dirección que entronca con el atomismo de la moderna ciencia natural, por una parte, y con su repercusión biológica representada por los intentos mecanicistas de Sertorio, Descartes y de Harvey, por ejemplo, o de los iatrofísicos.²⁹ No es otro el sentido que revela un texto como el siguiente, en que la idea del mecanismo es algo más que un símil libremente aplicado: «En él (cadáver) se conoce cuál es el enlace y los oficios

²⁸ *Op. cit.*, MP, n.º 220, p. 100.

²⁹ El propio Unanue, quien cita a Borelli, uno de los principales iatrofísicos, nos revela esta conexión, cuando exalta la importancia de Harvey al hacer la historia de los progresos de la medicina en la Edad Moderna: «Pero cómo podrá olvidar (la humanidad) al inmortal Harvey de cuyas manos nació la claridad que ha disipado las antiguas tinieblas de la Medicina... el invento de la circulación de la sangre manifestó a los Médicos, los riesgos a que los llevaba su extraviada Filosofía, les mostró el verdadero camino de la economía animal y los condujo hasta los más recónditos misterios de la vida del hombre sano y enfermo. Estableciendo el verdadero principio de ella, hizo ver sus causas, notar sus desórdenes, y aplicar con seguridad los remedios. ¡Feliz descubrimiento que desterró las quimeras de la Medicina antigua, fijó la época de la moderna...»; «Decadencia y restauración...», MP, n.º 222, p. 121. En relación con las ideas atomistas pueden citarse también textos de Unanue, que señalan una posible aceptación o, por lo menos, un conocimiento de la doctrina. Ellas fueron no poco difundidas y aceptadas por los científicos de los siglos XVII y XVIII, y se hallan estrechamente ligadas, por una parte, con la concepción mecánica de la naturaleza y, por otra, con ciertos descubrimientos relativos a la biología, como el de los espermatozoides, logrado gracias al uso del microscopio: «En algunos aspectos importantes el análisis microscópico de los tejidos de los animales, dice Singer, ayudó a la concepción del cuerpo vivo como mecanismo. Harvey había demostrado que la sangre al circular, va de las arterias a las venas. Las vías de comunicación entre unas y otras le eran desconocidas. Malpighi y Leeuwenhoek —a quienes, por lo demás, cita Unanue— hicieron ver que eran los «vasos capilares». Ellos también descubrieron los corpúsculos de la sangre, las funciones secretorias de las «glándulas» y la índole fibrilar de los músculos, ayudando así a completar los pormenores de la máquina animal» (*Historia de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 265). En «Decadencia y restauración» habla Unanue de la célula genésica como de «un átomo, en quien el dedo de Dios gravó (sic) la efígie del hombre» (MP, n.º 221, p. 112), texto que recuerda las ideas aventuradas que se forjaron, basándose en supuestas observaciones microscópicas, acerca de la estructura del espermatozoide en el siglo XVII (Cf. Singer, *op. cit.*, p. 266) así como también a los precursores dieciochescos de las ideas micromeristas, tales como Maupertais y Buffon. Cf. Lean Rostand, «Esquisse d'une histoire de l'atomisme en biologie», *Revue d'Histoire des Sciences et de leurs applications*, t. II, n.º 3, p. 242 y ss. En física y química, hay igualmente párrafos que contienen una referencia a la estructura atómica, otras en que se traduce una franca aceptación de las modernas concepciones, como sucede con la moderna química de los elementos; Cf., v. g. «Elogio de don José Urrutia y las Casas», *Obras*, t. II, p. 315; y «Copia de una carta», MP, n.º 24, p. 228. Recordemos, además, que el *Mercurio* divulgó las doctrinas químicas de Lavoisier.

de los distintos órganos que componen esa máquina singular, la primera entre las obras de la Divinidad; en qué consiste la mutua dependencia con que se auxilian, o dañan unas a otras: cuáles son las verdaderas causas que fomentan o destruyen su armonía, y cuál es el modo de restaurarla»,³⁰ texto que se aclara a la luz de la afirmación, hecha en otro lugar, de que las transformaciones corporales dependen de impresiones puramente mecánicas.³¹ Como este encadenamiento remite a la más amplia conexión del cuerpo con su medio, el cual, a su vez, está en relación sin lagunas con la más vasta unidad del universo, el cuerpo humano se contempla inmerso en la vida universal, en un sentido legal único, que es un ángulo bien distinto del de la inmersión en la vida biológica del cosmos a que conduce la contemplación religiosa de la naturaleza y la que representa en la tradición científica la medicina hipocrática, en cuya línea hemos de ver situado buena parte del contenido de la principal obra de Unanue: las *Observaciones sobre el clima de Lima*. Aquí, por lo pronto, la trama causal es la que decide la marcha de las funciones corporales y la que engarza en el funcionamiento de la maquinaria universal el desenvolvimiento del organismo, someténdolo a un complejo de mutaciones, que es imposible prever y controlar, si no se atiende a la marcha de aquélla: «En continuo choque las partes que componen el edificio de nuestra mortalidad, sometidas a la acción de los elementos que las vivifican, es imposible precaver las consecuencias del movimiento, y evitar los debates y alteraciones de los cuerpos que nos rodean. Están éstas tan íntimamente conexas con el sistema del universo, y nuestras mismas costumbres concurren a promoverlas. Así es preciso que por momentos se desarreglen las funciones del cuerpo humano y nazcan en él las enfermedades, preludios del sepulcro».³²

Decir que la naturaleza se estructura según un patrón mecánico equivale a la afirmación de un orden fenoménico que no admite el azar en su trama, al orden de los hechos eslabonados según rigurosos vínculos de causalidad y susceptibles de una determinación rigurosa también. Pero el espectáculo de este orden real remite al filósofo de la naturaleza que lo contempla a la idea de la armonía del mundo, de la simetría y la coherencia en sus construcciones parciales que conspiran a una unidad final.³³ Por intermedio de la afirmada sujeción de los fenómenos al orden legal cósmico, adquieren carta de ciudadanía entonces en el

³⁰ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 110.

³¹ «Metamorfosis humanas», *MP*, n.º 55, p. 196.

³² «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 92.

³³ «En los gigantes así como en los enanos, no se ha de buscar aquella sabia y hermosa simetría que sigue la naturaleza en el resto de los hombres»; «Descripción del gigante que acaba de ser conducido a esta ciudad de la de Ica», *MP*, n.º 138, p. 296. Nota 1 de la p. 294: «[E]l Criador Soberano, que por la armonía y magnificencia de sus obras indica haber

pensar natural valores como los de sabiduría y belleza, referidos a la realidad del mundo.³⁴ Reparemos, sin embargo, en que si ellos no contradicen el sentido de la concepción mecánica, es evidente que, cuando menos, llevan a la posición de una instancia complementaria, no mecánica, con respecto al ser de la naturaleza: de *lo ordenado*, de la *construcción armoniosa* al ordenador. Se hace presente, así, una dualidad bien característica del pensamiento de los contemporáneos de Unanue, la de los momentos mecánico-causales y de los momentos teleológicos que se entrecruzan en la aprehensión de la realidad natural, dualidad que significa la interpretación del ordenamiento natural en otros términos. Es que junto a una reiterada alusión a la legalidad natural, al imperio de ordenaciones universales, al uso efectivo en el trabajo científico de las conexiones causales y la invitación presente o tácita de explicar los efectos según los principios de donde emanan,³⁵ encontramos también en la obra de Unanue una clara actitud finalista. Finalismo que ora se insinúa en giros o expresiones secundarias y que no remite directamente a una entidad canalizadora del proceso natural o a un único fin final, tal es el caso del tratamiento del tema de los movimientos sísmicos que, dice Unanue, «No están... *destinados* únicamente a la desolación del globo; prescindiendo de los bienes que suelen procurar en todas partes, ordenan en Lima la constitución del tiempo»,³⁶ o el de la humedad de la tierra que «es evaporada *para* que no se pudran los pastos»;³⁷ ora se manifiesta francamente en la referencia a un ordenador supremo de los procesos naturales y a un ente que se presenta como fin específico y supremo de ellos. «La Divina Providencia, que ha proporcionado a sus criaturas racionales en todas las partes del globo los medios para subsistir y cumplir los trabajos a que los destinaba, dio al indio habitante de los Andes un don precioso en los pacos».³⁸ Una orientación inteligente de la secuencia fenoménica y su instancia privilegiada surgen de la trama del mundo. El hombre es el punto culminante de la realidad natural, hacia

querido borrar de nuestra mente la idea de acaso (sic)»; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 93. En el mismo discurso habla Unanue de la estructura y leyes del cuerpo, que «mantienen o han perdido su natural armonía»; *MP*, N.º 220, p. 100.

³⁴ Cf. la primera cita de la nota anterior.

³⁵ «Compendio estadístico del virreinato del Perú a fines del siglo XVIII», *Obras*, t. II, p. 358. El uso de las conexiones causales, especialmente referidas al estudio del cuerpo humano, puede documentarse en «Descripción de unas termas», *MP*, n.º 34, p. 311; «Metamorfosis humanas», *MP*, n.º 55, p. 196; «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 96; «Discurso para el establecimiento de unas conferencias clínicas», *MP*, n.º 371, pp. 198-201; y, *Observaciones*, pp. 181-183.

³⁶ *Observaciones*, p. 43 (las cursivas son nuestras).

³⁷ *Ibid.*, p. 21. En la «Noticia de los trajes» (*MP*, n.º 79, p. 87, nota 31) dice que en los usos militares se fuerza al hierro y al fuego a que «sirvan contra sus *destinos*» (las cursivas son nuestras).

³⁸ *Observaciones*, p. 62.

cuya conservación y prosperidad convergen todos los demás objetos, que para ello están ordenados *ab initio* teleológicamente en el sentido del finalismo relativo de Kant: «Todos los vegetales, desde el humilde musgo hasta el coposo y soberbio cedro, están destinados al servicio del Hombre Monarca de la Naturaleza. Los unos lo sustentan, los otros lo visten; otros reparan su salud, y todos juntos elevan su espíritu a rendir el homenaje de gratitud y sumisión debido al Autor Supremo que viste de pompa y fragancia las campiñas».³⁹ Lo que se opone de este modo a la concepción de un mecanismo natural nudo no es, pues, la idea de un finalismo inmanente, sino la de una ordenación télica de la serie de los entes naturales que pedía la afirmación de un plan del mundo y de una instancia planeadora, providente. A la Providencia hemos de referir también la interna constitución armoniosa de cada ente orgánico (en el sentido, pues, del finalismo interior de Kant) y en especial del cuerpo humano, así como su ajuste con el ambiente que lo rodea y la adecuada convergencia de las condiciones que en ese ambiente ayudan a la humanidad a sobrevivir y a prosperar, y en las situaciones más concretas: «Ni podemos menos de agradecer a la mano liberal y cuidadosa de la Providencia —dice Unanue en las *Observaciones* a propósito de las fiebres palúdicas— que, para impedir la despoblación de estos países, colócase el remedio al frente del mal, con tal exactitud, que a la misma línea que siguen las tercianas invadiendo las provincias del bajo Perú, camina otra paralela por los Andes productiva de las cascarillas».⁴⁰

¿Pero se ve el mecanismo como una instancia aislada y contraria al orden teleológico dentro de este cuadro de la existencia natural? No parece sostenible ello, porque la remisión al poder ordenador divino sirve como medio conciliador entre el determinismo causal y la ordenación télica, toda vez que la estructura mecánica es algo así como el instrumento que utiliza la Providencia para establecer el orden en el mundo y este orden no es indiferente a ciertos resultados, a la consumación de un fin que todo indica ser el de la plenitud de la existencia humana: «¿Por ventura —se pregunta Unanue— el Creador Soberano, que por la armonía y magnificencia de sus obras, indica haber querido borrar de nuestra mente la idea del acaso, había de someter al imperio de éste la conservación y restauración del cuerpo del hombre, en cuya arquitectura parece que agotó su infinita sabiduría?».⁴¹ La instancia de la rigurosa determi-

³⁹ «Introducción a la descripción de las plantas del Perú», *MP*, n.º 44, p. 77. La expresión «Rey de la Naturaleza» está presente también en «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 92. Y la orientación final, referida, expresa o tácitamente, al hombre, se transparenta asimismo en aquellos textos que hemos usado al hablar de la concepción de la naturaleza como madre benéfica, etc. Ver supra, nota 16.

⁴⁰ *Observaciones*, pp. 254-255.

⁴¹ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 93.

nación se une claramente, pues, a la de la ordenación inteligente y a la consumación de un fin; y si el hombre, el ente guía del proceso natural, al ser puesto dentro del juego de las relaciones causales queda librado a los efectos de éstas, que pueden, en principio, atentar contra su integridad, la mano directora de la Providencia encamina la conexión de los hechos en el sentido de la protección y de su prosperidad: «Su infinita liberalidad ha enriquecido los dos emisferios (sic) de la Tierra para bien del hombre, de suerte que si todo conspira a destruirlo, todo también conspira a sostener al Rey de la Naturaleza».⁴²

No hemos de encerrar críticamente este cuadro mental que conduce a aporías insalvables, que ya fueron notadas agudamente por Kant en las postrimerías del propio siglo XVIII. Señalaremos únicamente que, dentro del pensamiento de Unanue, la relación entre mecanicismo y finalismo, que son mirados a la postre como ingredientes de una misma estructura, no puede menos que remitir a otros conceptos. Si la trama causal y final de la naturaleza conspira al bienestar del hombre, la filosofía natural debe ser completada por una filosofía de la historia, es decir, por una meditación del proceso de la vida humana sobre la Tierra. Y si la ordenación de los nexos causales es una ordenación inteligente, la naturaleza que consiste en esos nexos exige ser fundada en un ser supranatural de modo que la naturaleza como orden debe remitir a la naturaleza como obra divina.

7. La naturaleza como obra divina

Los diversos enfoques de la naturaleza, considerados en lo anterior, convergen implícita o tácitamente en un desplazamiento de la instancia fundamental del conocimiento desde la naturaleza como entidad autónoma a un poder creador y ordenador que la trasciende. La naturaleza como esencia, la naturaleza previa al arte y *real*, y la naturaleza como unidad del mundo no repugnan este tránsito y hasta lo preparan. Por otra parte, si hemos visto a Unanue afirmar una suerte de capacidad creadora en la naturaleza (ver supra 5), que en ciertos contextos llevaba a una cierta denotación de *su* divinidad, ocasiones muy frecuentes hay (y en conexión con la presentación de la naturaleza como orden fenoménico) en que se expresa claramente la separación entre las instancias fundadora y fundada, entre la unidad del mundo y la trama de los hechos como entes creados y el ser supremo como creador y providente, y la correlativa de las ideas de la naturaleza como ente autónomo y ente fundado. Incluso es frecuente encontrar el paso de un tipo de conceptualización a otro en el transcurso de las líneas de un párrafo:

⁴² *Ibid.*, p. 92.

Hasta aquí —dice Unanue estudiando los Andes peruanos— hemos dibujado el templo que sobre dos Mundos *se ha edificado en la Naturaleza* en la parte que ha podido examinar la mano o registrar la vista. Sumergidos los capiteles de sus soberbias columnas en la región de las nubes, no alcanza el pincel a copiarlos. Se dice que la *gloria* ha colocado sobre ellos su solio, afianzándolo en pedestales de cristal que rechazando en toda dirección la luz representan en el éter las fuentes y jardines de Eliseo vistos a través del prisma.⁴³

Pese a los matices perceptibles en la expresión como el del uso del impersonal en la segunda parte del párrafo, el texto ofrece una reveladora secuencia de un tipo de aserto de filiación hasta cierto punto inmanentista (en el que es momento central la alusión a una capacidad creadora de la naturaleza) y otro en que es notoria la tesis trascendente e incluso no recata la coincidencia con las opiniones más extendidas, toda vez que no puede sorprenderse señales de una actitud crítica frente a los contenidos expresos. El contenido general de la obra de Unanue parece corresponder a este proceder. Las posibles insinuaciones de una posición inmanentista se ven en ella opacadas por la afirmación de puntos de vista centrados en la postulación de un Dios creador, trascendente al mundo. Ahora bien, el paso a la fundamentación trascendente de la naturaleza era promovido en un espíritu abocado al conocimiento empírico de la realidad desde varios ángulos. La impresión deslumbrante del universo, que la ciencia natural moderna había puesto de manifiesto, llevaba, en un proceso mental no distante del advenimiento del creyente a su fe y de la gozosa contemplación del artista, a la idea del arquitecto de esa perfecta construcción cósmica. Era este el punto de partida de la religiosidad atemperada del deísta, tal como Voltaire la expresa: «yo me he confirmado en la idea de que no puede existir sino un solo motor, desde que he dirigido la atención a las leyes constantes y uniformes de la naturaleza».⁴⁴ Esta impresión y sus efectos ocurrían en Unanue en primer lugar frente a la naturaleza imponente por su vastedad e imperio: «Pero debo declarar que esas grandes convulsiones del globo, en que me he considerado un átomo vagando en la inmensidad de la naturaleza, un fuerte sentimiento religioso me levantaba siempre hacia Dios; y experimentaba siempre no sé qué aliento de seguridad y de grandeza. Mi alma, lejos de abatirse, cobraba nuevo vigor».⁴⁵ Pero también en percepción de la ajustada marcha de los fenómenos, de su estructura obediente a la regulación ideal: «Solo el equilibrio establecido y mantenido por

⁴³ «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 106, p. 21.

⁴⁴ *Hay que decidirse*, p. 129.

⁴⁵ Fragmento «Mi retiro», *Obras*, t. II, p. 400. Cf., igualmente, «Geografía física del Perú» (*MP*, n.º 106, p. 26), donde Unanue dice que los resultados del examen de la geografía

aquel Ser Soberano que creó las cosas arregladas a número, peso y medida, sostiene su correspondencia y armonía. Semejante aserción deducida del centro de la Física y de la Astronomía parece que está libre de toda duda; ella debe ser la que arregle nuestros discursos y que dé tono a todas nuestras especulaciones».⁴⁶

Por otra parte, llevaba a la idea de la divinidad fundadora una aporía que, recogida por la filosofía moderna en sus desarrollos más originales (v. g., en Leibniz y Hume), provenía de la esfera del conocimiento natural. Porque si el establecimiento de un saber riguroso, como el que vio edificarse por sus esfuerzos el hombre europeo desde el Renacimiento, afincaba en la reconocida legalidad de la naturaleza y en la aptitud de esta trama regular para explicar los fenómenos de la experiencia, pronto hubo de percatarse el científico y el filósofo cuyo trabajo, rotas las amarras del ligamen con lo trascendente, quedaba librado al sostén de la mera secuencia empírica de los datos, cuya única garantía parecía ser la de un comportamiento uniforme de la naturaleza, un supuesto cuya validez nada fundaba a no ser un recurso circular a simple secuencia, es decir, en última instancia, a la evidencia psicológica de una estabilidad de las impresiones. Esta constatación sirvió de base a la crítica filosófica del alcance del conocimiento científico, tal como la desarrolló, por ejemplo, Hume, y también dejó su huella en la reflexión que sobre los fundamentos de la ciencia nació en el propio círculo de los investigadores científicos, ejemplarmente en la escuela holandesa de Huygens y Gravesande,⁴⁷ cuyos resultados pudieron conocerse en América a través de la divulgación de Musschenbroek, discípulo del último.⁴⁸ Esta reflexión llevaba de vuelta del movimiento independizador del saber natural (del saber humano, en general) a un reanclaje en la divinidad. Y no sólo eran las consideraciones teóricas las que hacían reconocer en la divinidad un fundamento radical del saber, sino otras de carácter ético, pues a la divinidad se le pensaba como garantizadora de la estabilidad de un mundo encaminado a realizar el bien y, además, la idea de Dios, como es el caso de Descartes, excluía la posibilidad de un vicio radical del instrumento cognoscitivo, de esa obra suya que hacía patente el orden legal de la naturaleza. En Unanue esta vinculación a la divinidad se presenta claramente en la suposición de un designio divino patente en el seno de la

nacional tocan el corazón del filósofo peruano «con los rayos de la Divinidad, y lo elevan hasta su excelso solio».

⁴⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁴⁷ Cf. Cassirer, *op. cit.*, pp. 68-71.

⁴⁸ Cf. «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 197. Unanue nos dice allí, al comentar la transformación operada de los intereses científicos, que «dos lugares que poseían los comentarios sobre el ente de razón, apetitos de la materia, etc., son ocupados por los Musschenbroek, Jacquier y Paras...».

trama causal misma, y que la libra del azar y determina el armonioso ajuste de los hechos. Según ello, los entes reales — ejemplarmente el organismo humano — están sustentados en la infinitud del entendimiento divino y, por ende, garantizados en su consistencia ontológica.⁴⁹

Opera aquí un tipo de evidencias que fueron precisamente las que llevaron el pensamiento de los siglos xvii y xviii a la fundación de la Teodicea, las cuales penden de la idea de la bondad divina.⁵⁰ En relación con ellas, el centro de la doctrina del Arquitecto divino se desplazó hacia la noción de Dios como Providencia, que proyecta y ejecuta la obra del mundo atento al beneficio de sus resultados⁵¹ y no de una bondad neutra y diferente a la existencia humana, sino de una bondad que se cura de la prosperidad humana terrenal, previa a la bienaventuranza trascendental: «Pero por un beneficio singular de la adorable Providencia, en nuestras manos están los recursos, si no para evitar el supremo día para que nacimos, al menos para alejarlo, entre tanto que la generación creciente pueda reemplazar con ventaja el lugar de la que fenecer». ⁵² Para Unanue, si en el mundo todo conspira a destruirlo, gracias a la protección divina todo conspira también a sostenerlo.⁵³

Clara es aquí la resonancia de la argumentación que se adujo en la polémica ilustrada alrededor de la idea del mejor de los mundos posibles. Y en los recodos del alegato personal que nuestro autor esboza en varios lugares de su obra, se hace patente, también, el efecto de la tremenda fuerza probatoria que contra la tesis optimista tenía la simple constatación de la existencia del mal en la naturaleza. El mal se hace presente ora en el desvío del curso normal de los fenómenos, ora en el accidente y en el ciego impulso que por doquiera parece desplegarse y que respeta tan poco los designios humanos como el del moral deja a un lado los más altos fines de la existencia. Una experiencia frente a la otra obliga a recurrir a una variante de la ordenación de la naturaleza según fines, la idea de un plan inescrutable del entendimiento ordenador que hace

⁴⁹ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 93. Ver, asimismo, «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 106, p. 22.

⁵⁰ Anotaremos, con la idea de poner de relieve cómo las mismas motivaciones de la Teodicea surgían de los más varios sectores, que los desarrollos de esta problemática encaminados en la dirección del optimismo filosófico y religioso preocuparon a los círculos científicos, incluso a los médicos, tal como lo patentizan los pensadores de la citada escuela holandesa y Albrecht von Haller, una de las autoridades de Unanue. Este último escribió en 1734 un poema en el que abordaba los temas del optimismo y la Teodicea, cuyo título es: *Über den Ursprung des Übels*. Cf. Hazard, *op. cit.*, p. 305.

⁵¹ *Observaciones*. Cf., pp. 16 y 254. Providencia cuyos bondadosos efectos se ejercen no sólo por medio de las conexiones regulares establecidas ab initio en la naturaleza, sino que, en consonancia con los más notorios motivos cristianos, interviene en el curso de ésta y admite los efectos modificadores de la plegaria. Ver *ibid.*, p. 44.

⁵² «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 92.

⁵³ *Ibid.*, p. 92.

pendant con la afirmada limitación del entendimiento humano, limitación que se patentiza ya frente a la realidad fenoménica,⁵⁴ y que debe ser más aguda en relación con los designios divinos. Ellos encaminan a la naturaleza hacia un fin de bondad, y si no captamos este sentido del mundo en la primera consideración, es porque, como dice Unanue, él está arreglado no a «las miserables ideas de los hombres, sino a los planes infinitamente sabios del Criador».⁵⁵ La finalidad de la naturaleza, que se trama con su ordenación mecánica, resulta a la postre realizadora de bondad. Es lo que había expresado en poesía unas décadas antes y para uso del optimismo dieciochesco el *Essay on man* de Pope: «All nature is but Art, unknow to thee; All chance, directions, which thou canst not see; All discord, harmony not understood; All partial evil, universal Good; And, spite of Pride, in erring Reason's spite. One truth is clear: whatever is, is right».⁵⁶

Hemos dicho que mecanismo y finalismo se unían en la conceptualización de Unanue. La presencia de una ordenación final de los entes reales, considerada en sí, era pues otra vía de acceso, la más poderosa, al ser sobrenatural y nuevo motivo de mediatización de la naturaleza. Etroncando con la tradición teológica occidental, una de cuyas principales pruebas racionales de la existencia de Dios es, como se sabe, la llamada físico-teológica o teleológica, a los asertos de Unanue fundados en la regularidad de los cambios y sus relaciones mecánicas, que mostraba una faz decisiva de la idea de orden cósmico, se agrega aquí y allá el uso de conceptos como los de plan, auxilio, economía divina, etc., reafirmadores del vínculo con lo trascendente. El sistema de los fines del mundo, fundado en Dios, se echa de ver tanto en los sucesos cotidianos y en los objetos comunes de la realidad en torno como en las experiencias más insólitas; en sucesos que a primera vista parecen inexplicables y no como reflejos de un orden inteligente, sino, antes bien, trasgresiones de él: «Las ruinas del planeta que habitamos deben producir en nuestro corazón la misma complacencia que sus reparaciones; pues la economía Divina que nada ejecuta en vano, destruyendo este cerro encamina las aguas que fecundan los campos, mejora los climas; y conmoviendo los fundamentos más sólidos del Universo nos intima su poder, y varía la haz de la tierra cansada ya de alimentarnos».⁵⁷ Al lado de estos fenómenos, que generan en nosotros esos «sentimientos que no sumergen en el seno de la Omnipotencia»,⁵⁸ es la naturaleza animada, la humana en

⁵⁴ «Geografía física del Perú», *MP*, n.º 106, p. 26, en que se reiteran puntos de vista presentes en otros textos citados.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁵⁶ Cit. según Hazard, *op. cit.*, p. 304.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁵⁸ *Ibid.*

primer término, la que mejor revela en el ámbito de la realidad empírica la obra rectora de Dios. En el hombre, piensa Unanue, la ciencia anatómica «conoce cuál es el enlace y oficios de los distintos órganos que componen esa máquina singular, la primera entre las obras de la Divinidad».⁵⁹ Al igual que el padre Feijóo, el más conspicuo de los ilustrados españoles, cuya reflexión era llevada de la maravilla de la naturaleza viva al ser inteligente que le hace posible.⁶⁰ Unanue reafirma frente al espectáculo de la vida orgánica que se quiere reducir, como lo exige la metodología científica, a patrones mecánicos, la idea de la fundación trascendente de la naturaleza y la necesidad de una causa inteligente primera. Es que nada en la simple secuencia de las causas puede explicar su convergencia hacia ciertos resultados, que ese comportamiento peculiar que hace cada uno desde su lugar propio coadyuve a la constitución y el desenvolvimiento de la unidad de la vida orgánica.

Mas si todas estas vías llevan a la divinidad y enlazan el mundo como ente creado con el creador que lo sostiene y lo guía, el proceso lógico que opera el tránsito de la inmanencia a la trascendencia es bien distinto del que encontramos en el pensar escolástico. En la concepción medieval, el anclaje del mundo en Dios es el resultado de un razonamiento explicativo que se orienta en dirección al mundo, partiendo de la divinidad. Es decir que, en el orden lógico, lo primero es la posición apriorística de la divinidad, de la eterna y necesaria razón divina, y lo concluido la regularidad, el orden y armonía del mundo: la naturaleza sometida a leyes. Por el contrario, el pensamiento moderno insiste más bien en los hechos empíricos, su punto de partida es la experiencia que lleva a la verificación de un orden natural. De la ordenación mecánica y télica de la naturaleza concluye la existencia de un artífice inteligente que la trasciende. En el siglo XVIII, este proceso se cumple en todos los órdenes del saber. Ellos llevan a Dios y lo ponen como momento cardinal en la consideración del mundo, pero siguiendo cada cual su propia vía lógica, como señala Cassirer: «No esperan su fundamento y legitimación del concepto de Dios, sino que, por el contrario, son ellos mismos los que, partiendo de su forma específica, conforman este concepto y lo codeterminan decididamente».⁶¹

A despecho de la cercanía de la creencia tradicional y de su auténtica actitud de creyente, Unanue encarna este tipo de pensar religioso que podemos llamar *naturalista*, porque se apoya en la presencia de la realidad natural y desde ella adviene al Ser Supremo. Era una posición que,

⁵⁹ «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 221, p. 110.

⁶⁰ Cf. *Cartas eruditas y curiosas*, carta xxv, p. 340 y ss.

⁶¹ *Op. cit.*, p. 157. Cf., asimismo, Óscar Becker, *La ciudad de Dios del siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 66-67.

además, coincidía con el modo de filosofar que él propugnaba, en el que debían de tramarse íntimamente el punto de partida empírico y los desarrollos racionales sujetos a la observación de las conexiones fenoménicas. Dios sale entonces de la naturaleza y el saber riguroso sustenta la evidencia de su primacía respecto de la naturaleza y del ser fundado de ésta. Y esta naturaleza, y *obra divina*, puede ofrecerse como culminación del pensar sobre la realidad.

II. LA NATURALEZA EN LA VIVENCIA Y EN LA TEORÍA

El examen anterior parece arrojar como resultado una dispersa idea de naturaleza. Frente a él, acaso se piense que la multiplicidad de los enfoques referidos al ser natural no satisfacen las exigencias del pensamiento sistemático y tampoco esa interna coherencia de lo vivido que demanda la actitud existencial del amator de la naturaleza. Esta posición es justificada en parte; es justificada en lo relativo a la unidad conceptual exigida por la teoría, como veremos. Importa, sin embargo, señalar que varias condiciones amenguan la dispersión o le quitan importancia. La primera es que, pese a las efectivas discordancias, puede descubrirse un sutil hilo lógico que encadena cada una de las instancias distinguidas tajantemente por nosotros en obsequio de la claridad del análisis. La segunda es que las discordancias subsistentes no son tales sino para una reflexión que se proyecta hacia los supuestos del trabajo científico y examina los ingredientes de la teoría que ha de dar la imagen de la realidad. Cuando esa actitud crítica no surge, tales momentos dispares no empañan el cuadro de una naturaleza asumida según medios y por facetas múltiples. Por último, condición de unidad es también la derivada del origen vivencial que ofrecen muchos de los asertos de Unanue. El punto de partida de motivos que surgen en los tratamientos parciales de la naturaleza y en las referencias ocasionales al mundo, es la reacción anímica, con su contenido primario de emotividad, frente a la naturaleza. Esa proyección se ofrece con una riqueza de motivos tal que, si las varias concepciones están determinadas por ella, se muestran, sin embargo, incapaces de recogerla enteramente cada una por su lado. La unidad de la naturaleza vivida rebasa la de la idea crítica, la de la teoría.

Veamos cómo se entrelazan mutuamente los distintos conceptos de naturaleza que hemos presentado. El uso de la idea de naturaleza como principio de diferenciación de los objetos puede mirarse como pervivencia del aristotélico de $\phi\upsilon\sigma\iota\varsigma$ dentro del repertorio ideológico de la ciencia natural moderna, especialmente de las ciencias descriptivas, en el sentido usado por nosotros hasta aquí. Unanue recibe de esta fuente tal acepción de naturaleza, pero también del sector del pensamiento tradicional. Pero el

sentido esencial de naturaleza se encuentra en él no menos vinculado con el uso común y vulgar del término, que por lo demás se ha prolongado hasta nuestros días y corre en las expresiones habituales. Este sentido, sin embargo, no deja de mostrar conexión con los otros del término naturaleza. Por lo pronto con el télico, que en la tradición aristotélico-escolástica y también modernamente se ha mantenido en la vecindad del que alude al constituyente esencial de los entes. Lo mismo ocurre con el sentido quinto, el de impulso creador, de la naturaleza como fuente de energía cósmica, que puede interpretarse como una agudización y extensión de la entelequia aristotélica, en más de un respecto. Pero también el sentido mecánico de naturaleza que significa la respuesta moderna a la pregunta por el ser del ente real, una respuesta que lo concibe en los términos de materia, movimiento, y de cambios sometidos a relaciones de causalidad. Aunque alejada la nueva filosofía de la problemática de las formas substanciales, el qué de la naturaleza no podía menos que pensarse en el sentido de *su* esencia, bien que ya no en el de la variedad y sistema de sustancias particulares. Por lo demás, la unión con el sentido de naturaleza como obra divina no es problema en este ámbito. El sentido de naturaleza como la unidad del mundo no repugnaba tampoco su enlace con el primero, en la dirección apuntada y en sus varios momentos, pues el comprensivo o intensivo que mentaba a la naturaleza como una unidad real, dejaba indeterminado hasta cierto punto su contenido, y el extensivo se seguía lógicamente del primero. De igual manera, por sí mismo tampoco repugnaba la vinculación con los demás conceptos. Cosa análoga podemos decir de los sentidos 2 y 3, que en cuanto a negativos (la oposición de lo natural al arte y a la especulación) son indiferentes también hacia el contenido de la idea de la naturaleza y propiciaban su conexión con los conceptos determinadores, es decir, con 1, 5, 6 y 7.

Los problemas más agudos en este respecto los presenta la unificación o conciliación de los conceptos de naturaleza, por un lado, como autocreadora y divina y como ser fundado en una instancia trascendente y, por otro, como orden mecánico y final. Sin embargo, no pueden presentarse como instancias antagónicas en el pensamiento de Unanue, ya tan sólo siquiera por el hecho de que ellos no son precisamente distinguidos en empleo teórico. La naturaleza creadora y la naturaleza obra divina conforman un par de conceptos que pueden interpretarse como matices lógicos de un mismo asentamiento de la existencia natural en un fundamento sobrenatural, vista ora desde el mundo, ora desde el poder trascendente. Buena muestra de ello nos lo da el párrafo del artículo «Geografía física del Perú», antes citado (ver *supra* 7), en que a un sentido de creación por parte de la naturaleza se sobrepone el de mediación del operar natural entre Dios y ciertos efectos perseguidos por él. Por lo

demás, la tradición del pensamiento moderno no era extraña a la vinculación de ambos conceptos. El paso de la filosofía natural del Medioevo a la del Renacimiento está señalado por la adscripción de una suerte de poder creador a la naturaleza, adscripción que llevaba aneja una a manera de divinización de ella. Era tendencia y principio de esta filosofía, anota Cassirer, «que el verdadero ser de la naturaleza no se encuentra en el círculo de lo *creado* sino en el de la *creación*. La naturaleza es algo más que una criatura, participa en el ser divino, originario, pues en ella vive la fuerza de la acción divina».⁶² En virtud de esta participación, cada uno de los entes de la realidad gana un ser firme y la ley que lo rige viene a pertenecerle, ahora de un modo definido y genuino, *por naturaleza*. La legalidad natural, cuya busca en el sentido de la matematización llevaron adelante Kepler y Galileo, se siente así trasunto de la divinidad, como una especial implicación de Dios en la realidad que asegura su consistencia ontológica y su inteligibilidad.⁶³

La pugna entre mecanismo y finalismo se nos ha mostrado también como susceptible de una conciliación. Si se afirmaba, de un lado, la existencia de un riguroso determinismo natural y, de otro, la efectividad de ordenaciones tendientes a la consumación de algún fin —y hasta de constelaciones de ellos, culminantes en un fin supremo— en el pensamiento de Unanue, el orden teleológico venía a resultar como una suerte de lienzo tejido por la divinidad con hilos mecánicos, con la materia fenoménica de relaciones mecánicas y firmemente asentada en la causalidad. Esta conexión presenta en el pensamiento europeo también desarrollos análogos. El auge del mecanicismo pretendió absorber en el siglo XVIII no sólo los reductos del finalismo en la concepción física del universo, sino aquellos momentos que, tributarios de la concepción escolástica, se mostraban aptos para la explicación de los fenómenos del mundo animado e irreductibles a las categorías físico-matemáticas. La lenta pero segura formación de una ciencia biológica acorde con la exigencia de su objeto y ciertas evidencias procedentes del campo del mundo físico, que Kant reconoce ejemplarmente, llevaron a un apareamiento de la concepción mecanicista y finalista de la naturaleza en el siglo XVIII, que se vio reforzado por el uso dialéctico de la prueba físico-teológica.

⁶² *Op. cit.*, pp. 52-53.

⁶³ Cf. Cassirer, *op. cit.*, pp. 53-54. La vinculación entre ambos conceptos también se obtuvo, aunque con matices diversos, en la convergencia del desarrollo de la ciencia de la naturaleza y la crítica empirista del conocimiento. Si en Newton legalidad natural y creación divina se hallan estrechamente ligados, la conciencia de la incapacidad del conocimiento empírico para fundar un saber riguroso condujo a una reafirmación del enlace de Dios y la naturaleza que es muy común en el siglo XVIII.

La conexión de mecanicismo y causalismo y de ambos con la idea de la naturaleza como obra divina puede también sorprenderse en otros contextos. Por lo pronto, en el círculo de aquellos temas ya tratados por nosotros, relativos a la justificación del proceso de la naturaleza en el sentido del optimismo. Frente a la conducta varia de la naturaleza, de las constelaciones parciales de fenómenos que ora se muestran protectoras de la criatura humana, ora indiferentes a su destino, Unanue y buena parte de los pensadores de su época ⁶⁴ no quisieron ver en la naturaleza un ser neutral respecto de las posiciones valorativas, una instancia ajena a la bondad o a la maldad humana y, en general, a todo sentido de bien y mal, sino que se sintieron atezados por la inquietud de descubrir cuál era el real sentido de este ser, puesto que debía haber uno. Sabemos que Unanue busca la explicación en un finalismo de origen divino, pero que vela la proyección tética de los procesos naturales o por lo menos rebasa los límites de la captación humana. El mal fenoménico habría de resultar a la luz de este enfoque sólo una apariencia que la perspectiva de los planes universales despejaría y, a la vez, la simple ordenación mecánica de los fenómenos resultaría un encaminamiento *con sentido* de ellos. Es decir, una íntima armonía de los momentos causales y téticos emergía a la postre de la imagen de la naturaleza que la Providencia conducía y había formado en atención a los mejores logros.

Finalismo y mecanismo (sic) quedaban, por otra parte, vinculados allí donde la consideración predominante era la humana. La idea de la eminencia del hombre y de su situación privilegiada en la naturaleza pedía una interpretación finalista de los fenómenos de la naturaleza y la afirmación de un plan superior que sustentara esta primacía, para no referirnos a la evidencia del innegable finalismo de su conducta. Dios habría de prestarle al hombre los medios para realizar su alto destino, a tiempo que un claro en el orden causal era exigido por la reconocida autonomía personal del individuo. En Unanue, por eso, como en Voltaire, a quien Dilthey incluye entre los idealistas de la libertad, dentro de su triple clasificación de las concepciones del mundo, ⁶⁵ la posición de la libertad y de la responsabilidad humana eran buenos motores de una dual actitud mecanista y finalista y de su conciliación. ⁶⁶

⁶⁴ En relación con el optimismo dieciochesco y la evolución de la polémica en torno a él, cf. el magnífico capítulo III del libro citado de Paul Hazard (p. 301 y ss.).

⁶⁵ Cf. *De Leibniz a Goethe*, México: Fondo de Cultura Económica, 1945, pp. 98-99.

⁶⁶ Recordemos que Unanue, quien define al hombre por la posesión de un espíritu racional (*Observaciones*, pp. 96-97), ha hecho suya la decisiva sentencia de Homero de que el hombre pierde la mitad de su ser cuando se esclaviza («Discurso sobre si el clima influye o no en las costumbres de los habitantes, deducido de las notas manuscritas para la segunda edición de las *Observaciones sobre el clima de Lima*», *Obras*, t. II, p. 55. Cf., asimismo, «Crítica de la oración», *MP*, n.º 36, p. 9).

Pero si la unidad es asentable hasta cierto punto en las conexiones conceptuales, la diversidad puede encontrar coherencia en el tipo de empleo intelectual a que somete Unanue la idea de naturaleza: en el modo de conceptualización que utiliza en la mayor parte de sus obras y no sólo pues con respecto del tema de la naturaleza. Es una suerte de pensar circunstancial que responde a las conexiones de la ocasión y frente a ellas estructura su noción y le da expresión verbal. El cuadro teórico, si cabe aquí la denominación, se tamiza entonces según la ubicación del sujeto y pone de resalto aquellos motivos que la situación concreta exige. Ésta es muchas veces la simple tarea de informar en el artículo, el discurso conmemorativo, la descripción de un hecho histórico o de un fenómeno natural y aun la expresión de un elogio circunstancial o la frase que recoge la reacción frente a un suceso cualquiera de la vida. Aun si se trata de actitudes de un decidido cariz reflexivo, la conceptualización apuntada se trama con el tratamiento puntual del tema — que en Unanue es casi siempre un hecho natural determinado, no la naturaleza entera — e incluye en el análisis momentos no clarificados, a más de los supuestos teóricos generales del saber natural cuya falta de crítica es precisamente otra de sus facetas. Unanue ofrece así una variedad de textos en que la naturaleza es aludida en términos multívocos, cuya agrupación, tal como la hemos emprendido nosotros, aboca a un disperso cuadro del mundo, extraño a lo que exige el pensamiento filosófico a sus productos. A ello se añade la asunción de contenidos y expresiones de la mentalidad común, a los que responde en gran parte su uso de vocablos como: naturaleza maternal, naturaleza de las cosas, designio divino, etc., tópicos que si pueden haber tenido origen en el pensar reflexivo, han quedado en el repertorio del pensar vulgar con una considerable carga de equívocos y fluctuación de sentido. El rasgo fundamental de la particular *lógica viva* que exige el análisis de las ideas de Unanue es así el de su incorporación y aplicación circunstancial de múltiples motivos de las más variadas fuentes de pensamiento: los hábitos expresivos y mentales del hombre común, aun de las minorías cultas, la experiencia científica personal, las objetivaciones de las doctrinas tradicionales y modernas de la ciencia y la filosofía. Asunción prolongada en el uso dentro de la obra escrita y en la conceptualización inexpresa, que debe ser interpretada en los términos no de una conciliación reflexiva que inmunizará al pensador de la pugna de tan variados contenidos ni de un caótico cuadro mental, sino en el de la conciliación histórica y psicológica de los supuestos e ideas que encuentran en el espíritu cada uno su nivel, a manera de una sedimentación intelectual, y brotan a su hora en contacto con las circunstancias que llenan a los enunciados de su sentido concreto. Una especie de conducta intelectual que es la común en los hombres no teóricos y que inclu-

so en los enjuiciamientos del intelectual tiene un lugar mayor que el que por lo común se sospecha. La idea de la naturaleza de Unanue es un caso de este tipo de pensar, reparando en el cual es posible alejarse de la tajante imputación de contradicción que parece estar propiciada por un análisis detenido de los textos.

Mas las discordancias todavía pueden ser interpretadas y comprendidas desde otro punto de vista que cae como el anterior en el plano del examen de los actos y no de sus objetos, esto es, en el plano vivencial. Conciérne él a la actitud espiritual de que nacen buena parte de las concepciones de Unanue sobre la naturaleza. Esta actitud es la que confiere sentido singular a la obra naturalista de Unanue. No es el simple estudioso de la ciencia natural, antigua y moderna ni el científico practicante. Unanue es el contemplador de la naturaleza. Gusta pasearse por los alrededores de Lima y admirar la realidad entorno; estudia amorosamente la flora y la fauna y se siente conmovido por la animación del paisaje patrio y por las resonancias metafísicas de cielo limpio en cuyo examen consumió la energía de sus ojos, como él mismo ha declarado sin tristeza.⁶⁷

Es en la intimidad de esa naturaleza, la cercanamente vivida en la intimidad del paisaje vernáculo o en la ilimitada perspectiva que le abre la ciencia, que cobran un nuevo significado las expresiones ora dirigidas a la vida y la potencia creadora de la naturaleza, ora a la esencia natural o al arreglado desenvolvimiento de los ciclos universales, que alcanzan a veces el nivel del raptó romántico o la unción del éxtasis místico. Unanue, es cierto, no se queda en este momento afectivo y lírico, sino que lo trasciende en la investigación científica. Pero la referencia a ese origen vivencial descubre una constelación de motivos que la nuda consideración de los enunciados está lejos de recoger. Ahora bien, en esa primaria relación más cordial que intelectual, antes que cognoscitiva, estética o religiosa, guardan un nexo peculiar las varias «naciones» de naturaleza formuladas en la obra; ellas han nacido en el seno de la vivencia como traducciones inmediatas de una y otra proyección del alma y debemos verlas convergir y unificarse en el todo de la obra, no ciertamente según el modo de la coherencia lógica, reflexivamente buscada y conseguida por vías racionales (que sería el segundo momento — que aquí falta — exigido en el hombre teórico, de la traducción rigurosamente filosófica de la intuición), sino en el de la conciliación vivencial ante un mundo que es tomado en su unidad y variedad como una *presencia*.

Es la semilla del *elan* romántico que ya anida en esta mente ilustrada, la cual no acaba de liberarse de los rezagos de la tradición animista

⁶⁷ Cf., el fragmento «Trabajos perdidos», *Obras*, t. II, pp. 398-399.

que el Renacimiento reactualizó en gran medida. Y sin completar el ciclo de la evolución racionalista, está predispuesta a acelerar la revuelta de las fuerzas de la voluntad y el sentimiento. No olvidemos, sin embargo, que también los más decididos «racionalistas» europeos participaron de un íntimo culto, a la naturaleza, a veces no confesado a sí mismos, un culto irracional que se prolonga aquí y allá en los innumerables supuestos no fundados ni esclarecidos en que abundan sus doctrinas.





Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CAPÍTULO TERCERO

Dios



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

En el capítulo anterior entramos ya en el tratamiento de la idea de Dios. Ello ocurriría, sin embargo, partiendo del examen de la naturaleza. Ahora debemos encarar directamente la cuestión de las creencias de Unanue.

Si preguntáramos ¿cuál es la posición de Unanue en materia de religión?, la respuesta más justificada parecería ser la de que es un creyente convencido. Y en efecto, nos salen al paso a cada instante, en sus trabajos, expresiones que delatan una franca aceptación de la fe católica, con todas sus implicaciones doctrinales. Abundan en ellas referencias a los dogmas del catolicismo, cuyo cumplimiento abre las vías al bien y la felicidad de la existencia humana,¹ a la santidad de los principios de la confesión cristiana,² a la divinidad de Cristo,³ a la vinculación de la naturaleza y el poder director y ordenador de la Providencia, cuyos efectos alcanzan a interferir en el orden natural⁴ y, asimismo, a cuestiones

¹ «Máximas (las de cristianismo) que dirigiéndose al bien y felicidad del hombre, penetran sin violencia en lo interior de su espíritu, y lo conquistan plenamente. La religión católica, beneficiando al hombre, tiene un poder infinitamente mayor para civilizarlo, conservarlo en el orden...»; «Continúa la peregrinación por los ríos Marañón y Ucayali», *MP*, n.º 76, p. 63. «Ilustrados estos bárbaros pueblos (los indígenas) con una religión precursora de la mayor felicidad, respirarían al auxilio de sus suaves leyes un aire de humanidad que no conocen por su desgracia, y abrazando con gusto el favorable estado del buen orden político y moral, desterrarían el contagio universal de sus errores...»; «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada». *Obras*, t. III, p. 124. Antes ha dicho: «La religión católica, que beneficia al hombre y lo civiliza»; *ibíd.*, p. 123.

² En «Segunda peregrinación del padre predicador apostólico fray Narciso Girbal y Barceló», habla de «las sagradas máximas de nuestra siempre adorable religión» (*MP*, n.º 180, p. 89).

³ Refiriéndose a la grandeza de la época de Augusto, en el «Prospecto de *El Verdadero Peruano*», cita al historiador Velez Patérculo, haciendo la siguiente observación: «El historiador, exagerando, ha dicho una alfísima verdad, pues en ese tiempo nació el divino Salvador, don el más precioso que ha descendido del cielo»; *Obras*, t. II, p. 298, nota 2.

⁴ «¿Qué votos serán suficientes para impetrar del cielo la conserve libre (a Lima de los temblores)!... Hombres ancianos y religiosos aseguran ser menos comunes y violentos los temblores de Lima, después que resuenan sus templos con el sagrado cántico del *Trisagio*, y un pueblo piadoso debe alumbrar su fe, y nutrir su corazón de estos santos

que conciernen a la concreta práctica religiosa, de la cual varios testimonios nos informan que era fiel cumplidor.⁵ Pero no sólo eso, sino que hay también la actitud crítica adoptada frente a las posiciones filosóficas que en la relación con la divinidad quieren suprimir las estructuras positivas y circunscribir la creencia a los límites de una supuesta religiosidad *natural* y, también ciertamente, frente a las implicaciones anticlericales de las mismas: «Sentimientos inefables (los relativos a la providencia divina) — dice en un artículo del *Mercurio Peruano* — que jamás podrán borrar, ni la barbarie, ni la idolatría, ni los perniciosos y perversos deístas de nuestro siglo, que osan levantar el dedo contra el mismo que les dio el ser y cuida de su existencia».⁶ Creyente, pues, y hasta conservador en materia de religión, parece ser Unanue. Reparando en otras partes de su obra, advertimos, sin embargo, que la situación no es tan simple como a primera vista suponemos. Es que al lado de las declaraciones confesionales,

sentimientos; pues sólo aquel a quien se consagra el devoto y sublime cántico del *Trisagio*, es el que puede conmovier la tierra desde sus cimientos, o mantenerla en reposo»; *Observaciones*, p. 41. Y la acción de la voluntad divina conectada con los más próximos intereses, en el sentido de las creencias generales: «Aunque desde luego el Dios de los Ejércitos echará su bendición sobre los nuestros (los españoles en guerra el año de 1793 contra el Estado revolucionario francés)»; «Nota de la Sociedad», *MP*, n.º 273, p. 254. Más tarde, hablando de las penurias por las que pasó Lima en los días de la emancipación, dirá en la «Memoria del Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores»: «Salvóla de un desastre general el Ser inefable que cuida de sus criaturas»; *Obras*, t. II, p. 378. En el discurso pronunciado el año de 1823 en un banquete servido en honor de Bolívar, y hablando de éste, expresa que marchará al sur del Perú «bajo los auspicios del Ser Supremo»; Valdizán, *La Facultad de Medicina de Lima*, t. II, p. 48. Sobre la acción de la Gracia Divina leemos en la «Segunda peregrinación del padre predicador apostólico fray Narciso Girbal y Barceló»: «No podrían dejar de ser dichosos (los indios panos) cuando la protección del cielo estaba enteramente declarada» (*MP*, n.º 150, p. 90). Notemos de paso la contradicción a que lleva el uso de la intervención de la divinidad propicia a un sujeto, que unas veces parece proteger a las fuerzas españolas y otras ir contra ellas, al ayudar a los patriotas americanos. Ello nos advierte también la ausencia de una rigurosa concepción del motivo empleado y la necesidad de considerar la dimensión circunstancial de las ideas y los asertos de Unanue.

⁵ Ver referencia al ayuno en las *Observaciones*, pp. 155-156, nota 11; y la citada aquí acerca del *Trisagio* en la nota 4.

⁶ «Noticia de los trajes», *MP*, n.º 28, p. 80 (las cursivas son nuestras). El párrafo continúa así: «¡Qué beneficio tan grande sería para el género humano si se pudiese recoger a estos fingidos Padres de la Filosofía y sepultar en medio de los bosques de las Amazonas, para que pateando el suelo con los Bárbaros (alude a una superstición de los indígenas de la Pampa del Sacramento), siquiera de este modo reconocieran la Providencia divina, y no turbaran el orden esencialmente conexo con la felicidad y reposo del hombre!». En «Segunda peregrinación», leemos: «La religión que peregrina todos los países del globo, abandona aquellos en que ultraja la funesta ceguera de los soberbios mortales, en que juzgándose esclarecida la miserable descendencia de Adán quiere disponer hasta del mismo trono de la Deidad, y se acoge a los países incultos para formarse nuevos secuaces que la adoran con un corazón humilde, y unos labios sencillos» (*MP*, n.º 150, p. 89). En «Decadencia y restauración» expresa Unanue sus deseos de que «triunfe y brille la fe en el siglo que piensa opacar sus rayos el vano esfuerzo de tanto espíritu inquieto y atrevido»

encontramos en los escritos de Unanue suficientes rasgos que permiten afirmar la acción del pensamiento ilustrado y, precisamente, del deísmo combatido. Y ello es muy explicable. La permanencia dentro del ámbito en que ejercía su influjo la filosofía moderna y las lecturas de los enciclopedistas franceses, cuyo credo religioso iba desde el franco materialismo de un D'Holbach hasta la recatada actitud de un D'Alembert y de los ilustrados españoles, no podían menos de originar en el médico peruano si no un franco abandono de las doctrinas tradicionales, sí matices nuevos de los motivos de la creencia de acuerdo con los dictados de la posición filosófica naturalista y racionalista.

Estos efectos de claroscuro, llamémoslos así, se perciben, por ejemplo, en su enjuiciamiento de los ingredientes de superstición que ofrece al referir todos los fenómenos terrestres a designios sobrenaturales,⁷ y en la crítica de la interpretación trascendente de los monstruos.⁸ También

(MP, n.º 218, p. 86). En la «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», Unanue llega a declaraciones colindantes con la intolerancia clerical, bien que ellas deben tomarse con la reserva que impone el ser esa obra un documento oficial: «Este Tribunal llamado por excelencia el *SANTO*, útil y necesario para mantener la verdadera religión en su pureza»; *Obras*, t. III, p. 45. Y más adelante: «... todos los que desertando de la sagrada religión que profesaron, se hacen acreedores al escarmiento y corrección debida, imponiendo (el tribunal de la Inquisición) las penas estatuidas a reprimir y castigar la división de los ritos, origen cierto de los cismas y de las detestables insurrecciones en el orden temporal»; *ibíd.*, pp. 45-46. Con sentido de análoga repulsa de las innovaciones en la creencia, escribe en el «Elogio del excelentísimo señor José Urrutia y Las Casas», al ocuparse de la revolución francesa: «¡Tiembra, desgraciada Europa! El rayo de la divinidad va a reducir a cenizas la fe muerta de este infausto siglo y a tomar venganza de nosotros por nuestras propias manos: ¡Dios eterno! ¿Para cuándo son las sombras del caos? ¿Por qué no permites que rompan por esta vez los límites que les señaló tu dedo omnipotente, y que ocupando la esfera, apague las antorchas celestes, para que, sepultado el universo en una lóbrega noche, no se miren unos a otros los mortales» (*Obras*, t. II, pp. 315-316). A propósito de la misma revolución, y refiriéndose particularmente a la difusión que alcanzó en el país la *Gaceta de Lima*, encargada de ofrecer noticias sobre la guerra del Estado español con el francés, dice en el «Informe sobre los establecimientos literarios»: «Y como un gobierno ilustrado de todo saca partido, ha tenido Vuestra Excelencia (el virrey Gil de Taboada) la gloria de observar y conocer, por todos los medios, que cuando el peligroso incendio de la irreligión, y el fanatismo cunde de un polo a otro, haciendo en todas partes prosélitos, reposan incontrastables en el dulce seno de su religión y lealtad los pueblos numerosos a quienes rige» (*Obras*, t. II, p. 33).

⁷ La posición crucial, que mira a la necesidad de circunscribir el ámbito de los efectos de la mano divina y también a la aceptada vigencia de la conducción divina, se hace explícita en «Decadencia y restauración», en donde leemos: «Muchos autores al ver sus estragos (los de las epidemias de viruela y sarampión) han ocurrido a atribuirlos a la ira del cielo, por las pasadas y presentes abominaciones de los indios. Es cierto que todas nuestras enfermedades vienen de la mano Soberana que nos humilla; pero si hubiésemos de reposar sobre esta consideración, sin poner nada de nuestra parte, para remediar nuestros quebrantos, se despoblaría la Tierra» (MP, n.º 219, p. 94, nota 16).

⁸ «La religión católica establecida sobre las ruinas del paganismo no pudo extinguir enteramente las preocupaciones inherentes a la superstición. En el siglo XVI se miraban todavía con un horror sagrado, los monstruos y aun se juzgaba descubrir por su aspecto las miserias que

en cierta lejana concesión a una interpretación sociológica de las prácticas religiosas, que se hace presente cuando, al criticar la desidia administrativa del Perú (y los países cálidos en general), observa que por ello «varios legisladores de Oriente para mantener en vigor sus estatutos sobre el aseó, los encomendaron a la conciencia, colocándoles entre los deberes religiosos»,⁹ texto que no deja de recordar de lejos más de una irónica alusión volteriana, bien que aquí no sea aceptable llevar la interpretación más allá de las semejanzas formales. Traduce análoga recepción de motivos de la crítica religiosa moderna, la valoración de las funciones sacerdotales desde el punto de vista de la ilustración de los ministros de la fe, ilustración que implica una capacidad y una disposición específica para situar en sus justos límites asuntos de creencia, tales como la muerte, la salvación, la condena, etc.,¹⁰ temas, precisamente, en cuyo tratamiento se revela, como ha mostrado Bernard Groethuysen, el nuevo tipo de conciencia religiosa que encarna en el hombre moderno, en el burgués ilustrado y creyente, con cuyas notas puede caracterizarse también a Unanue.¹¹

presagiaban»; en «Descripción de un ternero bicípite» (*MP*, n.º 126, p. 182), donde el acento no está puesto ciertamente en el posible ingrediente de superstición que mantuvieron las nuevas creencias, sino en el tránsito de las explicaciones sobrenaturales a las rigurosamente naturales, que implica una clara voluntad de limitar el recurso de los contenidos de la fe en el trato cognoscitivo con el mundo, posición que revela también el texto de «Decadencia y restauración» sobre las enfermedades, antes citado. Ver supra, nota 7.

⁹ *Observaciones*, p. 9.

¹⁰ «De las manos del Médico —leemos en las *Observaciones*— pasa el enfermo a las del Sacerdote. Dichoso el que consigue tener uno ilustrado, que sepa lo que es Dios, y lo que es el hombre; que conozca que allí va a ayudar a salvar a un prójimo y hermano suyo de un gran peligro y desconsuelo en que se halla; que siendo los mismos los hombres, desde que nacemos hasta que morimos, debemos ser socorridos por aquellos medios que se conoce aprovecharnos; y que de la manera, que al que estando bueno se halla en un conflicto, no le sacamos de él pintándole horrorosamente el peligro en que se encuentra, ni asustándole con retratos asombrosos del riesgo que corre, sino que por el contrario, procuramos erigir su ánimo abatido, e inspirarle confianza y valor, así deben olvidarse para el hombre moribundo esas imágenes de espanto y terror, capaces de desalentar al más santo y varonil. Se han de invocar solamente a su favor la ternura del pastor solícito por su oveja, el amor tierno del padre de familia y la caridad inmensa de la víctima que satisface en una cruz por nuestras culpas. Muévase el corazón humano que nació para amar, y no se aterre la imaginación, que está expuesta a muchos descarríos» (pp. 244-245). Un cierto designio filantrópico de perfil terrenal, adobado con una velada proyección hacia la naturalización de la muerte y su enconamiento ético, se perciben como notas significativas en el párrafo transcrito. Es ilustrativo confrontarlo con el siguiente y reparar en las analogías: «El teísta es un hombre firmemente persuadido de la existencia de un Ser Supremo tan bueno como poderoso, que ha formado todos los seres extensos, vegetales, sensibles, reflexivos; que perpetúa su especie, que castiga sin crueldad sus crímenes y recompensa con bondad las acciones virtuosas» (Voltaire, *Diccionario filosófico*, artículo «Teísta»).

¹¹ *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo xviii*. México: Fondo de Cultura Económica. Cf. pp. 119-130.

Junto a los rasgos anteriores deben citarse también aquellos aspectos de la obra de nuestro autor que tocan a las relaciones entre el orden temporal y el espiritual, que se vinculan con un importante movimiento de reflexión, política en lo fundamental, que en Europa, inclusive en España, coadyuvó a la crítica de la religiosidad tradicional o, por lo menos, se mantuvo muy cerca de los esfuerzos del pensamiento de la Ilustración. Están, en este caso, los juicios de Unanue acerca del patronato real,¹² sobre la necesidad de reformar y suprimir ciertas regalías jurídicas tradicionalmente poseídas por el orden espiritual, como el derecho de asilo¹³ y acerca de puntos tocantes a la disciplina de la vida conventual.¹⁴ Muy significativa es también, dentro de este orden de consideraciones, la posición que adopta en los primeros años de la República sobre la conducta del clero y sus deberes para con el nuevo Estado peruano.¹⁵

Debemos reconocer, pues, que no se trata aquí de la ingenua y confiada aceptación de la creencia. Que en Unanue la doctrina seguida y practicada encuentra sus fuentes en una firme conciencia religiosa, pero que en ella inciden motivos provenientes de otros sectores de la vida espiritual en que directa o indirectamente él participa. Ciertamente, lo aducido antes es poco para contestar la aserción del catolicismo de Unanue. No es ése tampoco el objetivo que debe buscarse. Las manifestaciones que dentro de la obra de nuestro pensador pueden interpretarse como reflejo, muchas veces desvaído, de las corrientes no estólicas o del libre pensamiento europeo, tienen antes bien el valor de revelar una sensibilidad no cerrada a las influencias del pensamiento moderno, un espíritu que guarda siempre una mirada más allá de los límites en que se detiene el creyente común o los representantes de la doctrina tradicional. Se trata de la manifestación de un paralelismo, bien que limitado, entre aquellos contenidos de la fe que obedecen a la inspiración ortodoxa y las matizaciones de los temas religiosos que provienen de la fuente del pensamiento moderno; una relación que si tiene un sentido concluyente cuan-

¹² Cf. «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, cap. I, pp. 11-12 y cap. VII, pp. 45-47. La gestión contemporánea de los ilustrados españoles tuvo que ver mucho con este problema, y debemos creer que nombres como los de Floridablanca, Campomanes o Jovellanos no fueron ajenos a la posición de Unanue en este punto, pues su influjo en América es bien conocido.

¹³ Cf. «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, cap. VII, p. 47.

¹⁴ Cf. la cruda exposición de los desórdenes en los conventos peruanos hecha en la «Relación del gobierno del virrey Gil de Taboada», *Obras*, t. III, p. 28 y ss. Ver, asimismo, p. 301.

¹⁵ En la «Memoria del Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores», dice Unanue, refiriéndose a la participación del clero en la revolución, que se ha mostrado «sumiso siempre a él (al Supremo gobierno), ha sufrido grandes privaciones con la guerra y sostenido la causa de la Patria, sin que sus esclarecidas luces hayan podido ser ofuscadas por las arterias con que se pretende ultrajar el derecho de las naciones, a pretexto de la autoridad del cielo» (*Obras*, t. II, p. 381. Las cursivas son nuestras).

do se la mira desde la posición católica — pues la magnitud de los documentos y testimonios que se pueden aducir, revelan, además de una decidida actitud de creyente, la presencia de un aserto de la más nítida ortodoxia frente a posibles manifestaciones modernizantes —, no la tiene menos vista desde el lado del pensar ilustrado, pues patentizan una recepción y una asimilación nada despreciables de los temas de la crítica religiosa o, cuando menos, de las orientaciones que en materia de religión provienen del círculo de la filosofía y la ciencia modernas.

Es ésta una dualidad que fue compartida por la mayoría de los intelectuales que pertenecen al movimiento que puede llamarse de la Ilustración peruana (los mismos que se agrupan en la Sociedad Amantes del País), inclusive Baquijano y Carrillo (uno de los que más acusados rasgos de enciclopedismo manifiesta), y también por los contemporáneos latinoamericanos. Éstos, cuando no fueron eclesiásticos de oficio y eclesiásticos que se muestran más apegados a los lineamientos de la creencia secular que sus coetáneos europeos, son laicos que profesan una sincera y arraigada fe católica, a la que ponen siempre más allá del terreno en que se despliega la pugna entre la tradición filosófica y política y las nuevas doctrinas que en los respectivos terrenos quiere imponer el siglo XVIII. Pero de ninguna manera, pese a diferencias notorias, es una dualidad válida sólo para el ámbito americano. Precisa recordar que la crítica contemporánea ha mostrado la inexactitud de la generalizada idea del siglo XVIII irreligioso o ateo, substituyéndola por una imagen en la que privan la vehemente preocupación por los problemas del mundo religioso y su encaramiento según nuevos principios y supuestos. A pesar de las muchas declaraciones contrarias que pueden oírse en boca de sus hombres representativos, señala Ernst Cassirer:

[...] es dudoso que haya de considerarse al Siglo de las Luces como fundamentalmente irreligioso y enemigo de la fe. Porque semejante juicio peligrará con no darse cuenta de sus mayores aportaciones. El escepticismo, en cuanto tal, es incapaz de hacerlas. Los impulsos intelectuales más fuertes de la Ilustración y su peculiar fuerza espiritual no radican en su desvío de la fe, sino en el nuevo ideal de fe que presenta y en la nueva forma de religión que encarna [...] Domina en él un profundo sentimiento de auténtica creación, una confianza absoluta en la renovación del mundo. Y semejante renovación, ahora se espera y se reclama de la religión. Por eso, la gran enemistad contra la religión con que tropezamos en esta época no debe enturbiar nuestra mirada hasta el punto de no darnos cuenta que también en ella toda su problemática espiritual se halla confundida en una *problemática religiosa* y que ésta constituye su acicate más enérgico y tenaz.¹⁶

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 136-137.

Semejante dual convergencia de corrientes e influencias de contenidos y rasgos que, cuando no se hallan presentes explícitamente en el cuerpo dogmático de la creencia, se concilian con él y son usados frecuentemente por pensadores representativos del catolicismo y de temas y direcciones del pensamiento ilustrado, se manifiesta en aquel grupo de ideas que convergen a la formación de un cuadro religioso racional dentro de la obra de Unanue. En primer término, la idea de la divinidad que se conecta con la imagen del mundo sometido a una legalidad estricta, que desconoce en su acordado desarrollo el cambio fortuito.¹⁷ Ella se muestra tributaria, a un tiempo, de la concepción aristotélico-escolástica de la adecuación del orbe natural a una legalidad trascendente y de la idea de una conexión legal inherente a la naturaleza que es resultado de los trabajos de la ciencia moderna. La noción del «Divino Arquitecto» es reflejo de ambas posiciones mentales, porque de una y otra es característica la remisión a los designios divinos, al designio constructor de Dios como fundamento del orden natural y de sus leyes. Sólo que en la concepción medieval el camino explicativo, como hemos señalado, va de Dios al mundo y en la moderna sucede lo contrario, y la ley natural, que aquella interpretaba como la adecuación de las relaciones reales a un nexo trascendente, válido a priori, pasa a concebirse como el orden causal real, como la conexión perceptible de los fenómenos que, al no justificar su validez universal por sí misma o quedar inexplicado en su impulso inicial, requiere un sostén trascendente.

La noción de un Dios providente, que rebasa en mucho la del simple creador, muestra también una doble faz, proyectada hacia la tradición católica y las corrientes del pensamiento moderno. Unanue concibe en gran parte de su obra la dirección de la marcha del mundo debida a Dios, según los patrones de la doctrina tradicional y del pensar común, como una intervención eficaz de él en el orden de la naturaleza, la cual es siempre una posibilidad abierta que se cierne sobre la conexión regular de los fenómenos, producto también del celo conductor divino. Pero las expresiones de Unanue no son ajenas, tampoco, al espíritu del pensamiento moderno que, ya desde sus primeros pasos, ha reconocido como uno de sus temas centrales la fragilidad del mundo natural, el vacío de un sustento radical. Desde Descartes, quien echa mano del concepto de substancia divina, al concebir la relación del Dios creador con el mundo como una *creatio continua*, hasta los últimos y señalados representantes de la crítica del concepto de substancia y causalidad, que ponen a luz la íntima contingencia de la realidad, la reflexión moderna ha utilizado el concepto de Providencia. La nota diferencial, sin embargo, la pone aquí

¹⁷ Cf. «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 93.

el concebir la función providencial divina como ejerciéndose a través de la mediación del curso regular de la naturaleza.

No en otra parte que en el teísmo del siglo XVIII está presente y con acusados caracteres el concepto de Providencia. Expresiones de Unanue del tipo de: «La Divina Providencia, que ha proporcionado a sus criaturas racionales en todas partes del globo los medios para subsistir, y cumplir los trabajos a que los destinaba...», o «Pero un beneficio singular de la adorable Providencia en nuestras manos están los recursos, sino para evitar el supremo día para que nacimos, al menos para alejarlo...»,¹⁸ si traen a la mente declaraciones análogas de los apologistas del catolicismo, no disuenan, sino que aún están próximas a éstas de Voltaire, en su *Diccionario filosófico*: «El teísta no sabe cómo castiga Dios, cómo favorece, cómo perdona, pues no es lo bastante temerario para lisonjearse de conocer cómo obra Dios; pero sabe que Dios obra y que es justo. Las dificultades contra la Providencia no lo conmueve en su fe, porque no son más que grandes dificultades, y no pruebas; está sometido a esa Providencia aunque no ve más que algunos defectos y apariencias de ella; y juzgando las cosas que ve por las que no ve, piensa que esa Providencia se extiende a todos los lugares y a todos los siglos».¹⁹

En Unanue podemos también descubrir rasgos de la relación del motivo de la Providencia con la idea de la fuente íntima de las evidencias religiosas que, así como es tema reiterado en la mística cristiana, había nutrido los orígenes de la «religión natural» y que era pedestal firme del deísmo en pensadores como Bolingbroke y Lessing. Recordemos que el primero rechazó, en actitud correlativa a la de la nueva inspiración del saber científico, la guía de las autoridades y substituyola por el dictado de la razón interna, de la certeza subjetiva que, si es limitada, puede, por lo menos, afirmar con certeza la existencia de un Dios. Lessing, por su parte, pretendió mantener la fe «como un hecho de conciencia, anterior a la teología, independiente de ella».²⁰ Sin acercarse a los motivos protestantes que pueden vincularse con esta posición, Unanue ha hablado de unos «primeros sentimientos gravados (sic) en el fondo del espíritu hu-

¹⁸ *Observaciones*, p. 62; y «Decadencia y restauración», *MP*, n.º 219, p. 92, respectivamente.

¹⁹ Artículo «Teísta», citado de la edición de 1764 según Hazard (*op. cit.*, p. 389). En la edición de 1770 se reitera la afirmación de la providencia divina y en conexión, precisamente, con los desarrollos de la moderna ciencia de la naturaleza: «Pero desde que entrevimos la naturaleza, que los antiguos no llegaron a ver; desde que nos apercebimos que todo está organizado, que todo tiene su germen; desde que supimos que desde el guisante hasta la magnitud de los mundos todo es obra de una sabiduría infinita, desde entonces todos los que piensan la adoran. Los físicos se convirtieron en heraldos de la Providencia; el catequista anunció la existencia de Dios a los niños, y Newton se la demostró a los sabios». Artículo «Teísmo», Buenos Aires, t. III, 1938, pp. 360-361.

²⁰ Cf. Hazard, *op. cit.*, pp. 382 y 414. El libro tercero nos ha proporcionado múltiples sugerencias y documentación tocante al deísmo dieciochesco.

mano acerca de la Adorable y Benéfica Providencia de Dios que vela sobre los mortales». ²¹ Y si para Unanue la Providencia de Dios se ejercía con especial contracción a la humanidad, es éste un rasgo que tampoco se extraña en el repertorio de ideas religiosas de la Ilustración. Para señalar ejemplos de círculos de influencia diversos y seguramente alejados de la órbita ideológica de la que principia Unanue, anotaremos que él se encuentra en el credo deísta que traducía en 1767 Moses Mendelssohn en su *Phaedon*, cuando hacía decir a Sócrates: «Tenemos buenas razones para creer, de acuerdo con esa tendencia irresistible de los seres racionales a un estado más perfecto, que su perfección es el fin supremo de la creación. Podemos decir que este inmenso universo ha sido producido a fin de que hubiese seres racionales que pudiesen elevarse de grado en grado, aumentar poco a poco en perfección y encontrar en este crecimiento su felicidad». ²²

Tradicional y moderno se muestra también el tratamiento de Unanue del tema de los límites del conocimiento racional y empírico, ²³ que si en la filosofía escolástica significa la distinción de los campos de la actividad racional propia de la fe y la vinculación gnoseológica de una y otra en el sentido de la fundación última de los contenidos de la primera por los de la segunda en materia metafísica, pero no sólo en ella, en la moderna posee otro sentido. El de desentendimiento de la zona de problemática metafísica, en la que se concede la primacía de la revelación; y la voluntad de adelantar en el conocimiento de la realidad natural por medios rigurosamente probados, y de contraerse a esa realidad, usando esos medios, porque ellos son los que pueden conducir a una situación de dominio que asegure el bienestar mundano. En donde se señala, claramente, la distinción de la actitud religiosa católica nuda y simple, en la que la concepción de los límites de la razón es secuela de la mediatización del mundo y las formas modernas de la conciencia filosófica y su extensión religiosa, para las que el mundo tiene un valor propio.

²¹ «Noticia de los trajes», *MP*, n.º 78, pp. 79-80.

²² Hazard, *op. cit.*, p. 415.

²³ Entre otros muchos textos, los siguientes, ya citados, tocan el tema de la finitud del conocimiento humano y su vinculación limitrofe con Dios. «A la verdad, ésta es una prerrogativa (la de abarcar el curso de la experiencia pasada, presente y futura) propia sólo del Ser Supremo, que ve las cosas en su inmensidad; en aquella inmensidad donde no alterna la aurora con la noche, sino brilla de continuo el resplandor de un eterno día. Así, participar de ella de cualquier modo es acercarse a su solio excelso y romper los vínculos que nos detienen en la cárcel de nuestra mortalidad, como se explica Cicerón. Nosotros desde luego no podemos tener el perfectísimo y universal conocimiento del Creador»; «Resultado del pronóstico», *MP*, n.º 82, p. 121. En el artículo «Geografía física del Perú», habla Unanue de «las divisiones colaterales, arregladas no a las miserables ideas de los hombres, sino a los planes infinitamente sabios del Creador» (*MP*, n.º 91, pp. 96-97).

Los matices diferenciales tocan igualmente a la relación de los momentos racionales e irracionales de la idea de Dios, que en la doctrina católica se sitúan en un mismo plano, por decirlo así, y no entran en un conflicto, reconocido, al menos, por la reflexión, toda vez que la dirección de fundamentación va de lo revelado a lo probado. No ocurre lo mismo en la posición moderna. En ella es notoria la divergencia entre los diversos momentos de la idea de Dios, los provenientes de la meditación racional y los que tienen su fuente en la revelación. A este respecto es característico notar el infrecuente uso que hace Unanue de los motivos centrales de la doctrina católica (no ciertamente la mera alusión de ellos, que no escasea), y la permanencia dentro de los límites de aquella concepción que sugiere la experiencia científica y la reflexión sobre la naturaleza. Frente a éstos, los temas de la revelación quedan como misterio, y frente al *logos* que descubre en la naturaleza a Dios, parece perder solidez ese otro que quiere hilvanar asertos sobre lo trascendente, el *logos* metafísico. Substituidos por los productos del nuevo saber empírico, los tratados de metafísica están condenados, como dice Unanue, «a los humildes destinos que siguen a cuantos no indemniza la religión y sus elevados Misterios».²⁴

Importa considerar frente a este complejo de nociones relativas a la divinidad (que pueden resumirse en la concepción de un Dios personal, creador de un mundo sometido a una regularidad estricta, causal y teleológica, al mismo tiempo; que se comporta como Providencia respecto del cosmos, al que conserva en su ser, aun a costa de la interferencia en el orden fenoménico y hace convergir su marcha hacia el logro de la mejor prosperidad de un ente: el hombre) que, como hemos visto, obedece a varias fuentes de inspiración, el tipo de pensar que lo determina, y el condicionamiento personal de las doctrinas.

En Unanue se muestra vivo el sentimiento religioso cristiano. Él comparte sincera y hondamente la fe de sus mayores y de la comunidad en la que actúa, y lleva esta adhesión a la práctica fiel de la liturgia en que se concreta la real comunión católica. Es espíritu que sabe encontrar en la oración el venero de la fe, el confortamiento en las tribulaciones espirituales y la ocasión del contacto personal con el Creador. Es, también, el contemplador de la naturaleza, a la que siente en toda su inmensidad y esplendor como efecto de la voluntad y de la inteligencia divinas; y el científico, que penetra en la trama legal del mundo y la sabe aprovechar en la intervención en la naturaleza. Junto a ello, es el lector de la bibliografía científica de los tiempos modernos, de la *Enciclopedia* y los filósofos de la Ilustración; amigo y contertulio de hombres como Baquijano

²⁴ «Proyectos literarios», *MP*, n.º 91, p. 197.

y Carrillo, que han tomado a su cargo la propaganda en el Perú de las doctrinas del librepensamiento europeo; y, finalmente, es el mundano, el hombre social que sabe apreciar en su justa significación los valores de la compañía, de la comunidad.

Estos varios trazos que abren el horizonte de una compleja personalidad, nos ponen en la vía de comprensión de la situación vivencial que subyace en la obra del médico peruano. Porque del ambiente familiar, de los hábitos de vida, de las lecturas surge una línea de doctrina, que es la de la vieja fe cristiana; junto a ella, la contemplación de la naturaleza, el saber y la práctica médica, las lecturas de los modernos determinan la aparición de otros motivos doctrinarios que hallan acogida en ese pensar no teórico que Unanue proyecta a la divinidad. Debemos preguntarnos entonces: ¿qué ocurre con la presencia paralela de estas dos corrientes de ideas? La respuesta más justa parece ser la de que Unanue las asume en un sentido análogo a aquel que hemos visto surgir al estudiar temas como la razón y la naturaleza; en el sentido de una conciliación psicológica que no repara en los puntos discordantes de la construcción porque no es producto de una actitud reflexiva frente al objeto divino ni de un tomar a la divinidad como asunto de meditación. Es decir que habiendo Unanue rechazado, en algunos casos abiertamente, la especulación proyectada a tan alto objeto o habiéndola soslayado en otros, debemos pensar que todos aquellos rasgos que en sus obras tocan a la divinidad son antes que el resultado de una meditación sobre Dios, productos decantados por el pensar ocasional, por la lectura o la aceptación de motivos extendidos en el ambiente. Por eso, ellos y los ingredientes de la doctrina ortodoxa participan en una imagen cuyo fundamento es la unidad biográfica del sujeto que los asume y los usa, la unidad psicológica del curso de conciencia de quien entra en múltiples contactos con la idea de Dios y aprovecha aquí y allá de las sugerencias que esos contactos le proporcionan para adobar ese último momento de referencia que, en su pensar y en su vida, constituye la divinidad. Esta situación es tanto más acusada cuanto más firmemente parece Unanue aceptar el credo católico, porque implica la ausencia de un cabal conflicto de conciencia y la posibilidad de que sobre un núcleo de creencia sólidamente afirmado en el ánimo se puedan establecer los más variados momentos ideológicos a manera de estratos que lo enriquecen y lo diversifican, sin alcanzar, sin embargo, a desgarrar la noción central y al espíritu que la hace suya. Es una situación mental que José Gaos ha visto como peculiar del pensamiento hispanoamericano del siglo XVIII y que, según él,²⁵ explica en gran parte el característico eclecticismo de ese pensamiento.

²⁵ Lecciones sobre el pensamiento mexicano del siglo XVIII, dadas en el curso de invierno de 1950 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

CONCLUSIONES

La circunstancia de ser esta tesis parte de una investigación más amplia dificulta una exposición cabal de conclusiones, que habría de tomar en cuenta, para ser justa, el resultado del trabajo íntegro. Sin embargo, enumeramos aquellas notas saltantes de la exposición anterior, en las que, a manera de conclusiones, puede condensarse el contenido del estudio.

1. El tratamiento de la ciencia se ofrece, en la obra de Unanue, en un tipo de asertos genéticos y en otros que podemos denominar analíticos. Los primeros apuntan a aquellas condiciones que han determinado la aparición de la ciencia como hecho histórico; los segundos determinan los ingredientes fundamentales del cuerpo conceptual que constituye la misma.
2. Estos ingredientes son dos: la experiencia y la razón. A ellos se añade, como una suerte de factor formal, el método.
3. La experiencia es concebida por Unanue como el punto de partida de todo saber consistente. Se la interpreta, en general, como percepción, pero como percepción controlada. La doble exigencia de materia sensible y control hace que el recurso a la observación pueda usarse, a un tiempo, como arma de la ciencia rigurosa contra la metafísica y el empirismo vulgar.
4. La razón elaborando la materia perceptiva es la capacidad encargada, precisamente, del control de la experiencia. Ella, sin embargo, debe sujetarse a la experiencia. Por otra parte, su mención no es unívoca en la obra de Unanue. Pueden distinguirse hasta cinco subconceptos, a saber: razón como entendimiento o conciencia despierta; razón como capacidad de elaborar la experiencia; razón histórico-natural; razón físico-matemática; y razón metafísica.
5. El método es el encaminamiento justo de los conocimientos. En general, opera sobre la base de la razón y la experiencia, ofreciendo diferencias relativas a los varios tipos de ciencia que alude Unanue a través de sus escritos. En relación con este tema puede señalarse también la presencia en la obra de Unanue de reflejos de los intentos de clasificación de las ciencias hechos por el pensamiento moderno.
6. Interpretando el sentido de los asertos de nuestro autor relativos a la ciencia, conectándolos con el tipo lógico de su pensar y con la orientación de su actividad científica, afirmamos que Unanue miraba la ciencia como un saber natural (contraído al mundo) y aplicado, es decir, eminentemente encaminado a la obtención de ciertos efectos; hecho que también vale para su propia reflexión gnoseológica.
7. La filosofía es concebida de dos modos principales: como ciencia y como saber sui géneris, es decir, con un campo propio de objetos y

problemas y con metodología propia. Se transparenta en todos los textos, sin embargo, una actitud de preferencia hacia el primer concepto, que deberá subrayar insistentemente la fecundidad y solidez del filósofo científico.

8. La mención de la naturaleza lleva, también, a una pluralidad de conceptos. Pueden distinguirse hasta siete: naturaleza como esencia; naturaleza como lo previo al arte; naturaleza como lo opuesto a la especulación; naturaleza como el todo de la realidad; naturaleza como fuerza creadora; naturaleza como orden fenoménico y naturaleza como obra divina. Frente a esta dispersión de la idea de naturaleza hemos mostrado que puede llegarse a una unificación parcial por el análisis de las conexiones que los varios sentidos guardan entre sí. Por otra parte, un enfoque distinto de ella nos lo ofrece el examen del modo de pensar de Unanue y la remisión a un punto de partida vivencial en que hallan una conciliación subjetiva las oposiciones.
9. Las ideas religiosas de Unanue nos lo demuestran como un creyente sincero, calificación que reafirman los testimonios de la vida. Pero la articulación de esas ideas presenta rasgos de influencia de las modernas direcciones del pensamiento europeo, que matizan característicamente la imagen de su personalidad de hombre religioso.
10. Un resultado importante que es posible sacar del desarrollo de nuestro estudio, aunque no ha habido lugar en él para un enfoque detenido del tema, es el de la necesidad de determinar justamente el singular modo de pensar de nuestro autor, esto es, de explicitar la peculiaridad de su *lógica viva*. Las notas más saltantes de ella son: la ausencia de un encaramiento teórico de los temas propios de la filosofía, incluso de los directamente tocantes al objeto y al conocimiento naturales; la asunción múltiple de motivos del pensamiento teórico y del vulgar, de las nuevas corrientes científicas y filosóficas y de las doctrinas tradicionales, que constituyen elementos que convergen en un cuadro mental cuya raíz de unidad no es reflexiva, sino psicológica y biográfica.

Por último, el sello reactivo que presentan las expresiones y conceptos de Unanue, que evidencian el carácter circunstancial de buena parte de su pensamiento. Determina éste la multiplicación de significaciones «ocasionales» de los términos presentes en sus escritos y también la justificación relativa de la validez de los asertos.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

ANEXOS

Otros artículos



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Hipólito Unanue en la polémica sobre América*

El descubrimiento de América tuvo una honda repercusión en el desarrollo de los conocimientos científicos en la Europa moderna. No menor es su significación filosófica. Dentro del cuadro de las experiencias de que disponía el hombre en tránsito hacia la modernidad, la aparición de América representa el desvelamiento de una realidad inédita, de un nuevo ser que al punto se vio como el ser «natural» por antonomasia, entre los reales físico-sociales. En este sentido, el descubrimiento promovió una mirada teórica que, transida de sorpresa, alcanzaba a lo americano en cuanto presencia original, pero que al mismo tiempo, en un desplazamiento que coincidía con la proyección característica del espíritu renacentista, subrayaba en él su momento natural, el vasto margen de ahistoricidad que el Nuevo Mundo mostraba de manera imponente. Esta actitud desembocó en un replanteamiento radical de problemas centrales concernientes a la realidad en general, a la unidad espacio-temporal del orbe y, particularmente, al ser del hombre, cuyo perfil esencial parecía a punto de empañarse a la vista del caso americano.

A lo largo del período que abarca en la historia americana la dominación española, se mantuvo siempre viva la cuestión del ser americano, que resultaba cada vez más circunscrito por la experiencia, por el trato personal del científico, del funcionario y del trabajador, y se reiteró el enfoque naturalizador. Pero es en las postrimerías de esta etapa, en el siglo XVIII, cuando viene esa cuestión a cobrar inusitada fuerza, abriendo nuevas perspectivas a la reflexión, con oportunidad de la polémica ilustrada sobre la inmadurez de la naturaleza de América y la inferioridad de sus pobladores. El sentido de las tesis expresadas por el naturalista francés Buffon y por el abate alemán De Pauw, protagonistas de este

* Tomado de *Documenta*. Revista de la Sociedad Peruana de Historia, año II, n.º 1. Lima 1949-1950, pp. 395-413.

entredicho, llevaba a la descalificación o, cuando menos, a la mediatización de la realidad americana, y provocó, como nunca antes, una enérgica reacción en los círculos ilustrados hispanoamericanos que hacia fines del setecientos habían logrado consolidar su primado ideológico en la vida colonial.

En el Perú, Unanue es la más decidida voz que impugna la posición antiamericana. Coincidiendo con la estructura y el alcance doctrinario de la polémica, que si bien tiene un núcleo central «naturalista», deriva en más de un respecto hacia la problemática histórica, social y ética. La réplica de Unanue apunta directamente a los asertos de Buffon y De Pauw, pero no se circunscribe a ellos. De allí que pueda ser tomada como hilo conductor capaz de abrir el acceso a un horizonte vivencial más amplio, horizonte que ilumina una peculiar conciencia de tipo nacionalista. Este proceder no está fundado ciertamente en la suposición de que la intervención de Unanue en la polémica contra Buffon y De Pauw sea meramente episódica ni puede dar pie a ello, sino que se basa en la existencia de una estructuración de planos psíquicos que cubre una mayor extensión que la de la simple busca de objetividad y es más variada de lo que al principio se puede sospechar. Que la réplica de Unanue a los detractores europeos de América pueda tomarse como punto de partida para la comprensión cabal de su pensamiento a este nivel, debe entenderse aquí en el sentido de que esa réplica concreta, centrada en un núcleo de cuestiones científicas, nos proyecta hacia una problemática más radical, a la que aclara metódicamente, pero de la que recibe, a su vez, luz decisiva: la problemática tocante a su actitud frente a lo *nacional* como tal.¹

Consideremos en primer término la refutación de Unanue a Buffon y De Pauw. Una referencia incidental de la «Disertación sobre el aspecto cultivo, comercio y virtudes de la famosa planta del Perú nombrada coca», aparecida en 1794 en el *Mercurio Peruano*, nos introduce ya en la atmósfera polémica. Dice allí Unanue: «el transcurso del tiempo [...] ha hecho ver [...] que los indios no son irracionales, ni se degrada la parte del género humano transplantada de la Europa a la América».² El párrafo remite, por lo pronto, más allá del siglo XVIII, a la disputa anterior en dos

¹ Antonello Gerbi ha escrito entre nosotros un penetrante y documentado estudio sobre la polémica en torno a América (*Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, 3.ª ed. Lima, 1946) que nos ha sido de inapreciable utilidad para la redacción de este trabajo. En lo relativo a Unanue, Gerbi, sin embargo, insiste demasiado en las «ironías poéticas» que, como innegable recurso estilístico, ofrece la réplica de nuestro autor. Con ello, por desgracia empaña considerablemente la significación del aporte de Unanue y su comprensión, tanto más cuanto que Gerbi, como lo explica la índole de su estudio, no ha contemplado el alegato del médico peruano desde la perspectiva de su obra entera, que permite precisar los vínculos entre los momentos científicos y los políticos, sociales e históricos.

² *Mercurio Peruano* (citado en adelante con la sigla *MP*) n.º 375, p. 232.

centurias entre Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda acerca de la irracionalidad del indio americano,³ pero también a tesis más próximas a Unanue, que entroncan con las que provocaron la polémica del xvi a través de múltiples expresiones del pensamiento europeo y sus resonancias en el Nuevo Mundo, como ocurre, por ejemplo, con aquel lugar de Justo Lipsio («¿Qué pues iré al Nuevo Orbe?», se había preguntado el humanista belga al tratar de las universidades del mundo, respondiéndose: «En realidad de verdad allí reina la Barbarie») que había herido la susceptibilidad localista de Diego de León Pinelo en 1698.⁴ La alusión directa es otra. En la interlínea se presiente a Buffon que había hablado de una naturaleza americana inmadura y débil, subrayando la inferioridad física de los animales del Nuevo Mundo y la decadencia de los importados de Europa. Pero no sólo esto; el enjuiciamiento del sabio francés se había extendido al hombre indígena y explícitamente, por lo menos, al primitivo, a quien miraba como «un animal de premier rang», que no existía para la naturaleza más que como «un être sans conséquence, une espèce d'automate impuissant, incapable de la réformer ou de la feconder».⁵ Porque, pese a ocasionales reservas, Buffon incluía al hombre dentro de la valoración unitaria de la vida en la naturaleza americana:

Car, quoique le Sauvage du nouveau monde soit à peu près de même stature que l'homme de notre monde — había escrito él — cela ne suffit pas pour qu'il puisse faire une exception au fait général du rapetissement de la Nature vivante dans tout ce continent. Le Sauvage est foible & petit par les organes de la génération; il n'a ni poil, ni barbe & nulle ardeur pour sa femelle; quoi que plus léger que l'Européen parce qu'il a plus d'habitude à courir, il est cependant beaucoup moins fort de corps; il est aussi bien moins sensible, & cependant plus craintif & plus lâche; il n'a nulle vivacité, nulle activité dans l'âme...⁶

En la interlínea se insinúa otro nombre más, porque semejantes tesis, que resuenan en muchos otros escritos del siglo xviii (v. g., en la *Histoire Philosophique et politique des Établissements et du Commerce des*

³ Sobre la polémica en torno a la humanidad y la racionalidad del indio consúltese, Edmundo O'Gorman, «Sobre la naturaleza bestial del indio americano», *Filosofía y Letras*, n.º 1 y 2, México, 1941; y Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, 1935 y *La filosofía política en la conquista de América*, México, 1947.

⁴ *Hypomnema apogeticum pro regali Academia Limensi*. Trad. española de Luis Antonio Eguiguren, Lima, 1949, p. 38. Sobre los alcances de la posición antiamericana de Lipsio, cf. A. Gerbi: *Diego de León Pinelo contra Justo Lipsio. Una de las primeras polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Separata del n.º 2 de la revista *Fénix*, Lima, 1945.

⁵ Buffon, *Histoire Naturelle générale et particulière*. Quadrupèdes, t. III. París: Sansón, 1787, p.157.

⁶ *Ibid.*, p. 157.

Européens dans les deux Indes del abate Raynal, que Unanue conoce bien), habían sido llevadas a sus consecuencias extremas por otro publicista eclesiástico, el alemán Cornelio de Pauw, autor de unas *Recherches Philosophiques sur les Américains*, muy difundidas en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII.

Es precisamente a este último a quien Unanue, retomando el tema de la polémica, impugna en un trabajo posterior, el *Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao* (1801). En él sale Unanue en defensa de la autenticidad de los caminos incaicos, que De Pauw parecía haber negado no dando crédito en general a las afirmaciones de Garcilaso: «Mister Paw y algunos otros negaron la existencia de estos caminos». ⁷ Reproche que no parece infundado, bien que De Pauw no se haya referido explícitamente a dichos caminos, si nos atenemos al cuadro por demás apocado que el autor de las *Recherches* presenta de la ciudad del Cuzco y en general de la sociedad incaica. ⁸

Pero es en su libro principal, *Observaciones sobre el clima de Lima*, donde Unanue va a entrar más francamente a la liza contra ambos autores. El objeto central de sus objeciones es la pretendida inmadurez de la naturaleza viva en América y su explicación causal sobre la base de una humedad omniextendida y la frigidez consecuente. Para Buffon, la naturaleza americana era exuberante en tanto que húmeda, mas, por la misma causa, fría. Los animales padecían, como consecuencia de la acción de la humedad y la frigidez, una merma considerable de su vitalidad y su corpulencia. Por otra parte, era sintomática en el nuevo continente la proliferación de reptiles e insectos, animales de una cierta filiación «pantanosos» o «húmedos», apropiados pobladores de una tierra donde «tout se corrompt, tout s'étouffe». ⁹ El hombre, como hemos visto, no constituía excepción de monta a esta regla universal. En todo caso, si él era por su esencia un ser superior, parecía permanecer aquí dentro de los límites de la «naturaleza», por virtud del imperio de una constelación de condiciones naturales que amenguaba sus posibilidades de ser histórico,

⁷ *Obras científicas y literarias*, Barcelona, 1914 (citadas en adelante con *Ob.*), t. II, p. 186, nota 1. En el artículo «Idea general de los monumentos del antiguo Perú» (*MP*, n.º 22, p. 205), habíase ya referido Unanue a una negación semejante, vinculada también a la lectura de Garcilaso. Dice allí: «Los autores de la *Enciclopedia*, en el artículo «América», niegan haber en el Perú tal vereda. No hay otro modo de convencerlos sino que hagan un viaje, y verán los restos suntuosos que nos han quedado. Quisiéramos que unos filósofos que se glorian de tener por Patria a todo el mundo, no fuesen tan falaces y enemigos de la verdad, desnudándose de las preocupaciones nacionales cuando leen a Garcilaso, a quien levantan mil testimonios». Este artículo es, por otra parte, el más extenso y sistemático ensayo proindígena de Unanue, si bien menudean en toda su obra juicios favorables a la cultura antigua del Perú y al hombre aborigen.

⁸ *Recherches*. Berlín, 1770, t. II, pp. 183-186. Cf. Gerbi, *op. cit.*, p. 55.

⁹ Buffon, *op. cit.*, p. 164.

como lo ponía bien de manifiesto el carácter rudimentario de la lengua, las artes y la sociedad indígenas.¹⁰ A su turno, De Pauw resaltaba también la humedad y la frigidez del clima y sus consecuencias negativas. Pero en él, la idea de inmadurez se substituía por otra más decisiva, la de degeneración, aplicada francamente al hombre, sin que valieran aquí siquiera los reparos laterales que había expresado Buffon.¹¹

Así planteada la situación, en las *Observaciones* Unanue encara en primer término el valor lógico de los asertos de De Pauw sobre la frigidez del suelo americano: «La frialdad destructiva de la vegetación, que M. Pauw asegura hay en nuestro suelo, por haber leído en Guillermo Pison que en el Brasil los árboles echaban las raíces someras y en circunferencia, es una de aquellas deducciones hijas de la preocupación e ignorancia». ¹² La referencia documental señala una base de experiencia, aunque mediata, en que se sustenta el aserto de De Pauw. Sin embargo, el examen de las conclusiones a que se llega partiendo de la observación primera revela en la afirmación depauwiana, por lo pronto, un vicio dialéctico de enorme trascendencia, el de la generalización precipitada, que vale casi tanto como libre construcción; es decir, precisamente, la tacha que el espíritu ilustrado consideraba decisiva en su descalificación del saber metafísico, porque para él una *experiencia* cuidadosamente controlada y elaborada por la razón era la sola vía metódica practicable si se quería alcanzar un sistema de conocimientos riguroso y fecundo. De Pauw se aparta de la crítica cautelosa cuando proyecta una observación efectiva, pero restringida, más allá de su esfera de validez, y generaliza simplistamente a un horizonte amplísimo aquellos fenómenos y aquellas condiciones causales, que la experiencia exigía delimitar cuidadosamente. Allí donde se trataba de un caso específico de desarrollo de determinado vegetal bajo la acción de un clima también determinado, De Pauw veía la acción general de un supuesto factor «destructivo» de la vegetación de este hemisferio. Frente a ello, Unanue puntualiza: «Estos cuerpos organizados mantienen en los terrenos fuertes, húmedos y sombríos, sus raíces próximas a la superficie, porque en ésta encuentran demasiados jugos que los nutran, penetran con dificultad la tierra y por consiguiente perciben poco el calor e influencia solar». ¹³ Por otra parte, toda vez que la variación de las condiciones causales ha de producir una variación concomitante de los efectos: «en los terrenos secos, cascajosos y areniscos, en que las humedades se hallan a distancia de la

¹⁰ *Ibid.*, pp. 165-166.

¹¹ *Ibid.*, p. 123. Buffon defendió incluso la dignidad de las culturas indígenas frente al desmedido ataque de De Pauw. Cf. Gerbi, *op. cit.*, p. 55, nota 3; y *Recherches*, t. V, p. 23.

¹² *Observaciones*, 2.ª edición. Madrid, 1915, p. 49. Cf. *Recherches*, t. I, p. 9, en donde se hace la respectiva mención de Pison.

¹³ *Op. cit.*, p. 50.

superficie, (las plantas) sepultan sus raíces profundamente, siguiendo las direcciones que les permiten los obstáculos que encuentran, hasta llegar a las aguas subterráneas y nutrirse de ellas». ¹⁴ Puesto que una y otra clase de terrenos y una y otra clase de plantas, que determinan procedimientos especiales de cultivo, existen en el Perú (de tal manera que para refutar la afirmación de De Pauw no hace falta siquiera recurrir a la observación de la América entera), ¹⁵ Unanue puede denunciar en los asertos del alemán: primero, la defectuosa base empírica presentada como sustento, que sólo alcanza a circunscritas zonas geográficas, y aún indirectamente; segundo, el vicio lógico que entraña el tratamiento de esta fuente experimental misma. Así lo hace ya en el párrafo citado líneas arriba, en que, al lado de la *ignorancia* (limitación del dato), pone nuestro autor la *deducción* (elaboración falseada del mismo) como fuente de la invalidez de las tesis del abate. Pero más explícitamente aún en párrafos posteriores de las *Observaciones*: «Como no solo en la inmensa extensión de la zona ardiente, sino aun en sus pequeños recintos, se encuentran variedad de estos y otros terrenos, es una falta de juicio y raciocinio querer caracterizar un país dilatado por lo que se observa en algunas de sus partes: tómesese la observación en el sentido que se tomare». ¹⁶ Con ello no terminan, sin embargo, las objeciones. Si el primer reparo de «ignorancia» parecía tener el sentido de una limitación de la experiencia, Unanue avanza unos pasos adelante en la réplica y reprocha a De Pauw una ignorancia más radical aún, que invalida la verdad misma del dato aducido antes como fundamento. Es que la frialdad de la tierra americana se convierte, a la luz de una fiel observación, en la presencia de una poderosa reserva de calor telúrico en este continente. Esto se comprueba en el examen de las condiciones que hacen posible el crecimiento de especies vegetales en la gran altitud del Ande peruano: «[...] la altura a que se sostiene nuestra vegetación — afirma Unanue — convence lo quimérico de aquella supuesta frialdad y la superabundancia de calor en el terreno. A los 9,585 pies de elevación sobre el nivel del mar no pueden vivir las plantas en los Alpes; cuando en los Andes vegetan todavía a los 14,697». ¹⁷ De Pauw, puede concluirse, desconoce pues, en última instancia, la real distribución de las condiciones naturales en América y sus nexos íntimos.

La argumentación de Unanue ha cumplido así su objeto; mas observamos que, al mismo tiempo, se ha producido un cambio de enfoque

¹⁴ *Ibid.*.

¹⁵ Unanue aprovecha la coyuntura que le ofrece al referirse a los varios terrenos peruanos y a su cultivo para ponderar la pericia agrícola de los antiguos peruanos, ponderación que tiene aquí una innegable resonancia polémica (*op. cit.*, p. 50, nota 1).

¹⁶ *Op. cit.*, p. 51.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 51.

importantísimo, porque, por obra de la refutación de los asertos depauwianos, la naturaleza peruana —y con ella la americana— ha pasado de la situación de instancia por justificar a la de una realidad jerárquicamente superior, insinuándose una primacía, que más adelante hemos de ver sostener a Unanue en lo tocante a otros aspectos de América. Aquí, esta inversión de posiciones se cumple en el plano físico. Un cuadro comparativo de los efectos de la acción de la naturaleza en el viejo y nuevo continente parece arrojar, según Unanue, los siguientes resultados. Prevalciendo análogos y propicias condiciones geográficas, la naturaleza americana se muestra tan pródiga como la europea si no es que más, pues en la latitud y a la altura de Lima es posible hallar «uno de aquellos lugares en que parece que la naturaleza se excede a sí misma». ¹⁸ En circunstancias negativas para el buen desarrollo de la vida y dispares por lo que toca al alcance de los factores adversos, que en América son mayores, la naturaleza de este continente da muestras de una vitalidad asombrosa que supera todo lo que puede imaginarse en el antiguo. Por eso, invocando a Voltaire, puede decir Unanue: «A la altura en que el viejo de Ferneí veía expirar la naturaleza en los Alpes: *Je retourne à ces montes qui menacent les Cieux. A ces antres glacés, où la Nature expira, la veía Bouguer en los Andes en todo su vigor y lozanía, Je croyai voir la France et les campagnes dans l'état où elles sont ici pendant la plus belle saison*». ¹⁹

Esta naturaleza fecunda y multiforme es, por lo pronto, la vegetal. Su valorización polémica era exigida por el alcance de los juicios de De Pauw, quien, a diferencia de Buffon, la había hecho objeto también de sus ataques. La contestación de Unanue centrada en esa defensa, luego de cumplir su objetivo dialéctico, va a servir, sin embargo, de punto de partida para la réplica a la objeción más grave hecha contra la naturaleza americana no sólo por De Pauw, sino también y centralmente, como sabemos, por Buffon: la de la inferioridad de su fauna. En esta perspectiva, Unanue encara en las *Observaciones* a este último, munido de una suerte de principio natural, el de la íntima vinculación entre la vida animal y la vegetal. ²⁰ Si se acepta la exuberancia de la flora americana, como lo había hecho el naturalista francés, ²¹ no puede menos de seguirse de ello la tesis de la correlativa fortaleza del reino animal. Un poco olvidando este nexo, Buffon había sentado varias proposiciones respecto de la fauna americana que Unanue resume así: «1º los animales que son comunes al antiguo y nuevo continente son más corpulentos en el primero que en el segundo; 2º los

¹⁸ *Op. cit.*, p. 53.

¹⁹ *Op. cit.*, pp. 52-53.

²⁰ «[P]orque está observado que el reino vegetal y animal se vitaliza mutuamente» (*op. cit.*, p. 54. Ver, asimismo, p. 59).

²¹ V. g., a propósito de la relación de humedad y vegetación copiosa en la *Histoire Naturelle*, p. 163.

animales indígenas del nuevo hemisferio son menores que los aborígenes del antiguo; 3° las especies de animales domésticos trasplantados de la Europa han degenerado en América; 4° esta parte de la tierra ofrece pocas familias que le sean peculiares». ²² Pero si se repara en el vínculo que une al reino vegetal con el animal y en la fuerza americana del primero, se hace evidente que hay que rectificar esas aseveraciones: «De esta controversia — expresa Unanue — resulta la consecuencia justa y necesaria, de que dependiendo el reino animal del reino vegetal, cuyas producciones alimentan sus individuos, el número y tamaño de éstos se hallan en proporción con la feracidad y vigor de las plantas que los nutren». ²³ La cuestión de la fortaleza de los animales americanos debe replantearse entonces desde la perspectiva del nexo entre flora y fauna. Ella ha de enfocarse, además, subrayando el primario vínculo entre el ser vivo y su medio, como lo aconseja la cautela del investigador empírico que usa de un consecuente relativismo como arma contra los excesos dialécticos, contra el vacío y abstracto saber especulativo. ²⁴

Una función explicativa concordante cumple el concepto, central en la obra de Unanue, de influencia del clima. Tocando éste precisamente a un sistema de modificaciones de la estructura animal sujetas a regla, debe ser el llamado a poner en claro científicamente la supuesta degeneración de la fauna americana. Ahora bien, Unanue sostiene francamente la acción modificadora del clima, pero no acepta que ella cohoneste la afirmación de un general debilitamiento y mengua del organismo vivo en este continente. Un juego preciso de relaciones y de compensaciones concomitantes debe ser substituido a esa formulación general. En América, como en el Perú, la humedad, la frialdad, el calor y la altitud están distribuidos de manera varia. Por consiguiente, el investigador se tropieza con un vasto repertorio de experiencias tocantes a la influencia climática. Percibe que si, de una parte, como efecto de la humedad ambiente, los animales domésticos de Lima parecen ser «de condición más tratable, o ya sea más poltrones que los de Europa», ²⁵ los de la parte alta del Perú muestran una singular braveza. ²⁶ Al igual que aquella diferen-

²² *Observaciones*, p. 59. Ver Buffón, *op. cit.*, p. 156.

²³ *Op. cit.*, p. 59.

²⁴ «[E]ncontrándose en uno y otro hemisferio dilatadísimas llanuras cubiertas de abundantes pastos, y también regiones pobres y estériles, se exceden mutuamente en el grandor y número y hermosura de bestias, según la extensión y fecundidad de los prados y bosques que se comparan» (*op. cit.*, pp. 59-60; las cursivas son nuestras).

²⁵ *Op. cit.*, p. 82.

²⁶ «Si se comparan los perros que se crían sueltos en esta Ciudad con los que tienen igual libertad en las Ciudades del alto Perú, se verá que los primeros son perezosísimos e indiferentes a todo, y que cualquier persona por desconocida que sea pasa sobre ellos con toda seguridad; mientras que con los segundos es necesario andar con cuidado, porque acometen a todo el que no sea de su conocimiento y amistad» (*op. cit.*, p. 66).

cia, la siguiente pone también una barrera a la descalificación a rajatabla del animal americano y obliga a precisar matices en los relativos nexos causales y sus efectos: «Los caballos, burros y vacas, lo mismo que el hombre, son de pequeña estatura en lo alto de la cordillera porque el frío no les permite crecer... Por el contrario, en los valles y costas, donde a beneficio del calor se desarrollan con facilidad los miembros, estos cuadrúpedos son corpulentos y gallardos».²⁷

Observemos más de cerca el procedimiento seguido en esta parte de la réplica. En primer término, se acepta la acción modificadora y aun amenguadora de la humedad y del frío pero, al mismo tiempo, se distribuyen cuidadosamente los efectos, que no siempre pertenecen a una misma serie causal, porque, v. g., la pereza del animal doméstico costeño, causada por la humedad, no se presenta acompañada de disminución de dimensiones, mientras que en los animales de tiro o el ganado lanar o vacuno, que se crían en la misma costa, ocurre, por el contrario, un acrecentamiento de la vitalidad y corpulencia. Por otro lado, la frialdad del clima serrano es causa de empequeñecimiento en el ganado, pero también de braveza y actividad en los animales domésticos. Se acepta, pues, el supuesto de una modificación relativa al frío y a la humedad, pero se hila muy delgado en la presentación de los efectos en la experiencia y se descubre que frialdad y humedad no se vinculan tan estrechamente como parece suponer la tesis buffoniana. En segundo lugar, estas particulares relaciones causales son examinadas con mayor exactitud en su distribución real en la geografía peruana y americana, de tal manera que se hace posible afirmar que coexisten diversas constelaciones de causas y efectos distribuidos a lo largo del continente, valiendo para cada una de ellas las particulares relaciones, mencionadas antes, de frialdad, humedad, altitud, así como las de tierra, flora y fauna. Por último, la aceptación de ciertos efectos negativos en los animales americanos es sólo en apariencia acuerdo con una desvaloración (bien que parcial) de su naturaleza, pues Unanue resalta la función defensiva que desempeñan las características físicas del animal y del hombre andino, afirmando implícitamente la existencia de una íntima potencia defensiva y de un vigor vital que permiten superar el ambiente allí donde él se muestra más inclemente y donde un animal débil o degenerado hubiera perecido. Con lo que se produce otra vez, y con matices no del todo dispares, esa particular inversión de posiciones que vimos aflorar en la réplica a De Pauw, donde la defensa victoriosa se tornó exaltación y descubrimiento de una singular primacía óptica.

Vengamos ahora a la caracterización del hombre peruano, del indio en especial. Aunque pudiera suponerse «justificado» implícitamente en

²⁷ *Observaciones*, p. 64.

la revaloración de la naturaleza americana como un todo, su dignidad ontológica, por una parte, y, por otra, ciertas importantes determinaciones típicas que le convienen en América, llevan a Unanue a tocar el tema. Y Unanue lo toca precisamente en el aspecto más preñado de consecuencias, el de la influencia del clima que, hasta cierto punto, parecía compadecerse de la caracterización «natural» del hombre americano en que habían insistido Buffon y De Pauw. No sólo esto, sino que nuestro autor acepta como factor centralmente determinante de la conformación física y espiritual del habitante peruano la humedad ambiente. Por esta acción causal, que él mismo, olvidando las exigencias de localización, parece extender a todo el Perú, el indígena es débil corporalmente y de alma melancólica, y así como éste las «varias naciones que han venido a poblar a Lima y resto del Perú después de su conquista». ²⁸ De acuerdo con Buffon, Unanue piensa que, a causa del influjo debilitador de la humedad atmosférica, la fuerza física del indio se ve amenguada y su propensión al ocio acrecentada. A ellas corresponde en la psique indígena ese íntimo tono acongojado de que están transidas su conducta personal y las manifestaciones de su cultura, producto del paisaje, sombrío como los vapores que cubren el cielo. Sin embargo, en esta misma condición estriban las virtudes del hombre peruano, y resaltarlas es misión del justo análisis particularizador. Su ciencia fisiológica le enseña a Unanue que por la acción de la humedad ocurre un debilitamiento del sistema nervioso que redundan en fuerza de sensibilidad, en agudeza perceptiva:

Es propiedad de los nervios débiles — explica — ser movibles, y afectarse con el menor grado de excitamiento de un modo convulsivo, fuerte y tenaz [...] El espíritu de animación o vitalidad, que si no es el fuego se aviva con él, debe en estas regiones calurosas pasar con fuerza e iluminadas al alma las palabras con que le habla el sentido. Este vigor de expresión hace que el alma atienda, aun cuando está distraída. Con la fuerza y novedad de las representaciones se fija sobre ellas, las ve por todos lados, y entonces nacen nuevas relaciones, que la hacen descubrir y comparar otros objetos que se presentan por asociación: los coteja, y entre sus simpatías y contrastes, se va penetrando de su objeto, dándole nueva luz, y color distinto del que anima el original; pero que compete con él mismo al volverle al mundo por la palabra o el pincel. ²⁹

Precisa destacar aquí lo siguiente: el instrumento de la explicación causal es utilizado contra Buffon, De Pauw y compañía (quienes a pesar de no ser citados son innegablemente el objetivo final del alegato), partiendo de un primer punto de contacto. Aceptada la influencia de un

²⁸ *Observaciones*, p. 137.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 101-102.

factor como la humedad, y determinándose correlativamente que su presencia no excluye la del calor, se puntualizan las conexiones causales, como ocurrió en el caso de la crítica de la descalificación de los animales americanos, con el fin de distribuir los efectos con la mayor objetividad. Junto a ello se establecen dos afirmaciones decisivas. La primera es que el hombre participa de un «espíritu racional que está igualmente distribuido en todas las partes de la tierra»,³⁰ lo que lo hace capaz de adelantamiento racional en todas las latitudes, tocando las diferencias sólo a la celeridad de él, que es menor en los lugares cálidos y helados. La segunda es que el escenario americano parece corresponder para Unanue al de los lugares templados, y en ellos, supuesta «la igualdad de proporciones sólo se exceden los hombres en ejercer en unas partes ciertas facultades mejor que otras por las influencias del clima».³¹

Ateniéndose a esta triple determinación: que los efectos del clima se distribuyen de manera relativa, según las circunstancias geográficas; que el hombre posee un estructura invariante que lo libra de las transformaciones esenciales y que el clima de este hemisferio es templado, Unanue puede precisar los rasgos diferenciales del habitante de América. Si la solidez del pensamiento y el descubrimiento de verdades que piden reflexión sobresale en los europeos, «a los que nacen en este Nuevo Mundo ha tocado el privilegio de ejercer con superioridad la imaginación, y descubrir cuanto depende de la comparación».³² Señalando de modo preciso la constelación de factores climáticos que definen el ambiente americano y peruano, y el primado de la humedad, Unanue establece un justo equilibrio en la valoración y destaca como efecto característico del clima americano sobre el hombre la acuidad perceptiva y la fuerza de otras funciones concomitantes. La humedad provee al peruano y al americano de un aparato receptor de excepcional finura (recordemos que Buffon había negado sensibilidad y vivacidad al aborigen) que, aunque su principal núcleo activo es sensible-imaginativo, manifiesta un apreciable alcance gnoseológico, toda vez que la atención depende de él y

³⁰ *Op. cit.*, pp. 96-97. Buffon, sujetándose a los dictados de la tradición, pero también del racionalismo dieciochesco, había opinado de manera parecida, mas en la práctica parecía no acordarse de la igualdad humana. Unanue sabe mirar con ironía la valoración propicia al europeo, esas «ideas curiosas y brillantes que parecen fortalecidas por la experiencia en estos siglos» y que «arruinan de un golpe de mano, y privan a las otras tres partes de la tierra de lo más caro en el hombre, la belleza en el cuerpo, y el talento en el alma» (*op. cit.*, p. 90 y ss.). La réplica no utiliza, sin embargo, una concepción llanamente relativista, que podía aprenderse desde antiguo en el pensamiento europeo, pues ya Jenófanes, en el siglo v, había criticado la pretendida superioridad de los modelos europeos en estimativa, sino que, de una parte, afirma la existencia de una y la misma belleza y talento en todos los pueblos de la tierra y, de otra, recurre a una suerte de relativismo histórico que enseña la inestabilidad del primado de los pueblos en la conducción de la cultura.

³¹ *Op. cit.*, p. 97.

³² *Ibid.*, p. 97.

ésta es uno de los pilares de la ciencia. Tal venturosa debilidad explica ciertos fenómenos de precocidad que ocurren frecuentemente en América y también otros de longevo vigor mental que parecen menos reconocidos por los críticos extranjeros, dispuestos siempre a subrayar el momento de decadencia.³³ La actividad artística es, sin embargo, la esfera en la que esta constitución logra sus más apreciables frutos. De allí la asombrosa elocuencia de los indígenas, que admiró a más de un viajero³⁴ y, sobre todo, su «destreza y pericia en la escultura y pintura, y sin más enseñanza que su genio». Y en la creación escultórica, sostiene Unanue a continuación, «hay en México, Quito y el Cuzco una multitud de artistas capaces de competir con los más provecos de Europa, y también de superarlos si tuvieran la instrucción que éstos reciben».³⁵

Se ha hecho una referencia a la instrucción. Ella tiene una significación principal en el contexto de la réplica. El hombre americano, el indio, el criollo o el mestizo, en cuanto ser psicofísico, pese a todos los reales efectos del clima, está lejos de encarnar esa pobre humanidad degenerada y endeble que habían descubierto los críticos europeos. Si es débil corporalmente, ello, aparte de que no puede entenderse como una ineptitud para el trabajo físico (allí están los monumentos incaicos para demostrar lo contrario), determina un complejo apreciable de disposiciones para la empresa intelectual, una inexplorada virtualidad que ya en sus realizaciones ingenuas es digna de admiración. ¿Qué ocurrirá si se le instruye? El auxilio de la estructura de la educación ilustrada llevará entonces muy lejos sus posibilidades. Lo cual significa que si la naturaleza americana por sí sola exige ser exaltada, más aún lo será con la cultura, la naturaleza con el apoyo de la razón, pues si a la postre algún defecto ostenta el hombre en este Nuevo Mundo — cuyo ser es función de futuro — es su falta de una historia consecuente, de una historia concebida como progresiva realización de la racionalidad.

³³ *Op. cit.*, p. 103. Aquí parece hallarse la base empírica de esa aptitud de los estudiantes peruanos para las matemáticas que más adelante (p. 178) exalta Unanue contra De Pauw, que había sostenido que Godin no halló en Lima quien le entendiese una lección de dichas disciplinas. De paso, se explica también el ocio indígena: «Quizá esta sensibilidad cooperará a fomentar la pereza de los indios; pues como opina el hermoso ingenio de Darwin, empleándose en las funciones de ella gran parte del espíritu de animación, falta para el fomento de los esfuerzos y ejercicios de la voluntad». *Ibid.*, p. 102, nota 11.

³⁴ Ver en la p. 98 de las *Observaciones*, las citas relativas a los araucanos y la arenga de Logán a lord Dumore. La virtud de la elocuencia da pábulo a una reafirmación del motivo polémico central, pues el sabio Sably (*Natural History of Man*), dice Unanue, la adujo para «establecer, que los salvajes son formados en alma y cuerpo sobre el mismo modelo que el *Homo Sapiens Europeanus*». En el mismo plano se sitúa el elogio de la capacidad legislativa de Manco Cápac que aparece en la p. 99.

³⁵ *Op. cit.*, p. 99. «Aquí en Lima, en el Colegio del Príncipe —agrega—, suelen verse muchachos indios aprendiendo a leer, que con un lápiz copian las estampas de Klauver tan perfectamente que es difícil descubrir un rasgo de diferencia».

La presencia de la historia nos remite así a otro plano de la concepción del ser de América. Es sobre el horizonte que se abre con él que cobran todo su sentido los particulares desarrollos de la argumentación antibuffoniana y antidepauwiana. Porque, gracias a este segundo plano, tomamos conciencia de que el motivo rector de la polémica no estriba simplemente en la defensa de los fueros de la «objetividad» de lo americano, tal como la experiencia lo pone al descubierto, sino que apunta a un *ideal*: América como entidad natural e histórica, que exige para ella un lugar eminente y una misión en la historia universal. Se ve claro que el sentido último de esta actitud es la manifestación ya franca de un sentimiento americanocentrista, contraparte del europeocentrismo tradicional, que no habían podido superar definitivamente los brotes de relativismo historicista presentes aquí y allá en el pensamiento del XVIII — localismo con pretensiones de universalidad que tampoco en Unanue es superado, no obstante la decisiva posición valorativa en que se encuentra el criollo, e incluso pese a su efectivo y múltiple uso del tipo relativista de enjuiciamiento.

La presencia de semejante *ideal* de América puede reconocerse a varias alturas, yendo de lo natural a lo histórico, a lo largo de toda la obra. En primer lugar, condiciona él una estimación peculiar de la geografía americana, por mediación de la peruana. Porque, para Unanue, el Perú, a causa de la irregularidad de su topografía, posee una significación natural relevante en la economía del universo: «la Física — dice en el artículo «Geografía física del Perú» — requiere el equilibrio del globo terráqueo; la Náutica niega la existencia de nuevos continentes más allá del Cabo de Hornos; el océano no puede recompensar su defecto; la Cordillera del Perú es la mayor y la más elevada de la tierra, y las masas que la componen, las más sólidas y pesadas; luego el Perú es el que arregla y mantiene el equilibrio de ésta». Pero no sólo dentro de semejante coyuntura mecánica, sino también por la riqueza de su naturaleza es excepcional, para la ingenua exaltación de Unanue, la posición del Perú, toda vez que en él «compendia la pródiga mano de la Naturaleza cuantas producciones ha esparcido en los vastos países que están a la otra parte del Ecuador; el Perú en quien reuniendo dos diferentes Mundos se ha erigido un templo digno de su inmensidad...».³⁶ En segundo lugar, condiciona un resaltar la posición del Perú y América como privilegiada, en tanto que ellos son desde el descubrimiento motor efectivo del desarrollo de la cultura occidental, en lo que concierne al acrecentamiento de la riqueza de Europa y a la ampliación de sus horizontes de conocimiento. «Verdad es que después del descubrimiento del Nuevo Mundo — escribe Unanue en el «Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao» — ha adquirido aquella

³⁶ MP, n.º 106, p. 26.

parte del antiguo un aire de grandeza en la cultura y poder a que no llegaron los latinos, ni aun imaginaron los griegos, facundos en pinturas portentosas. Esta feliz mutación, debida a las riquezas de América — aquí el toque polémico — desagrada a algunos indigentes filósofos y estadistas que tienen la desgracia de no participarlas».³⁷

Pese a que en estos textos la conciencia de una significación original de América surge más a la luz, podría decirse que todavía permanece dentro de los linderos de una mediatización de la capacidad creadora del hombre americano. Otros testimonios, sin embargo, adelantarán en la dirección de una actitud más decidida de autovaloración, de la que es correlativo un severo enjuiciamiento de la civilización europea. Juega entonces el papel central una América «ilustrada» (con los matices de racionalidad, legalidad y espíritu liberal que incluye la calificación en la época) que surge ya en los escritos de la etapa virreinal de la obra de Unanue y va afirmándose y tomando caracteres más notorios y más vastos alcances en los pródromos de la revolución de la Independencia, hasta desplegarse abiertamente en los años de la República. De esta actitud no es ajeno el espíritu del relativismo histórico. En la *Prelusión a un examen de geografía*, rasgos de algo que muy lejanamente podemos llamar tipología cultural vienen a completar la aparición de la nueva idea de América. Dirigiéndose al examinando, Unanue expresa allí: «Nos presentas en las líneas de tus tablas el cuadro magnífico de Europa, donde cada río, cada monte, cada selva, están rodeados de los laureles de la victoria, los trofeos de la sabiduría o los monumentos de la industria; el prospecto alhagüeno (sic) del Asia, destinada a la molicie de la vida humana entre los aromas olorosos y las fragantes resinas; el melancólico y solitario diseño de las ruinas de África tristes escombros de su antiguo esplendor. Describidnos, pues, esta parte del Nuevo Mundo, que habitamos, estos países, cuna de los legisladores de más nombradía que no ha transmitido la historia antigua».³⁸ Frente a la vieja imagen de Asia como lugar de molicie (que se encuentra ya en Herodoto), y a la también antigua del África decaída, vemos a Europa presentada como tierra de la sabiduría y de la industria, pero también de las hazañas guerreras. Y esto último no accidentalmente y sin consecuencias, si tenemos presentes las resonancias de la vida guerrera en la valoración dieciochesca y su contraste con la vida civil. Apunta allí una oposición que se perfila más nítidamente en el «Elogio histórico del señor don Antonio de Pineda y

³⁷ *Op. cit.*, t. II, p. 183.

³⁸ Esta caracterización se encuentra en parte, en las *Observaciones* (p. 89), aunque allí ella es presentada por Unanue como producto de la actitud europeocentrista. Más adelante, Unanue rectifica la suposición de que las artes y las ciencias sean una exclusiva del hombre europeo (p. 90 y ss.).

Ramírez», en donde Europa aparece en el plan de hacer méritos civiles por medio de un reciente impulso filantrópico, que contrasta con una consuetudinaria inclinación al despotismo y a la conquista:

Se lamentaba un filósofo digno de ese título que los robustos pinos de que la naturaleza había proveído al hombre, para que navegando en ellos se una al otro continente, se facilitase el comercio de entrambos, se auxiliasen mutuamente con sus producciones y riquezas, y de todo el mundo se formase una sola sociedad de hermanos: el Europeo los había convertido en etnias que llevaban el estruendo, la desolación y la miseria a las infelices costas del Asia y de la América. Pero las expediciones científicas deben borrar las tristes memorias de las expediciones de sangre...». ³⁹

Años más tarde, culminando este proceso al amparo de la nueva situación política, la crítica a Europa ya no se recata: «La tierra del continente antiguo — dice Unanue en un discurso de 1826 — gime oprimida por el enorme peso de los monumentos y edificios colosales que la humillación y el temor levantaron a los tiranos que la hicieron rregar (sic) de lágrimas y de sangre». ⁴⁰ A su lado, la historia militar de América tiene un sentido liberador, y es presentada en éste y otros escritos de la época como la consecuencia del espíritu de justicia y tolerancia que reconoce en el nuevo continente algo así como su lugar natural. ⁴¹

La proyección hacia el futuro es preponderante en esta valoración de la historia americana, pero no anula la afirmación de un ser actual valioso en su vida social y, además, de una superioridad jerárquica respecto de las formas históricas de la convivencia europea. Con ello ocurre, por tercera vez — los pasos anteriores fueron los de la naturaleza y el hombre —, una inversión de posiciones que lleva de la defensa a la justificación por lo normal y de allí a la exaltación. Con peculiar circunstancia, en este último caso de que la mera «justificación» y de modo eminente la anteposición de la historia americana significan el mentís decisivo dado a los asertos europeos respecto de América, a ese peculiar enfoque naturalizador que caracterizó a la mirada del hombre occidental sobre el nuevo continente desde la aurora del descubrimiento. Ahora aparece América como historia también y como cultura que ha alcanzado un

³⁹ *MP*, n.º 28, p. 25. El filósofo citado es Bernardin de Saint Pierre. No olvidemos tampoco la connotación del concepto ilustrado de filósofo que implica tanto un momento descriptivo como uno estimativo.

⁴⁰ «Alocución del Señor Presidente del Supremo Consejo de Gobierno en la inauguración del monumento a Bolívar», citado según *La Facultad de Medicina de Lima* por Hermilio Valdizán (t. II. Lima, 1928, p. 119).

⁴¹ Cf. «Memoria del señor Ministro de Estado en el Departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores al Congreso Nacional», *Obras*, t. II, p. 388.

primerísimo grado de ilustración, pues si en cuanto al contenido de sus manifestaciones ella espera ser perfeccionada, posee ya los elementos formales para el mayor progreso racional concebible.

* * *

Volvamos la vista a lo anterior. Se nos ha hecho patente que la réplica de Unanue a Buffon y De Pauw no es un acontecimiento aislado dentro de su obra. Él halla eco en una valoración más amplia de la naturaleza americana, a la que se asigna una significación central en la economía del universo físico y se mira como portadora de una potencia vital superior y como promotora del desarrollo de la cultura occidental y de la prosperidad de las naciones europeas. Esa réplica se coordina, además, con una exaltación del hombre americano que en sus momentos extremos tiene el sentido de un enfrentamiento de la cultura europea y la americana, según el cual la primera aparece como el escenario de una aventura frustrada de la razón, pese a los evidentes logros racionales que ella muestra, y la segunda, como hogar de la libertad y de la tolerancia, prendas de la humanidad racional, ante las que se abre un horizonte promisorio en las nuevas tierras.

Visto más de cerca, este juego de planos espirituales, esta peculiar estructura de conciencia, muestra tres series diversas de instancias. La primera es la del desarrollo histórico del motivo nacionalista, que partiendo de la defensa de la naturaleza americana, en una actitud cognoscitiva, aboca a la exaltación del hombre histórico de América en el futuro (aunque no sólo en él) y a la afirmación de una misión universal de este continente. La segunda es la de la estructuración ideológica de los mismos motivos, según la cual desde el centro de la polémica científica se despliegan, por así decirlo, los momentos de la exaltación de la naturaleza de América y de la ponderación de su hombre y su historia, de tal suerte que el tema de la polémica viene a ser iluminado desde el horizonte de una más amplia actitud frente a la naturaleza y frente a la historia y, por último, frente a ambas como un todo. La tercera es la de los tipos de posición cognoscitiva que se hacen presentes en el tratamiento de los motivos anteriores. Coexisten en él, se mezclan y se oponen mutuamente de una manera peculiar, el tipo de consideración universalista y el historicista. Aquél, en la afirmación de una humanidad esencialmente unitaria y en el supuesto de una misión universal de la naturaleza y de la historia americana. Éste, en la crítica de la descalificación europea de la realidad del Nuevo Mundo, que sólo podía llevar a cabo una conciencia proyectada hacia lo diferencial, hacia el momento de relatividad y de particularización de lo histórico y de lo natural. Lo que

nos muestra a Unanue cabalgando a horcajadas entre el imperio de la razón universal ilustrada y la nueva sensibilidad relativista; entre esa actitud que condiciona a un tiempo la identificación de los hombres en un ser esencial primario y las valoraciones proyectadas hacia un polo (sea el de Europa, sea el de América), y esa otra actitud que se centra en la mirada hacia lo concreto y es sensible a la viva riqueza de matices y diferencias reales.

Señalamos, por último, que la posición de Unanue no puede concebirse todavía como la expresión de una cabal conciencia de tipo nacionalista o americanista, en el sentido que lo son los movimientos posteriores que han afirmado la autonomía del destino de América y su capacidad creativa de nuevas formas de vida histórica. Representa, sin embargo, la primera fase de ese impulso hacia la independencia cultural que tan vehementemente tomó a su cargo el pensamiento hispanoamericano del siglo XIX, llevado casi siempre a juzgar las limitaciones de la existencia en torno como residuos de una herencia que era preciso cancelar.





Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Un tema de Unanue*

Quisiéramos llamar la atención aquí sobre un tema de Unanue, el tema de la razón. Esta asociación de un motivo tan definitivamente filosófico como el de la razón y un médico que no ha hecho profesión de filósofo como Unanue, puede parecer sorprendente. Y así lo será mientras no nos habituemos a comprender la obra de un pensador en función de la atmósfera cultural de su siglo, a medirlo con sus propias unidades espirituales, y mientras no aprendamos a subrayar la importancia que para la historia de las ideas tienen los temas implícitos. La comparación de un pensador, filósofo o científico, de nuestros días con, v. g., un ilustrado del siglo XVIII, es engañosa y entorpece la comprensión justa del trabajo de éste si, como ocurre en la mayoría de los casos, el paralelo se establece tomando como criterio interpretativo el tipo espiritual del pensador actual. Se pierden entonces los matices, las zonas de penumbra, las variaciones que enriquecen la imagen viva del hombre antiguo, pues, mientras su adaptación a los modos modernos los convierte en simples deformaciones o impurezas de un quehacer intelectual idealizado. Y es que la ciencia del siglo XVIII se mantiene muy en la vecindad del saber precientífico en más de un tema, se nutre de él y a él vuelve, formando zonas de confluencia en que la delimitación rigurosa de las instancias es impracticable. La fidelidad a estas regiones de penumbra es más necesaria aún cuando se trata de investigar la historia de las ideas. A diferencia de la historia estricta de la filosofía o de la ciencia, atenta en lo fundamental a la conexión sistemática de los conceptos, la historia de las ideas busca poner al descubierto la significación de esos conceptos en la vida del hombre de una época, la imagen total del mundo que ellos conforman en fusión singular con otros elementos, afectivos y activos, tan influyentes y bien arraigados en el espíritu individual y colectivo como los teóricos.

* Tomado de *La Prensa*, Lima, viernes 13 de agosto de 1954.

El tema de la razón, a igual que otros muchos filosóficos, ha sido objeto del interés de Unanue. Es cierto que no encontramos en sus obras un enfoque directo y explícito de él, pero sí —y esto le confiere una importancia especial desde la perspectiva de la historia de las ideas— una abundante copia de puntos de vista parciales, de elaboraciones a medio camino, de determinaciones y de nociones no clarificadas que, con la fuerza de las ideas recibidas, dejan su huella en el conjunto del edificio teórico. No es esto una excepción en su obra, como no lo es en el pensamiento medio de la Ilustración.

A la vera de las corrientes filosóficas que continuando la tradición moderna alcanzan en el siglo XVIII decisivos logros dentro del campo de la crítica del conocimiento, una filosofía difusa y poco alerta en punto a análisis críticos, que bebe en las mismas fuentes de la modernidad, es aceptada y propagada por los círculos ilustrados. Ella tiene a la vista también la temática gnoseológica, pero esta temática es aquí tan reiteradamente aludida como poco clarificada en sus supuestos y consecuencias. El espíritu de esta filosofía se polariza, diríamos, en la atracción del tema y el aplazamiento de un abordaje preciso y directo.

La elaboración del conocimiento científico que se nutre en la experiencia, exige para Unanue la presencia de una potencia distinta de la simple receptividad sensorial, por cuyo funcionamiento la observación empírica se asegura y perfecciona: un instrumento que, como quería Diderot, siga el dictamen de la observación, pero que también la guíe a posteriori y supla sus insuficiencias. Unanue pide esta tarea a la razón. La razón debe operar la «transformación filosófica» de la nuda materia sensible, transformación encaminada a superar la limitación del dato, a anticipar, en cuanto lo permita el acervo de conocimientos fundados de que se disponga por observaciones anteriores, una futura verificación. Pero para Unanue la razón es también otras cosas. La razón tiene una función de generalización, de formación de abstractos con los cuales se unifica la diversidad de la percepción o en la física, una función deductiva; por otro lado, la razón es, en el contexto tímidamente crítico de este filósofo difuso, una posibilidad abierta de error, una tentación constante de construcción libre que no amplía sino más bien extravía el desenvolvimiento de la ciencia. La trampa de la especulación metafísica puede coger a cada paso al entendimiento que usa el instrumento racional.

Una multiplicidad no fijada y coordinada de sentidos del concepto de razón se revela entonces al análisis detenido. Una multiplicidad que opera en bloque y esconde una rica problemática, capaz de explicar las inconsecuencias filosóficas de la imagen del mundo que se construye sobre la base de este y otros conceptos no analizados; capaz también de iluminar los matices del empleo de los términos y la participación simultánea

nea de la noción aparentemente una en la elaboración de un saber empírico de considerable madurez, como el que se contiene, por ejemplo, en las *Observaciones sobre el clima de Lima*, en las ampliaciones de corte teísta de la ciencia experimental y en la lucha contra el filosofar escolástico.

Sin detenernos a precisarlos, indicamos los conceptos confundidos en la mención de un solo término. Hay hasta cinco. Razón significa para Unanue, en primer lugar, entendimiento, capacidad de comprensión que opera en el nivel común de la racionalidad humana; significa, luego, capacidad encaminada a elaborar la experiencia. Una acepción más restringida y de acuerdo con su doble uso científico resulta cuando la razón es determinada ora en función del conocimiento matemático-causal, ora en un cuarto sentido, en función del conocimiento histórico-natural, es decir, como capacidad eminentemente descriptiva y ordenadora. Por último, la razón es considerada como órgano de la especulación metafísica, esto es en cuanto razón dialéctica —en el sentido de Kant— que se entrega a la libre construcción de sus objetos.

Esta variedad conceptual no ha sido explicitada por Unanue, como hemos dicho. Por el contrario, en su pensamiento los diversos conceptos de razón coexisten por gracia de una peculiar noción conciliadora. El pensador no vive su contraste mutuo y trabaja con la multiplicidad nocional como si se tratara de un todo coherente. Obrando así, delata la presencia de un factor de unidad conceptual, que podemos considerar típico de este pensamiento y de cuya interpretación debe echar mano la historia de las ideas si quiere dar cuenta cabal del espíritu que lo anima: se trata del peculiar momento de unificación vivencial operatoria de los motivos teóricos elaborados por las doctrinas que se mueven en el nivel de la concepción del mundo.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

La significación de Unanue*

El busto de Hipólito Unanue representa al Perú en la galería de próceres de la Independencia que existe en la Unión Panamericana de Washington. ¿Por qué se eligió al médico ariqueño para esta representación? La respuesta parecerá obvia a muchos. Hay, en efecto, varios aspectos de la vida y la obra de Unanue que dan especial significación a su figura en el contexto de la Independencia peruana. Dos creo que son especialmente dignos de resaltarse: su reflexión sobre el Perú y su actuación pública. Una atenta mirada a estos aspectos podrá darnos los elementos necesarios para responder de modo adecuado a la pregunta que acabamos de formular.

A lo largo de la actividad intelectual de Unanue se advierte una preocupación constante por el Perú, por su pasado, su condición presente y sus posibilidades de futuro. Dentro del grupo ilustrado de la época, Unanue representa la conciencia científica que se aplica con amor y tesón al descubrimiento y análisis del hombre y de la naturaleza del Perú. No le falta ciertamente la emoción estética y el afán por las realizaciones inmediatas que encaran los problemas y las dificultades de la práctica, pero su personalidad gravita fuertemente hacia el lado teórico que es dominante.

El tema peruano, en primer lugar

Un somero recuento de la producción escrita de Unanue hace patente este interés por el Perú como objeto de conocimiento científico. Además de su libro fundamental, *Observaciones sobre el clima de Lima*, produjo otros muchos trabajos importantes y significativos no sólo en el campo de la ciencia natural, sino también en el de la ciencia social. Este es el caso de «Idea general del Perú», «Idea general de los monumentos del antiguo Perú e introducción a su estudio», «Introducción a la descripción científica de

* Tomado de *El Comercio*, Lima, miércoles 28 de julio de 1971.

las plantas del Perú», «Noticia de los trajes, supersticiones y ejercicios de los indios de la Pampa del Sacramento y Montaña de los Andes del Perú», «Geografía física del Perú», «Disertación sobre la naturaleza y efectos del tabaco, adornada con una breve idea del origen y progresos del Real Estanco de Lima», «Decadencia y restauración del Perú», «Disertación sobre el aspecto, cultivo, comercio y virtudes de la famosa planta del Perú nombrada coca», «Discurso histórico del camino del Callao», etc. A estos títulos pueden agregarse numerosas notas sobre viajes al interior del país, hechos y lugares de interés científico o problemas de educación, especialmente universitaria y médica. El contenido de esta producción forma un cuadro del Perú un poco anárquico pero muy rico, al estilo de las obras típicas de los polígrafos de la Ilustración que contribuyeron decisivamente al descubrimiento de la realidad europea y americana.

Aunque la actitud básica de Unanue es científica, no hay que olvidar el contenido valorativo de los juicios. Unanue hace un balance del Perú que, sin ignorar los aspectos negativos de la realidad, conduce a un resultado global favorable. Porque ésta era su convicción más profunda, tomó parte en la polémica sobre el Nuevo Mundo que desataron las opiniones de intelectuales europeos como Buffon y De Pauw.¹ En este contexto, Unanue exalta, casi sin sentido de la medida, al hombre y la naturaleza americanos, apoyándose al hacerlo en muchos de los datos de la historia y la geografía del Perú. En un extremo característico de esta actitud llega a decir: «Perú es la obra de más magnificencia que ha creado la naturaleza sobre la Tierra».²

La afirmación del Perú toca por igual a la realidad en lo físico y en lo social. El hombre peruano, sobre todo el nativo indígena que, como en general el americano, está para Unanue muy dotado de imaginación y sensibilidad, resulta por esto digno de encomio y la diferenciación del europeo y el americano, por su talento y capacidades, que podría tomarse como perjudicial para el concepto del nativo de estas tierras, es visto por Unanue como un valor.³ Es importante señalar respecto de esto último que no cabe establecer distingos marcados en la estimativa de Unanue antes y después de la Independencia: el elogio del hombre peruano se confunde en mucho con la afirmación de los valores de la nacionalidad hispánica genéricamente considerada; al mismo tiempo, el reconocimiento de la herencia española se da la mano con el encomio de la grandeza prehispánica.

¹ Cf. Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo, Historia de una polémica, 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica; y nuestro ensayo «Hipólito Unanue en la polémica sobre América», *Documenta*, Lima, año II, n.º 1, 1949-1950.

² «Geografía física del Perú», *Mercurio Peruano*, n.º 106, p. 21.

³ Cf. «Observaciones sobre el clima de Lima», *Obras*, t. I, pp. 77-78.

Diagnóstico sincero del país

Hemos dicho que Unanue no descarta los factores negativos. Para precisar el modo en que lo hace, es muy adecuada la oración inaugural del Anfiteatro Anatómico (1792) cuyo título es nada menos que «Decadencia y restauración del Perú». Allí traza Unanue un cuadro sombrío de la situación de los pueblos del Perú a lo largo de la Colonia, pero aduce como razón fundamental de esta situación la ignorancia de la ciencia médica. Ahora bien, el remedio es conocido y está en nuestras manos. Así como ha habido decadencia por déficit de la ciencia médica, así también habrá restauración del Perú por obra del espíritu ilustrado y el conocimiento científico y, en particular, del arte médico reformado. Para Unanue, no opera aquí una causa más profunda vinculada con los problemas sociales y económicos del fondo ni un hecho ligado a la situación colonial. Hay sólo una crisis que afecta la superficie de la entidad nacional y que puede resolverse apelando a soluciones de política educacional y a otros cambios que no tienen por qué afectar la estructura misma de la sociedad.

El modo como Unanue asume las aspiraciones de los criollos peruanos — terratenientes y, sobre todo, burgueses profesionales, mineros y comerciantes — repercute en su imagen del Perú y en su manera de vincularse con los diversos grupos étnicos que conformaban la mayoría de la nación peruana. Faltó en ésta la cercanía con la masa y el sentimiento concreto de la participación, así como en la imagen prevaleció lo genérico y ahistórico de la comunidad peruana. Esta visión sinóptica y abstracta, en mucho mitologizada, era a propósito para no provocar reacciones polémicas, como las que nacen de una franca opción clasista o de un descarnado reconocimiento de los problemas que afectan a la sociedad en su base, pero al mismo tiempo resultaba poco propicia para inducir movimientos sociales de gran alcance y penetración. Paradójicamente, por lo anterior, la concepción del Perú de Unanue pudo considerarse universalmente compartida y dio en esa medida al médico ariqueño un carácter «representativo», en su momento. Pero en esta misma condición estriban los defectos y limitaciones de su figura histórica en el proceso de la Independencia peruana.

Un resultado análogo se tiene examinando el otro aspecto mencionado, a saber, la actuación pública de Unanue. Nadie ignora que fue uno de los personajes criollos más notables de fines de la época colonial y de comienzos de la República. Su actividad tuvo múltiples facetas: como médico gozó de enorme prestigio profesional y docente, ocupó el Protomedicato, promovió y dirigió la Escuela de Medicina de San Fernando y llegó a ser nombrado, en 1814, Médico de Cámara del Rey. Como

intelectual y científico formó parte del grupo dirigente de la Sociedad Amantes del País y del equipo directivo del *Mercurio Peruano*, en el que colaboró asiduamente con el seudónimo de Aristo. Su labor de escritor se extiende a otras revistas y periódicos de fines de la Colonia y comienzos de la República como *El Verdadero Peruano* y *El Nuevo Día del Perú*.

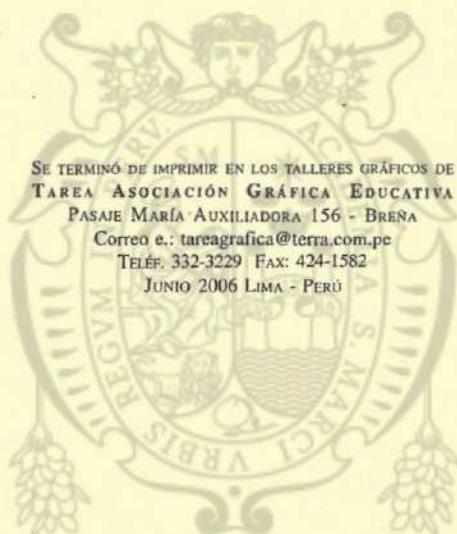
El hombre público

Como político, su actuación fue también destacada. Hombre de confianza de los virreyes Gil de Taboada y Abascal, con quienes colaboró estrechamente (las memorias de gobierno de estas autoridades son, en mucho, obras de Unanue), resultó elegido diputado a las Cortes de Cádiz y representó el lado realista en las conferencias de Miraflores. A juzgar por ciertos datos muchas veces comentados por los historiadores de la Emancipación, tuvo su momento de conspirador, luego juró la Independencia el 28 de julio de 1821, perteneció a la Sociedad Patriótica, desempeñó ministerios con San Martín y Bolívar, fue representante ante el Congreso Constituyente y Presidente del Consejo del Gobierno. A horcajadas entre la Colonia y la Independencia participante de la acción gubernamental en el Virreinato y la República, monárquico de convicción aunque leal servidor republicano, promotor del cambio y del progreso, aunque moderado siempre, Unanue representa la continuidad del antiguo y el nuevo régimen y, en ese sentido, constituye un elemento de la identidad de la vida colectiva peruana. Tiene su parte importante en esta función de permanencia, como se comprende, el estatus característico de un profesional distinguido, que a la vez fue funcionario y hacendado, en circunstancias en que las estructuras socioeconómicas no eran afectadas o su defensa no representaba riesgo, todo lo cual lo predisponía a integrarse al sistema y a reforzarlo con su acción.

Como la visión general y abstracta, la continuidad de la actuación pública de Unanue es también raíz de defectos y limitaciones que afectan a su significación social e histórica, vale la pena formular en términos polémicos este tema y preguntarse, a riesgo de chocar con muchos defensores del mito, cuánto de «continuismo» había en esta continuidad que Unanue aseguraba entre el pasado y el porvenir del Perú. Hoy sabemos que el continuismo criollo significó en buena parte la frustración de la revolución de la Independencia. En este contexto podría también preguntarse si la elección de Unanue como representativo del Perú independiente frente, por ejemplo, a una figura como Túpac Amaru, no expresó el respaldo del Perú oficial a ese continuismo y la ratificación de ciertos valores tradicionales herederos del pasado que la Emancipación no logró superar definitivamente y que hasta hoy ha prevalecido como un factor alienante en la vida peruana.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELÉF. 332-3229 FAX: 424-1582
JUNIO 2006 LIMA - PERÚ

*Con la presente tesis, Augusto Salazar Bondy (1926-1974)
se graduó de Bachiller en la Universidad Nacional
Mayor de San Marcos en 1950.*

*Esta investigación, por primera vez publicada, constituye
una de las aproximaciones más interesantes al pensamiento
filosófico del mártir y prócer peruano Hipólito Uruñe.
Como el mismo Salazar Bondy lo expresa, en este estudio trata
de «(...) hacer explícita la conciencia del hombre culto de su
época, es decir, del ilustrado peruano de fines del período
borbónico y comienzos de la República; conciencia que
constituye la atmósfera intelectual en la que se formó y
de la que recibió sus estímulos teóricos decisivos el autor de las
Observaciones sobre el clima de Lima».*

ISBN 0072 46 321 4

U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000000175976



UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS
FONDO EDITORIAL / FACULTAD DE EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD INCA
GARCILASO DE LA VEGA
FONDO EDITORIAL